Cuentos completos

Gustavo Díaz Solís



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Gustavo Díaz Solís (Güiria, 1920 - Caraca
Ocupa un lugar fundamental en la narrativa
lana del siglo XX. Es una figura imprescindi
generación de renovadores del relato breve, s
distingue por una economía expresiva riguro
manejo preciso de las atmósferas psic
Egresado como doctor en Ciencias Política
1944) y como profesor de Inglés (IPC, 194
estudios de especialización en literatura i
norteamericana en la Universidad de Chicag
Reconocido como uno de los principales tra
del inglés al español en el país —con versi
Shakespeare, Eliot, Joyce, Whitman y Fros
publicado *Marejada* (1940), *Llueve sobre el ma*
Cuentos de dos tiempos (1950) y *Exploracione*
(1968), entre muchas otras compilaciones y an
En 1995 recibió el Premio Nacional de Lite

COLECCIÓN CONTINENTES

CUENTOS COMPLETOS

Gustavo Díaz Solís

CUENTOS COMPLETOS

Prólogo
Luis Barrera Linares

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Cuentos completos
© Gustavo Díaz Solís

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Luis Miguel Enríquez

DISEÑO DE PORTADA
Mónica Piscitelli

DIAGRAMACIÓN
Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL: DC2026001642
ISBN: 978-980-01-2693-6

Nota editorial

La presente edición de la narrativa de Gustavo Díaz Solís constituye un homenaje y una deuda editorial dilatada en el tiempo: por primera vez se reúnen los 27 cuentos escritos por uno de los más importantes representantes del género en Venezuela. Guiados por la investigación de la profesora Mariela Sánchez, se ha realizado una pesquisa hemerográfica de los 6 cuentos de Gustavo Díaz Solís jamás publicados en selección o antología alguna: «El curandero» (1938), «La voz del cacaotal» (1941), «Las diez reglas» (1943), «La derrota» (1944), «Tiempo de semerucos» (1946) y «Vendaval de abajo» (1946). Agradecemos el apoyo del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y, en especial, del equipo de la Sala Hemerográfica, cuya dedicación logró compilar estos cuentos que solo se habían publicado en revistas y periódicos. La presentación de los relatos sigue un orden cronológico, basado en la investigación antes mencionada. Es importante destacar, también, que la ortografía de estos cuentos fue actualizada a la normativa vigente de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Prólogo*
Cuentario de un güireño solitario

Gustavo Díaz Solís nació en Güiria un dos de febrero de 1920 y falleció en Caracas el 17 de enero de 2012, cercano a los 92 años. Siendo yo mucho más joven que él, admiro su narrativa desde que, en 1973, leí su libro *Ophidia y otras personas*, editado por Monte Ávila en 1968. Tuvimos oportunidad de conversar tres veces, todas en encuentros casuales. Tal vez la más relevante haya sido cuando él recibiera el Premio Nacional de Literatura, en el año de 1995. En esa ocasión le manifesté, y lo reitero ahora, que, aparte de algunos de sus cuentos magistrales, lo que más le admiraba era ese ensimismamiento en el que vivía alguien como él, quien, a juzgar por su biografía profesional, tenía una vida pública de apariencia bastante movida. Tanto en discreción como en actitud, parecía un personaje de su propia cuentística. Ajeno a las alharacas y reacio a ofrecer entrevistas y charlas, este caballero ha sido una *rara avis* de nuestra literatura. Ofrezco a continuación algunas pinceladas acerca de su estética para contar:

La parquedad y la soledad constituyen el motivo principal o eje de toda su narrativa: un ermitaño y silente autor que escribió cuentos para exaltar en sus tramas la solitud y proponer la ambigüedad como telón de cierre de la escena en buena parte de ellos. Casi todos los finales más novedosos son abiertos, quedan a la imaginación de quien lee.

Sus relatos más resaltantes no son realmente temáticos en cuanto a geografía, regiones y locaciones. Estas solo sirven de escenarios para mover la parte interna y sentimental o emotiva de quienes participan o actúan en esos contextos, incluso aquellos que parecieran

* La bibliografía utilizada en el prólogo se encuentra al final del libro.

acercarlo más a la estética galleguiana, (v. g., «Marejada», «Morichal», «Cachalo»), aserto que con mucho sentido se ha venido repitiendo en la bibliografía referente a su obra y que planteara, entre los primeros, José Fabbiani Ruiz. Nunca negó lo que podría haber recibido de los aportes de Gallegos, como tampoco lo hizo con Horacio Quiroga. Testimonio de lo primero es su artículo «Gallegos: su manera de ser cuentista», incluido en el libro *Rómulo Gallegos: Multivisión*, compilado por Isaac Pardo y Oscar Sambrano Urdaneta. ¿Habrá quien dude que Gallegos ha dejado impronta imborrable en la narrativa venezolana? Como diría Manuel Bermúdez, de una u otra manera, todos los narradores venezolanos hemos «gallegueado» en algún momento. Y Gustavo Díaz Solís no podía ser la excepción.

Adicionalmente, el mismo Gustavo Díaz Solís ha asegurado que homenajeaba al autor de *Doña Bárbara* con el cuento «Todo esto antes era agua», escrito en 1952, mientras trabajaba en el estado Zulia. Lo mismo creeríamos nosotros del texto «Detrás del muro está el campo», mixtura de ambiente campesino y urbano, solo que lingüísticamente mucho más criollista el segundo.

Por otra parte, y aunque lo haya negado el mismo Fabbiani Ruiz[1], cómo dudar de la cercana relación entre la narrativa breve de Horacio Quiroga y los relatos «Ophidia», «Crótalo» y «La efigie». No hay manera de no vincularlos con otros del autor uruguayo, atinentes a la temática ofídica, principalmente «Anaconda», «A la deriva» y «La serpiente de cascabel», este último muy vinculado con la leyenda que les atribuye su relación con la venganza, cuando atacas a una pareja.

Tratándose de un autor cuyo acercamiento al tópico de las víboras es más que notorio, tampoco puede dejar de mencionarse como un antecedente el cuento de otro autor venezolano, «Ponzoñas», de Pablo Domínguez, en el que, igual que en «Ophidia», se relata la venganza de una serpiente contra una familia. He aquí un fragmento de ese antecedente, para corroborar esto:

> Una tarde, el más pequeño, cuando se disponía a regresar a su cueva, fue sorprendido por la sirvienta y muerto en el acto por la señora con un palo

[1] «Es un hermoso cuento que poco, muy poco, tiene que ver con Horacio Quiroga». José Fabbiani Ruiz, *Antología personal del cuento venezolano*, Caracas, Facultad de Humanidades y Educación, UCV. 1977, p. 83.

> grueso y largo. El otro vio, desde la entrada del escondrijo, la escena trágica. Vio cuando la señora, transformada en una fiera, le dio el golpe de gracia. Vio a su hermanito repeler la agresión, esforzándose en aplicar la ponzoña pero no pudo y allí quedó, en el patio, muerto.
> (…)
> ¿Por qué le quitaron la vida a su hermanito? No se pudo contestar. Pero sintió en lo hondo la sed de la venganza. Cobraría —idealismo mezquino— con la misma moneda.[2]

Adicionalmente, aunque pocos hayan hecho hincapié en ello, desde hace tiempo ha resultado inevitable para mí, como lector, no asociar los cuentos «Tambores» (el niño, las tías, el espacio citadino), «Puente» (focalizado en dos personajes también citadinos, Lucio y Petra) y «Cuento gris» (Jacinto Ramos y Tula Quiroga, la rutina conyugal del humilde y a veces vanidoso empleadillo gubernamental) con algunos relatos de otro narrador venezolano de excepción, José Rafael Pocaterra. No por casualidad esos cuentos son parte del primer libro del autor (*Marejada*, 1940), momento en que todavía persiste y es relevante la presencia del libro *Cuentos grotescos* (1922), de Pocaterra.

Inventario de un solitario

Vuelvo al asunto sobre su personalidad, huraña, por decir lo menos. No fue Gustavo Díaz Solís autor de estar atento a la autopromoción («selfiliteratura» la he llamado en otra parte), como lo han hecho y lo hacen todavía tantos escritores nuestros que apenas dan un paso, presentan un libro, les hacen una entrevistita o acuden a dar alguna insulsa charla, y ya lo divulgan a través de los medios a su alcance; mucho más hoy con las llamadas redes sociales, depósito infalible de tantas egotecas nacionales.

Según le expresó a Celso Medina, en 1982, nuestro autor no creía mucho en las entrevistas; por eso las eludía: «Declaro y admito —dijo— que no estoy de acuerdo con… la idea misma de la entrevista con propósito indirecto de crítica literaria, fundamentalmente porque tiende a enfocar a la persona del escritor más que a la obra». De allí el escaso

[2] Pablo Domínguez, *Ponzoñas* (Cuentos), Caracas, Editorial Élite, 1939, p. 2.

conocimiento sobre su modo de pensar la vida pública y acerca de su concepción del cuento como género. No obstante, aparte de que, con suficiente argumentación y análisis, lo ha demostrado el investigador venezolano Cósimo Mandrillo, ya desde esa declaración, el propio autor reconoce dos momentos, dos fases, en el desarrollo de su cuentística: una hasta 1944 y otra posterior a esa fecha. En la primera habría que incluir su primer cuento premiado en el concurso de la revista *Fantoches* (1942): «Llueve sobre el mar». En ese sentido, delimita «dos arcos»: «En perspectiva reconozco dos grandes «tiempos»: lo que fui y lo que escribí hasta 1944, cuando fui a estudiar postgrado a los Estados Unidos; y después que estudié literatura inglesa y norteamericana en el Pedagógico»[3]. No en vano, uno de sus libros, publicado a sus expensas, como si hubiera hecho una declaración de principios, se titula precisamente *Cuentos de dos tiempos* (1950).

De manera que la cuentística de este autor parece haber sido una salida honrosa para el desahogo. La prueba es que, una vez que lograra sacarse «los demonios», como bien habría dicho el notable escritor argentino Julio Cortázar, abandona para siempre la escritura de relatos. Un largo silencio de 47 años marca la ruta desde que cesan sus publicaciones, en 1965, hasta el momento de su fallecimiento en Caracas, 2012, como si se hubiera esfumado.

Todo lo suyo que se publicó después de 1965 significó variaciones de un mismo tópico: selecciones o compilaciones de cuentos ya publicados con anterioridad. Tampoco es que lo viéramos en charlas, congresos, conferencias, o eventos públicos relacionados con la literatura. De modo que pareció incrustarse en un cascarón del que salió muy pocas veces. Lo único que se sabe respecto de esto es que, movido por su relación de amistad con otros, dio unas pocas entrevistas, en las cuales casi siempre decía lo mismo: hablaba de su familia literaria, de sus lecturas preferidas y habituales, de su proceso escriturario y su tiempo dedicado a las traducciones, sin implicar demasiado su vida personal o profesional ni su manera de concebir la escritura.

Respecto de ello, podríamos mencionar tres de las que hemos tenido noticia: una de 1993, a Ana Teotiste Guzmán; la segunda —ya

[3] *Ver:* Celso Medina, «La concisión intrínseca de la poesía era lo que más atraía», revista *Entreletras*, n.° 16, Maturín, 2024 [1982], pp. 9-12.

citada— que dio hace ya también bastantes años (1982) a Celso Medina (revisitada y publicada de nuevo en 2024), por recomendación de un cuentista, poeta y profesor de la Universidad de Oriente, Eduardo Gasca, y una tercera a Carlos Pacheco (2012, 2016, previa intermediación del actor y dramaturgo José Tomás Angola). Aunque la de Medina se publicó hace muchos años en un medio local del oriente del país (*La Región*, Cumaná, estado Sucre), realmente, las dos últimas han tenido su verdadera difusión después del fallecimiento del autor, como si su silente y discreto destino vital hubiera estado planificado.

No obstante, y a pesar de su alergia a la figuración pública, respecto de sus ocupaciones, Gustavo Díaz Solís cabría en múltiples categorías: docente, cuentista, ensayista, traductor, empleado público, gremialista, gerente y administrador académico, ministro encargado…, lo que podría haberle abierto diversos espacios para una vida pública notoria: desde maestro de cuarto grado (1938) y mecanógrafo del Ministerio de Relaciones Interiores (1939) hasta presidente del Colegio de Profesores de Venezuela (1955), secretario general de la Universidad Central de Venezuela (1976-1980) y presidente de la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (1987-1991), sin nombrar las diversas ocupaciones entre uno y otro extremo.

Venimos del cuento tradicional y hacia el cuento innovador vamos

Hace casi ochenta años, uno de nuestros más reputados cuentistas, Arturo Uslar Pietri, hablaba del cuento como la «manifestación más alta de la literatura venezolana» Lo reiteró también el escritor Orlando Araujo, quien literariamente definía a Venezuela como «país del cuento». Es tan de nosotros dicho género literario que bien podríamos escribir una historia de nuestra literatura solo haciéndole seguimiento desde sus primeras manifestaciones en el siglo XIX. Conclusión: por naturaleza somos cuenteros, cuentistas, cuentacuentos, «cuentahabientes», «cuentadantes», «cuentólogos»... Tenemos narradores que solo se han dedicado a ese género y, aparte de haber publicado solo relatos, al menos en relación con nuestros siglos XIX y XX, han logrado

con ello permanecer, trascender e incluso quedarse entre nosotros como parte de un canon narrativo que habría que estudiar rigurosamente. Hay ejemplos de sobra, pero baste con recordar los casos emblemáticos de Pedro Emilio Coll (1872-1947), Carlos Eduardo Frías (1906-1986), Oscar Guaramato (1916-1987), Igor Delgado Senior (1942-) y, por supuesto, el autor que nos ocupa. Posiblemente sea Gustavo Díaz Solís uno de los escritores más relevantes en ese sentido. Como «cuentista absoluto» lo catalogó alguna vez José Balza. Cuentista puro, intachable, preferiríamos nosotros, lígrimo, virgen frente a un género más prestigiado, «comercial» y publicitariamente tentador, como la novela, igual que lo fueron los que he mencionado antes: impolutos ante la refulgencia del relato breve, irreductibles en el cultivo del cuento y con ello han logrado vencer el paso del tiempo.

Ya está dicho, aparte de su ensayos y traducciones, en cuanto a la narrativa, Gustavo Díaz Solís solo publicó cuentos, todos muy breves. Su inventario es mínimo: no supera los 27, incluso considerando algunos referidos en las bibliografías y cronología sobre su obra, aunque poco difundidos después de su publicación inicial, ahora localizados para ser incluidos en este volumen.

El primer intento apareció en la revista *Élite*, en 1938; lo tituló «Curandero», sencilla historia sobre un niño campesino a quien un curandero de raza negra no ha podido salvar de la fiebre.

Otros relatos rescatados para esta compilación son: «La voz del cacaotal» (1941), «Las diez reglas» (1943), «Tiempo de semerucos» (1946), «Vendaval de abajo» (1946) y «La derrota» (1944). Asumimos que una actitud de autocrítica llevó a su autor a no considerarlos en adelante para ninguna de sus selecciones posteriores, como también podríamos extrañar la reedición de los seis cuentos de *Marejada* (1940)[4], ahora sí, por fin, sabiamente integrados todos a este volumen por Monte Ávila, a fin de que se pueda apreciar integral y evolutivamente al autor, con sus aciertos y desaciertos; es decir, que se facilite constatar el camino recorrido. Esto también será importante para quienes se aventuren a analizar la obra del autor.

Hay que decir, desde ya, que la distancia entre los relatos de *Marejada* (1940) y «Arco secreto» (1947) o «El punto» (1965) es notoria.

[4] «Marejada», «Morichal», «Aguamarina», «Cuento gris», «Puente», «Tambores».

Se percibe entre esas fechas una relación distante que va desde algunos rasgos de la oralidad hasta lo propio del discurso reflexivo, más cercano a la lengua escrita. Entremedio, imposible no aludir a la utilización inicial del recurso dialógico, como eje fundamental de la historia, básicamente en algunos textos de su «primer tiempo», como «Morichal», «Aguamarina» y «Tambores». Igualmente, podrían mencionarse otros tres del segundo libro (*Llueve sobre el mar*, 1943): «El mosaiquito verde» y «Detrás del muro está el campo». De ese mismo lapso, mas no incluidos en libro, vale la pena destacar «Las diez reglas» y «La derrota».

Por otra parte, como ya lo decía Oscar Sambrano Urdaneta en el prólogo que escribió para uno de los libros de nuestro autor (*Cinco cuentos*, 1963), el proceso de la creación de atmósferas mediante el uso de lo que en terminología especializada se conoce como frases nominales (sintagmas nominales les dicen en lingüística: adjetivo-sustantivo, sustantivo-adjetivo, sustantivo con complemento prepositivo, frase nominal con oración subordinada incluida) se hace presente en Gustavo Díaz Solís en todos sus cuentos. Ya desde el inicio, hay rasgos de un estilo que será definitivo: podemos hablar, incluso, del primer párrafo del cuento «Marejada», que curiosamente ha sido recurrentemente excluido de sus principales compilaciones posteriores, interviniera o no el autor en algunas de ellas (*Cuentos de dos tiempos*, 1950; *Cinco cuentos*, 1963; *Cuentos escogidos*, 1968, 1997, 2004; *Arco secreto y otros cuentos*, 1973; *Ophidia y otras personas*, 1968). Casi como si se le hubiera execrado, cuando, aparte de algunas formas arcaicas y rasgos sintácticos muy particulares (oíanse, quedose, frotose, restregose, hubo andado, le fue ofrecido, enantes, taita…) y ciertos coloquialismos o regionalismos (viajaría palante; Qué fue!, qué fue! lo vas a caribeá!, buscá, necesidá, señó, Pa onde irá este, ¿Y, qué queréis?, jojoto…) o expresiones propias del lenguaje popular, algunas con clara repercusión fonético-ortográfica (güeno, guá, desplíqueme, ayá, mueye, dá) —obvias reminiscencias del criollismo— con alguno que otro pasaje, ya el narrador marcaba una ruta de lo que sería su aporte posterior al género; respecto de eso, podría citar el siguiente fragmento (destaco en negritas algunas de tales frases nominales):

> Cuando [Fermín González] hubo andado buen trecho, volvió la cabeza y quedose mirando largamente **las tímidas lucecillas del pequeño puerto**, que ya comenzaban a diluirse en las horas. Apartada del **montón de casas que se apretujaban contra el rojizo cerro**, alzábase l**a ranchería pobre de los pescadores. Despatarrados ranchos de viejas maderas carcomidas por la brisa salitrosa. Anchas y curtidas redes extendidas sobre gruesos maderos**. Botes y cayucos, veteranos del mar. Y sobre la arena, **pedazos de roídas maderas que las olas han ido trayendo de quién sabe dónde. Enigmáticos trozos de roídas maderas que hacen pensar en naufragios lejanos**. Más allá, sobre el agua adormilada de la bahía, se mecía la balandra «Marisol».[5]

Tampoco puede negarse que es más que obvia la huella galleguiana en aquel primer libro, que, por cierto, no desaparecerá del todo en volúmenes posteriores. Si uno leyera el párrafo inicial de «Morichal» (contentivo de algunos de los mismos detalles lingüísticos señalados para el cuento anterior), sin saber que ese texto fue escrito por Gustavo Díaz Solís, casi podría asociarlo con el estilo de Rómulo Gallegos o de alguno de sus émulos:

> Más allá del Caroní y del Yuruari, sobre la sabana anchurosa, soleada y sola, apenas manchada por la pincelada verde y fresca de los chaparros; en el centro de la llanura inmensa, porque cualquier punto de ella es su centro, está situado el Morichal de don Julián Becerra.[6]

Compárese, sin entrar en detalles y solo como un ejemplo más, con el siguiente pasaje de *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos:

> En la parte más desierta y bravía del cajón del Arauca estaba situado el hato de Altamira, primitivamente unas doscientas leguas de sabanas feraces que alimentaban la hacienda más numerosa que por aquellas soledades pacía y donde se encontraba uno de los más ricos garceros de la región.[7]

---

5 Gustavo Díaz Solís, *Marejada*. Caracas, Editorial Bolívar, 1940, p. 12.
6 *Ibid.,* p. 27.
7 Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara,* Barcelona, Araluce, 1929, p. 9.

No obstante, no significa eso que ya no hubiera indicios de lo que sería la personalidad narrativa específica de Gustavo Díaz Solís, hecho que puede ratificarse con solo mencionar otra breve evidencia del cuento «Morichal»:

> Los hombres salieron de sus ranchos y las fogatas les dieron su aliento tibio. Se frotan las manos saboreando la taza grande de café, excitándose los músculos en ansias de partir para la selva. El ladrido cónico de los perros hace gemir el aire en un dolor transparente.[8]

Con esto quiero decir que, más allá de la inevitable influencia del ambiente narrativo reinante durante la década de los 40 del siglo XX (principalmente bajo la sombra inevitable de Gallegos y Pocaterra), la estética de Gustavo Díaz Solís ya mostraba sus primeros atisbos desde que comenzó a publicar. No en vano, ya el prologuista de *Marejada*, Fernando Cabrices, con un acierto en el que pocos se han fijado, hablaba de sus personajes como «siluetas sonámbulas». Por ese y otros motivos inherentes a su modo de desarrollar los cuentos, de ahí en adelante, haciendo caso omiso de las reminiscencias criollistas, yo lo ubicaría mucho más cerca de la escritura lírica, específicamente, la de la prosa narrativa lírica, con el recurso verbal y las emociones como protagonistas, y cuyos finales suelen ser abiertos: la historia que se cuenta, las anécdotas son marcos de referencia pero, si se quiere, poco relevantes; los personajes solo están allí para manifestar lo humano íntimo que hay en ellos, incluso en los textos en los que predominan los animales. Los ambientes dan pie para la descripción de un escenario, en la misma tendencia de algunos escritores de habla inglesa (David Lawrence, William Faulkner, Edgar Allan Poe, Ernest Hemingway). En eso son modélicos los relatos «La efigie», «Ophidia», «El cocuyo», «El niño y el mar», «Cachalo», «El punto» y, naturalmente, su relato más emblemático: «Arco secreto». Además, si dejamos de lado los cuentos folclóricos, salvo el caso de este autor, no podríamos decir que haya una tradición cuentística venezolana en la que los animales figuren como personajes protagonistas o referenciales. Aparte de algunos de Julio y Salvador Garmendia y varios de Francisco Massiani,

[8] G. Díaz Solís, *Marejada… loc. cit.,* p. 30.

podría mencionar, entre otros, dos volúmenes dedicados casi en su totalidad al tema: *Ciertos animales criollos* de Guillermo Morón y *Libro de animales* de Wilfredo Machado. No obstante, en todos los casos, diría que se salen de la tendencia que prevalece en Díaz Solís. Cósimo Mandrillo dedica varias páginas a este tema y analiza detalladamente la presencia de animales en varios de los cuentos de Gustavo Díaz Solís.

No es que lo que hemos dicho signifique que en la producción de Gustavo Díaz Solís no haya cuentos ubicables dentro de la categoría de lo épico, en los que la historia y la trama tienen un papel muy relevante, por ejemplo en «Llueve sobre el mar», «El niño y el mar», «Cachalo» y «Hechizo». Pero, aun en tales casos, lo importante en verdad es que cada palabra que el narrador va aportando, cada giro lingüístico protagoniza lo que se quiere expresar. No obstante, la excepción sería el relato de ambiente zuliano «Todo esto antes era agua» (1963) que, aparte de ser uno de los más extensos del autor, se acerca a la posibilidad de una novela o noveleta y tiene muy poco de lo que será su aporte estético. No pasa de ser un conjunto de secuencias y escenas adscritas literalmente a la narración épica, sin mucho que añadir al conjunto, más allá de la contextualización en un escenario netamente petrolero (como lo es el de «Arco secreto»). Pareciera más bien la posibilidad de un ejercicio para el futuro desarrollo de una historia más extensa. El otro que a mi juicio se sale de este patrón es «Velando a pensamientos desatados».

En buena parte de la narrativa del «segundo tiempo» hay anécdotas, obviamente, pero nada más para hacer llegar al lector unos giros líricos que es lo que parece atraer más al autor. También eso explicaría la tendencia a la brevedad en sus textos y a la paradójica totalidad de su obra que, como ya se ha dicho, es literalmente mínima. Aquí sí que podemos hablar de obra total mínima. Una que, al menos en su segunda etapa, no busca la popularidad, que no ha sido propuesta para una vasta población de lectores, más allá de quienes realmente se acercan a la literatura como acción de culto hacia la palabra. Esto podría servir de titular para un acercamiento global a su producción que va desde 1948 —cuando aparece publicado por primera vez «La efigie»— hasta 1965: Gustavo Díaz Solís es palabra, palabra sola, desnuda y cargada de simbología en muchos aspectos. Escritura para profesionales de

la escritura, para personas cercanas a lo literario como arte, no como objeto de divulgación masiva. Lo reconoce el mismo autor cuando, en la entrevista a Celso Medina, alude a los textos de su segundo tiempo: «…de ahí que esos últimos cuentos sean más atractivos para los críticos, exploradores de símbolos…».

Es esta tipología de escritores la que en realidad logra forzar cambios dentro de la historia literaria. Aunque no son de lectura masiva, marcan un quiebre o rompen esquemas, entre lo que ha sido y se disparan hacia lo que será, para que posteriormente aparezcan los seguidores y émulos. Así que, en el espacio de la literatura venezolana, Díaz Solís pertenece a la estirpe de los innovadores, igual que Guillermo Meneses y otros; solo que, justo eso los convierte en narradores de altar, mas no de masas, hasta que el mismo devenir literario los pone en un lugar diferente, una vez «descubiertas» o desveladas y convertidas en rutina estética sus técnicas y procedimientos. Es que ni siquiera podríamos asegurar que los cuentos del autor que tienen como protagonistas a niños y animales o adolescentes, y que pudieran ser considerados para estimular la lectura en la población infantil o juvenil («El niño y el mar», «Crótalo», «Cachalo», «El mosaiquito verde», «Tambores», entre otros), han tenido la difusión suficiente dentro de la población escolar. Y eso ha ocurrido, sencillamente, porque sus tramas y su configuración, su diseño narrativo escapan del sencillo rótulo de «cuentos infantiles». Ahora, transcurrido un lapso considerable, desde la publicación de sus relatos canónicos, y en tiempos en que vivimos otros cambios en lo literario, es posible que, quien ha sido hasta el presente autor consagrado para escritores y críticos, alcance una popularidad más visible en el espacio de la creación literaria venezolana e hispanoamericana. Se espera que estos sus *Cuentos completos* contribuyan con ese propósito.

Podría decirse que, relativamente, su primer libro (*Marejada*, 1940) genera poco impacto en el panorama literario nacional: un conjunto de seis cuentos de la época en que pone en práctica lo que él mismo denominara el «correlato objetivo»; de acuerdo con su criterio, asociado con las novelas galleguianas. Lo publica la editorial Bolívar, de Caracas. Para ese momento, su autor es un humilde mecanógrafo de la dirección de Política del Ministerio del Interior. Su visibilidad no pasa de

una reseña del crítico literario Pascual Venegas Filardo y un prólogo de Fernando Cabrices (funcionario de mayor jerarquía de la misma dependencia ministerial). El inicio de la efectividad futura de su cuentística se generará posiblemente a partir de la premiación, en 1943, de «Llueve sobre el mar», firmado con el seudónimo Costeño y con el que, según el criterio del mismo autor obtiene una «discreta fama», en el II Concurso de Cuentos Nacionales Leoncio Martínez, de la revista *Fantoches*. Lo avalaba un jurado integrado por Rómulo Gallegos, Pascual Venegas Filardo, José Nucete Sardi, Juan Oropeza y Julio Ramos. Mucho más relevante es este evento si consideramos que, según el propio Gustavo Díaz Solís, la apertura de las plicas reveló la participación en el concurso de una nómina de lujo, con escritores como Guillermo Meneses, Raúl Valera, Arturo Croce, Valmore Rodríguez y Manuel Rodríguez Cárdenas. Ingresaba entonces al cuento venezolano por la puerta grande.

Vivir EN la literatura

Siempre he sostenido que así como existen escritores que realmente pueden vivir de la literatura (los más sortarios o suertudos, incluso aunque no se trate de los superventas), hay otros que han logrado vivir EN la literatura. Aquí el cambio de la preposición DE por EN es muy importante, porque la segunda opción parece más frecuente en nuestros países hispanoamericanos. Creo, sinceramente, que Gustavo Díaz Solís entraría en esa categoría en la que la literatura no aporta dinero, pero sí muchas satisfacciones y logros. Su producción ha sido muy importante para mucha gente perteneciente a nuestro universo literario. No fue, no ha sido, no es realmente un autor de millones de ejemplares, ya lo sabemos, pero sí ha gozado de la admiración de buena parte de quienes en Venezuela se dedican a la narrativa breve. Ha sido entonces un sujeto literario tan arraigado en la conciencia de nuestro devenir literario que, incluso, hay quienes han tomado su producción o su personalidad como referentes para el contenido de sus propios textos. Debe haber más, pero me referiré a tres que he conocido muy de cerca.

El primero: en conjunto con dos colegas, amigos y escritores (Wilfredo Machado e Igor Delgado Senior), en el año 1995 formé parte

del jurado del certamen de cuentos que organizaba la Sociedad de Autores y Compositores Venezolanos (Sacven). La lectura de 201 relatos nos condujo a la opción final de premiar el texto titulado «Colores santos». Cuando abrimos la plica, resultó ser de alguien que, ya para ese momento, constituía una evidente promesa para el periodismo, la crónica y la literatura nacional: José Roberto Duque. Viene a cuento la anécdota, porque el seudónimo utilizado por el autor había sido precisamente el del título del cuento más conocido, más comentado y más antologado de Gustavo Díaz Solís: «Arco Secreto». No conforme con eso, el relato cuenta la preciosa historia de un caballo de carrera cuyo nombre es El Ophidio, —aunque en la historia el narrador habría preferido que el ejemplar se llamara también Arco Secreto—, haciendo, además, otro guiño a la cuentística de ese autor, que se complementaba con el nombre del personaje narrador del relato: Gustavo Díaz Solar. En efecto, más allá de los referentes aludidos, ese cuento es una clara manifestación de culto que un escritor que se iniciaba en los años noventa del siglo XX rendía a quien lo había precedido unas cuantas décadas atrás.

El segundo: guardando las necesarias distancias que en narratología deben establecerse con la relación persona/personaje, podría agregar aquí que en algunos pasajes de la novela *Sinfonía del sobreviviente*, de Alberto Amengual, cuando se ficcionan determinados acontecimientos referentes al proceso de renovación de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela (años noventa del siglo XX), ronda la presencia de un personaje a quien el narrador asigna el nombre de «profesor Solís». Naturalmente que no podría yo afirmar que alude directamente a Gustavo Díaz Solís, la persona, pero sí podría creer que, habiendo estado nuestro autor vinculado estrechamente con ese proceso y habiendo sido director de la Escuela de Letras, algunos de sus rasgos podrían haber sido tomados para la definición y caracterización del personaje estereotipado en la novela referida. Otro homenaje conferido desde la ficción.

El tercero: se vincula con un cuento de ambiente muy similar al de «Arco secreto» (un campo petrolero del oriente del país, el club de los empleados, un lagarto, un gato., una pareja de extranjeros, una partida de ping pong, un acto de infidelidad conyugal, una misteriosa sombra

de animal). Se trata de una réplica de la trama que busca desentrañar el misterio de aquella sombra negra y alada que aparece en «Arco secreto». Una secuela que termina siendo tan original como su precuela. Se titula precisamente «Arco revelado» y su autora es la narradora Milagros Mata Gil. Está dedicado precisamente a Gustavo Díaz Solís. En él, el narrador intenta mostrarnos la historia de un empleado del departamento de Cartografía de una empresa petrolera, a fin de revelar la identidad de un animal similar al del relato de Gustavo Díaz Solís, al cual terminan asesinando mediante un golpe de raqueta y posterior acuchillamiento. En el caso del cuento que lo emula sí se identifica al final el animal alado: un murciélago, asunto que el texto de Díaz Solís permanece como un misterio, nada distinto de varias de sus otras narraciones: dejar en el cierre un espacio vacío, —un lugar de indeterminación diría el crítico alemán Wolfgang Iser— para que el lector asuma, imagine, infiera, la ocurrencia del hecho final, sin que el texto lo exprese.

Habrá más, pero esos tres detalles hablan de la importancia y el impacto que Díaz Solís ha ejercido en la historia de la narrativa venezolana y la manera como ha logrado permear la escritura de otros más jóvenes. Además, cuando la preceptiva tradicional realmente se ocupó parcialmente de él, es notable el hecho de que algunos críticos de generaciones posteriores se hayan focalizado en su obra ya bien avanzado el siglo XXI: Cósimo Mandrillo, Alejo Urdaneta, Antonio López Ortega, Carlos Pacheco, Víctor Bravo, Omar Osorio Amoretti, Celso Medina y Julio Cortez, entre otros.

Así, ha sido este uno de los autores menos prolíficos y más influyentes de nuestra narrativa corta. Aquí vienen otros detalles importantes: la dimensión, la extensión, los escasos cuentos publicados entre 1938 y 1965 y la repercusión que ha ejercido son mucho más que dignos de tomar en cuenta. El cuento en Venezuela no es divertimento literario; no opera como «sarampión» juvenil ni es un género de iniciación. No se practica como acto de calistenia escrituraria, como sí ocurre en otros países. Es un género tan importante como la novela y ha marcado a buena parte de nuestra narrativa. En el ámbito hispanoamericano, Venezuela ha sido una especie de emporio del cuento. No en vano podríamos hipotetizar que tendría nuestro espacio literario como

«denominación de origen». Un paseo por la historia de la literatura venezolana, desde el siglo XIX hasta hoy, nos muestra que, como hemos dicho, tenemos autores que solamente se han dedicado a ese género misterioso y excitante, breve y exigente, nutritivo en cuanto al lenguaje y requeridor de una precisión de relojero, algunas veces cercano a la poesía. Los hemos catalogado como «autores vírgenes» en relación con la novela, en cuyo pecado capital no cayeron. Díaz Solís pertenece a esa estirpe, tal vez uno de los que con mayor acierto ha logrado permanecer y trascender el tiempo mediante un inventario de cuentos que juntos apenas dan para un volumen breve. Lo demuestra el conjunto recogido en este volumen.

Un solo y único libro

Se ha dicho con frecuencia que los escritores somos realmente autores de un solo libro, independientemente de los géneros y estilos que asumamos durante nuestra trayectoria. Más allá de la certeza de esta hipótesis, no hay duda de que cuadra perfectamente con el inventario de Gustavo Díaz Solís. Ya dijimos que los lineamientos de su obra narrativa futura aparecen prefijados en su primer libro (*Marejada*, 1940) y se fueron perfeccionando en la medida en que avanzó y posteriormente publicó. Podría resumirse en pocos términos o conceptos clave, recurrentes o, al menos, bastante frecuentes, en la mayoría de las historias: serpientes, niños, espacios hídricos, escopetas, cuchillos, sombras, penumbras, misterio, animales, baquianos, cacería, muerte… Ese ha sido su legado.

Anotaciones finales

1. Para evitar confusiones, algunas veces repetidas en determinados espacios virtuales, hay que aclarar que Gustavo Díaz Solís no ganó realmente el primer premio del Concurso de Cuentos del diario *El Nacional*, en 1947, hecho que para nada desmerita el valor de su cuento «Arco secreto». Resultó finalista, uno de lujo, eso sí. El certamen de

ese año otorgó el galardón al cuento «El hombre y su verde caballo», de Antonio Márquez Salas. «Arco secreto» alcanzó realmente un tercer lugar compartido, junto con los cuentos de Federico Rodríguez Rodríguez («El inmigrante») y Guillermo Meneses («Un destino cumplido»). El jurado estuvo integrado por Ramón Díaz Sánchez, Rafael Angarita Arvelo y José Fabbiani Ruiz.

2. Llama la atención que un crítico tan asertivo y acucioso como José Fabbiani Ruiz (1951), tras ser uno de los primeros que relaciona los cuentos iniciales de Gustavo Díaz Solís con lo que él llama la «línea gallegueana» (sic), diga que dicha cuentística «decae visiblemente cuando pasa del ambiente campesino al medio ciudadano». Lo hace al aludir a «Detrás del muro está el campo». Volverá al tema más adelante, refiriéndose al «El mosaiquito verde»: «…al salirse del medio rural, pierde un poco el dominio de sí mismo». Da la impresión de que, a su juicio, el autor se desempeña mejor cuando se mantiene en el paisaje rural o campesino. Curioso, porque pareciera realmente lo contrario. También es notorio que, siendo su libro de 1951 y habiendo sido jurado del Concurso de Cuentos de *El Nacional* (1947), en el que, como hemos dicho, Gustavo Díaz Solís estuvo entre los tres terceros finalistas, Fabbiani no haya hecho ninguna alusión a ese, el más novedoso relato del autor. Se limita a resaltar «La efigie» como el texto más renovador. Tampoco lo incluye en su *Antología personal del cuento venezolano* (1977). Incorpora otros tres («Llueve sobre el mar», «Ophidia» y «Cachalo»), pero no «Arco secreto». Un enigma similar genera la omisión de otro importante crítico venezolano, Juan Liscano (1973), quien se limitó a comparar los cuentos de Gustavo Díaz Solís con los de Humberto Rivas Mijares, sin aludir en absoluto a «Arco secreto».

3. Finalmente, difiero, siempre lo he hecho, de que se piense que un escritor venezolano (o hispanoamericano en general) ha logrado pergeñar textos literarios fuera de lo común, novedosos, disruptivos, renovadores, si se quiere «modernos», por el solo hecho de haber vivido en algún otro país o ser cercano a otro idioma. Dudo de dicha aseveración, porque creo que, aunque no necesariamente intencional, pone en minusvalía no solo al autor, sino también el territorio literario que somos: de modo que dicha hipótesis podría implicar que, si ello no hubiese ocurrido, el escritor sería alguien más del conjunto. En el

fondo, esa postura oculta una descreencia en aquello de lo que somos capaces. El viaje, las estancias prolongadas en otros lugares —incluso, la migración— pueden alimentar y estimular temáticas y fórmulas transgresoras, pueden ocasionar en quien escribe miradas diferentes acerca de su espacio nativo y su trayectoria vital, pero son esta última y sus revoltijos estéticos los que marcan la ruta. De otra manera Horacio Quiroga (cuyos cuentos, por cierto, Díaz Solís calificada de «hipnotizadores»), en Uruguay, y José Balza o Andrés Mariño Palacio, en Venezuela, no habrían alcanzado logros formales más allá de lo convencional y, como es obvio, han ido mucho más lejos. Por el contrario, también podría darse el hecho de que quienes vegetaron durante mucho tiempo en diversos lugares del mundo terminen adscribiéndose a las medianías. Carecieron a lo mejor de la chispa genético-literaria que enciende la imaginación en alguien realmente predestinado a la escritura innovadora. Si se hablara de «viajes» simbólicos y estancias hacia y en lecturas; si se aludiera a reflexiones sobre el hecho literario y acerca del deseo de ser diferente dentro de un contexto marcado por alguna tradición, se acepta. Eso es mucho más que geografía, estancia física y topónimos. Por eso creo que, hubiese viajado o no, Julio Garmendia habría hecho cosas similares a las que hizo; Oswaldo Trejo y Guillermo Meneses habrían sido igualmente novedosos en su narrativa, más allá de sus circunstanciales labores diplomáticas.

De allí que la propuesta literaria de Gustavo Díaz Solís habría emergido más allá de su estadía en Trinidad, más allá de su familiaridad con el inglés, más allá de que fuera docente de literatura inglesa y norteamericana. Estaba destinado a marcar una pauta distinta para el cuento venezolano, como si llevara una marca cromosómica, heredada de algún dios literario, que lo destinara a ello. Por eso todos los mencionados han sido escritores rituales, principalmente para otros escritores, para críticos y docentes, cosa diferente si habláramos de su posible impacto en una colectividad lectora más amplia. Con largas estancias en otros espacios o no (toponímica o lingüísticamente), escribieron para transgredir la literatura venezolana de su tiempo y ya. Lo lograron. En suma, y aunque se me tilde de esotérico, creo en la predestinación del escritor que ha nacido para lograr cambios formales. Gustavo Díaz Solís sería uno de ellos. Para comprobarlo, basta hacer lectura ascendente

(desde los primeros hasta los últimos) de estos, sus *Cuentos completos*. Bien llegado sea usted, lector, a este puerto narrativo construido con eficacia de fino artesano por un cuentista excepcional.

Luis Barrera Linares

Cuentos completos

Curandero[9]

I

Ya se apagaba el sol y se encendían las estrellas.

Sobre el verde oscuro monte que bordea la lejanía, va cayendo silenciosa, la oscura noche azul...

Por el empolvado camino, avanza distraído Pedro Mujica; cabalgando en sus hombros la mochila; desflecado el cogoyo; sucios los anchos pies, cercados por las alpargatas.

Dobla el camino y escala la empinada pica que sube el cerro y termina en la desmantelada choza, toda remiendos, a cuya puerta están clavados, una mujer y un niño, con la angustia del hambre en las pupilas, precedidas por el perro, que ladró primero y ahora menea la cola...

Avanza Pedro y ya el niño cobra vida, abrazándose a sus piernas, que es lo más que alcanza; a tiempo que se acerca Eusebia, su mujer, todavía preguntando con los ojos...

Mas ya Pedro contesta a las mudas preguntas que con insistencia se le hacían:

—Ahí en la mochila traje algo pa la comía de esta noche.

Y luego agrega dirigiéndose a la mujer:

—Ocúpate tú de eso, Eusebia...

Ya es desbaratada la mochila, y en seguida Eusebia, con rapidez campesina, enciende el fuego, cuya luz rojiza, hace resaltar las salientes formas de aquellos rostros cincelados por el hambre.

A poco está hecha la comida, y del humeante caldero vacía Pedro el contenido a las ahumadas latas de avena que les sirven de pocillos.

[9] *Élite, Revista Semanal Ilustrada*, 23 de abril de 1938, Vol. XIII, n.° 655, p. 27.

Sobre la pared de bahareque, las tres sombras bailan una danza exótica...

II

Pronto terminó la cena, pues no era mucha la comida, y mientras Eusebia se ocupa de fregar los pocillos, el campesino, bajo el cielo espeso de estrellas, ensaya en el cuatro una tonada melancólica, para distraer al niño, en quien tiene cifradas todas sus esperanzas; ¡esas esperanzas que en sus hijos tienen todos los padres pobres!

Pedrito lo contempla extasiado; y las manos toscas arrancan al cuatro, las palabras dulces, ¡que la boca misma no puede decir!

Esa noche el campesino idealista se quedó dormido, acariciando ilusiones...

III

Cuando se guardan las estrellas y ya los montes son más oscuros que el cielo, anuncia el día el canto del gallo. Y es el eco, la voz de los gallos de las cercanías...

Ya se perfilan los árboles, marcando los caminos; y una brisa fría se llevó el sueño que traía Pedro en los ojos, cuando salió de la choza.

Después de tomar el trago de café cerrero, emprende el camino hacia una hacienda cercana, donde debe ocuparse, junto con otros peones, en la limpieza de un tablón para las futuras siembras.

Y los hombres completaron el concierto de los pájaros, con el sisear de las hoces en la llanura.

IV

Muchos días se apagaron y se encendieron de nuevo. Muchas veces recorrió Pedro el camino de la hacienda, sin que nada viniera a turbar la resignada calma de su espíritu; cuando una tarde, como todas, volvía a su choza, junto con las bulliciosas bandadas de pericos, después de un día de trabajo.

Pero no había nadie esperándolo. Tan solo el perro le miraba triste, barriendo el suelo con la cola.

—Algo está pasando aquí, se dijo Pedro, acercándose a la puerta de la choza, en cuyo interior, a la pálida luz de una vela, yacía el hijo inerte, sobre el colchón de paja. A su lado estaba la madre arrodillada, acompañada de dos viejas, vestidas de negro, quienes movían nerviosamente, entre sus arrugadas manos, los toscos rosarios...

Abriose paso hasta donde estaba el niño, y tocándolo en la frente con el dorso de la mano, dijo con voz supersticiosa:

—¡¡La fiebre!!

—Esde el mediodía —explicó Eusebia— empezó a sentirse mal. Y después de una pausa, agregó:

—Ya yo mandé a llamar al negro Bejuma, él nos lo salvará.

Bejuma descendía de negros esclavos de tiempos de la Colonia, y era curandero como sus padres. Algún acierto le dio fama, y su prestigio como brujo se extendía por esos lugares.

Pero de nada sirvieron los menjurges y oraciones; la fiebre implacable hizo una víctima más; y el campesino se quedó sin hijo y sin esperanzas.

A su guitarrita, el abandono le puso cuerdas de telaraña...

Marejada

I

Esa noche no pudo dormir. El áspero roncar de los pescadores que pernoctaban en el rancho le había matado el sueño. Metido en el chinchorro, escudriñó con los ojos insomnes la penumbra del cuartucho. Burbujas de luz flotaban sobre las sombras. De afuera, le llegaba claro, distinto, el ruido de las olas. Oíaselas caer rumorosas sobre la arena, reventando a intervalos con furia sobre las rocas de la playa. Fermín González no acertaba la causa de aquellos insomnios que desde hacía noches le asaltaban sin dejarlo aprisionar el sueño. «Algo me está pasando», se decía, mientras del tanto moverse enredaba su cuerpo en la colcha burda. ¿Es que ya no soy el mismo? ¿Qué me pasa? Por fin, decidió salir afuera. Levantose procurando no hacer ruidos y traspasó sigilosamente la puerta deforme y baja que daba entrada a la choza.

Amanecía sobre el mar. Los primeros resplandores solares pulían las aguas plomizas. Sobre las olas oscuras que levantaba la resaca, la luz naciente ponía raras irisaciones. Flotando en la lejanía veíanse pequeños barcos sonámbulos. Sobre la playa fría y cenicienta morían las olas niñas de la madrugada.

Fermín González echó a andar sin rumbo. Los pies se le hundían en las arenas blandas. Su cuerpo se balanceaba, haciendo que sus pasos dejaran huellas sinuosas sobre la playa. A ratos, absorto en sus cavilaciones, desviábase a tal punto, que llegando casi a donde reventaban las olas, tenía que dar pequeños saltos para esquivar los dientes fríos y blancos de la espuma que perseguía sus pies huidizos. Cuando hubo andado buen trecho, volvió la cabeza y quedose mirando largamente

las tímidas lucecillas del pequeño puerto, que ya comenzaban a diluirse en las horas. Apartada del montón de casas que se apretujaban contra el rojizo cerro, alzábase la ranchería pobre de los pescadores. Despatarrados ranchos de viejas maderas carcomidas por la brisa salitrosa. Anchas y curtidas redes extendidas sobre gruesos maderos. Botes y cayucos, veteranos del mar. Y sobre la arena, pedazos de roídas maderas que las olas han ido trayendo de quién sabe donde. Enigmáticos trozos de roídas maderas que hacen pensar en naufragios lejanos. Más allá, sobre el agua adormilada de la bahía, se mecía la balandra «Marisol».

«Ahí está la balandra del capitán Gervasio», pensó Fermín, mirando la embarcación. «Y ya va a salir». «No vé, después dicen que consigue más porque tiene suerte y le reza a los santos. ¡Claro! si es el primero que sale siempre y además, es el más viejo. Ajá, y ya está preparando el café. Ahí está la lucecita de la cocina».

Lentamente, con los gestos semidormidos, dejó de mirar el velero y prosiguió. La arena blanda hacía penoso el caminar y resolvió ir a tumbarse al pie de un cocotero. Cerró los ojos y se puso a escuchar los mil ruidos que dejábanse oír en aquella hora apacible. El rumor de las olas llegaba monótono, misterioso a sus oídos. La brisa, teñida de amanecer, aleteaba sobre las crenchas verdes del cocotero, quebrando el armonioso silencio. A ratos oíanse ruidos indefinidos que venían de la tierra adentro. Esos quejumbrosos ruidos, casi humanos, que atraviesan gimientes la quietud de las selvas. Sintió frío sobre el cuerpo todavía caliente y pasose instintivamente las manos sobre los brazos fuertes y bronceados. Frotose los pies uno contra el otro y extendió con fuerza las piernas recias y velludas. «Sí —pensó, mordiendo un largo bostezo— ya no soy un muchacho. Ya no puedo seguir viviendo como hasta ahora, sin trabajar mayor cosa. Debo meterme a un trabajo serio».

Sin querer, como atraído por un imán misterioso, levantó los ojos hasta la balandra del viejo Gervasio.

«¡Caray! si me quisiera emplear. Viajaría palante. Aunque fuera sin ganar nada. ¡Caray! eso estaría bueno; eso estaría bueno…».

Y lo que ahora le sonaba tan nuevo, muchas veces antes lo había pensado. Pero no sabía por qué en ese momento le parecía tan realizable el proyecto.

***

Tan sencillo de que sucediera. Era sabrosa la idea y sobre ella recostó el insomnio y se quedó dormido. Cuando despertó, era casi mediodía.

El sol inundaba el anchuroso ámbito, quebrando en infinitas lentejuelas de luz las aguas de intenso azul. La brisa olorosa a sal, silbaba entre las palmas, levantando sobre la playa efímeros remolinos de fina arena blanca de los corales.

Restregose los párpados con el dorso de la mano y estiró los brazos para desperezarse. Púsose de pies y buscó fatalmente la balandra del viejo Gervasio. Pero ya había desaparecido. Sobre el muelle, que se veía a lo lejos, pescaban los muchachos del puerto. Dirigió sus pasos hacia allá, pero al pasar frente a la puerta del rancho, recordó que no llevaba sus aparejos de pesca y entró por ellos.

El muelle era de anchas y viejas tablas. Sus cimientos, carcomidos por el lamer incesante de las aguas, estaban cubiertos de verdes algas, que flotaban al ritmo de las olas. Fermín, con paso seguro, silbando una tonada porteña, llegose hasta un grupo de mocetones que pescaban.

—¿Quién me regala carnada?, preguntó con voz firme.

Al momento le fue ofrecido lo que pedía, por uno de los pescadores. Ya sabían ellos quién era Fermín González con los puños y no esperaban que repitiera la pregunta. Este sentose al borde del muelle y engarzó lentamente la carnada al anzuelo mohoso. Los compañeros le miraban de reojo, sosteniendo las cuerdas entre los dedos.

A pesar de su temperamento reservado y huraño, sabía ganarse amigos. Ya porque a veces compartía el resultado de su pesca con algún otro que no hubiera tenido igual suerte; ya porque en cierta ocasión defendiera a un debilucho, contra otro más fuerte que intentara atacarle. Aquella vez, que recordaban siempre sus compañeros, saltó con agilidad felina y encarándose con el retrechero lo increpó: «¡Qué fue! ¡qué fue! ¿lo vas a caribeá? ¡Por qué no te pegas conmigo, ya que eres tan macho!»

Pero hoy no estaba él para pescar corocoros o parguetes. Le bullía en la cabeza una idea y se complacía acariciándola en silencio.

—Hasta luego, mis hermanos —dijo al rato, levantándose— sigan ustedes pescandito, que yo voy a buscá otra cosa.

Así hablaba siempre. Jamás sus compañeros supieron de antemano lo que Fermín se proponía. Era enigmático y cuando los dejaba, quedaba entre ellos flotando un algo misterioso.

—Pa dónde irá este —murmuró uno de los muchachos pescadores.

—Guá, él sabrá —respondió otro, malicioso—. La otra noche fue lo mismo. Cuando mejor estábamos en la plaza, se paró y dijo: «Yo me voy a buscá otra cosa». Después me contaron que lo habían visto en el cocal de Don Tomasito, con una mujer; ¡y lo pior es que nunca habla de mujeres!

***

Por las noches sentábanse los pescadores más viejos a conversar en la playa. Las noticias del día cobraban un sabor peculiar en boca de aquellos rudos hombres de mar.

—Pues, sí, cuñao, como le iba diciendo—prosiguió su interrumpida charla el viejo Gervasio— ahora está serio el asunto del contrabando. No es como enantes, que no había necesidad de eso. Se acuerdan, cuando el señó Jiméne estaba en la Aduana. ¡Ah tiempos sabrosos aqueyos, caray! Entonces, pa qué iba uno a contrabandeé, si no registraban y el señó Jiméne se hacía la vista gorda.

—Guá, ¡claro!, interrumpió otro de los contertulios. Y él también metía sus buenos coroticos. ¿De qué créen ustedes, pué, que eran las telas que vendía la señora Florinda, la quería de él, allá en el pueblo? ¡Ah hombre bandío ese, caray!

—Güeno, terció otro, pero eso lo haría él pa distraela, porque entonces nadie compraba en tienda. ¡Como que no había la necesidad!

Aquella noche, Fermín se había acomodado cerca de los pescadores. Estaba inmóvil, tan inmóvil, que ninguno parecía haberse dado cuenta de su presencia. El viejo Gervasio, después de escupir la mascada de tabaco, continuó:

—Güeno, muchachos, mañana salgo pa Pedernales a buscá un cacaíto. Salgo en la tardecita, con el norte.

Poco a poco fue disolviéndose el grupo, hasta que el viejo Gervasio, acariciándose la barba grisácea y áspera levantose y echó a andar hacia su rancho pesquero. Mas a poco volvió la cabeza al sentir que alguien le seguía.

—Guá, muchacho, ¿eres tú?, preguntó a Fermín, pues no era otro quien se le había empatado. ¿Y qué queréis?

—Mire, don Gervasio —comenzó Fermín, con timidez, mirándolo a los ojos enmarcados en hondas arrugas—. Yo no quiero molestarlo, pero oí que usté sale mañana pa Pedernales y bueno, es que usté vé, yo quiero trabajá en un barco y pensé que si usté no tenía inconveniente... Bueno, si a usté le parece bien, nó, yo podría ayudarlo en algo en la balandra suya. Vé, digo, si a usté le parece…

—Uhmm, rezongó el viejo marino, acariciándose la barba, como era su costumbre. ¿Y usté podrá aguantá la brega?

—Guá, yo creo, don, respondió Fermín con seguridad.

—Uhmm, rezongó de nuevo el viejo, y mirando de arriba a abajo al muchacho, le dijo:

—Mire, venga acá, pa decile algo.

—Cómo no, mi don.

El veterano marino margariteño llevó al muchacho hasta un grupo de cocoteros y luego de mirar a todos lados con los ojillos brillantes y desconfiados, le habló:

—Yo conocía a su taita, ¿sabe? Ese era un macho e verdá, sí señó. Le voy a decí: cuando se estaba muriendo, después del balazo que le metió a traición un perro que mentaban Pancho Guerra, que bastante la dio por estos lugares, él me habló de usté. «Gervasio, me dijo, no le quite la vista de encima al muchacho, mire que el muchacho es güeno». Yo no le había querío decí nada a usté, porque desde que lo vi tan rialengo sabía que no era menester que lo remolcaran. Pero ahora, que usté se arrima, le voy a decí que su taita era gran amigo mío, sí señó.

Hizo una pausa, escupió la mascada, y prosiguió:

—Le cuento esto, porque usté estaba muy chiquito cuando eso y no se acuerda. Y le voy a decí otra cosa. Yo no tengo inconviniente en llévalo conmigo en La «Marisol». Pero, mire, es que... yo no voy pa Pedernales.

—¡Pero cómo!, interrumpió Fermín. ¿Y no lo dijo usté esta noche, allá en la playa?

—Sí, mijito, respondió el viejo. Le diré, yo voy y no voy pa Pedernales.

—¿Cómo es la cosa, don? Desplíqueme, porque no entiendo.

—Ay, mijito. Usté se ve que está bien jojoto tuavía. Mire, es que yo pa onde voy es pal caño... ¡bueno! pa un caño que queda puay mismito, a trasbordá unos corotos que vienen de Trinidá y que tengo que llevá pa Bolíva. Pero ¿cómo quiere usté que yo diga eso ahí, ante to ese gentío? No juegue, como están las cosas ahora, que uno no sabe cuál es el vendío y cuál no és.

—De modo, don, ¿que no puedo ir esta vuelta?, inquirió con desconsuelo el muchacho.

—Yo no he dicho eso, usté ve, replicó maliciosamente el viejo. Si usté quiere empezá por ahí, eso es cosa suya. Por eso le dije que su pae era un macho e verdá y sigún dicen: «hijo de gato caza ratón».

Fermín no encontraba palabras con qué responder. El recuerdo ya borroso del padre, cuya figura había retocado con emocionadas palabras el viejo marino, espoleaba su voluntad. Por fin atreviose a decir:

—Bueno, don, yo me tiro al agua, que así dicen es como se aprende a nadá. ¿Cuándo nos vamos?

—Búsqueme por el mueye a la tardecita, replicó el viejo, extendiéndole la mano.

—Descuide, don, respondió entusiasmado Fermín, y apretó con vigor la zarpa amiga, curtida de sol y de aventuras.

II

Esbelta, henchido el velamen, había arribado la balandra «Marisol» a todos los puertos venezolanos. Silenciosa, se adentraba en las bahías solitarias de la costa: ensenadas de profundas aguas dormidas, que son puertos para los hombres libres del mar. Lánguida, como una garza, plegaba sus velas blancas y se abandonaba al suave vaivén de las olas mansas. Su viejo casco abrió rutas por todas las aguas del Caribe, aguantó los violentos temporales de Boca de Dragos y los recios chubascos de los caños.

Hacía tanto tiempo era del viejo Gervasio, que no podía hablarse de este sin asociar su imagen. Para el marino era mucho más que un simple instrumento de trabajo. Era su compañera. Y tantas fueron las aventuras, que la «Marisol» había llegado a consubstanciarse con él mismo. Ella conoció sus secretos, cuando de mozo sacaba una muchacha de un puerto cualquiera, para abandonarla más adelante y trocarla por alguna

otra que le gustara más. Ella supo también de sus angustias cuando en la tempestad el viento filoso acuchillaba las velas, o cuando en la huida del contrabando se oía cercano, acechante, el motor de la lancha del resguardo costanero. Por eso, saludar al viejo Gervasio y no preguntarle por la «Marisol», era más que falta de cortesía. Razón tenía cuando proclamaba orgulloso que solo estando en la paneta del velero, acariciando la rueda pulida del timón, era que verdaderamente se sentía él. La balandra devino así en complemento de su propia personalidad.

La «Marisol», el paisaje abierto, las playas calientes, fueron la escuela para las primeras lecciones de Fermín González. Por ante sus ojos, deseosos de salir del ambiente estrecho del pequeño puerto, desfiló toda una galería de paisajes, todo un mapa de rutas marineras: aguas dormidas de los manglares de Guanta; aguas de hondo zafir del Golfo de Cariaco; aguas misteriosas y remotas de los caños orinoqueños. ¡Playas, playas, interminables playas! Playas doradas de Paria, refugio seguro del navegante perdido en las borrascas del Golfo; camino blando para el campesino que vende sus cosechas por las rancherías de la costa.

Fermín, dotado de un carácter hermético, propicio para volcar en él la confidencia incontenible, se había granjeado la confianza del viejo Gervasio, que encontró en él, persona segura a quien exponer todos sus planes. Resistente al rudo trabajo de marinería, pronto se hizo el hombre de confianza del patrón, y en no pocas ocasiones vieron a este entregarle el timón al muchacho, o encargarle de bajar a los puertos como su representante ante las casas consignatarias de mercancías.

Solo en el mundo cuando le llevó consigo el viejo Gervasio, este había llegado a ser para él como un padre, que era a la vez maestro y compañero. El cariño que sentía por el marino había tomado proporciones insospechadas. Pero sobre la «Marisol» flotaba insensible la tragedia. Esa fatal tragedia que se cierne sobre las vidas agitadas.

Muchas veces habían hecho lo mismo. Se metían por los caños silenciosos y aguardaban las pequeñas embarcaciones que traían mercancías de Trinidad. Trasbordaban los bultos y seguían remontando el Orinoco hasta Ciudad Bolívar. La faena, de tanto practicarla, habíase tornado rutinaria. Era un trabajo más, no distinto de los otros.

Pero esa vez, de pronto, apareció en el caño la lancha del resguardo que perseguía el contrabando. Todo fue confusión. Voces entrecortadas

de sorpresa salieron de los labios ásperos. Botaron los bultos al agua y se dieron a la fuga. Pero el motor pudo más que la brisa pobre que rizaba las aguas del caño. La lancha, —antes apenas un punto—, agrandose poco a poco hasta ponerse muy cerca de la «Marisol». El viejo capitán, aferrado al timón, miraba nervioso las velas que colgaban flácidas, agonizantes, sobre el mástil rígido. El ruido persistente de la lancha taladraba sus oídos, como el ladrido de una jauría hambrienta. Por primera vez sintió temor de verse apresado. Un miedo frío, de impotencia, le humedeció el cuerpo, y un tropel de imágenes desbocadas atropelló sus pensamientos, levantando una polvareda de angustia que lo ahogaba.

Sentíase ya capturado. Despojado de su balandra, de su «Marisol». ¿Y ella misma? ¿Qué iba a ser de ella? La amarrarían de un puerto triste, para que las olas la fueran devorando. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente, inundando sus arrugas hondas.

Desesperado tomó el revólver y comenzó a disparar sobre la lancha.

Se estremeció la quietud del caño. Alzaron el vuelo gritando ásperamente los pericos. Sobre la cubierta de la «Marisol», cayó muerto el viejo marinero. Cayó sin un gesto. Desnuda de gritos la voz.

La balandra, como una garza herida, declinó lentamente, con un dolor temblándole en las velas pálidas, sobre la ribera del caño solitario.

III

Remontando el Orinoco, donde se angosta el río, sobre la orilla izquierda se alza Ciudad Bolívar, prendida en el pecho de las sabanas guayanesas como una flor de piedra.

Sobre las empinadas calles costaneras, adustas casonas avanguardadas por muros de piedra y salientes balconcetes, elevan sus antiguas arquitecturas como una muda evocación de tiempos coloniales. Pétreos cofres que antaño construyera el conquistador español para encerrar las espejeantes riquezas de El Dorado.

Paralela al río imponente —turbio de remoto misterio— la alameda de samanes ofrece el frescor de su sombra buena y el consuelo de sus brisas rumorosas a los hombres que trabajan en el puerto.

Sentado sobre el malecón, el torso inclinado hacia adelante, los pies colgantes sobre el río, Fermín González mira correr el agua, que al

pasar entre La Piedra del Medio y la ribera opuesta, se encresta como la cola de un caimán.

Hace ya algún tiempo de la muerte del viejo Gervasio. Pero la imagen del capitán tendido inerte sobre la cubierta húmeda de la «Marisol», no ha podido borrarse de su memoria.

La escena trágica lo obsesiona y no puede fijar la vista en ninguna parte, sin que al rato se le aparezca clara, vívida, como aparecen las piedras en el lecho de los ríos claros cuando el agua se arremansa.

Un odio espeso se le ha metido en el alma. Por eso se aparta de sus compañeros de trabajo y prefiere sentarse solo sobre el malecón. Solo, sin que nadie venga a turbar la gestación de su venganza. Y la idea turbia —como las aguas del río— se le mete por las venas calentándole los músculos.

A veces crispa los puños y escupe con rabia sobre el río. A ratos vuelve la cabeza violentamente, como si creyera que alguien detrás suyo lo está mirando. Pero tiene que contraer la boca en un gesto de desconsuelo cuando se da cuenta de que nadie se fija en él. Y piensa que a ninguno le importa que él esté sobre el malecón, rumiando solo su odio amargo. Él es uno más: Apenas uno más de los que cargan mercancías en el puerto. Pensamientos contradictorios se entrecruzan en su mente. Quisiera disimular su tristeza. Beber con sus compañeros después del trabajo y reírse con ellos ruidosa pero también siente que necesita de alguien que comparta con él su pena. Alguien, cualquiera, que se llegue hasta él y le pregunte: ¿qué tienes, mi hermano? ¿qué te pasa? Así podría él desahogarse. Contarlo todo una y otra vez. Y podría alzar la voz, cuando la rabia le apretara las palabras.

Pero no es así. Él se ha apartado de los otros y ha ido a sentarse sobre el borde del malecón. Él no bebe con ellos después del trabajo, ni va a escuchar los cuentos soeces de los marineros. Pero nada de eso parece importar a nadie. Él está solo, con esa soledad absoluta que da la ausencia eterna de un ser querido. Él está solo, mucho más solo que antes cuando pescaba en el muelle de su pequeño puerto y no tenía a nadie a quien extrañar. Ahora, no es sino uno cualquiera. Uno más de los que cargan mercancías en el puerto.

Comienza a oscurecer y la noche se insinúa lenta sobre las aguas. Una quietud ancha, inmensa, cubre todo el paisaje y ya son siluetas negras las piraguas que navegan en el río.

Son tiempos malos, de miseria de muchos y riqueza de pocos, y la opresión que tiene su cabeza en la capital, se hace más cruda y bárbara en las tierras provincianas. Todo está a merced de los que mandan. La vida se ahoga en un ambiente saturado de intrigas y un hondo temor se ha metido lento en el alma de los hombres. El trabajo apenas da para mal comer, y de boca en boca se desliza sigilosamente la consigna para la revuelta.

Fermín ha oído esta mañana en el puerto que esa noche sale gente para provocar un alzamiento en el interior. Y esa tarde, cuando acariciaba la idea de su venganza, el recuerdo de lo oído antes le señaló el camino. Él apenas presiente por qué va a pelear. Pero eso no le importa mayor cosa. Meterse en la montonera es la única manera de vengar la muerte del viejo Gervasio. Sí, él tiene que matar a uno de esos. A uno cualquiera, no importa, todos son iguales.

Y aquella noche tibia, Fermín González fue a buscar a los hombres del puerto.

Morichal

I

Más allá del Caroní y del Yuruari, sobre la sabana anchurosa, soleada y sola, apenas manchada por la pincelada verde y fresca de los chaparros; en el centro de la llanura inmensa, porque cualquier punto de ella es su centro, está situado el Morichal de don Julián Becerra.

Allí, la palma moriche obsequia su sombra bienhechora al caminante sediento de espejismos y la proverbial hospitalidad de los Becerra, amos por varias generaciones de la región, da refugio seguro al viajero que viene amasando el polvo y el sol de los caminos.

Morichal Grande lo forman una casa amplia y varios ranchos y caneyes que son las viviendas de los peones del hato, viejos y fieles servidores de don Julián.

Hoy, Morichal Grande está de fiesta porque regresa de la ciudad el joven Vicentico, espíritu amante del campo, de la llanura ilímite, gran amigo de los peones a quienes trata con ese cariño respetuoso de los que han nacido para gobernar. Viene de la ciudad y la imaginación de los peones se desboca al pensar qué les traerá el joven Vicentico, porque no hay viaje de este en que no regrese cargado con algún útil de cacería o alguna tela llamativa para las muchachas del hato.

Ya Pilar, la que lava, se siente vestida con traje de flores estampadas para encandilar a su negro Samuel. También Ramón, el indio, acaricia el lomo de su potro y lo ensilla imaginativamente con algún apero elegante que vendrá por los caminos y llegará de un momento a otro.

En el horizonte la polvareda anuncia la cabalgata. Bebiendo sorbos de viento y de distancias llega al fin, sobre brioso caballo, Vicentico Becerra, el hijo del amo.

Todos salen a su encuentro y hay un ladrar de perros al borde de la trocha.

—¡Salud, niño Vicente!

—¡Salud, niña Pilar! ¿Cómo están los viejos?

—¡Como siempre, regular!

—Hasta luego, pues.

Ya la hija de Filomena lo enlazó con la mirada cálida. Pero Vicentico pasa y la mira de soslayo como diciéndole: espera.

Por la escalinata viene con paso vacilante el ya viejo don Julián. Viene a abrazar al hijo que regresó de la ciudad.

—Bendición, viejo.

—Dios lo bendiga, hijo; parece que fue muy buena esta vuelta que te diste por allá.

—¡Buenaza, viejo!

—Cuéntame, hijo.

Y eran largos los relatos de las aventuras corridas, del alza y baja de los precios, del estado del comercio y de todas las cosas nuevas que pudieran haber, a más de las que inventara Vicentico, para quien una mentira bien dicha valía tanto como una verdad.

II

El reparto de los regalos es emocionante. Todos tendrán algo y nadie sabe si el niño Vicente le adivinó el pensamiento.

—Mira, indio Ramón, aquí está la silla.

El indio se acerca silencioso y apenas balbucea las gracias, porque el cuero brillante lo ha encandilado.

—Aquí está la escopeta para el cazador, negro Samuel.

—Bicha sabrosa, silba el negro, ¡ahora sí es verdá que se van a acabá toítos los venaos de estos contornos!

—Niña Pilar, venga acá. Acérquese para que se pruebe esta telita floreada.

—Ay, niño Vicente, ¿por qué se fue a molestar? No juegue. Dios se lo pague.

Sobre el cielo estático del atardecer las estrellas ensayan nerviosas vacilaciones. Hay un olor a vacada cuando llega la brisa de entre las verdes palmas. Los moriches se cimbran ∫y susurran palabras menudas que caen en el agua del riachuelo o se quedan suspensas entre las manos largas del aire. Todo es quietud en la inmensidad silenciosa y las fogatas sonrojan la tarde con sus caricias cálidas.

III

Don Julián lee un libro al parecer interesante que le ha comprado Vicentico, mientras este se deleita oyendo los cachos del negro Samuel, quien como buen cazador es famoso embustero, amigo de contar cuentos fantásticos.

Parece como si la llanura influyera tan marcadamente en la imaginación del que se mete en ella, que al regreso es imposible librarse del deseo de contar algo enorme, fantástico y alucinante.

Vicentico explica el manejo de la escopeta automática al negro Samuel, porque la otra era distinta, y el peón está que se vuelve loco pensando que es imposible errar un tiro con tan buena arma.

—¡Ah, nó, niño Vicente! lo que es el domingo hay que salí a echá un lance.

—¡Claro! eso por descontado. Y mire que vengo con ganas de echar unos tiritos.

—¡Palo e cacería va a sé esa, caray! Pero eso sí, hay que llevase al hijo de Encarnación: el que apellidan «el Mapa».

—Bueno, dice entonces el joven levantándose, arreglen los peroles para el sábado en la noche, cosa de salir por la madrugada. Y no olviden de llamarse a «el Mapa».

La figura de Vicentico —alto y bien plantado— se aleja perdiéndose entre los matorrales que bordean el camino hacia la casa.

—¡Ese Vicentico es un terciazo, caray! —exclama el negro Samuel, acariciando el cañón empavonado de su escopeta nueva.

—Que si és —asienta el indio Ramón— ¡pa él sí provoca trabajá!

Los grillos entonan su monótono canto rasguñando el aire de vidrio.

IV

Madrugada fría. La brisa pasea por los corredores y se enreda entre las verdes crenchas del morichal.

Los hombres salieron de sus ranchos y las fogatas les dieron su aliento tibio. Se frotan las manos saboreando la taza grande de café, excitándose los músculos en ansias de partir para la selva. El ladrido cónico de los perros hace gemir el aire en un dolor transparente.

Ya caminan hacia la semioscuridad inmensa, repleta de sorpresas. Ya se meten en el monte bravío donde hay que andar con cuidado porque entre los bejucales, o bajo las hojas secas, el hilo de la culebra está tejiendo la muerte.

Son cinco y todos van armados. Los pasos cautelosos pisan las hierbas y las hojas y salta de rama en rama el líquido vaivén acompasado de las cantimploras.

El muchacho baquiano, apodado «el Mapa», camina con pasos menudos y rítmicos a la cabeza de los cazadores. Cuando el camino se bifurca, el guía se para instantáneamente; inclina el torso y perfora los chamizales con sus ojillos pequeños y brillantes. Localiza un determinado árbol, señala el rumbo y camina de nuevo con pasos menudos y acompasados. Las tórtolas espantadas tabletean el aire y lanzan su canto lánguido que se pierde entre el monte. Sobre las ramas más altas de los árboles juguetean las ardillas y aves de cálidos colores se columpian raudas entre las ramas y la brisa.

Después de caminar algunas horas llanura adentro, cuando ya escasean los moriches y se complica el tejido de los bejucos, el negro Samuel —cazador experimentado— se agacha y palpa la arena con sus dedos callosos.

—Puaquí pasaron los venaos. ¡Mira la güella, fresquecita!

Después, cuando las palabras se han disuelto en el aire quieto, prosigue:

—Mire, Vicente, quédese usté en este clarito, que ahí mismito está el charco y ahorita deben de bajar los venaos. Yo me voy a ir dejando los otros muchachos en sus puestos, pa entonces colocarme en el bejucal que queda más arribita. Ya usté sabe dónde queda y si necesita algo no tiene más que llegarse hasta allá.

—Bueno, negro, como usted diga.

Casi sin palabras siguen los otros hombres al cazador Samuel y poco a poco van desapareciendo en la maleza.

V

El charco inmóvil, de aguas espesas, refleja la silueta de los árboles. Solo se oye la voz honda del silencio, roto apenas por el quebrarse de algún bejuco lejano que denuncia el paso de los hombres.

Vicentico está inmóvil vigilando el charco, en cuyas orillas fangosas se ven las huellas hondas que dejaron los venados. Menuda lluvia de sol que se filtra entre las hojas cae sobre el cañón de la escopeta y el imperceptible movimiento del joven hace guiñar el acero empavonado.

Estaba cálido el aire y todavía no había regresado el negro Samuel. Vicente explora el bosque con los ojos. Los animales parecen haberse adelantado a los hombres y bebieron agua antes de llegar estos. Pero la soledad y el paisaje inmóvil terminan por incomodarlo y después de algunas horas de infructuosa espera, resuelve ir hasta el punto del negro Samuel.

Pero no hubo andado algunos metros cuando el suelo floreció en caminos, todos iguales, con una identidad desesperante. Quiere volver atrás, más no puede distinguir por cuál ha venido. Toma el que más se le parece, pero bien pronto se encuentra con unos inmensos e inviolables bejucales. Da vueltas como preso entre los barrotes verdes, pero no logra encontrar el camino. Emprende otro presurosamente y sigue por él algún tiempo hasta salir a un claro de sabana, inundado de sol y donde solo se oye el canto de las tórtolas que atraviesan el silencio como flechas sonoras. Quédase mirando la sabana, pero no logra arrancarle el secreto de sus mil caminos y por sus mejillas tostadas se deslizan lágrimas de angustia que el viento cálido se lleva.

Logra remontar un pequeño levantamiento y desde allí examina el horizonte. Pero sus ojos ya cansados forman con las pequeñas palmas figuras humanas que parecen hacerle señas. El espejismo se esfuma y cambia al mirarlo con fijeza y el aire ondula ante sus ojos como sierpes transparentes. De su garganta reseca brota el grito desesperante y árido que se pierde ante la muda inmensidad y el seco aletear de las tórtolas asustadizas es la única respuesta a sus llamadas.

Bebe un sorbo de agua, que antes fresca se ha entibiado por el sol quemante, y ensaya un nuevo grito que tiene vibraciones de angustia. Esa angustia inmensa y sólida y ancha que se apodera del perdido en la llanura.

VI

El negro Samuel, allá muy lejos, reunió los otros hombres y buscan a Vicente donde lo habían dejado. Pero son infructuosas sus pesquisas. Registran los matorrales con minuciosidad, pero en todos la soledad sale a su encuentro. Ya parece que no hubiera un solo rincón por remover en toda la llanura y sin embargo no aparece el joven Vicente.

Grita el negro Samuel. Llaman los otros hombres y sus voces se estiran y se pierden sin eco que se las devuelva. El sol ha pasado el cénit y se desmaya como un papagayo luminoso. Los chamizales se tiñen de una luz violácea y lila y los árboles contemplan mudos la angustia de los hombres.

Samuel, el negro cazador, dejó caer las palabras que estremecieron la llanura:

—¡Se perdió el niño Vicente!

VII

En el marco de la puerta, don Julián espera impaciente el regreso de los cazadores. Cuando llegaron, todo fue agitación en la casa y los caneyes se llenaron de quejas y lamentos. El viejo amo ha caído enfermo y no encuentra consuelo en las esperanzadas palabras de los peones.

Mañana no habrá trabajo y se formarán cuadrillas para salir en busca del perdido.

La madrugada soñolienta los vio meterse en la selva. Los hombres andaron muchas veces el complicado tatuaje de los caminos. Pero pasaron tres días y ni un rastro siquiera denunciaba la cercanía del joven Vicente.

El negro Samuel colgó varios venados entre los matorrales, pero al día siguiente solo una carroña habían dejado los zamuros. Ya comenzaban a desesperar, cuando a eso del mediodía se oyeron tiros lejanos. El sol tostaba los caminos y el aire vibraba perforado por el canto afilado de las chicharras.

Metidos en la maleza, Ramón el indio, de mirada dormida y penetrante, descubrió entre la hojarasca una polaina endurecida por el agua y el sol. La huella tortuosa, visible solo para el baquiano, y que se perdía a ratos, conducía a un claro de sabana donde había una laguna de aguas verdosas y muertas. Las riberas fueron exploradas y de repente, en el medio de unas hierbas acuáticas, altas y frescas, que crecían junto al pantano, saltó una figura humana gritando nerviosamente.

De cada garganta salieron gritos:

—¡Epa! ¡Ahí está el niño!

—¡Pégatele atrás, indio Ramón, y no lo dejes coger el monte!

Corría velozmente Vicente, a quien la soledad de la llanura había desequilibrado los nervios, produciendo en él esa locura peculiar de los perdidos en las inmensas soledades, que huyen ante la presencia de los hombres y se internan en el monte para convivir con los animales.

Pero la extenuación debilitó a poco la loca carrera y Ramón, el indio veloz, cayó sobre el joven logrando sujetarlo, junto con los otros que acudieron prestos.

Toda su cara aparecía hinchada por las picaduras de los mosquitos. Dentro del marco negro y revuelto de la barba, los ojos desorbitados indicaban, en su llamear constante, la locura interior. El cuerpo, apenas cubierto por sucios jirones del vestido, estaba surcado de rasguños hondos.

Habló el negro Samuel, con su voz quejumbrosa y desesperante:

—¡Se volvió loco el niño Vicente!

Las bombas de fango que reventaban en la superficie de la laguna, se burlaban de la angustia de los hombres.

VIII

Reverdeció la sabana y se volvió a secar. Ya Vicente gracias a los innumerables cuidados y al completo reposo, fue recobrando la razón. Hablaba ya, si bien la voz era pausada y espesa. Don Julián, pasadas la angustia y la pena de los primeros días, notábase satisfecho de la notable mejoría del hijo, y cuando este sanó completamente —ya iba a cumplirse un año desde aquél día— la peonada entusiasta organizó un joropo en honor del niño Vicente, el hijo del amo.

Las mujeres colgaron en el patio papeles de color y los hombres adornaron la noche con sus cantos. En el aire se mezclaban el olor de la carne que estaba sobre el asador y el que despedían los hombres alegres y sudorosos. El aguardiente trajo las coplas por los caminos oscuros del pensamiento de los peones y hubo contrapunteos y galerones picantes.

Vicente reía con el canto y las palabras de los hombres alegres y sudorosos, y oyendo la música cadenciosa que saltaba de los dedos ágiles del arpista y se enlazaba y fundía con el chischear seco de las maracas, se quedaba mirando fijamente la sabana ancha, misteriosa y muda, mojada por la luz amarilla y friolenta de la luna.

En sus ojos húmedos y como ausentes, había la terrible expresión remota del que se hubiera muerto algún día.

Aguamarina

1

Sobre el lomo azul de las olas cabalga la goleta «Agua Marina». Es casi mediodía y cada gota de mar es un pequeño sol que enceguece los ojos del viajero. El viento cálido y fuerte hace temblar las velas en un aletear blanco.

Acostado en la proa, Felipe Febres, abstraído, las manos entrelazadas bajo la nuca, contempla cómo la brisa esculpe exóticas figuras en la blancura de las nubes.

La ronca voz del capitán anunciando la aparición de la costa lo hace ponerse de pies de un salto. Dirige la mirada hacia donde señala el índice del marino y, efectivamente, descubre una oscura faja de tierra que asoma tras el horizonte. La última vez que vio esa costa fue hace muchos años cuando todavía era muy niño. Desde entonces, solo ha podido imaginársela por las pinturas que de ella hacen sus padres en las tertulias familiares, allá en Caracas, allá muy lejos.

A los pocos momentos a la costa le ha nacido un puerto y muchos caminos: y techos de zinc, de tejas, de palmas. Todo se hace más nítido y hasta pueden verse unas pequeñas manchas que se mueven indiferentes por las calles mudas y llenas de sol.

Ha llegado el momento de arriar las velas y soltar el ancla. Cuando se llega al puerto, de regreso de un largo viaje, la goleta es como un inmenso corazón. Palpitan las velas al embate del viento. Palpitan también los pechos de los marineros.

En el bote de la goleta van los tripulantes hacia el muelle. Felipe Febres fija su mirada en un grupo de hombres que desde allí parecen

hacerle señas. Siente ansias de llegar. Pero los remeros son fuertes y en poco tiempo es salvada la distancia. Antes de saltar a tierra Felipe mira por última vez la blanca «Agua Marina» que se mece tranquila a sus espaldas. Pero lo intrigan esos tres hombres que permanecen en el muelle y que se acercan a él apenas pisa las húmedas tablas. Hace un esfuerzo por recordar y las tres caras se trocan en tres rostros amigos.

—¡Salud, Felipe!

—¡Qué hubo!, ¡cómo están!, contesta el joven y abraza a un moreno que le tiende el brazo cariñosamente.

—Este es... ¡Ah! ¡Asunción Montilla!

—Muchacho, tienes buena memoria, celebra el aludido, un hombre de tez bastante oscura con cuerpo de joven y cabeza de anciano.

—Cómo no me voy a acordar, si no has cambiado nada. Y eso que hacen ya, ¡dígame!, como quince años, ¿verdad?

—Sí, hace ya mucho tiempo de eso, contesta el negro con voz nostálgica.

Asunción Montilla es uno de esos hombres que tienen la lealtad por norma de vida, siempre dispuesto a defender los intereses de aquellos que han sido buenos con él y con su familia.

Preguntó a Felipe por los viejos y como este le dijera que su padre seguía enfermo, le habló con voz pausada:

—Es que ya vamos pa viejos, Felipe. Tú nó. Tú estás empezando a viví. Por eso me alegro de que hayas venido a conocé tu pueblo. Porque es casi como si lo vieras por primera vez.

Hizo una pausa y continuó:

—Es bueno que hayas venío. Uno no debe nunca olvidá su pueblo, porque aquí es donde están los verdaderos amigos del viejo, que son también tuyos si sabes portarte como él con nosotros.

Por la calle asoleada van los cuatro hombres. Más, solo Asunción y Felipe hablan. Los otros dos —altos y fuertes, curtidos los rostros aindiados— marchan silenciosos, cuando aquel quiebra la conversación:

—Ah, mira. ¿Tú no conoces estos muchachos? Son los hijos de Eufrasia la que te cargó a ti.

—¡Mucho gusto en conocerlos!, celebró Felipe, extendiendo la mano que fue apretada con vigor por los dos mocetones, a tiempo que decían sus nombres, pero en un tono tan bajo que Felipe no pudo oírlos.

El negro los sacó del apuro con su soltura habitual:

—Este es Pedro, el mayor. Y este es Evaristo. El pae de ellos es musiú Luis, el de la bodega. ¡Mira! y precisamente, aquí está la casa de Eufrasia. Vamos a entrá un ratico, porque ella de seguro que se va a alegrá mucho cuando te vea.

Por una angosta puerta penetraron en la casita de la negra Eufrasia. Cuando estuvieron dentro, Asunción hizo señas a Felipe de que esperara, diciéndole:

—Espérate aquí, vamos a írtele a llamá.

Felipe, una vez solo, paseó la mirada por las humildes paredes encaladas. Colgaba de un viejo clavo el paisaje lunar de una tapa de caja de bombones, a cuyo alrededor se agrupaban en sana confusión imágenes de santos y retratos de artistas de cine. Un ruido en la puerta lo hizo volver la cabeza. Eran dos rapazuelos —casi desnudos— que lo espiaban hacía rato. Pero no bien los hubo mirado cuando corrieron como espantados, riendo pícaramente. Sonrió para sí y no tuvo más que ampliar la sonrisa cuando asomaron, la negra Eufrasia —arrugada y de cabeza blanca—, Asunción, y más atrás los dos muchachos.

—¿A que no sabes quién es ese?, preguntó simpáticamente el negro.

—Uhm... no... no sé. Pero tiene una cara conocía, contestaba la negra con lentitud y haciendo un esfuerzo para ver mejor.

A Felipe ya le dolía la cara de sostener tanto la sonrisa, cuando Asunción irrumpió con una risa bonachona y estridente:

—¿Qué? ¿No lo conoces? —y explicó por fin—: ¡Ese es el hijo del doctor Febres!

—¿Del doctor Febres con quién?, preguntó la negra con un brillo nuevo en los ojos.

—Guá, ¡con quién va a se, pué! Con Romelia García, mujé. Pero, ¿es que no te acuerdas? ¡Si tú lo cargaste a él cuando estaba chiquito!

La mujer —localizando al fin el recuerdo— exclamó:

—¡Felipe, mijito!, ¡pero si eres tú! Qué iba yo a conocéte, si tas vuelto un hombre ya. Ven acá mijito, pa que esta negra te de un beso. Esta negra que tanto los quiere a ustedes.

La negra pasose las manos por la falda grasienta como si quisiera limpiárselas, y poniendo una a cada lado de la cabeza del joven, le dejó un beso suave y húmedo cerca de la oreja.

Aquel beso de negra buena, casi era un beso de madre.

2

Esa tarde salieron Asunción y Felipe. Este oía atento las explicaciones del negro viejo acerca de los últimos progresos del pueblo: las calles nuevas, los nuevos edificios. Y al desembocar sus caballos en una calle ancha aún no concluida, dijo Asunción:

—Tú ves. Por aquí es que pensamos abrí la avenía. Pero resulta que el cura no quiere vendé la capillita esa que está ahí y que nos está estorbando el paso. Por eso no se han podido seguí los trabajos.

—¡Siempre la Iglesia interponiéndose al paso de la civilización!, exclamó el joven con la satisfacción de quien cree haber logrado una frase feliz.

—Uhm, rezongó el negro. ¿Tú como que también tienes esas ideas de toos los que vienen de allá de Caracas? Déjate de eso, Felipe, mira que aquí to el mundo es muy cristiano.

Luego, aclarándose el pecho, continuó:

—Bueno, po aquí es que pasa la avenía y va a tené a la playa.

Y acompañando sus palabras con un gesto amplio, agregó:

—Vamos a lleganos hasta el río, pa que lo conozcas.

—Ah, sí hombre, vamos hasta allá —aceptó Felipe— y dieron media vuelta a sus caballos.

A la salida del pueblo se arrastra una angosta trocha que conduce al río, bordeada de altos y gruesos árboles. Los pájaros no cantan ya y sobre el cielo de un azul desvaído, brillan los primeros luceros. Es la hora del recogimiento y solo vibra en el aire el monótono concierto de las ranas y los grillos, interrumpido a ratos por los toques de la campana que salen de la capilla del pueblo y van a perderse en la vecina selva.

Los cascos de los caballos tamborilean sobre la tierra dura y Felipe hace esfuerzos por montar como Asunción, que parece como si formara un solo cuerpo con la silla y la montura. Ya se oye correr el río cuando los paseantes advierten la presencia de tres niñas que caminan en dirección opuesta a la suya.

—Ahí vienen las muchachas de bañase —apunta Asunción, interrumpiendo el prolongado silencio. Felipe tose ligeramente e inquiere con aparente indiferencia:

—¿Quiénes son esas?

—Son las hijas de Francisquito Rodríguez. La mayor es muy graciosa, ¿verdá?

—Sí —apoya Felipe, despectivamente—, aunque en realidad se ha dado perfecta cuenta de las excelencias de la muchacha.

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando se encontraron. Echaron los caballos hacia un lado y Asunción, frenando el suyo, saludó con el sombrero en la mano:

—Buenas tardes, niñas. ¿Como que vienen del río?

—Sí, nos fuimos a bañar, contestó la mayor, niña ya casi mujer. Tenía negros pelo y ojos y la piel ligeramente morena le envolvía el cuerpo esbelto y saludable.

La presentación no se hizo esperar.

—Mira, Flor. Te voy a presentá un paisano. Y señalando a Felipe: El es hijo del doctor Febres, muy amigo de los tuyos.

El joven desmontó del caballo con toda la elegancia que le fue posible y descubriose cortésmente.

—¿Por qué se fue a molestar?, dijo Flor con voz blanda, entreabriendo la boca jugosa.

—¿Molestia? No, no lo crea.

La mirada penetrante y quizás demasiado atrevida para ser la primera, terminó por ruborizarla.

—Bueno, nos vamos porque ya es tarde, apenas pudo decir la muchacha no acostumbrada a ser mirada de esa manera. Y tomando de las manos a sus dos hermanitas se despidió presurosamente.

No habíanse alejado mucho, cuando Asunción —sospechando las intenciones de Felipe— creyó prudente advertirle.

—Oye, ten cuidáo con esa muchacha ¿sí? Mira que esa es la novia de Pancho Acosta.

—¿Y, ese quién es? —preguntó Felipe con aparente indiferencia.

—¿Ese? Uhm... ¡ese es un tercio atravesao!

Y luego, aconsejando:

—Te lo digo porque yo conozco. ¡Patiquincitos así como tú a toda muchacha le bajan el ala!

***

Cuando regresó a la casa ya los niños jugaban bajo el farol de la esquina y en los charcos de la calle florecían las estrellas. En la puerta lo esperaba la abuela. Una viejita como todas las viejas. Vestía traje de medio luto y calzaba pantuflas. Luego de hacerle algunas preguntas inútiles (que si había ido al río, que si le había gustado su pueblo), pasaron al comedor.

Misia Pilar mastica penosamente. El bizcocho es demasiado duro para sus encías desdentadas. Por eso, antes de comerlo, tiene que sumergirlo una y otra vez en la taza de café con leche.

Felipe no siente ganas de hablar y sus miradas pasean errantes por la casa chocando contra las paredes como una mariposa encandilada. Una muchacha negra y huraña se lleva los platos.

***

El joven se pasea nerviosamente por la habitación. Le disgusta pensar que debe ir a reunirse en el botiquín de Musiú Luis con algunos amigos que ha conocido hoy.

—Dígame eso —exclama para sus adentros— ¡ir a jugar dominó ahora! Y con las ganas que tengo de llegarme hasta la casa de esa muchacha a ver si está asomada a la ventana.

Piensa un poco y logra calmarse.

—No, más bien voy a ir. Después esos individuos se pueden fijar y contárselo a Pancho Acosta.

***

En el botiquín de Musiú Luis charlan tres jóvenes.

La figura alta y musculosa de Pancho Acosta contrasta con aquella de los otros dos: Luis Romero y Antonio Hernández. Ambos flacos y biliosos. El calor y el humo de los cigarrillos espesan el aire. Por eso deciden jugar en el corredor donde hay brisa. El amarillo de la luna se arremansa en la copa de los árboles que la noche hace más altos. A lo lejos se mueve una mancha oscura. Es el mar.

Apenas han jugado un partido cuando Felipe se levanta para irse.

—¿Qué? ¿Te vas a ir cojo?, dice chancero Pancho Acosta. Y agarrándolo por la manga del saco, agrega: ¡No juegue, chico! Un solo palito! Mira que pájaro no vuela con una sola ala.

Golpea con fuerza sobre la mesa y grita:

—¡Musiú Luis!

Cuando Felipe se acostó ya cantaban los gallos.

3

Las tres de la tarde. El calor es tan intenso que la ropa se pega al cuerpo con el sudor. Felipe se ha metido en el chinchorro que atraviesa en diagonal la habitación y fuma cigarrillos uno tras otro incesantemente. Con el humo suben sus pensamientos en espirales azules y se pierden en el aire. No ha traído ni siquiera un libro que leer. Sobre una mesita hay una revista. Comienza a mecerse hasta que puede alcanzarla. Es de varios meses atrás y las noticias que trae no tienen ningún valor ahora. Después de mirar algunas páginas la tira violentamente en un rincón.

—¡Qué fastidio!, grita a media voz.

Da vueltas en el chinchorro pero no logra ponerse en una posición cómoda. Por la ventana que permanece abierta, se cuela una musiquita monótona. Es sin duda una niña del pueblo que ensaya su lección de piano. Las escalas que se suceden sin interrupción terminan por dormirle. En el patio el tinajero canta su canción pequeña.

4

Ya se han ido los días monótonos y con la madrugada y las brisas olorosas a campo bajaron de los cerros los campesinos rudos. También hoy son menos los barcos que se fueron a la mar.

Por la noche hay película en el pueblo. Frente a un viejo corralón se aglomera una multitud de niños y personas de todas las edades en espera de que abran la puerta. Los más se distraen mirando las carteleras que cuelgan de la pared. Otros comen hielo raspado con jarabe.

—¡Qué hubo, pues! ¡Cuándo abren! ¡Ya son más de las ocho!, gritan los muchachos, metiendo un ruido insoportable y golpean la puerta

con los puños. Todos quieren entrar los primeros y enarbolan sillas y banquillos, porque en el Cine «Rex» —que es el único del pueblo— cada persona debe llevar su entrada y su silla.

Ya se han apagado las luces y todavía los muchachos no encuentran acomodo. Comienza un verdadero carnaval de voces.

—¡Vamos a sentarse, pues!

—¡Epa vale, tú crees que comiste vidrio!

Sentados en un banco, Felipe, Flor y otras amigas ríen de las ingenuidades de los niños del pueblo y a los pocos momentos termina la primera parte. La pantalla se ilumina como una ventana que se abre de pronto en un cuarto oscuro.

Aprovechando el corto receso, comienza de nuevo la algazara.

—¡Maní, manicero, yevo er maní! ¡Tostaíto, salaíto, yevo er maní!

—¡Epa manicero, zúmbame un paquetico!

—¡Qué vá, mi vale, zumba tú la locha primero!

Sobre la pantalla, que la tenue brisa hincha como una vela, se proyecta la silueta de una mujer casi desnuda. Es la propaganda de un conocido jabón. De entre la multitud de cabecitas negras se levanta una mano. La sombra del índice vaga por la pantalla. Pero apenas ha rozado la silueta, una voz de mujer autoritaria se levanta.

—¡Niño!, ¡no sea vulgar!

—¡Qué vá, vieja chocha!, contesta burlonamente una vocecita anónima, y se desmaya la sombra del dedo.

5

En el pueblo impera la ley del mejor dotado. Por eso Flor, la más bonita, es la novia de Pancho Acosta, el más fuerte. Pero la muchacha romántica no puede resignarse a esperar apenas. Piensa en el fuerte mocetón y se dice para sus adentros: «Sí... casarnos. Y, después... Los hijos que seguramente vendrán. Y dejar que pase el tiempo; para que el día menos pensado sentir que se es una viejita arrugada. ¡Eso es!... una viejita... y nada más».

Por las tardes, pasea por el muelle y mira los barcos partir. Los sigue con la vista hasta que se han metido bajo el horizonte. Y si en mirando el mar alguien le preguntase:

—Flor ¿qué te pasa?

Contestará enseguida moviendo nerviosamente los ojazos negros y húmedos:

***

—Nó, no es nada. Es que la brisa me hace llorar.

Una atmósfera de humos y alientos envuelve todas las cosas en el botiquín de Musiú Luis. Afuera la noche es negra. El mar se presiente a lo lejos por el ronco rumor que trae la brisa leve. Alrededor de una mesa juegan cuatro jóvenes del pueblo. Se abre la puerta y llega Pancho Acosta. Después de sentarse detrás de Luis Romero, grita como siempre:

—¡Musiú Luis!

El rubicundo italiano, que estaba medio dormido sobre el mostrador, atiende a los pedidos. No se oye más que el golpe seco de las piezas sobre la mesa de mármol grisáceo.

«¿Por qué me habrá dicho que esta noche no se iba a asomar a la ventana?», se pregunta Pancho Acosta, mientras se limpia las uñas con una navaja grande que siempre lleva consigo.

—Mira, juega esa. Anda, pues —le dice al muchacho flaco que vacila mucho antes de jugar.

—No ves, por no jugar la que te dije.

Luis Romero pierde poco a poco la paciencia. Su frente está bañada en sudor. Pancho Acosta sigue bebiendo y da codazos al muchacho. De repente este —ante el asombro de los amigos— se levanta.

—¡Sí hombre, está bien! ¡Por qué no vas a ocuparte de tu novia en vez de meterte en mi juego!

La mano fuerte de Pancho Acosta lo agarra por la camisa y ya va a descargarle un puñetazo, cuando interviene otro de los que juegan.

—¡No, Pancho, no! Si él te lo dice es porque tiene razón. Nosotros que somos tus amigos te lo ponemos en cuenta. Ten cuidado con ese patiquincito, mira que ya lo hemos visto varias veces dándole vueltas a Flor. ¡Ten cuidado!

Por la calle solitaria, sucia de noche y tinieblas, camina Pancho Acosta tambaleándose. Va regando maldiciones por el camino. Está cegado

por la ira y el alcohol. Se para en la esquina y tiembla. Siente un frío que le baila por el cuerpo. Está solo y la noche es negra. En la ventana de Flor hay un bulto oscuro que a veces se confunde con las sombras que duermen en la calle. Es Felipe Febres.

En la noche negra brilló la navaja como un pez que se voltea en el agua.

Cuento gris

I

El reloj de la vieja catedral dejó caer seis campanadas. Recostado a la barandilla de la plaza, confundido entre la apresurada multitud de transeúntes, estaba un hombre de aspecto nada trascendental. Sus piernas, bastante cortas, se arqueaban al peso de su abultado estómago que parecía invadir el sitio reservado al pecho. El hombre fumaba hacía ratos un tabaco, pero al escuchar las campanadas, alzó la vista hasta la torre. «Las seis de la tarde ya», musitó entre dientes. Sacó del bolsillo del chaleco un reloj de oro. Apretó la parte superior con la yema del pulgar y la tapa saltó suavemente. «Estoy atrasado», pensó, y volviendo a mirar el reloj de la vetusta torre, para hacer un preciso cotejo, hizo mover las pequeñas manecillas hasta que señalaron la hora exacta. Cerró luego lentamente el reloj y lo guardó de nuevo.

La noche iba encendiendo los faroles que bordeaban la plaza y los avisos luminosos hacían guiños periódicos a los transeúntes. El hombre gordo, sobre cuya cabeza se insinuaban algunas canas, aspiró con fruición el pequeño trozo de tabaco que le restaba y tiró la colilla al suelo. Luego acercose a un pregonero que voceaba con furor un diario vespertino. Compró un ejemplar, miró con ojos interesados los grandes titulares, lo enrolló cuidadosamente y lo metió debajo del brazo. Caminó hasta la parada de los tranvías, fue recorriendo con los ojos los que allí estaban estacionados y subió a uno de ellos. Acomodose en un extremo del banco, sacó de debajo del brazo el diario y comenzó a hojearlo. Después de un largo rato, el necesario para llenar el tranvía e impacientar a todos los pasajeros, partió rechinando el pesado vehículo entre un escándalo de estridentes cornetas y disonantes campanas.

***

Este hombre, que después de fumar un tabaco en la barandilla de la plaza y comprar su diario, subió al tranvía, era Jacinto Ramos, viejo empleado en una casa de comercio de la capital. Hacía muchos años trabajaba allí y casi nunca había faltado a la oficina. Era realmente un hombre puntual. Por tanto su vida era en extremo monótona. Pero él de nada se quejaba. Para él, que tenía una sensibilidad plana y sin complicaciones, los placeres no significaban mayor cosa. Satisfecho estaba de poder vivir, aunque no muy holgadamente, con su mujer en una casita apartada del centro de la ciudad, y de tener todos los días con qué comprar un tabaquito y fumarlo lentamente, recostado a la barandilla de la plaza viendo pasar la gente. Difícilmente se hubiera encontrado un hombre más conforme con la vida que este Jacinto Ramos.

***

La casa donde vivía era muy pequeña y estaba situada cerca de un puente. Tenía una sola ventana y el piso del zaguán era de cemento muy pulido y brillante. Nada original era aquella pobre vivienda, construida a la salida de un alto puente, por debajo del cual se deslizaba un hilo de agua turbia, entre piedras resbalosas y hierbas acuáticas.

El barrio era por lo común tranquilo. Los automóviles pasaban raudos por la calle y nunca se paraban allí. Apenas de vez en cuando, movía la calma de aquel remanso de la ciudad el suicidio de alguno que, hastiado de la vida, se arrojaba al vacío por el puente e iba a estrellar sus huesos contra las piedras babosas del fondo. Entonces, cuando esto ocurría, el puente se llenaba de gentes. Todos los habitantes del barrio se asomaban por la barandilla y descolgaban sus miradas curiosas para ver el cadáver del suicida. Y había veces, cuando en torno al desgraciado se tejía una leyenda romántica, que hasta se llegaban al apartado y lúgubre puente señoritas de sociedad, pintarrajeadas y escandalosas, y luego de disecar la reputación del difunto con sus palabras afiladas, partían en lujosos coches dejando sobre las gentes sencillas del barrio la estela de sus risas enfermas.

Pero después que el atractivo de lo inesperado habíase desvanecido, cada quien volvía a sus ocupaciones cotidianas, el barrio quedaba otra

vez en silencio y el agua gris, bajo el puente, seguía deslizándose, lenta, entre las piedras babosas, como una serpiente de pesadilla.

II

Aquella casita verde mate, de una sola ventana y con el zaguán de cemento muy pulido y brillante, no tenía otro distintivo sino un número pintado sobre una plaquita de zinc que estaba clavada en la pared encima de la puerta de entrada.

En el interior, todo era modesto. Un corredor con desflecados muebles de mimbre. Sobre las paredes, litografías amarillentas con lejanos desiertos de Arabia y árabes estáticos sobre camellos lánguidos y pensativos. Un patiecillo angosto donde había muchas macetas con flores; y una salita oscura, llena de antiguallas, muebles destartalados y muchos retratos de viejos bigotudos, mujeres de altos bustos y niñitos en traje de primera comunión. En aquella salita oscura, con un olor a humedad antigua, parecía haberse detenido el tiempo.

Años atrás, en una internada ciudad provinciana, Jacinto Ramos se había casado con Tula Quiroga. A veces gusta de recordar aquellos tiempos idos, cuando en las noches tibias visitaba a la novia de entonces. Y la evoca exacta, con sus sonoros vestidos de alto polisón y sus manos blancas, aleteando graciosamente sobre el teclado del piano familiar. Mas, el tiempo pasa y va cambiando las gentes y las cosas. La vejez se llega con sus pasos algodonados y los colores de la juventud se apagan despacio, insensiblemente, a la sombra de los años.

Pero si es verdad que ahora Tula luce gorda y floja y su nariz ha perdido el recto perfil de los años mozos, todavía tiene su misma bondad. Esa bondad inquebrantable de las mujeres de ayer.

Por eso a Jacinto no parece faltarle nada. Claro está que deben llevar una vida tasada en cuanto a gustos y placeres y también es cierto que tienen pocos amigos, pero eso no significa gran cosa. ¡Pero para eso poseen ellos la sabiduría del pobre, que de mendrugos sabe hacer un banquete! Y en cuanto a los amigos, ¡ya tienen ellos los necesarios! Además, a veces reciben visitas de viejos amigos de su ciudad natal quienes siempre traen sabrosas noticias del terruño provinciano.

Pero hay algo que incomoda sobremanera a Jacinto. Y es que su mujer es en extremo celosa. Realmente, él no llega a comprender el motivo de esos celos. ¡Como si él fuera hombre de esas cosas! Y además, a su edad, ¿quién va a fijarse en él?

Pero el motivo no está en las apariencias externas. Es la vida misma, difícil y desesperante, que hace a Tula sentirse preocupada. Porque sus celos son efecto de simples preocupaciones. Preocupación de pensar que algún día pueda estar sola frente a la vida. De pensar que algún día, otra pueda arrebatarle su único apoyo. Y esta idea la obsesiona y la tortura, cuando pasan las seis de la tarde y Jacinto no llega a casa. Y entonces, cuando lo siente abrir la puerta, le espeta de inmediato:

—Y, ¿dónde estabas?

Y Jacinto contesta perezosamente:

—Allá en la plaza... viendo pasar la gente…

—¿Viendo pasar la gente? ¡Cuidado como es viendo otra cosa!

Y Jacinto con su calma acostumbrada, responde:

—Pero Tula, haz el favor de decirme: ¿Dónde más puedo estar yo? ¡Un viejo limpio como yo! ¡No juegue!, ¡mira que tienes unas cosas!

—¡Unas cosas! —protesta su mujer—; tú crees que no me he fijado en lo emperifollado que sales ahora para el trabajo. Yo no sé de dónde te ha salido eso, francamente. Porque no me vengas a decir que para ir al trabajo se necesita estar gastando la ropa del domingo. ¡A lo mejor es de una empleada de allá mismo!

Jacinto, metido en un viejo butacón, hojea el periódico y procura aparecer indiferente, pero no puede resistir el contestarle:

—Sí, hombre, cómo no. ¡Como soy tan elegante y tan buen mozo! Déjate de tonterías, no vengas, ¡ni que tuviera mucho real!

Hace una pausa, respira fuertemente, y bajando el tono de la voz, trata de explicarle:

—Mira Tula, pero ven acá, no te vayas. ¿Tú quieres saber lo que pasa? Mira, ven acá para explicártelo. Tú sabes cómo está la situación. Bueno, las cosas están feas, mijita. El comercio está todo quebrado. Hasta en el mismo Gobierno parece que se ha sentido la cosa. Dicen que van a quitar una cantidad de empleados y a los que dejen les van a rebajar los sueldos. Y allá en la oficina como que también van a eliminar algunos. ¡Dios quiera que no sea yo uno de esos! Bueno, mira,

por eso es que yo ahora me estoy vistiendo mejor para ir a la oficina, porque lo que vale no es solamente el trabajo y el buen comportamiento, hay que estar bien presentado también. ¡Y dígame ahora que el Jefe se la pasa yendo al departamento de nosotros a ver cómo están las cosas!

Pero Tula, quien a todas estas movía nerviosamente las manos, interrumpe:

—¡No hombre, no me vengas con eso! ¡De modo que para que no te quiten el puesto tienes que andar como un pepito! ¿Acaso no saben ellos que tú has trabajado bien y por tanto tiempo? ¡Qué digo bien! ¡Como un burro has trabajado!

—Sí, mujer, sí, todo eso es verdad, pero es que si le ven a uno cara de pobre diablo, por lo mismo que entonces está uno más necesitado, entonces lo despiden a uno. Sí chica, te lo digo, ¡lo despiden a uno, lo despiden!

Pero estas razones no parecen satisfacer a su mujer y ambos se van gruñendo al comedor, a comer la cena pobre de todas las noches.

III

Jacinto ha pasado frente al espejo que tiene en su cuarto y se detiene un momento. Mira su rostro que se refleja en el espejo y así ha permanecido un largo rato como embebido. ¿Por qué hoy, precisamente hoy, se ha puesto frente al espejo y ha estado mirándose largamente? Por más que piensa no lo llega a comprender. Piensa que todavía no está tan viejo y que quizás haya razones para que su mujer esté celosa de él. ¡Sí, todavía conserva algo de sus rasgos juveniles!

Y entonces, cuando esta idea se ha apoderado de su mente, abre precipitadamente su escaparate de oscura madera y busca un viejo cofrecillo donde guarda antiguas cosas. Mete los dedos gordos en el pequeño cofre con verdadera voluptuosidad y al fin encuentra un retrato amarillento de cuando todavía no se había casado. Lo toma entre sus manos, lo contempla un rato, y torna a ponerse frente al espejo. Entonces compara sus dos caras: la de ayer y la de hoy. Pero a pesar de que la diferencia es grande, él no parece notarlo y al mirarse de nuevo al espejo, sonríe y piensa que todavía hay algo de atractivo en su rostro.

Y hasta las arrugas que se marcan en su frente y las canas que blanquean sus sienes le parece que comunican a su rostro un cierto dejo de melancolía atractiva.

Ya no irá al trabajo como antes, pensando solo en cumplir su tarea y en agradar a su jefe. Ni se contentará con pararse por las tardes a mirar pasar la gente y fumar tranquilamente su tabaquito. Ahora devora con los ojos a las muchachas que pasan raudas por la calle, moviendo sus cuerpos voluptuosamente. Y hasta se ha atrevido a piropear a una obrerilla que pasó presurosa a su lado. Naturalmente, ya cuando el reloj de la vieja catedral lanza sus seis campanadas sonoras no piensa que es hora de regresar a casa, sino que más bien se le antoja que entonces está la calle más atractiva, con sus luces de todos colores, el desfile de mujeres y el parpadear de los avisos luminosos. Y así, Jacinto Ramos ha encontrado una nueva dimensión a su vida. Ha descubierto una nueva fuente de placer que antes apenas había sospechado o miraba con tranquila indiferencia.

IV

La vida se ha hecho realmente insoportable para Tula. La pobre mujer no tiene otro pensamiento que los supuestos engaños de su buen marido. La pasión la ha cegado totalmente. Y no puede reflexionar un momento siquiera para pensar que es casi imposible que un hombre como Jacinto, ya maduro, con un cuerpo de líneas abultadas, y sin dinero, pueda atraer a alguna mujer. Su imaginación excitada la hace suponer mil escenas lamentables. Pero al fin comprende que es necesario tomar alguna medida para impedir que Jacinto se largue definitivamente. ¿Acaso no es terrible eso de que él se vaya de noche a pasear con unos amigos que antes no tenía y que ella nunca ha visto? ¿Y que los domingos, en vez de quedarse en casa, ir a misa con ella y luego pasear juntos en tranvía, se vaya para la playa con unos compañeros de oficina y que regrese al atardecer, muy cansado, y se acueste casi sin decirle una palabra, como si quisiera pensar por más tiempo en los placeres que ha tenido durante el día?

Entonces concibe un arriesgado plan. Ella sabe que su marido es de naturaleza buena y que es incapaz de una mala acción para con ella.

Entonces resuelve simular estar perdiendo el juicio para ver si así logra que él permanezca en casa, como antes, y se haga solícito y cariñoso.

Primero ha comenzado por engarzar en una cadenita unas cuantas medallas religiosas y lo ha obligado a que se las ponga, diciéndole:

—Es para que no se metan contigo los malos espíritus…

Y el pobre Jacinto ha tenido que salir con su haz de medallas colgando, y sonando como un burro campanero.

Después le hace ver que ha oído voces de noche que le dicen que el diablo está tentándolo y que tenga cuidado porque se lo van a llevar cualquier día.

Por último, una noche en que Jacinto ha convenido en quedarse en casa, mientras oían un programa radiado, ella ha apagado bruscamente el aparato y cuando él le ha preguntado con extrañeza por qué hace eso, ella ha respondido:

—¿Qué por qué lo hago? ¿Pero mírenlo cómo se hace el que no sabe? Cualquiera cree que no estabas oyendo esa canción que alguna de esas mujeres te estaba cantando. ¿No ves que se llamaba «Quiéreme siempre»? ¡Ahora comprendo por qué te quedaste esta noche! ¡Ay, Dios mío, si ya hasta le cantan por radio!

Las palabras de Tula, por lo ilógicas y disparatadas, han desconcertado profundamente a Jacinto. ¿Es posible que su mujer se esté volviendo loca? ¿Y por culpa de él? ¡Pero si él no ha hecho nada! Son apenas tonterías. ¿Y por eso su mujer se está volviendo loca? Es posible que sea él la causa de esa desgracia. ¡Que su mujer se vuelva loca! ¡Por él, que tanto la quiere!

La idea obsesionante no lo abandona un momento y entonces resuelve volver a su vida de antes, para ver si así puede subsanar el error.

Ahora, por las tardes, regresa inmediatamente a su casa después del trabajo. Ni siquiera se para un momento en la barandilla de la plaza como antes, a fumar su tabaquito y ver pasar la gente. Ahora, el tabaquito se lo fuma en su casa, mientras lee el diario. Y a veces hasta ha hecho unos pequeños ahorros y de paso ha comprado alguna quincalla para su mujer.

***

Los días pasan lentamente, como si se arrastraran, y Tula, viendo que su marido parece no ocuparse ya de las cosas mundanas, y sintiéndose definitivamente segura en su posición, ha ido dejando poco a poco la farsa y una noche, mientras conversaban sentados en los viejos muebles, allá en el corredor, le ha dicho:

—Tú ves, si no es porque crees que yo me estaba volviendo loca, quién sabe si te hubieras ido con otra.

Las palabras de la mujer han retumbado en el cerebro de Jacinto y se han quedado vibrando largamente, quebrándose en mil ecos y resonancias.

Algún tiempo después pudo comprenderlo todo.

Puente

I

El puente estaba florecido de luces recién nacidas cuando regresó Lucio Palacios por el camino de siempre. Con los pasos de siempre. Tropezó con las mismas piedras y profirió las mismas maldiciones.

—¡Maldita sea, caray!, ¡qué vida tan perra!, masculló a media voz. ¡Todos los días las mismas!

—¡Caramba! que no haces sino rezongar, exclamó Petra —negra macilenta— cuando vio que Lucio venía hablando solo. Te pareces a la quebrada, rezongando día y noche, sin parar ni un ratico.

Y la negra Petra, sin darse cuenta, lograba con sus palabras sencillas sintetizar toda la personalidad de Lucio Palacios, el peón venezolano. Así era: largo y sucio como la quebrada. Rezongando siempre como el cauce de agua turbia.

Largo, sucio y rezongón. Así era Lucio Palacios, el peón venezolano.

II

Apenas si recuerda cómo fue a vivir allí. Una noche en que la luna invitaba a vagar por las calles, sin buscar nada, pero siempre con la esperanza de encontrar algo, halló a Petra recostada de la barandilla del puente.

Se le acercó silencioso, las manos en los bolsillos del pantalón, el cigarrillo en la boca gruesa.

—¿Qué hubo, negra, por qué tan triste?

—¡Por na! Que me botaron de la casa donde servía, porque creyeron que me había robao unas prendas de la niña. Por eso. ¡Por na!

Y el negro hablaba con una voz pegajosa y dulzona.

—¡No juegue, negra! ¿Por eso estás así? ¡No juegue, negra! Pa eso estoy yo aquí, pa consolarte.

Y le enroscó el brazo, negro como una serpiente, por el talle apretado.

—¡Qué hubo, pues!, protestó Petra. ¡Tú como que crees que yo soy una de esas!

Y Lucio contestaba con su voz dulzona y espesa:

—¡No juegue, negra! Qué voy yo a creer na.

***

La madrugada los encontró bajo el puente, jugando con su amor sencillo y tonto.

—¿Cómo te llamas tú, negra?

—¿Yo? Guá, Petra, ¿y tú?

—Lucio. Lucio Palacios.

—Está bueno.

—¡Cómo que si está bueno!, y le hacía caricias inmensas con sus manazas rudas y ásperas.

***

Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora, la miseria y los años han hecho de Petra una negra flaca y arrugada.

Viven en un ángulo del puente, protegidos por unas paredes que levantó Lucio con restos de barriles, ladrillos viejos y unos cuantos pedazos de zinc. Allí pasan los días, monótonos. Apartados del resto de la ciudad. Porque la vida de los puentes es gris. Distinta. Los automóviles pasan por encima pregonando un ritmo acelerado, una vida activa. Abajo, los hombres se hacen sonámbulos en vigilia, y las noches son tristes, húmedas, rasgadas por aullidos de perros enlunados y hambrientos, y llenas de olores desagradables y malsanos que desprenden las carroñas que arrastra la quebrada.

III

Hoy ha hecho mucho calor y las nubes plomizas que flotan pesadamente en el aire presagian tempestad.

La brisa, como un ala de murciélago, apaga las velas que encienden las mujeres bajo el puente.

De más allá de la montaña, vienen los truenos redondos rebotando contra las paredes y los techos haciendo estremecer el puente. Comienza a llover. Las gruesas gotas apedrean los tejados y el viento amenaza arrasar con todo. Pero ahora es un ruido sordo el que se oye. Es un ruido como de mar lejano. Es la montaña que vomita su torrente de agua. En un recodo de la quebrada, aparece enorme, imponente, la ola inmensa, negra como un fantasma. Es la creciente.

Después de algunas horas, cuando los truenos han cesado y relámpagos difusos que se encienden detrás de las montañas alumbran de vez en cuando el cielo hecho jirones, los que vivían bajo el puente miran impotentes los restos de sus frágiles viviendas que flotan sobre las aguas turbias, desaparecen en la garganta espumosa de los remolinos y aparecen más adelante llevándose las miradas náufragas. Confundidos con los otros, Lucio y Petra están recostados, mudos, sobre la barandilla húmeda.

—Bueno, Lucio... ¿y ahora, qué hacemos?

—Guá, ¿qué vamos a hacer, pues?, ¡buscar otro puente!

Tambores

I

Luisito es huérfano y muy pequeño. Como tiene el cráneo redondo y el pelo rubio y muy corto, su cabeza parece un enorme durazno. Vive en una casita con sus dos tías, que son viejas y encorvadas. La casa está situada frente a un parque donde siempre juegan niños también pequeños como él. Pero Luisito no puede ir porque se lo han prohibido. Metido allí vive. Encerrado entre el paréntesis de carne de sus dos tías. La mayor se llama Isabel y es flaca y exprimida. Sus ojos tienen delante una cortinita azulosa como clara de huevo, que le impide ver bien. La boca, sobre la que hay unos pelos largos, duros y muy separados, es apenas una hendidura rojiza y blanda. La otra tía, Mercedes, a quien Luisito llama tía Mecha, es más alta que Isabel, pero tan arrugada y fea como ella. Tiene una cabellera negra y dura que desentona con el resto de su cuerpo flácido. En la cara le bailan dos ojitos azules y muy redondos. Cuando habla se le humedece la boca y las palabras salen lentas y babosas. Daba grima suponerse a esas dos mujeres desnudas. Sin embargo, Luisito las quiere porque son sus tías y todo el mundo quiere a sus tías.

Todos los días, muy de mañana, cuando el colchón tibio se ha hecho casi carne, lo levantan.

—Vamos, Luisito, alza arriba que ya es tarde y tienes que ir a la escuela.

El muchacho gruñe en el hueco de la cama como un animalito. Respira tan fuerte que parece como si fuera a tragarse todo el aire que hay en el cuarto. Pero comprendiendo que es inútil pretender dormir

un poco más, se levanta y todavía gruñe y pronuncia palabras enredadas que le sobraron del sueño. Ya en el baño, las gotas frías del agua le caminan por el cuerpo erizado, como insectos de hielo.

***

Los sábados —casi siempre— la maestra hace una visita a las tías de Luisito. Siempre va vestida de blanco y apenas toma asiento comienza a hablar. Habla mucho y en un tono elevado y chocante. El muchacho la mira tontamente con los ojos abiertos. La maestra gesticula como un hombre y pronuncia palabras grandes y raras que él no comprende. Habla de los métodos, notas y castigos empleados en la escuela y siempre termina diciendo:

—¡Sí, porque así es la pedagogía moderna!

—Sí, así es, responden débilmente las tías a coro.

Como Luisito siempre se sienta en la última fila del salón de clases, le da mucho miedo ver a la maestra tan cerca.

***

El domingo es un día distinto de los demás. Se diría que tiene otro color. El cielo parece más azul y el aire se mece liviano entre los árboles de la plaza. Hasta la gente parece caminar de otra manera los domingos y, a mediodía, cuando el sol abrillanta las calles desiertas, solo se oye el canto solitario de los pregoneros:

—¡Última hooora!, ¡última hooora!

Pero hoy, además, es día de fiesta nacional y las ventanas amanecieron florecidas de banderas. Hay una en cada casa, pero son tantas que la calle se ve más larga y angosta y parece hubiera más casas que de ordinario.

Luisito, aprovechando un descuido de sus tías, se ha parado en la puerta que da a la calle y mira a los otros muchachos —pequeños como él— que juegan en el parque de enfrente. Siente algo que lo empuja a atravesar la calle y reunirse con ellos, pero cuando piensa en sus tías se mete ligero y de puntillas para adentro. Se queda un rato allí, mirando a todos lados. Vuelve a salir, procurando no hacer ruidos

y da saltitos en la acera. Cuando ya va a decidirse a salvar la distancia que lo separa de los otros muchachos, siente la voz chillona de su tía Mecha que se le mete en los oídos.

—¡Luisito! ¡Luisito! ¡Caramba!, ¿pero dónde se habrá metido ese muchacho?

—Aquí estoy, tía. Aquí en el corredor.

—Pero muchacho, ¿por dónde andabas tú metido que ni te sentíamos?

Y Luisito, bajando la vista y no atreviéndose a mentir, confiesa:

—Guá, tía, estaba ahí mismito en la puerta.

—¡En la puerta! ¿Pero tú has visto, Isabel? ¡Un niño de esa edad en la puerta de la calle, buscando que lo pise un carro!

Pero aún no ha terminado de hablar, cuando rompe el silencio liviano y fresco que flota en la calle un redoblar de tambores y el sonar de un cornetín que sube por el aire como un tornillo de oro.

—Ahí vienen los soldados, rezonga la cocinera que está pegada junto al fogón sucio y caliente.

Y Luisito, a quien la música marcial hace mover las piernas como si marchara, exclama:

—¡Tía, tía, la tropa! Déjame ver la tropa, tiita.

—Qué tropa, ni qué tropa —silabea la vieja horrible—. Métase ahí en su cuarto y distráigase en algo a ver si se le sale ese diablo que tiene metido en la cabeza.

El muchacho flaco y pequeño se mete instintivamente en la habitación. Siente que todo el cuerpo se le enfría y de adentro del pecho le viene saltando el llanto como un hipo. La casa se ha llenado de ruidos. Sonido de tambores, de fusiles y pisadas fuertes y acompasadas. Ruido de perros que ladran y muchachos que gritan. De los ojos de Luisito, que el dolor y la rabia han hecho hondos como dos lanzadas, salen lágrimas largas, calientes y saladas, que bajan por sus mejillas y se le meten en los labios apretados y temblorosos.

Todavía a lo lejos, disuelto en la distancia, se oye claro el sonar de los tambores.

La voz del cacaotal[10]

I

El rancho de la haciendita se alzaba sobre una loma de suaves pendientes. Rodeándolo, extendíase el cacaotal azuloso y sombrío. Frente al rancho, un altísimo bucare estremecido por la algarabía de los arrendajos. Ocupando el pequeño valle que se abría entre la loma y los primeros cacaos, crecían muchos árboles frutales. Y por entre las hierbas rastreras que enverdecían el suelo, las ahuyamas montunas asomaban sus cabezas calvas.

Poco producía, en verdad aquella pequeña posesión. El bajo precio del fruto apenas permitía cubrir, en las buenas cosechas, los gastos de conservación y limpieza. Sin embargo, ya tenía Macario viviendo varios años allí y de eso comían él y su mujer.

Macario era muy trabajador. Él quitaba la piña que invadía las ramas de los árboles. Cortaba los chupones y con gran destreza practicaba el cuaimeo al pie de los árboles. También desgranaba las mazorcas, ponía el grano a secar y lo ensacaba luego, y una vez listos los sacos —apretados de grano y bien cosidos— iba a mercar su cosecha al cercano puerto. Macario iba al puerto en su macho. Dos horas largas de la haciendita al puerto. Dos horas largas por un camino sombrío, quebrado y pedregoso, que serpenteaba por entre cacaotales silenciosos y un río delgadito de aguas muy frías que por allí corría.

Macario era muy trabajador, porque era dueño de la tierra que cultivaba. Por eso, todas las gentes de los caseríos vecinos celebraban la suerte de Charita —mulata apretada y oscura como el fruto del

[10] Revista *Crítica*, 20 de abril de 1941, Caracas.

cacao— de haber encontrado un hombre como Macario, quien a más de todo lo trabajador que era, hasta habíase casado civil y religiosamente con ella, lo cual no era poco lujo en aquellas regiones habituadas a los simples contubernios.

Y así, todas las vecinas de Charita —las de El Real, las de El Mamón— no hacían sino elogiar a Macario. Tanto, que la mulata supersticiosa las había de atajar, diciéndoles:

—¡No vengan, muchachas. Déjenme tranquilo a Macario, miren que me lo van a maldiojar!

Y en diciendo esto ella pensaba en lo que le pasara a la vaca de Florita, una de sus vecinas. ¡Tan bonita la vaca de Florita! ¡Y tan lechera! Que de tanto decir la gente que era bonita se malogró con un alambre de púas, le cayó una gusanera y se murió.

II

—Guá, Macario, ¿y la cosecha de este año como que va a estar muy buena? ¡Antier nomás pasé por la haciendita y ví que esas matas tenían unas cuantas maracas. Y bien buenas las maracas, coloraítas!

Eran las palabras de todos los que encontraban a Macario.

Y Macario respondía orgulloso:

—Guá, ¡y así tenía que sé, pues! ¿Acaso fue poca la limpiá que le día yo a esas matas?

Y señalando con el machete un grupo de árboles que aparecía ante ellos:

—Mire, compadre. Usté ve esa pieza que está allí. Pues, vea: estaba cundita de piña, y era tanto el monte que no se la podía caminar. Y como para completar, los monos y las arditas se comían las pocas maracas que podían llenarse. Pero usté la vió ahora. Está limpiecita.

Y era verdad lo que decía Macario.

III

Se avecinaba el día de comenzar la tumba del cacao. Macario comprendió que iba a necesitar de un hombre que lo ayudase en el trabajo, porque era mucho el cacao que había en las matas. Pero, bellaco como

era, no pensó en contratar a uno de sus amigos. «¡Qué va —se decía— esos, como son amigos, lo que van a hacer es estar manguereando todo el santo día! Más bien me llego hasta el pueblo pa ver a quién me recomiendan».

Y así fue.

Macario fue al pueblo una mañana montado en su macho y llevando un burro arrebiatado. Al atardecer, regresó con un acompañante. Un hombrecito nervudo, de tez cobriza y pelo lacio y brillante. El hombrecito tenía unos ojos grandes y negros y un anillo de plata prendido de la oreja derecha. Era un «cuií» o indio de las colonias inglesas. Enigmáticos y taciturnos, son conocidos como buenos trabajadores, así como también por ser en extremo pasionales y sanguinarios.

En llegado a la puerta del rancho, Macario desmontó de su macho.

Gritó:

—¡Charita! ¡Charita, juy!

Respondió una voz:

—¡Ajá, Macario, juy!

Y detrás de la voz se vino la mujer.

Charita apareció en la boca del rancho.

Macario habló:

—Mira, Chara, conseguí quien me ayudara a recoger el cacao. Él se llama Jón. Tú saber, es de Trinidá.

—Ajá —dijo Charita, y permaneció en la puerta del rancho mirando al hombrecito.

Macario, dirigiéndose al hombrecito montado en el burro, le habló en un inglés pobrísimo:

—Eh, Jón, dis is mi uáif, ¿sí?

—Oh, I see —contestó el hombrecito, moviendo la cabeza y haciendo balancear el anillo de plata que llevaba en la oreja.

—Mira, Chara —dijo Macario—, acomódalo en un lugar donde pueda dormir por esta noche. Después, mañana, yo voy a ver si consigo que duerma en otra parte.

Charita no respondió. Oyó las últimas palabras del hombre y se esfumó en la penumbra del rancho.

IV

Al día siguiente comenzó la tumba. Cuando atardeció, ya estaba lista una pieza de cacao. Macario piensa que John es buen trabajador. Otras piezas quedaron listas en otros días. Macario dijo a Charita:

—El hombre es buen trabajador. Así me gusta, ¿ves? Así...

John también piensa pero no dice nada.

***

En la oreja de John hay un anillo que baila y brilla cuando mueve la cabeza. A Charita le gusta mirar el anillo de John. También le gusta mirarle los ojos negros y grandes. Macario se siente un poco incomodado. Ahora, ya no están solamente él y Charita. Y el cacaotal azuloso y sombrío. Y los arrendajos en el bucare altísimo. Ahora hay otro allí. No es lo mismo. Ahora está John, silencioso, mudo con su anillo de plata bailando y brillando. Bailando y brillando prendido a su oreja. No es lo mismo.

Y Macario piensa que Charita está enamorada de John.

V

Salieron un día a tumbar cacao. Macario silba para espantar sus pensamientos que se han vuelto malos. Los pensamientos malos fastidian a Macario. Por eso silba para espantarlos. John camina como distraído y de vez en cuando tira un débil machetazo a la corteza de un árbol. El filo del machete roza el árbol. Cae un chupón haciendo un ruido pequeño y seco sobre las hojas.

Hay un silencio tibio flotando entre los árboles. Un silencio que roen las arditas mientras comen la fruta del cacao.

Macario dejó de silbar. Se paró frente a John y dijo:

—Oiga, Jón...

Onduló el silencio que flotaba entre los árboles. Cesó el ruido menudo de las arditas. Macario no sabe qué más decir. Ya Macario silba y no puede ahuyentar sus malos pensamientos.

El hombrecito no tuvo tiempo para defenderse. El machete de Macario cayó fuerte sobre su cuello. Un grito trunco salió arrastrándose por entre los labios de John. Cayó produciendo un ruido pesado y redondo sobre las hojas. Un ruido pesado y redondo que rebotó hasta los árboles espantando las arditas. Macario miró a todos lados. Estaba como loco. Cerca de él había un tronco de árbol caído. El tronco estaba hueco, podrido y desprende un olor húmedo. Macario agarró el cadáver y lo metió en el tronco podrido. Después huyó. Huyó muy lejos. Quién sabe dónde. Nadie supo qué más pasó a Macario y a Charita, su mujer.

***

Eso fue hace mucho tiempo. Ahora la haciendita de Macario es parte de otra propiedad con otro dueño. Pero todavía en los alrededores se conserva el recuerdo de aquel crimen. En la pieza de cacao todavía se oye la voz del hombre gimiendo, llorando. Nadie se atreve a trabajar en esa pieza de cacao. Está abandonada hace tiempo. El alma del hombrecito vaga por entre los árboles llenos de monte, y el silencio es profundo. Tibio como la sangre.

El mosaiquito verde

I

Tarde gris de octubre. Ráfagas de aire frío arrastran por la calle papeles arrugados y hojas amarillas, haciendo un ruido menudo y seco que va rasguñando el pavimento. Mujeres que caminan cabizbajas y presurosas afánanse por alisar la falda asustadiza que se esconde entre las piernas. Más allá de los tejados de rojo mortecino, más allá de las cúpulas adustas, extiéndense dormidos montes verdinegros, lejanías zarcas que cubre lenta neblina. Raudo corre el viento arremolinando el polvo. Tarde gris de octubre.

Calle abajo patinaba Enrique. Ruidos subterráneos parecían despertar a su paso. Patinaba despacio. La ausencia de preocupaciones reflejábase en su rostro, que ya comenzaba a perder las suaves redondeces de la niñez. Revuelto el pelo ensortijado, firmes las piernas, toscas las manos de colegial, duro el cuerpo por el pelear frecuente.

Enrique pensaba muchas cosas sin pensar en nada. Era octubre y octubre significaba poco estudiar. ¡Los exámenes estaban tan lejos! Y ya eran recuerdos los sustos de julio. Aquellos exámenes no habían sido tan difíciles como dijo serían el bachiller Monzón. Todos los años era igual. «Estudien, estudien mucho, porque este año sí es verdad que van a estar fuertes los exámenes». ¡Ah, ese bachiller Monzón sí que gustaba asustarlos! Pero después, todo era lo mismo. ¿Y ahora? Ahora era octubre. Mes sin libros. Mes de viento frío, cortante, que hace llorar los ojos.

Y el viento pasa llevándose la tarde gris. La noche se va metiendo sigilosamente en la ciudad. De puntillas sobre el algodón de la niebla que ya cubrió los montes zarcos.

Enrique paró en la esquina. Frente a él estaba la pequeña plaza, con sus árboles enhiestos, su estatua procera en el medio y sus faroles grandes iluminando las esquinas. Enrique escudriñó la plazuela. Buscó a sus compañeros de juego. Pero ninguno estaba allí. Volvió la cara con un gesto de fastidio hacia la calle que aparecía a su izquierda y tornó a patinar. Casi no hacía esfuerzos por patinar. Tanto patinaba que ya era acción inconsciente. Simple hábito. Igual que caminar.

Pero, he aquí que, pasando frente a una casa verdosa situada casi al llegar a la otra esquina, notó que en una de las ventanas una muchacha leía en un libro. ¿Quién era aquella muchacha? Él no recordaba haberla visto antes. ¿O sí la había visto? Quizá sería nueva en el barrio. Quizá no. Pero la verdad era que le había gustado. ¡Ah, por fin le gustaba una muchacha! Era una emoción inesperada.

¿Qué era eso de tener una muchacha? Recordó que, en el colegio, los internos —casi todos— tenían en sus cuartos retratos de mujeres. Y ellos decían: «Es mi muchacha». ¡Una muchacha de uno! Una muchacha de uno es la que le da a uno su retrato y le pone el nombre abajo.

Pero, ¿qué hacía él parado en esa esquina? Ya era noche. Tendría que irse. A su padre no le gustaba que él llegara cuando ya estaban sentados a la mesa. No lograba resolver nada. Los amigos siempre decían cuando les gustaba una muchacha: «Me le voy a parar en la ventana». ¿Pero, qué diría él si se paraba en la ventana?

Tornó a patinar, ahora calle arriba. Sentía un frío extraño y grasiento en las manos. Dentro del pecho el corazón le rebotaba como una pelota de goma.

Ya estaba frente a la ventana. La niña, sorprendida por tan inesperado visitante, apartose instintivamente de los balaustres. Pero Enrique, aplacándose el pelo revuelto y pasándose la mano por la cara que sentía caliente y roja, la atajó:

—Señorita, este... dispénseme, pero ¿usted no sabe, por casualidad, dónde vive la familia... Rodríguez?...

La niña contrajo las cejas fingiendo interés.

—¿Rodríguez? ¿Familia Rodríguez? No, no sé...

—Sí, Rodríguez, ¡caramba!, me dijeron que era por aquí.

—¿Sí? —contestó la niña, ya definitivamente extrañada por tan absurdas palabras.

La situación era realmente angustiosa. Enrique pudo notar que ya la niña parecía impacientarse. Pero él permanecía aferrado a los balaustres de la ventana, mirando a uno y otro extremo de la calle. No encontraba qué decir. Pensamientos cruzaban por su mente y él los iba atrapando para dejarlos ir inmediatamente sin atreverse a expresarlos. Apenas de sus labios se escapaba una musitación involuntaria:

—Uhmm... ¡Caramba! ¡Rodríguez! ¡Qué broma!

Pero ya él estaba allí y había que continuar. Además, ya su corazón no rebotaba como una pelota de goma dentro del pecho. Y las manos las tenía ahora tibias.

A todas estas la muchacha le miraba y remiraba pareciendo encontrar placer en ello.

Enrique habló:

—Bueno, señorita, dispénseme. Usted sabe: yo soy Enrique Rojas. Yo estudio, ¿sabe? Y usted, ¿no estudia?

La niña comenzó a interesarse por el muchacho audaz, de pelo revuelto y ojos llenos de picardía.

Respondió, procurando parecer indiferente:

—Sí, yo también estudio...

—¡Ah, estudia! En el colegio de las monjas, ¿verdad?

¡Y por qué había de ser en el colegio de las monjas! Él pasaba siempre por el colegio de las monjas y allí había muchachas bonitas. Pero:

—No, casa de las monjas no. Yo estoy aquí mismo, donde la señorita Padilla.

—Ah, sí, la señorita Padilla. ¿Es por aquí mismo, verdad?

—Sí, aquí mismo, al voltear la cuadra —explicó la muchacha acercando la cara a los barrotes y sacando una mano como para indicarle dónde era.

—Y ¿es fastidiosa la señorita Padilla? —inquirió Enrique.

—¡Fastidiosa! —respondió la niña visiblemente incomodada.

Enrique sintió la angustia de haber dicho una tremenda indiscreción. ¡Cómo se había atrevido a decir que la señorita Padilla era fastidiosa! ¿Sería como la señorita Rosa Elena, la que le dio clases en tercer grado?

—No —prosiguió la muchacha—, ella es muy buena...

—Yo no tengo maestras desde tercer grado —dijo Enrique orgullosamente—. Ahora tenemos un bachiller. ¿Usted no conoce al bachiller Monzón?

—No, no lo conozco —respondió la niña como lamentándose.

¡Claro! ¡Qué iba a conocerlo, si el bachiller Monzón era un hombre grande ya y ella no era sino una muchachita!

De adentro de la casa llegó una voz:

—¡Luisa! ¡Luisita! ¡Salte de esa ventana, que ya es tarde!

—¡Ay! ¡Mi mamá! —exclamó nerviosamente la muchacha haciendo un pícaro mohín, y tomando el cojín que le servía de apoyo preparose a entrar.

Enrique dijo:

—Bueno, señorita, dispénseme. Voy a ver si encuentro la casa de la familia... de la familia Rodríguez.

Soltó uno de los balaustres, pasose la mano por el costado del pantalón y alargándola dijo:

—Bueno, ¡me perdona la lata!

—No, de nada —respondió ella, estrechándosela—, si todo...

—¿Ah? —apresurose a inquirir Enrique.

—No, nada —respondió Luisa evadiéndose.

—Ah, bueno, bueno, pues...

¡Qué sabroso era patinar así, después de tanta aventura! La noche aparecía inmensa sobre él. La brisa que venía de más allá de las cúpulas y los tejados oreaba su frente. Cuando llegó a la esquina paró y volvió la vista hacia atrás. Por entre la fosca penumbra de la calle buscó los ojos de Luisa. Apenas si podía distinguir la ventana en sombra. Y creyó ver los ojos de ella también buscándolo.

II

Ya lo que faltaba por hacer era bien poco. Y muy pronto Enrique lo tuvo hecho. Ahora, las tardes tenían para él un encanto particular. Eran una sola angustia las horas tediosas del mediodía en el colegio. Apenas oía las explicaciones del bachiller Monzón sin atender a ellas. Pasábase largos ratos abstraído, mirando por la ventana del salón de clases, hacia el cielo, como si quisiese liberarse. Dejar volar su espíritu hasta donde él quería.

Mas difícil era comunicarse con Luisa. Su padre vigilaba, ayudado en estos menesteres por el hermano de ella, mocetón huraño y pendenciero,

no tanto por serlo de naturaleza, cuanto por imponérselo la guarda de niña tan codiciada por los mozos y rapaces del barrio.

Cierta tarde, ya puesto el sol, Enrique charlaba con Luisa en la ventana, pues ya comenzaba a gustarle enamorar a oscuras, como que así estaba a buen seguro de los guardianes y era también mayor el placer siendo menos las palabras.

Atareado estaba en uno de esos tan naturales escarceos, donde tanto papel juegan las manos, cuando —por movimiento del azar— golpeó un mosaiquito verde de los que enlosaban el alféizar de la ventana. Fue grande sorpresa para ambos ver que el mosaiquito, mal ensamblado, levantábase por un extremo al ser presionado por el otro. Enrique, como consecuencia de la natural curiosidad, propúsose levantarlo totalmente y lo hizo sin grandes esfuerzos.

Como si hubiera sido una idea ya pensada y repensada, se le ocurrió la de usar el mosaiquito a guisa de buzón donde depositar sus misivas amorosas.

Inmediatamente le dijo a Luisa, iluminando sus ojos la alegría del descubrimiento:

—¡Mira, Luisa! ¿Qué te parece si lo usamos para meter nuestras cartas? Imagínate, aquí nadie puede encontrarlas. ¿No te parece?

Luisa observó por un momento el mosaiquito y preguntó dudosa:

—¿Y tú crees que sirva?

—¿Cómo? —exclamó Enrique—. Pero fíjate para que veas.

Y acompañando sus palabras de los gestos necesarios, prosiguió:

—¿No ves? Mete uno aquí el papelito, lo acomoda bien y entonces lo tapa y ya está. ¿Ves como no se nota?

—Verdad, chico —asintió Luisa, demostrando grande júbilo—. ¡Está magnífico! Así podremos hablar siempre y evitamos que papá lo sepa...

Desde aquella tarde el mosaiquito verde ocupó sitio de importancia en el pensamiento de ambos. Ya no era un simple mosaiquito que enlosaba el alféizar de la ventana. Era algo así como un confidente. Un cómplice de su fechoría.

Así, cuando no era posible ver a Luisa, Enrique se acercaba silenciosamente hasta la ventana, cuando ya hubiese anochecido, y luego de explorar las cercanías para cerciorarse de que nadie lo espiaba, palpaba

el mosaiquito con los dedos, temblorosos de emoción. Lo oprimía en un extremo, y con la otra mano retiraba con cuidado el papelito primorosamente doblado.

Tornaba a colocar el mosaiquito con toda la cautela y delicadeza de que era capaz, y continuaba calle abajo aligerando el paso a medida que se alejaba de la ventana.

Doblaba la esquina, y luego de suspirar hondo por encontrarse a salvo, se acercaba al farol más cercano y loco de curiosidad comenzaba a leer aquello, sin duda delicioso, escrito en el papelito.

Mas no era Enrique solamente quien gustaba de Luisa en el barrio. La belleza cada día más acentuada de la muchacha la había convertido en presa codiciada por más de un tenorio parroquiano.

En la misma calle, en una ancha casona de cuatro ventanas y marquesina barroca de cristales coloreados, vivía la familia Soto, cuyo jefe, don Eduardo Soto, desde hacía muchos años estaba al servicio del Gobierno, lo que la había convertido en una de las más prominentes de la ciudad, por gracia de este peculiar linaje.

Hijo de don Eduardo era Ernesto —mocito quinceañero, esmirriado, paliducho y pelinegro— y que, a más de todo esto, usaba unos anteojos de gruesa montura de carey, los cuales, al tiempo que servían para mitigarle una precoz deficiencia visual, contribuían a hacer más atractiva su persona.

Pero poco o nada habrían significado estos requiebros si no hubiera sido porque Ernesto gozaba del apoyo y amistad del hermano de Luisa. Esto, claro está, significaba grave peligro para Enrique, toda vez que Ernesto bien podía penetrar impunemente en casa de Luisa. Además, y como para hacer más inquietante la presencia del patiquín, era objeto de grandes agasajos por parte de los interesados padres de Luisa, quienes haciendo caso omiso de la corta edad de ambos, ya comenzaban a gestar planes para el futuro, planes que, de realizarse, habrían de significar grandes beneficios para la familia.

Enrique no se amilanaba por esto. Sentíase perfectamente seguro. Por algo ella no dejaba de escribirle, y en ocasiones propicias habíase deslizado con sigilo hasta el zaguán y allí habíase besado con él; besuqueos que primero fueron inocentes y cándidos, pero cuya inocencia y candidez iban desvaneciéndose a medida que Enrique se volvía habilidoso en la faena.

Sin embargo, la presencia de Ernesto era todavía inquietante, y ya Enrique había dicho a Luisa que algún día tendría que darle unos golpes al estorboso patiquín.

III

La amistad de Ernesto y el hermano de Luisa se estrechaba cada día más. Y con ello aumentaba la inquietud de Enrique. Ya salían juntos a patinar y de tarde en tarde se les veía volver de jugar pelota y estarse largo rato conversando. Así las cosas, una tarde se encontraba Enrique parado en la ventana parloteando con Luisa, y era tal la abstracción de ambos que no columbraron a Ernesto y al hosco hermano, quienes venían calle abajo por la misma acera de la casa.

Cuando Enrique pudo verlos ya estaban a pocos pasos de él. Inmediatamente, una gran emoción le subió por todo el cuerpo y el corazón comenzó a latirle apresuradamente. Era la emoción intensa que produce el sentirse descubierto en algo que se estima delictuoso. Luisa también se dio cuenta de lo que ocurría y se apartó bruscamente de la ventana, haciendo esfuerzos por cerrarla lo antes posible, y diciéndole a Enrique con voz ahogada en angustia:

—¡Vete, vete, anda!

Enrique separose de la ventana y empezó a caminar. Sintió como si sus piernas trataban de andar más a prisa de lo que su voluntad quería, y esto le producía una desagradable sensación de inestabilidad. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y elevó las cejas en un gesto despreocupado, sin percatarse de que quienes venían siguiéndole no podían verle la cara.

Mas, a poco sintió un «¡pst!, ¡pst!» agudo y penetrante que taladró sus oídos y se le metió hasta lo más íntimo de los huesos.

Volvió la cara y vio que los dos muchachos venían hacia él. Dos segundos más y los tenía delante.

—Mira —comenzó el hermano de Luisa mirándole de alto a bajo—. ¿Tú como que estás bregando a mi hermana? ¿Qué te'stás creyendo tú qu'es ella? Uhmm... cuidado, pues, como t'echas una broma. ¿Óiste? Mira que te puedo dar unos cipotazos, ¿sí?

Enrique sintió que las palabras le azotaban el rostro. La rabia le subía poco a poco por las venas. Pero no tuvo fuerzas suficientes para responderle. Sentía el cuerpo como débil, incapaz de sostener una lucha.

—No juegue —apenas pudo decir, e hizo ademán de retirarse.

Trataba de consolarse pensando que eran dos contra quienes tenía que pelear, cuando en eso el patiquín, quien a todas estas permanecía callado, sintió bríos por la retirada de Enrique y tomó también la ofensiva.

—Ahí está, pues, ¿por qué no nos gruñes? Enrique reaccionó violentamente:

—¿Qué tiene usted que ver con esto?

¿Ah? E inmediatamente le espetó:

—¿Tú te quieres pegar conmigo?

—¡Claro que se quiere pegar! ¿O qué te estás creyendo tú? —terció el hermano de Luisa. Y dirigiéndose a Ernesto:

—Anda, métele que ese es un...

Ernesto, después de vacilar un poco, asegurose los anteojos y comenzó a bailotear delante de Enrique, buscando la pelea.

Enrique también se cuadró y lo invitaba con los puños apretados:

—¡Vente! ¡Vente, pues!

Chocaron violentamente. Dábanse golpes con fuerza increíble. Pero después de los primeros cambios ya Ernesto no podía resistir el empuje de Enrique. Los gruesos anteojos se le habían caído y ya no hacía sino gritar:

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡No me pegues a traición!

Pero Enrique, cegado por la excitación de la pelea, no hacía caso a las exclamaciones. Ernesto vino al suelo. Enrique hizo ademán de lanzarse sobre él. Pero una voz ronca y oscura lo contuvo:

—¡No le pegue en el suelo, catire, que usté es noble!

Entonces intervino el hermano de Luisa.

—¡Párate, desgraciao! ¡Le vas a seguí pegando! Y le cayó encima a Enrique.

La algarabía de la pelea había reunido algunos transeúntes que procedieron a desapartarlos.

Después que se hubieron pasado las manos por la cara para constatar si había sangre y de proferir unos cuantos denuestos, se alejaron en direcciones opuestas.

Los transeúntes desocupados quedaron comentando el suceso.

IV

Ernesto no podía tolerar el haber sido tan duramente golpeado por Enrique. La idea de vengarse había hecho presa de él y día a día se convertía en una verdadera obsesión. Pero, naturalmente, no pensaba en vengarse por propias manos. La experiencia de su derrota le aconsejaba no intentarlo. Mas, bien pronto halló el medio adecuado.

En una casa de abasto situada en la esquina hacía oficio de repartidor a domicilio un mocetón trigueño y fornido, muy amigo de reyertas.

Ernesto pensó en él para realizar su venganza.

Efectivamente, desde el día de su determinación diose a la tarea de conquistarlo a fuerza de buenas propinas y frecuentes dádivas, las cuales operaron tal transformación en el ánimo del muchacho, que a poco fue amigo incondicional de Ernesto. Esperó este que la sumisión estuviera cimentada y entonces, un día, sin muchas premisas, propúsole:

—Oye, ¿tú supiste la varilla que me quiso echar ese tercio? Bueno, yo quiero que tú lo embromes ¿sabes?

—Uhmm —gruñó el otro—. Gua, si tú quieres. ¡Ese es una sopa pa mí!

—Bueno, entonces ya sabes —concluyó Ernesto, suspirando de maligna satisfacción al ver realizado su propósito—. Tú lo buscas entonces...

—¡Sí hombre! —exclamó el mandadero, sonriéndose siniestramente y a medida que se retiraba—. ¡Dispreocúpate! ¡Dígame!, ¡si ese es una sopa pa mí!

Cierto día por la tarde, mientras Enrique distraíase en sus ya habituales coloquios amorosos, pasó por la acera de enfrente el repartidor. Llevaba una caja grande sobre un hombro, cargada de potes y paquetes. Al pasar frente a la ventana gritó burlonamente:

—Gua, ¡miren donde está el caribe, pué! ¡Y 'stá pega'o!

Enrique volteó instintivamente.

Al mirar al buscapleitos, quien había seguido camino, y cuando hubo observado lo recio de su musculatura, una honda inquietud le estremeció el cuerpo. Luisa, fingiendo no haber oído preguntó:

—¿Qué dice?

—No nada —apresurose a responder Enrique—. ¡Zoquetadas!

Pero bien sabía Enrique que no lo eran aquellas palabras. Ya conocía la fama del otro, y pensando que no tardaría en pasar de nuevo, puesto que evidentemente iba a entregar un pedido, se inquietaba cada vez más. A cada segundo volvía la vista con insólita nerviosidad, como si esperase un ataque repentino.

Tantos eran sus movimientos que Luisa le preguntó al fin:

—Pero, Enrique, ¿qué te pasa? Estás como nervioso...

Las últimas palabras de Luisa, dichas con un cierto dejo burlón e hiriente, terminaron por exasperar a Enrique.

—Ah, ¿tú crees que yo le tengo miedo a ese? Ya vas a ver. Ya vas a ver...

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando alcanzó a ver al guapo que venía calle abajo. Caminaba a trancos, balanceando el cuerpo. Los brazos muy largos daban a su figura un aspecto grotesco. Venía silbando estrepitosamente, acompañándose la tonada con un desapacible tamborileo sobre la caja ya vacía.

—¡Ay, papacito! ¿Desde cuándo no caribeas a uno más débil que tú?

¿Desde cuándo, ah? ¡Fuiste a sacar tu tarea con Ernesto! ¿Verdad, papá?

Enrique comprendió que no le quedaba otro recurso sino pelear. Se desprendió de los balaustres, resignado, y fue al provocador, que ya había puesto la caja vacía en el suelo. Acercose lentamente, con más miedo que cautela.

El otro, en cosa de segundos, lo molió a golpes. Y no satisfecho con darle bastantes le cayó a mordiscos y patadas, y echó mano de otros infames recursos, en tal forma que el pobre Enrique hubo de huir, con las ropas deshechas y todo el cuerpo magullado.

Enrique no atinaba a pensar. Después de aquel «estás como nervioso» que Luisa le dirigiera tan burlonamente, y después del terrible desastre, que no otra cosa había sido el encuentro, sintió estar definitivamente perdido.

Pero todavía conservaba esperanza, y pensó para consolarse que quizá podía arreglarse la situación.

Así pues, al día siguiente de la pelea, se llegó hasta la ventana para ver si había algún mensaje que le trajera sosiego.

Acercose a los balaustres. Palpó el mosaiquito verde. Lo oprimió por un extremo y con la otra mano hurgó nerviosamente en la pequeña cavidad. Mas solo un polvillo arenoso quedó entre sus dedos.

Colocó entonces, desconsolado, el mosaiquito verde, como una pequeña losa sobre su pequeño y difunto amor, y se alejó despacio por la calle.

Llueve sobre el mar

I

Por la calle del caserío —larga calle caliente y llena de polvo— camina a trancos un negro fornido, alto.

De alguna parte sale arrastrándose el grito campechano:

—¡Negro José Kalasán, cará!

Así lo saludaban siempre los amigos.

El negro prosigue, balanceando el cuerpo como un mástil. La cabeza redonda, cubierta de pelo lanoso y pasudo, bien asentada sobre un cuello robusto, voltea a uno y otro lado según sea de donde venga el saludo.

Y para cada uno tiene el negro José Kalasán su risa blanca, ancha, generosa.

—¡Epa, negro Kalasán! ¡Para dónde vas tan apurao!

El negro torna a voltear. Los ojos le brillan alegres. Los labios gruesos y violáceos se estiran, se despegan. Y sale la risa otra vez. Los dientes blanquísimos de José Kalasán —como pedacitos de pulpa de coco— destacan firmes sobre el rostro oscuro.

El saludo llegó de la pulpería y hacia ella va el negro, riendo todavía.

—Gua, vale, ¿y esde cuándo ta usté por aquí?

—Desde hace un rato, mi negro —responde el otro.

El otro (caraqueño esmirriado, cetrino, mirada inteligente, sombrerito de fieltro echado hacia atrás) de vez en cuando se presentaba por el caserío. Nadie sabía a qué iba allí. Pero como era bromista y zalamero, todos los toleraban. Y si alguno —alguna vez—, no pudiendo contener la curiosidad, le preguntase:

—Bueno, caraqueño, no se caliente y dígame una cosa. ¿Usté en qué se ocupa por aquí?

Él respondía sin titubear, evadiendo la respuesta:

—¿La mujer de quién?

—No juegue, caraqueño —lamentábase el burlado— ¡Usté siempre mamándonos el gallo!

Y todos coreaban riendo:

—¡Ah, caraqueño tigre, caray!

Ahora está, sonreído, misterioso, frente al negro José Kalasán, dándole palmadas sobre los brazos robustos.

—No se echa un palito conmigo, ¿ah, negro?

—Caray, mi hermano, ta muy temprano pa eso. Pero viniendo de usté, ¡venga el palito!

—Así me gusta, ¡no ve! ¡Ah, negro, caray! Siempre dispuesto. ¿Verdá, negro?

—Gua, yo soy voluntario y usté lo sabe... Y el caraqueño, haciendo una transición:

—Oye, negro, ¿y cuándo ponemos otro sancocho como aquel? ¿Te acuerdas, negro?

—¡Y pa no!

—Palo e bicha tenía usté esa noche, negro. ¡Pero así es como se pone usté bueno!

Sobre el mostrador, cubierto con una plancha de zinc, rugosa de huequitos y abolladuras, están los dos vasitos de vidrio grueso, llenos de aguardiente.

El caraqueño toma uno y lo ofrece al negro.

José Kalasán bebe el contenido en un trago. Igual gesto hace el caraqueño. El líquido meloso pasa suave por la garganta, dejando un rastro caliente. Rebrillan los ojos del negro. Entreabre los labios anchos, húmedos, y deja ver su risa blanca, llena de satisfacción.

El caraqueño, bajando la voz y poniéndose confidencial, le pregunta:

—Bueno, negro, ¿y qué hubo de la negrita aquella que estabas bregando en el sancocho?

Y el negro, remedando al preguntón:

—¡Gua, a mí me pueden registrá!

—¡Ya veo que me estás cogiendo los tiritos! —exclama el caraqueño—. ¡Ah, negro bandido este, caray! De perinola que te la pegaste. ¡Si esa negrita estaba así por usté!

Y hace con los dedos de la mano derecha un gesto significativo. El negro mira los dedos del caraqueño con los ojos brillantes, y de nuevo abre su risota blanca y guapa.

—¿Otro palito, negro?

—Bueno...

En la pulpería hay sombra fresca, acogedora. Afuera, el sol refulge y quema. Cae a plomo sobre la calle polvorienta del caserío. Se derrite sobre el mar. El mar se agita, sudando brillos. Encandila, hace doler los ojos. Adentro en la pulpería, hay fresca, sabrosa sombra.

—¡Otro palito, mi negro!

—¡Échele!

II

En una ensenada mansa de la costa había nacido el poblacho. Los hombres fueron llegando y levantaron sus ranchos donde mejor les pareció. Los unos junto al mar, porque eran pescadores. Los otros se fueron aproximando a la montaña para estar cerca de las haciendas de cacao donde trabajaban. Y los que vivían de los pescadores y los peones los alzaron en el medio. Eran los más grandes. Así, el de la pulpería, el de la Comisaría, el del turco de la tienda y otros más.

El tiempo formó dos hileras de ranchos. En el medio de las dos hileras quedó una larga franja de tierra caliente. Era la calle. La calle nacía, allá arriba, en la entrada de una gran hacienda de cacao y venía a morir aquí abajo, a la orilla del mar.

El embarcadero era en un remanso. A treinta, quizás cincuenta metros de la orilla, había una barrera de arrecifes que en la bajamar asomaba su áspera cresta. En la pleamar ya no podía verse. La barrera de arrecifes separa el remanso del otro mar, bravo, azul, que se ve allá lejos. Por el ancho camino del mar pasan los veleros serenos, raudos, escorados, según esté el viento. Pasan también —sobre el filo del horizonte— los grandes transatlánticos indiferentes tiznando el

cielo con su pincel de humo, dejando sobre las olas hondas una estela de espumas trituradas.

Hacia la derecha, el cerro ríspido, pedregoso, cae de bruces sobre el mar. Desde el embarcadero puede verse el caminito calcinado que se escurre por entre rocas y cardones, como con miedo a pincharse. El caminito une al puerto de los pescadores con el puerto oficial que está a menos de una legua.

Allá hay un muelle grande, unas cuantas casas y un cuartel.

Aquí, en la orilla mansa del agua, crecen mangles y cocoteros. Mangles verdinegros, desmayados, quietos. Altos, rumorosos cocoteros. Agitando en el viento recio y salitroso sus penachos rebeldes. Así parecen jóvenes caciques indios.

Pero eso fue hace ya mucho tiempo.

III

Un rancho largo, bien encalado, con dos puertas irregulares. Sobre la pared estas palabras: «Las Brisas». Era la pulpería de Monchito.

De día casi nadie iba a la pulpería. Pero de noche era muy visitada. Sin embargo, casi todos eran los peones de las haciendas cercanas. Escaseaban los pescadores. Estos, por lo general, tenían algo en que pensar o algo que hacer (el golpe que llevó el bote hoy contra las rocas; el anzuelo que trozó la picúa; el cordel que se enredó). Los otros hombres, los peones, esos solo querían olvidar. Inclinado sobre el mostrador, Monchito —mestizo soturno y gruñón— atendía a los contertulios y a ratos mezclábase en su charla.

Los hombres eran mestizos taciturnos y reticentes, mulatos jactanciosos, negros dolorosamente alegres. Del techo de la pulpería pendía una gran lámpara de kerosene que esparcía su luz dura y brillante —unas veces amarilla, otras azul— por todo el local. La luz bañaba los rostros cansados, los rostros alegres, los rostros severos. Un extraño livor los pintaba, cubriéndolos de misterio y de fatalidad.

Más allá de la zona iluminada adivinábanse sumidos en la penumbra rollos de mecate en forma de ocho, alpargatas, potes, machetes.

La luz de la pulpería de Monchito es la última que se apaga en el caserío. Cuando ya la noche es grande y densa todavía se ve en la puerta

un grueso chorro de luz. Es muy potente la lámpara de Monchito. Su luz puede verse desde lejos, desde el mar. Así decían los pescadores. Debía, pues, ser verdad.

A un lado un grupo abigarrado charlaba entre risotadas ásperas. A otro, jugaban al dominó. Y más allá, más metido en la penumbra, un hombrecito magro, solitario, punteaba un cuatro. En medio del bullicio de la pequeña sala, por entre las carcajadas y el seco golpe de las piedras de dominó sobre la mesa, podía percibirse claro, distinto, el sonido menudo del cuatro. Todo el ruido del recinto se filtraba a través de aquel hombrecito oscuro y salía destilado en pequeñas, finas gotas sonoras. Y las notas salían de la pulpería —igual que la luz de la lámpara grande—, se iban con la brisa que retornaba de la tierra adentro y podían oírse, también, desde el mar.

Caían dos, tres, cuatro horas. Y cuando el silencio era macizo en el caserío, Monchito gritaba palmoteando:

—Bueno, pues, ¡vámonos todo el mundo que voy a cerrar! ¡Vamos a ver cuándo pagan!

—Bueno, el sábado, seguro —respondía uno por todos. Y desfilaban los hombres oscuros, como sombras.

Ya en la calle empezaban a sumirse en la noche. Entonces, ya los hombres se habían ido, cuando ya Monchito había apagado su lámpara, se oía imponente la eterna voz del mar. Arriba, en el cielo, muy arriba, las estrellas. Abajo, el caserío brotaba en la oscuridad, rebrillaba en la noche como una enorme risa de negro. Detrás la montaña negra, más negra que la noche, llena de extraños ruidos. Y envolviéndolo todo, dominándolo todo con su ronco rumor, el mar.

IV

Otro rancho, un tanto más vertical, menos destartalado que los otros, con un zócalo azul añil y remiendos donde los demás mostraban agujeros y grietas, era la Comisaría. Arriba, sobre la puerta, aleteaba una desteñida bandera venezolana. Las puntas de la bandera eran jirones, como si la hubiese azotado una tempestad.

Era gente apacible la del caserío y el comisario poco tenía que hacer. Este no era uno de aquellos terribles, de grandes bigotes, machete

y revólver al cinto. No; este comisario era un hombre aindiado, sin relieves, un poco tímido, amigo de todo el mundo. El revólver que le habían entregado por gracia de su cargo nunca precisó usarlo en los cinco años de su residencia allí y a veces hasta se le olvidaba sacarlo a la calle, tan inútil le era.

El comisario tenía una hija, Nieves: una trigueña de carnes recias, robustas caderas y un raro color soñoliento en las piernas. Miraba de un modo inquietante, misterioso. Debía oler a cama revuelta, tibia.

Nadie en el pueblo sabía qué hacía la niña Nieves, además de acompañar y atender a su padre. Casi nunca salía de la casa. Algunas veces, a mediodía, cuando más sola estaba la calle, se la veía caminar con un paño de mano sobre la cabeza. La brisa le pegaba el vestido al cuerpo potente. Entonces, los hombres que estuvieran en la pulpería se asomaban a la puerta para verla.

La niña Nieves pasaba pisando fuertemente, con un despreocupado taconeo y su paño de mano sobre la cabeza. Los hombres le miraban las piernas desnudas, con un extraño color sueño y decían:

—¡Qué hembra, mi hermano!

—¡Quién pudiera!

—¡Qué va, negro, ésa no es pa nosotros!

Era la conclusión de siempre.

V

En la hacienda de cacao vecina al caserío trabajaban treinta, cuarenta, hasta cincuenta hombres.

El cacaotal es soledoso, lleno de fresca humedad. La humedad —olorosa a caracol, a escondido musgo— enfría la piel y es buena para que vivan el cacao y los mosquitos. El sol resbala por entre los bucares y guamos altísimos y forma pequeños trocitos de luz sobre la tierra tapizada de hojas.

A veces el sol se oculta detrás de una nube. Entonces es casi noche en el cacaotal. El follaje parece compactarse. Los cacaos parece se pegaran unos a otros y se hicieran más bajos. Entonces se hace un silencio grave, un silencio profundo, un silencio inquietante. Puede oírse el vuelo de un insecto, la caída de una hoja.

Los hombres salen al cuaimeo: limpiar de monte el pie de los árboles. Van curvados. Algunos llevan los torsos desnudos. Otros usan franelas. Desteñidas franelas a rayas. Sucias franelas blancas.

El garabato agarra el monte y desnuda el débil tallo de las hierbas. Entonces pasa el machete a ras de tierra.

—¡Juaj! ¡Juaj!

Los hombres siguen avanzando por entre el cacaotal. Los torsos desnudos brillan. Los otros se presienten a través de las franelas sudadas. El machete sigue pasando, veloz, a ras de tierra.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El zancudo sanguinario se para sobre las espaldas duras. O sobre el cogote. Se queda quieto un instante como si estuviera pensando. Luego, con el pico busca el poro sobre la piel. Entonces se va a fondo. Planta su taladro y empieza a chupar. El hombre, distraído, sigue manejando el machete.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El zancudo se va hinchando poco a poco. El abdomen le va creciendo, llenándose de sangre. Cuando está harto saca el aguijón y se va volando pesadamente. Parece como si ya fuera a desprenderse, ahíto, borracho de sangre.

Pasan algunos días y puede venir la fiebre. Entonces el hombre curvado dentro del chinchorro, tiembla y delira.

Otras veces el hombre siente el pinchazo y de un manotón instintivo aplasta el mosquito. El hombre, entonces, maldice en voz baja y sonríe.

Otra cosa son las culebras. Casi siempre es la cuaima terciopelo. Otras veces es la coral o la macaurel.

El hombre mete el garabato para desnudar las hierbas y alcanza a ver la culebra que huye o que se enrosca para morder. El hombre voltea a todos lados buscando un bejuco.

El hombre piensa: no se debe matar culebra con palo. Con machete tampoco. Si se separa la cabeza del cuerpo, la cabeza sale disparada, volando, y puede alcanzar a alguno. Entonces el hombre muere con la cabeza podrida prendida al cuerpo.

Otras veces se clava la cabeza en el tronco de un árbol. El árbol, entonces, se seca.

El hombre corta un bejuco y le cae a bejucazos a la culebra. El bejuco pasa silbando por el aire:

—¡Juij! ¡Juij!

La culebra hace bruscas contorsiones. Lanza mordiscos desesperados. El bejuco sigue cayendo recio, inclemente.

—¡Juij! ¡Juij!

Las contorsiones se hacen más lentas. Ahora son voluptuosas. La culebra se mueve como una mujer. La culebra agoniza. Ya muerta, todavía distiende los anillos con extraño, misterioso movimiento. Entonces el hombre coge un palito, engarza la culebra y la tira a un lado. El hombre se estira, alto, vencedor. Piensa en la culebra un instante y se vuelve a curvar.

Tibio sol chorrea por entre los árboles. El silencio es grave, el silencio es profundo, el silencio es inquietante.

VI

El negro Kalasán también avanza con la cuadrilla. La espalda ancha y musculosa se cubre de sudor. Brilla la piel cuando la toca la luz que se mete entre los árboles. Brilla el machete como la piel. La izquierda empuña el garabato. La derecha maneja el machete con ritmo acompasado.

El negro suda y piensa. Piensa que es duro el trabajo y que después no habrá sino para el vasito de ron malo. No hay ni siquiera para una buena mujer. ¿Y la niña Nieves? Qué va, ésa no puede ser para él. «Qué va, negro, quítate eso de la cabeza». Así le dicen los amigos cuando él la mira pasar con su paño sobre la cabeza. Con su andar pendenciero y su extraño color soñoliento en las piernas.

«Qué va, negro, quítate eso de la cabeza». Era la conclusión de siempre.

Las palabras vibran, laten en su cerebro. Caen lentas como gotas en su sangre. Le corren por el cuerpo todo. El cuerpo bañado en sudor. La mano aprieta con fuerza el machete. Los antebrazos se hinchan. Las venas se llenan de sangre, levantan la piel. Los golpes caen recios, acompasados, tajando el silencio del cacaotal.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El negro sigue avanzando. El monte primero es una masa de troncos rugosos, de hojas y mazorcas rojas, violáceas, amarillas. Poco a poco se va esfumando. El negro suda y piensa. Ya no ve por dónde pisa. Avanza, avanza.

Súbitamente, un agudo dolor. Alto, como un grito de la carne. Dolor afilado y caliente que le muerde, taladra, quema la carne, y le sube por las venas. Y un rabo aterciopelado que huye por entre la hojarasca, se pierde sin ruidos, desaparece.

—¡Maldita bicha!

El negro suelta el machete y se agarra fuertemente la pierna con ambas manos.

Las palabras volaron a través del cacaotal. Los otros hombres vinieron a asistir al negro José Kalasán.

Ya los ojos se nublan. Ya la pierna comienza a hincharse. El dolor es agudo, tremendo. Muerde, abrasa. La carne gime y se retuerce. El negro se estira y tiembla. Se muerde los labios violáceos.

—¡Maldita bicha!

La saliva espesa sale en burbujas lentas por el canto de los labios apretados.

—¡Maldita bicha!

Entonces uno de los hombres dijo:

—Vamos a llamar a Simangal...

Simangal: el nombre raro, misterioso, enciende un fuego reverente en la mirada de los hombres rudos.

Simangal: el brujo, el curandero. El nombre que nadie pronuncia, pero que ninguno olvida.

Simangal: único recurso en los momentos de trance, cuando los hombres se mueren y hay que salvarlos.

No es natural del pueblito. Llegó un día cualquiera y levantó un rancho. ¿Cuándo? ¿Con quién? Nadie lo sabe.

Simangal tiene la edad del tiempo. Los más viejos del caserío, cuando niños, habían aprendido a respetar a Simangal.

El rancho del brujo es como cualquier otro. La única diferencia es que tiene la puerta siempre cerrada.

Alguna mujer caritativa del pueblo le lleva comida de vez en cuando. ¿Cómo es? ¿Qué aspecto tiene? Nadie lo recuerda. Hace años no sale

de su rancho. Primero practicaba las curas y los ensalmos personalmente. Después, cuando pasaron muchos años, no volvió a salir más. Ahora envía su sombrero andrajoso y mugriento para que lo pongan sobre la herida. El sombrero es como una prolongación de él mismo. Mientras está sobre la herida, él —allá en la fosca penumbra de su rancho— alarga sus manos huesudas, entorna los hondos, extraños ojos y reza sus secretas oraciones.

Por eso los hombres dicen:

—Vamos a llamar a Simangal...

El que lo dijo esta vez partió presuroso por entre los árboles, hacia el pueblo.

Los otros hombres llevaron a José Kalasán en peso hasta su rancho y allí aguardaron. Pasaron diez, veinte minutos.

Los hombres rodeaban al negro José Kalasán en la semioscuridad del rancho. La pierna estirada del negro aparecía levemente hinchada. La piel estaba febril. Entonces apareció en la boca del rancho el que había ido en busca de Simangal. Todos voltearon hacia él. Preguntaban con los ojos.

El hombre permaneció silencioso y miraba extrañamente al negro Kalasán.

—¿Qué hubo? —inquirió roncamente uno de los hombres—. ¿Y Simangal?

Todavía se arrastraron unos instantes de angustioso silencio. La tensión se estiraba. Ya iba a reventar. Entonces el hombre habló:

—Simangal dice que no tiene que venir.

Cayeron despaciosos otros segundos. El hombre continuó:

—Simangal dice que al negro José Kalasán no le hace nada la culebra. Simangal dice que él sabe...

Las palabras brotaron lentas de los labios del hombre. Quedaron flotando en la penumbra del rancho. Fueron trepando por la sangre de los hombres. Chocaron, rebotaron y después se quedaron fijas, vibrando en el interior.

«Simangal dice que al negro Kalasán no le hace nada la culebra. Simangal dice que él sabe...».

Nadie habló más. Los hombres se quedaron confundidos, pensando.

VII

«Simangal dice...».

La noticia se metió en todos los ranchos del caserío. Entraba pronto en el alma de las mujeres humildes y supersticiosas. Invadía lenta el pensamiento de los hombres, y allí se quedaba girando, misteriosa.

«Simangal dice...».

VIII

El negro José Kalasán sanó a los pocos días. Volvió al trabajo. Pero ahora ya no tenía su risa ancha, blanca, siempre en los labios. Él mismo no se comprendía ya.

Parecíale como si él, el negro José Kalasán, había muerto y ahora era otro distinto. Ya le costaba abrir los labios gruesos y hacer sonar su risa guapa y bulliciosa. Y cuando hablaba, las palabras eran otras y sonaban raro.

Los hombres observaban al negro y decían:

—¡El negro Kalasán está cambiao!

—¿Estará embrujao?

A veces, en el cacaotal, mientras él estaba inclinado cortando monte, los otros dejaban de trabajar y se lo quedaban mirando intrigados.

—Aguáitelo, hermano, aguáitelo. ¡Parece que va dormido!

IX

«A mí no me hace nada la culebra. La culebra que pica y mata. Simangal lo dijo. ¡Yo soy el negro José Kalasán!».

Las palabras resuenan en su cerebro. Se le meten en la sangre y él siente que la sangre acelera su marcha, que las venas se le hinchan y le brotan bajo la piel.

Hace un calor sofocante aún bajo los bucares en el cacaotal. El calor se tiñe de humedad y se hace espeso. Casi puede tocarse con las manos.

Los hombres avanzan curvados. Los machetes resuenan.

—¡Juaj! ¡Juaj!

El negro Kalasán agarra el monte con el garabato y descarga recios machetazos.

—¡Juaj! ¡Juaj!

«Soy un negro caliente y la culebra que pica y mata no me hace ná. Simangal lo dice y es verdá».

El negro suda. Por debajo del pantalón grueso y burdo, él siente las piernas musculosas, recias, rezumando caliente sudor. El sudor le hace cosquillas en las piernas, en los muslos potentes.

El calor cae sobre los hombres curvados.

El pensamiento vuela hasta el caserío. Sabrosa que está la niña Nieves. Sabrosa y dura. Con sus piernas gordas y amarillas. Con su extraño color soñoliento sobre la piel. Sabrosa cuando ella pasa con su paño sobre la cabeza, a mediodía, cuando el sol está caliente, sabroso. «Quítate eso de la cabeza, negro». Así decían siempre. Qué va, él es el negro José Kalasán. Si lo pica la culebra no lo mata. ¡Simangal lo dice y es verdá!

X

Noche grande, inmensa sobre el caserío. Arriba, muy arriba, la luna amarilla, redonda, brillando. La luna pinta las cosas con extrañas tonalidades. Cae sobre el mar y el mar brilla y suena de un modo distinto. Saca filos a las hojas de los cocoteros que relucen como cuchillos. Chorrea la luz friolenta sobre los ranchos destartalados y los ranchos brillan, parecen más blancos que de día. Clara, clara se ve la calle. Larga, desde el monte hasta el mar. Las dos hileras de ranchos blanquean; refulgen en la noche como una inmensa risa de negro.

En la playa los pescadores conversan. Los pescadores hablan tranquilos y miran el mar.

Es raro. Hay luna y parece que va a llover. Nubes hinchadas, oscuras, van por el aire devorando estrellas. Amenazan ocultar la luna. La luna, redonda, amarilla, resbala por el cielo y nunca acaba de caer. La brisa húmeda, potente, llena de olores removidos, silba ronca sobre el mundo. Es raro: hay luna y parece que va a llover.

Las nubes negras, como humo de incendio, pasan raudas. La luna —inquieto color de sueño— resbala por el cielo y nunca acaba de caer. Abajo, en la playa, los pescadores han dejado de hablar. Ahora miran fijamente el mar. El mar gruñe como un borracho y escupe

espuma contra las rocas. Después chupa la arena que suena con áspero, hondo ruido.

Desde el fondo remoto de la noche y del mar vienen truenos sonoros, inquietantes.

Allá lejos se estremece el cielo agrietado de relámpagos.

XI

Adentro, en la pulpería de Monchito, los hombres beben. El negro José Kalasán juega dominó en una mesa y toma precipitadamente vaso tras vaso de aguardiente.

—Te vas a rascá, negro...

El negro sigue bebiendo. Por la puerta de la pulpería sale un raudal de luz. Desde adentro puede verse un pedazo de calle. Es una mancha ocre. La mancha ocre de la calle se llena primero de puntos oscuros. Se va poniendo más y más oscura.

Alguien dijo:

—¡Viene el agua!

Comienza a llover. Sobre el ambiente tibio y sabroso de la pulpería se oye caer el agua. La lluvia hace como si mascara la paja del techo.

Arrecia la lluvia. Las gotas se sienten ahora más gruesas, como piedras. Suena fuertemente el agua. Avanza, cerca los ranchos. A veces viene una racha de viento del mar y el ruido se hace ensordecedor. El rancho de la pulpería tiene ahora una enorme importancia. Parece como si afuera no hubiese sino lluvia. De la calle llega un olor sofocante de polvo mojado.

José Kalasán bebe otro vaso de aguardiente.

—¡Buena noche cogió usté pa rascarse!

—Sí, buena noche.

Las palabras hacen eco en su interior y le regresan profundas, redondas, como dichas por otra persona.

El negro se pasa la mano por la cara como si quisiera quitarse algo que le molesta. Siente gruesa, enorme la nariz. La respiración se hace difícil, sonora.

Del abismo de su vida le vienen trepando torvos pensamientos. Las voces se han hecho sordas en el interior de la pulpería. Afuera, suena

recia, compacta la lluvia. El negro echa la silla hacia atrás buscando una posición más cómoda. Siente sobre sus espaldas algo que lo empuja a levantarse, a irse no sabe adónde. Son unas largas manos huesudas, con grandes uñas encorvadas, amarillas.

La lluvia ha levantado un vaho caliente que invade la pulpería.

—Monchito, mi hermano, ¡écheme otro!

La voz del negro es áspera, gruesa.

XII

Cuando se sintió bien borracho salió de la pulpería.

La calle, antes dura y polvorienta, era ahora un fangal oscuro, resbaloso. En el turbio espejo de algún charco podía verse deformada la cara de la luna resbalando en el cielo, abandonadamente.

El negro Kalasán avanzó. Los pies se le hundían con torpeza en el fango baboso. El viento pasaba ululando sobre el caserío. Allá lejos, el mar, como un insomne monstruo contenido, quejándose.

Ahora siente otra vez las flacas manos huesudas que lo empujan. Las largas uñas encorvadas, amarillas.

Cuando llegó a la Comisaría empujó violentamente la puerta.

El negro caminó en el interior como un torpe animal. Se balanceaba, apoyándose en las paredes para no caer. El comisario saltó de la cama. Todavía en la penumbra del sueño cogió el revólver y gritó al negro. El negro avanzó hacia él, siniestramente.

El comisario disparó dos, tres, cinco veces.

En la oscuridad sonaron los golpecitos como pequeños chispazos alumbrando el silencio.

Entonces el negro tumbó al comisario en un rincón.

La niña Nieves, allá en el cuarto, lanzó un grito.

El negro caminó guiado por su instinto. Apareció inmenso en el umbral como una alta sombra arrancada a la noche. En el interior dio lentos, pesados pasos. Los brazos extendidos buscaban el cuerpo de la hembra entre las sombras.

El tiempo hizo un poco de luz en la habitación.

En la penumbra la cama extendía su amplitud lechosa. La mujer temblaba inmóvil, pegada a la pared. El negro avanzó todavía más.

—¿Dónde tas tú, mi vida?

Un grito delató su presencia. El negro ahogó en un lento, interminable beso los otros gritos que luchaban por salir.

Afuera en el patio el viento mecía las ramas de los árboles. Las hojas cabeceaban golpeadas por las gruesas gotas.

Bajo la noche —sobre el mar— la lluvia batía en el viento sus metales.

XIII

El comisario corrió hacia el puerto. Tramontó atropelladamente el cerro ríspido chocando contra las rocas, hiriéndose con las espinas de los cardones.

Allá explicó, jadeante, demudado, lo que ocurría.

—Un negro embrujado, un negro borracho, loco. Le disparé cinco tiros y ninguno salió. A ese negro no lo mata nada. Así lo dijo el brujo. ¡Es verdad, capitán, es verdad! Le digo, ¡cinco tiros y ninguno salió!

El militar echó una mirada entre burlona e incrédula sobre el hombrecito tembloroso y mojado.

Respondió secamente, ordenando:

—¡Vamos a ver!

Cuando llegaron ya el negro había huido.

La niña Nieves, entre sollozos, les indicó por dónde. Los hombres armados avanzaron. Atrás venían los otros, los de la pulpería.

Allá lejos —en el fondo de la calle— la luna hizo saltar de la oscuridad la figura del negro.

Sonaron tiros.

—¡Va herido! ¡Va herido! —gritó alguno.

La silueta se perdía a ratos en la noche, protegida por la sombra y la lluvia cenicienta. Después aparecía más adelante.

Continuó la persecución unos instantes. Otros tiros atravesaron la noche.

Frente a un rancho desvencijado encontraron al negro muerto. Tenía la cara casi hundida en el barro. Gotas de agua enlunada que se enredaban en la greña lanosa comunicaban a la cabeza un raro brillo.

La lluvia —ya menuda— caía sin ruidos sobre el cuerpo todavía redondo de vida.

Los soldados miraron el cadáver con sus impasibles miradas de soldados.

Entonces uno de los hombres que venían atrás alzó la vista y, mirando el rancho con ojos sorprendidos, dejó caer estas palabras:

—Tenía que morir aquí. Frente a este rancho.

Bajo la noche —sobre el mar—la luz de la luna bajaba al sesgo en la lluvia blanca.

Detrás del muro está el campo

I

El rancho de la india María era un pedazo de la tierra. Brotó allá lejos, sobre aquella loma redonda, y se quedó allí, entre cerros altos, rocosos, agrietado al azote de la ventisca, estremecido y vuelto barro rumoroso por la brisa del campo.

En ese rancho obscuro como un pedazo de la tierra, nació Chuíta. Chuíta era hija de la india María y de un dueño de «El Cedral». No del actual sino del anterior: un hombre recio, señero, con perfil de patriarca, que vivía en su hacienda y le regalaba hijos a los colonos, así como el amo de ahora les regala semillas.

Detrás del rancho se extendía la mancha verdinegra del cafetal soledoso. Abajo, en el valle, estaban las hortalizas y el maizal amarillo abierto al sol. Más allá del maizal, por entre árboles añosos y frescas hierbas, se deslizaba el río. Un río alegre en los pequeños raudales y que se ponía hondo y soñador en los remansos. Un río con trémula voz de piedra y agua, donde se disuelve el cielo alto, azul. Lo demás, las lomas que cercaban el paisaje, eran pastizales para el ganado de «El Cedral».

Chuíta fue primero un pequeño animal inquieto y moreno que gustaba sentarse a la puerta del rancho a comer tierra. La saboreaba con ese gusto privativo de los niños campesinos. Después de pasar las manos gordas por el áspero suelo en un lento movimiento circular a tiempo que aleaba, chupábase los dedos y se los deslizaba —resbalosos de tierra y saliva— por la cara. Sobre la piel quedaban las huellas de los sucios dedos juguetones.

La costumbre de comer tierra la perdió luego. En parte por la edad, en parte por las correcciones de la india María.

—¡Chacha! ¡Sáquese las manos d'iay!

Así le gritaba la india cada vez que la sorprendía en la cochinada. Y a las palabras seguían brutales palmadas sobre los dedos. Entonces, Chuíta lloraba, y un barro tierno —tierra y lágrimas— le cubría las mejillas.

Al tiempo le fueron naciendo años como retoños.

Chuíta anduvo mucho por entre los cafetos húmedos de sombra y por el soleado maizal. Correteaba por el monte, descalza, sin miedo a las culebras y a las espinas. Sin miedo tampoco al silencio y a la soledad. Recogía chamizas para alimentar el fogón campesino. Se bañaba desnuda en el río. Subía a veces a un árbol a coger frutas.

Y así, en ese vagar sin rumbos, el sol le fue pintando la cara y el cuerpo fuerte se lo labraron el agua del río y la brisa recia y montañera.

II

Casi todas las tierras de por allí pertenecen a la hacienda «El Cedral». Es grande, inmensa, esta hacienda de «El Cedral». Sus linderos se tienden allá lejos, por la fila de aquellos montes azules.

«El Cedral» tiene sembradíos y ganado. Los sembradíos son esas vegas verdes, allá abajo, como alfombras puestas al sol. ¿Y el ganado? El ganado no se ve. Cosa curiosa esta de los ganados en «El Cedral». Si se explora con los ojos esos pastizales, esos gamelotales ondulantes, apenas podrá descubrirse una que otra res pastando en la curva de una loma o dentro de una hondonada. Pero cuando llegan los sabaneros a recoger el ganado, es distinto. Ellos van trepando a lomos de caballo o de mula los cerros empinados y sueltan en el aire, a medida que suben, un silbido triste que a veces muerde ritmo de tonada; y detrás del silbido vuela y se estira el grito sabanero, largo, ecoante.

—¡Jeiii! ¡Oooh!

El grito del sabanero cae allá lejos en las hondonadas. Se mueve el gamelotal. Hay ruido de tallos que se quiebran. Asoman la cabeza dos, tres, hasta cinco novillos.

El hombre —alto sobre el caballo— los mira casi indiferente y prosigue. Torna a silbar y después de silbar grita otra vez:

—¡Jeiii! ¡Noviiiyo!

El grito del sabanero —semilla sonora— va sembrando así de novillos la montaña.

Pero son testarudos los animales. Se asoman, voltean hacia el sabanero, y no dan un paso más. Se quedan metidos entre la hierba alta, abren los ojotes tristes y continúan rumiando el pasto.

Entonces, el hombre sobre el caballo se agita. Levanta los brazos y vocea fuerte:

—¡Sal d'iay, noviyo! ¡Bicho majadero, cará!

Y rubrica las palabras con el grito largo, tendido sobre las lomas:

—¡Jeiii! ¡Oooh!

Buen peón sabanero que es este Miguelón. Miguelón es alto y recio, fuerte de piernas. Tiene un sombrero «pelo de guama» andrajoso de brillo grasiento, con barboquejo de soga. Debajo del sombrero esconde la cara cetrina en la que brillan dos ojos vivos, oblicuos, semicerrados de tanto estar mirando lejanías bajo el sol. Miguelón es casi barbilampiño. Tiene dos manazas nudosas, ásperas, buenas para el coleo y la enlazada. Los pantalones, que siempre lleva arremangados, le aprietan las piernas musculosas que terminan en unos pies fuertes y gordos.

Allá va repechando una cuesta, clavado en su macho negro. La brisa fresca, alta, le echa el sombrero hacia atrás y le pone a tremolar la blusa. ¡Y entonces es cuando se ve elegante Miguelón! Porque su sombrero es mugriento y su blusa sucia y caída. También su macho negro, que camina martilleando el cerro con la cabeza, es un poco flaco y está mal aperado. Pero hay que verles a los cuatro juntos, desde lejos, sobre una alta loma y con la brisa soplando. ¡Entonces es cuando se ve elegante Miguelón!

Y tiene sabroso el grito sabanero. Allá pasa por sobre aquel lomazo, aupando su macho negro, mirando a todos lados, escudriñando las montañas, los azulosos cerritos lejanos, asomándose a las hondonadas de boscaje espeso y potente. Y apenas presiente un novillo metido en el gamelotal, le suelta el grito:

—¡Jeiii! ¡Noviiiyo! ¡Oooh!

El novillo sale precipitadamente del gamelotal, tumbando la hierba con el pecho. Asimismo salen otros que pastaban cerca. Caminan un poco y después corren; corren perseguidos por el grito del sabanero.

—¡Jói! ¡Jói! ¡Jói!

Corren como locos por las picas angostas haciendo retumbar el campo. Se despeñan cerro abajo. Llegan a una meseta pequeña donde se paran. Entonces comienzan a mugir monótonamente. Voltean hacia arriba sus miradas mansas. Tornan a mugir ahora.

Allá arriba, casi en la cima de la loma más alta, se recorta la silueta alegre de Miguelón. El sombrero echado hacia atrás, la blusa tremolando y el grito macho —ahora quejumbroso para calmar las reses excitadas por la carrera— saliendo de los labios:

—¡Jeiii! ¡Noviiiyo! ¡Oooh!

III

El tiempo siguió pasando lento, sin ruidos, como vuelo de garza.

Sucedió que una tarde Chuíta fue a bañarse al río. El agua estaba fría, soñolienta. La muchacha hundía los pies anchos en la arena menuda color de oro viejo. El vello tenue de las piernas flotaba como fina hierba. A través del agua podía ver las sardinas de inquieta plata dando pequeños mordiscos silenciosos a sus piernas. La brisa liviana que venía a ratos rizando el agua le estremeció el cuerpo. Ella entonces se pasó las manos por los brazos, cruzándolos, como si quisiese aprisionar todo su íntimo calor. Entonces, bajo la piel caliente sintió, allá en lo hondo, el latir de la sangre, obscuro, acompasado. Sintió también que su cuerpo era duro. Y vio que tenía sombras como el cafetal y que podía doblarse suavemente como la hierba alta cuando pasaba el viento.

Después que se hubo bañado —en el camino de vuelta— encontrose a Miguelón. Miguelón venía sudoroso, silbando sobre su macho negro. Chuíta caminaba con paso alegre. Llevaba prendida en el pelo brillante y húmedo una flor montuna de color violento que recogiera en la hierba. Miguelón se cruzó con ella y la miró con la mirada deseosa que los hombres del campo clavan a las mujeres que regresan del río.

—Buenas…

—Buenas…

Aquella mirada de Miguelón pareció desnudarla.

Chuíta bajó los ojos. Sintió miedo acaso por primera vez. Aligeró el paso.

Oyó cuando Miguelón sofrenó su macho a los pocos metros, atravesándolo en el camino. Chuíta sintió que entre las pestañas traía agua fresca del río. Aligeró más aún el paso. Corría casi. Un momento después —ya subiendo la loma hacia su rancho— Chuíta arrancaba hierbas jugosas y las mascaba con fruición. Triturando las hierbas tuvo sensaciones que nunca antes había tenido.

Sobre los árboles se marchitaron nidos. De los nidos marchitos salieron pájaros jóvenes estrenando cantos. Después —ya brillante la pluma, ya afinado el trino— fueron a hacer otros nidos sobre otros árboles.

Un día —un quieto atardecer con pericos bulliciosos regresando por el cielo inmóvil— pasaron por el rancho de la india María gentes que volvían a la ciudad. Habían dejado el automóvil abajo, en la carretera que salía de «El Cedral» y repecharon la cuesta por la veredita borracha que subía la loma. Llegaron arriba resoplando de furioso cansancio. Una de las señoras precisaba de una muchacha para el servicio doméstico.

La señora —ahogada en gordura, extraña en el marco del campo— se paró delante de la india. Le deslizó palabras suaves, impresionantes. La india vaciló, confundida. Se ponía triste, sonreía y después se ponía triste otra vez. Bajó los ojos por fin, escuchó las últimas insinuaciones que salían fáciles de la boca de la señora y aceptó:

—Bueno, misia, si ansina lo ha querío Dios, lleve sin cuidado la muchacha.

Las palabras fueron sencillas. Exactas como hojas de árbol. Con ellas quedó sellado el trato. Lo demás sucedió en breves instantes. Bajaron hasta el camino. De allí a la carretera. En el silencio se oyó el ruido del motor que rompió la quietud del atardecer campesino. Después, el golpetazo de una portezuela que se cerró con fuerza. Una nube de polvo y un adiós triste, al que la distancia iba quitando las palabras.

Quedó atrás —todavía recuerdo vivo, más intenso que el momento presente— la madre erguida sobre la loma redonda, frente a su rancho. También el cafetal soledoso y el maizal amarillo abierto al sol.

También el río espumoso y sonoro, saltarín en los pequeños raudales, hondo y soñador en los remansos, con sus árboles añosos y sus nidos. También Miguelón con su sombrero viejo y su blusa raída. Miguelón con su silbo largo, su grito sabroso y macho y su mirada desnudadora.

IV

Una corta avenida de picada piedra blanca conduce a la casa-quinta de don Ramiro Losada. A ambos lados de la avenida hay jardines cuyas caprichosas formas y esmerado cuido realzan la sobria belleza de la mansión de estilo colonial. Astromelias blancas, rojas y violáceas crecen en los jardines. Pequeños pinos podados en forma esferoidal señalan las esquinas. Sobre las ventanas con enrejado de hierro forjado, los rojos claveles ponen salpicaduras de fuego. Sube por la pared rugosa y gris espesa yedra verde. Y detrás de la casa, por entre los espacios que dejan los copudos y anchos árboles, se columbra la montaña verde obscura y más allá lejanos montes azules.

Don Ramiro Losada —delgado, distinguido— es hombre de negocios de rancio abolengo y holgada situación. Cierto es que, cuando fue pequeño empleado de comercio, no se le reconocía el abolengo ilustre. Mas, después, cuando hubo hecho pingües ganancias y, en consecuencia, escalado altos peldaños sociales, recordó que toda persona bien debe tener ancestros relevantes. Mejor dicho, sintió necesidad de tenerlos. Se puso entonces a hurgar en los archivos hasta que descubrió allá en los primeros años de la Colonia un hidalgo, presunto antepasado, que una vez aderezado con hazañas constituyó elegante blasón para su hogar. De inmediato hizo dibujar por un experto un complicado árbol genealógico cuyas audaces raíces se nutrían en la gloria de linajudas casas de España. Lo mandó enmarcar en un marco de mal barroco y lo colgó en el corredor de su casa, frente al butacón donde gustaba sentarse. Así don Ramiro podía contemplar a gusto el árbol de su casta y de su sangre.

Pero a pesar de esta humana vanidad, don Ramiro era excelente persona. Muy poco atento a los detalles domésticos, gustaba de vivir sin ostentaciones. En realidad su único lujo era su árbol genealógico, el que, por otra parte, en él no era lujo sino íntima necesidad.

Don Ramiro no era afecto a la bebida. Sin embargo, siempre tomaba un *whiskey* con soda antes de las comidas, o cuando de regreso del partido de *golf* que sostenía con algunos norteamericanos todos los sábados, se dedicaba a hojear alguna revista yanqui, aunque del inglés conocía poco.

Habíase casado hacía ya unos dieciséis años con doña Leticia de Torres, quien a más de otras dotes personales unía la de un elegantísimo «de» engastado entre nombre y apellido, lo que no era detalle para desestimarse. De su matrimonio habían tenido una hija, Elvira, ahora de quince años. Elvira poseía un bello rostro aunque de cuerpo era un tanto desgarbada. Coqueta e instintiva gustaba de hacerse la tonta para así justificar sus caprichos. En un medio gazmoño y hermético por tradición Elvira no hallaba otro modo de escapar y vivir a gusto. Pero al pretender tomarse ciertas libertades que no le daban de buen grado, su carácter sufrió modificaciones inconvenientes, y así de simpática tornose frívola y de cortés fácil, lo que hubo de atraerle muchos amigos. Por eso siempre tenía alguno de visita. Y en ocasiones reuníanse tantos en una misma noche que ponían a la precoz muchacha en verdaderos apuros, puesto que cada cual creíase el único favorecido.

Así pues, Elvira Losada de Torres, bonita, flaca y desgarbada, vivía a su manera. Coqueteaba, intrigaba, decía a veces cosas picantes y se dejaba ver las piernas con los amigos. Tenía, pues, un luminoso porvenir.

V

Bastante le costó a Chuíta acostumbrar sus pies anchos de recias plantas a la superficie resbalosa de los mosaicos de la casa. Al caminar parecía hacer equilibrio y los fruncía dentro de los zapatos como si buscase instintivamente la aspereza de un guijarro de qué asirse.

Pero ya había pasado el primer mes de vida ciudadana y con parte de lo que ganaba compró zapatos nuevos, y una cartera cuadrada enorme; y con un traje de seda a medio uso que le había regalado la señorita Elvira completó la vestimenta que pregonaba el sarcasmo de la pobre condición del cuerpo envuelto en la rica tela.

Mas de noche se apoderaba de ella una rara inquietud. No podía dormir. Sentía honda nostalgia por su campo. Por su madre y por

aquel cafetal soledoso y por el maizal abierto al sol; por las frescas vegas y las suaves lomas de pastizales y herbazales que cimbraba el viento montañero. Y añoraba los baños en el agua rápida y espumosa del pequeño río y el poder correr libremente por los senderitos fríos dormidos en la humedad de la montaña. También pensaba en Miguelón el sabanero. Aquella tarde última —lo recuerda claro— él venía del trabajo, seguramente. Todavía le parecía oír el silbo que salía de sus labios. Ella regresaba del río; venía fresca y limpia, con las gotas del agua haciéndole cosquillas en el cuello. Venía fresca y limpia, no caliente y sudorosa como está ahora aquí, atormentada de insomnio, enredada en esta colcha del camastro donde duerme. Ella lo recuerda: él sofrenó su macho a los pocos pasos, lo atravesó en el camino y volvió su mirada hacia ella. Ella sintió que traía agua del río en las pestañas. Tuvo miedo y corrió. Él se quedó atrás, allá con el río. Sí, se quedó allá, él, Miguelón el sabanero.

VI

Lástima el carácter de doña Leticia. Para ella nunca estaba bien hecho el trabajo. Siempre había algo que objetar. Si en la mesa Chuíta no servía con elegancia y prontitud, exclamaba patéticamente:

—¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡Qué servicio!

—Pero mujer, enséñala —le reprochaba suavemente don Ramiro.

—¿Para qué? ¿Para que después que sepa se vaya para otra parte? No m'hijito, no quiero perder mi trabajo. Si esas son unas ingratas. ¡Que aprenda sola!

Luego enarcaba las cejas, y poniendo en el rostro una terrible expresión de nostalgia, exclamaba entre suspiros:

—Ramiro, ¿te acuerdas de Susy, la que teníamos en París? ¡Ay, qué maravilla de muchacha! Y tan decente, la pobre. ¿Dónde estará ahora?

—Ah, sí, Susy —respondía lentamente don Ramiro—. ¡Tan blanca que era!

Chuíta se presentaba con una vianda, trémula, confundida.

—Pero, muchacha, ¡cuántas veces tendré que decirte que al señor se le pasa primero!

—Está bien, misia —contestaba Chuíta con su blanda voz de sierva y se alejaba presurosa huyendo al regaño.

VII

Todas las noches había tertulia en el corredor. Don Ramiro llegaba con parsimonia, tomaba asiento en un ancho y muelle butacón, frente a su árbol genealógico, y prendía el radio como al descuido. Luego alzaba la vista y contemplaba su árbol. Lo recorría desde las raíces hasta las últimas ramas, donde él había brotado como un hermoso fruto.

Doña Leticia, protestando entre resoplidos por lo pesada que se sentía después de las comidas, sentábase frente a don Ramiro. Éste tomaba una revista y la hojeaba, deteniéndose en alguna página.

—Pero, ¿tú estás oyendo ese radio? —inquiría doña Leticia.

—Sí. ¿Por qué?

—No... como te veo leyendo.

—Se pueden hacer las dos cosas a un tiempo.

—Entonces, pon algo más bonito que eso.

Don Ramiro callaba. Su mano larga y fina daba vuelta al borne. Se oía una musiquilla distinta, aunque no precisamente mejor que la anterior.

Pasaba una hora. Al fin, don Ramiro, consultando su reloj y después de un corto bostezo, preguntaba con desgano:

—¿Todavía está allí ese jovencito?

—No sé, déjame ir a ver —respondía doña Leticia haciendo un dificultoso ademán de levantarse.

—No me gustan esas amistades de Elvira —sentenciaba gravemente don Ramiro.

—Si supieras, Ramiro —decía entonces doña Leticia— que a mí más bien me complace que Elvira tenga bastantes amigos, porque así estoy segura de que no está enamorada de ninguno, y, naturalmente, así es menos peligroso. Ahí el que está ahora como que es el hijo del doctor Mendieta.

Y don Ramiro, por decir algo:

—¡Ah, de Mendieta!

—¡Y tiene un carro lindo! ¡No sabía que Mendieta estaba tan bien!

—Sí, él está acomodado —respondía displicentemente don Ramiro.

—Y, a propósito, Ramiro, ¿no crees que sería bueno comprar un carro nuevo? Ya el de nosotros no está muy bien que digamos. Y Elvira opina que está muy feo para pasear en él.

—Bueno, se podría ver —concluía resignado don Ramiro, y seguía hojeando su revista.

La música que salía del aparato se oía suave, apagada, lejana.

VIII

Chuíta ha salido esta noche con el panadero. El panadero —Evaristo se llama— es un hombre tosco, animal. Cuando siente deseos se pone dulzón y fastidioso.

El parque a donde han ido se extiende amplio, acogedor, bajo la noche grande. Sobre los árboles altos y frondosos la brisa pasa haciendo un sedoso, fresco rumor. Abajo por las avenidas que lo cruzan en diagonal, patinan muchachos del barrio. Los bronces de los héroes —colocados aquí y allá— se alzan adustos, señeros. En el medio del parque hay una gran fuente sin agua. Colocados a la vera de las avenidas hay bancos de piedra. Sobre algún banco hay una pareja sentada. En algún otro un mendigo duerme.

El hombre no habla. Se acerca más y más a Chuíta. Le hace sonar la respiración en el oído. Le pasa la mano por la cintura.

—¡Epa! ¡Guá! —protesta Chuíta—. ¡Deje, pues!

Pasan algunos minutos, otra vez en silencio. Oyendo la brisa que hace sus ruidos sobre los árboles, Chuíta piensa: «Allá lejos estará el río y las vegas. Y mi mamá. Y el cafetal y el rancho tibio. Por allá, por esos cerros, estará ahora Miguelón. No; él estará ahora en la pulpería de la hacienda, bebiendo y cantando».

Ya el hombre la tiene abrazada. Ahora parecen un solo cuerpo de dos cabezas. Los brazos robustos le oprimen la cintura.

—Sabes, Chuíta, mi amor, que voy a poner un negocio de panadería por mi cuenta. Entonces, ¿ah? Chuita entorna los ojos y sigue pensando. Después —porque el hombre oprimió demasiado—, exclama:

—¡Ay! ¡Me vas a matar! ¡Pero qué hombre este, caramba!

—¡No juegue!

Ya los niños dejaron de patinar. Su vocerío desapareció allá en el otro extremo del parque. La brisa se va también a veces, como los niños. Entonces se hace un silencio que llega hasta las estrellas. Pero la brisa vuelve y hace sus ruidos otra vez sobre las copas de los altos árboles.

—Vámonos pa Los Caobos. ¿Quieres, m'hija?

—¡Cómo quiere!

—Anda…

—¡No; pa la casa es que voy yo! Después me cae encima la misia.

—Ya va, m'hija —dice el hombre y trata de besarla.

Después salen caminando, lentamente. Él le pasa la mano por el talle. Ella trata de quitársela. Se bambolean como borrachos. Desaparecen a la vuelta de una esquina. El parque está solo ahora, con sus mendigos y sus héroes.

IX

Mientras don Ramiro come, indiferente, doña Leticia habla:

—¡Ay, Dios mío! ¡Si ahora el servicio está insoportable! Desde que el gobierno permitió que se dieran esos mítines no se pueden aguantar. ¡Se les ha metido cada idea en la cabeza! Ahora por cualquier cosa salen con la Ley del Trabajo. ¡Dígame esta de aquí! Antes estaba muy bien, pero ya cogió la calle. Todas las noches la viene a buscar un hombre, que para mí es el panadero, y regresa tardísimo. Le he tenido que dar la llave de la casa, porque de otro modo no es posible. ¡Es que ellas ya quieren mandar! ¡Sí, es el comunismo!

—No vengas, mujer. Qué va a ser eso comunismo. Es que los tiempos cambian. Además, todo puede armonizarse. Cada uno aspira un poco más, y ellas, naturalmente, también quieren estar mejor que antes.

—Pero es que va a llegar un momento en que no va a haber quien sirva. ¿Y entonces? ¿Cómo se va a vivir? ¿Tú no ves la de aquí? Ni porque la fui a sacar de su monte. ¡En cuanto cogen la calle se pierden!

Elvira, sentada frente a doña Leticia, pensando quién sabe qué, sonríe con su pequeña sonrisa hipócrita y exclama sin emoción:

—¡Mamá y sus cosas!

De repente, doña Leticia lanza un resoplido silbante y casi grita:

—¡Ay! ¡Qué calor! ¿Ustedes no sienten calor? ¡Ya aquí se acabó el clima de antes! ¡Esto es insoportable!

En tanto, en la cocina, Chuíta y la cocinera comen y hablan.

—¿Y tú crees que salga bueno? —pregunta Chuíta a la cocinera, una negra redonda y brillante como una bola de asfalto.

—¡Ah, tú ves! ¡Hasta allí no llego yo, tú ves! Pues que sí, como pues que no. ¿Cómo se sabe si un hombre es bueno o malo? Arriesgándose con él. Ansina es el único modo, sí señor. ¡Porque los condenaos pa engañála a una son una especialidá!

—Pero es que yo tengo otro hombre que a mí me gusta.

—¿Cómo es la cosa, muchacha? ¿Que tienes otro hombre? ¿Y no y que era Evaristo, el panadero, pues? ¿En qué quedamos?

—No; no es Evaristo, Pancha. El otro, el que yo quiero de verdad está lejos, en mi tierra.

—¿Y por qué lo dejaste, pues?

—Si yo no lo he dejado, Pancha. Si yo me vine para acá sin que él lo supiera.

—¿Cómo que sin que él lo supiera? ¿Y no y que era tu hombre? ¿Qué clase de hombre era ese? ¿En qué quedamos?

—¿Pero no comprendes, Pancha?

—¡Qué voy a comprender! ¡Yo que soy bruta y esto que está más enredado que cajón de fideos!

X

La vida para Chuíta gira monótonamente. Ni una variación. Ni un cambio. Termina por marear. Es insoportable este cuartucho y esta cama chillante y estas colchas calientes y ásperas. Y este terrible olor a cosas viejas, inservibles. Estos viejos baúles arrinconados, estas rotas etiquetas de viajes que se hicieron hace ya mucho tiempo a países remotos, lejanos. Y es insoportable también esta comida que viene quién sabe de dónde. Porque allá en la tierra se come también poco. Pero es lo que uno ha sembrado y visto crecer. Y en el fruto está el sabor de uno mismo, porque la semilla se tuvo entre las manos y se comió la tierra del surco.

Es la angustia que se desborda sobre el espíritu incapaz de comprenderla. Es la obsesión apremiante que se aferra como yedra y sube y se retuerce. Es la inquietud del alma trasplantada, ahora con las raíces al aire, moviéndose angustiadamente, buscando en su desesperado movimiento la tierra que se necesita y que se siente lejana.

Allá estará su ranchito de barro estremecido, pedazo de la tierra. Y la madre enjuta, magra, que desde lejos puede confundirse con un árbol o con una piedra. Allá estarán también el cafetal y las lomas; el río claro y el maizal amarillo y sonoro. Y el ganado en los cerros y las hondonadas, mugiendo y comiendo. Y los pájaros que vuelan raudos por el aire. Y todo suave, sosegado, tranquilo. Allá estará también Miguelón, sabanero de «El Cedral», arreando los novillos con su silbido lánguido y su grito de hombre recio y libre.

Chuíta piensa:

—¿Es que no se puede olvidar el campo?

XI

Ya estaba resuelta a irse, a volver a su tierra. Se paró, decidida, frente a doña Leticia y le dijo, lentamente:

—Misia, me voy a tener que ir. De allá vinieron unos y me dijeron que mi mamá está muy enferma y quiere verme. Yo voy y en cuanto no más esté alentada me vuelvo otra vez a mi trabajo.

—Está bien —respondió secamente la señora. Y luego, despechada:

—¡Usted es libre! Busque sus peroles, entonces, para que se vaya. Déjeme ir a arreglarle la cuenta.

Y después, ya en el interior de una habitación:

—¡Sí, el mismo cuento de siempre! Hay algunas que matan a la madre para irse. Otras, como esta, ¡se conforman con enfermarla! Eso cuando no es el asunto de la tierra. ¿Qué cuento es ese de la tierra?

Pero Chuíta no oía nada. Decidida a retornar ya estaba en el cuartucho recogiendo sus pocas cosas.

El autobús la llevó hasta «El Cedral». Allí mismo, cerca del rancho, su rancho. Parada en la ocre carretera se quedó, mientras el vehículo se alejaba ruidosamente. Entonces se metió su bojote bajo el brazo. Sacó la cadera para acunarlo mejor, y se internó en el campo.

Caminaba despacio por una vereda angosta. Los ojos semicerrados, ya el pelo flotando con libertad en la brisa fresca que venía de las lomas lejanas a saludarla.

—Ah, brisa sabrosa —musitó con emoción.

La tierra esa tarde brillaba de humedad reciente. Las hierbas mostraban un verde alegre y tierno. De las hondonadas, de los tupidos boscajes, subía lento un vaho azuloso de niebla. Los pájaros cruzaban raudos, recortando sus siluetas sobre el brillante cielo blanco. Se paraban sobre las ramas desnudas de los árboles, se esponjaban y colgaban en el aire sus cantos lavados por la lluvia. Todo el campo despedía un suave olor a tierra fecundada, a hondas esencias vitales.

Allá lejos, en el cerro que caía sobre la carretera, en algunas grietas de greda rojiza, la tierra mostraba su intimidad sangrante.

Chuíta comenzó a hablar sola, recordando cosas y comentando el paisaje que ahora volvía a contemplar.

—Y ya cayeron los primeros aguaceros. Este ha debido ser a mediodía, porque todavía está mojada la hierba y se ven oscuros los pajonales. Ya están poniéndose verdes los montes otra vuelta, aunque todavía se le ven las ronchas de las quemas. Y bien alto que rozaron este año, ¡carrizo! ¡Irán a sembrar hasta allá! Y mírame allá lejos la manguera. Bien cargada que está la manguera. ¡Cargadita! Pero todavía no están sino pintones los mangos. El cafetal sí se ve mal. Como que lo tienen hasta abandonado. ¡La casa de «El Cedral» si s'tá igualita!

Y porque iba saliéndose de la vereda:

—¡Epa, caramba! ¿Esta pica como que es nueva? ¡Ah, no! Fue que la sacaron por aquí, cuando antes iba por allá. ¡Adiós coroto! Y el río les creció bien feo este año. ¡Miren para dónde se les fue a tirar! Para allá, contra la vega aquella. Buen poco de maíz deben haber perdido. ¿Y este playón? Dígame este playón que dejó aquí atrás. ¡Será para asolearse los burros para lo único que servirá! Esto sí que está cambiado.

A la tarde se le iban muriendo los brillos. En algún lugar impreciso, en todo el campo a la vez, comenzó el coro monótono de las ranas. Ya se veían por el camino ancho de abajo los peones que regresaban del trabajo. Chuíta bajó ligero hasta el camino, desviándose de la vereda que podía conducirla hasta su rancho. A trechos iba cruzándose con algunos hombres. Desconocidos muchos. Otros, amigos viejos.

—Buenas…

—Buenas…

—¡Guá, niña! ¿Tas de vuelta?

—Sí, ¡hom! Otra vez para mi tierra…

—Ansina es. S'tá bueno.

Sentía que le cosquilleaba una pregunta en la lengua. Pero al fin no se atrevió a soltársela a ninguno de los que se fue cruzando.

El reencuentro —allá arriba, sobre la loma redonda— fue casi sin palabras.

—¡Mamá!

—¡M'hija!

La vieja india estaba como la había dejado. Arrugada y terrosa. Con el mismo vestido pringoso. La misma luz mortecina en la grieta de los ojos, que se abrieron un poco más por la alegría del momento.

—Bueno, m'hija. ¿Y por qué se vino?

—¡Ay, mamá! ¡Eso es largo!

—Pero no peleaste con la señora, ¿verdad?

—No, vieja. Es que no se podía más. Me hacía falta usted y esto…

—Güeno. Pero trajiste una platica, ¿no?

—Sí; alguna traje, es verdad. Y dígame, mamá. ¿Esto cómo está?

—Ansina, regular pa'l tiempo que es malo de verdad. Ahora que llegas es que están cayendo los primeros aguaceritos. Porque de un tiempo pa'cá, purito verano. ¡Y a buen veranazo el que nos pegó por aquí! ¡Se perdió todo lo que se había sembrado! Los conucos se tostaron y se volvieron unos peladeros. ¡Hasta el río se partió! ¿Lo viste?

—¡Sí, hom! Si está cambiadísimo. ¡El pobre río!

Y haciendo una transición:

—Dígame, mamá. ¿Y el doctor no ha vuelto a la hacienda?

—¡Cómo no! Si te adelantas unos días te lo hubieras topao. Si estuvo aquí como quien dice ahorita no más. La semana pasada como que fue. Si hasta se yegó por aquí con los sabaneros y empezó con la preguntaera. Al hombre le gusta preguntar por las cosas y anda a caballo por los cerros igual que los otros hombres.

Mientras las mujeres hablaban oscureció. Los rostros no se veían ya.

Chuíta, no pudiendo contener su angustia, preguntó:

—Dígame, mamá. ¿Y Miguelón todavía anda por estos lados?

—¿Qué Miguelón, m'hija?

—Miguelón, el sabanero de «El Cedral».

—¡Ah, no! ¡Ese se fue hace tiempo ya!

Y repitió lentamente, ¡como recordando!:

—Ese se fue hace tiempo ya…

—¿Y para dónde, mamá?

—¿Pa' dónde? Por ay, lejos, según me dijeron. Pa' los lados de Guasimal.

Y la vieja india extendió en la noche el brazo flácido. El índice encorvado señalaba una lejanía imprecisa de lomas dormidas, allá lejos, en el fondo del cielo.

Hechizo

Estaba lejos, muy lejos el ancho camino rumoroso del mar. Los hombres de España se habían metido en los montes empujados por la secular audacia bizarra y poderosa. Era un destacamento español: ochenta soldados sedientos de oro, agitados por la fiebre de conquistar la fantástica ciudad del oro, hundida en la remota leyenda misteriosa.

Penosamente se iban abriendo paso entre la compacta maraña del bosque. Salían sudorosos a un claro del campo, acentuada de espinas la voluntad conquistadora, y acometían como en delirio una nueva lejanía. Andando, andando siempre, buscando siempre más allá del verde y del azul el duro amarillo alucinante.

Repechaban una cuesta, jadeantes, sonando hierros. Las armas a la mano, adivinando la muerte que pudiera esconderse detrás. Bajaban al valle, tomaban un breve descanso, y otra vez la marcha ansiosa hacia la tierra de maravilla que estaba siempre más allá de la última loma.

Caminaban, caminaban. El roce de los días ásperos les hizo precisa, escueta, la figura altanera. Ya sobre el cuerpo quedaban solo harapos, y al extremo de los brazos la mano sobre el arcabuz o apretada tras el gavilán de la tizona.

Era una dura marcha tensa, inquietante. Al brusco sobresalto de las noches seguía el vasto misterio de los días llenos de luz violenta. Avanzaban, y de pronto el bosque espinaba alaridos. Y detrás de los alaridos venían las flechas, volando. Y en las puntas de las flechas la húmeda muerte venenosa.

Entonces quedaban algunos hombres, muertos, sobre la tierra. En una escaramuza morían tres, en otra de más allá dos o seis. Y así, cada día más reducida la columna que avanzaba.

Amanecía y la mansa luz del alba iluminaba la mueca espantosa, el duro perfil magro de muerte, y en la espalda la flecha —delgada, exacta— clavada al abrigo de la sombra.

Un día la refriega fue ya pelea grande. Los indios cayeron inesperadamente sobre el destacamento español. Era una abigarrada masa oscura, increíblemente móvil, erizada de gritos espantosos. Fue crudo el choque. La gente española, repuesta de la sorpresa, acometió con bríos. Los conquistadores se les iban encima a los asaltantes con los guapos caballos peleadores. Clavaban con regusto furioso las lanzas en los cuerpos desnudos. A tiros de arcabuz, a lanzadas y mandobles recios de tizona los derrotaron. También atropellando con el caballo cuando el indio, ya sin tiempo para tender el arco, huía.

El campo quedó sucio de muertos, y los indios que pudieron escapar se perdieron despavoridos entre los árboles.

Pocas bajas sufrió el destacamento. Los españoles quedaron bajo tierra, con sus improvisadas cruces de palo verde arriba.

Y prosiguieron la temeraria andanza. A poco, traspuesta una arboleda llena de antigua sombra, se les atravesó un río brusco de aguas leonadas. Buscaron el vado y el río quedó atrás rubricando la hazaña.

Cerca encontraron el poblacho de los indios, abandonado, quieto y silencioso bajo el rumor profundo de la selva. Llegaron cautelosos, desconfiados ya por las muchas sorpresas recibidas. Pero esta vez, nada. Ni una vida que perseguir y derribar y atravesar con la lanza. Resolvió el jefe hacer un alto para reponer las fuerzas y proveerse de bastimento que ya escaseaba en demasía. Después de la tensión de la llegada, el poblacho les fue entregando su silencio y las voces y los gestos se acomodaron a su dimensión salvaje.

Los días eran de ocio para los soldados, y por las noches el corro gárrulo en torno a las fogatas.

Tiempo adelante un soldado vio pastando cerca del pueblo, en la linde del campo, un venado que al ser descubierto lanzó un delgado y potente bufido y se perdió bruscamente en el herbazal.

El soldado regresó y contó lo que había visto.

Formáronse entonces partidas de caza que por haberla abundante daban exitosas batidas en las cercanías. Uno de los cazadores más animosos y afortunados era el soldado Orejón: espíritu simple, despreocupado,

valiente sin alardes, metido dentro de un corpachón alto y gordo. Orejón regresaba siempre con alguna pieza apetecible.

Ganada ya la fama los compañeros comenzaban a hacerle encargos:

—¿Traerás hoy liebres, Orejón?

—Pues verás, no. Voy por un venado que ayer se me ha escapado otra vez. Lo he perseguido, pero cuando estoy por darle alcance desaparece como por encanto. Casi estoy por pensar que es un animal hechizado.

—¡Vamos! ¡Tonterías!

—¡Hemos visto tantas cosas extrañas en esta tierra!

Orejón traspuso la arboleda que rodeaba el poblacho y salió a la sabana, sigilosamente. El caballo pisaba paso como si entendiese la intención del jinete. La mirada buida del cazador escudriñaba todos los claros y en cada matorral creía descubrir el venado bellaco.

A veces paraba en seco el caballo y aprestaba el arcabuz. Pero era un fantástico animal que la tensión y la codicia formaban entre las hierbas.

Proseguía paso a paso, metiéndose cada vez más en la sabana. Era ya casi centro inquieto del campo.

De pronto allá estaba la silueta del venado, nítida, esbelta sobre el herbazal. La brisa le llevó el olor del hombre. Paró las orejas, avivó el brillo de los ojos redondos, volvió grupas y se fue en una retozona fuga silenciosa, casi insultante para el cazador.

—¡Maldito!

Orejón soltó un riendazo al caballo. El venado apresuró el paso sintiéndose perseguido y, lejos, casi en el filo de la sabana, se paró e irguió el cuello en actitud desafiadora.

Era imposible así alcanzarlo. Entonces Orejón corrió el venado un poco más, procurando acercarlo a un bosquecillo que aparecía a su izquierda. Luego torció y se entró por él acechando el venado, que parecía tranquilizado al desaparecer la imagen perseguidora.

La idea de alcanzar la presa ocupaba ya todo el pensamiento de Orejón. Desmontó. Deslizándose entre el bosque le salió al venado cerca, por la espalda.

Apuntó.

Cuando el aire se hizo claro otra vez, el venado era una mancha parda sobre el suelo.

Orejón corrió regocijado a constatar su acierto. Allí estaba, tibio y blando de vida sobre la hierba, húmedo el brillo de los ojos quietos. Entonces Orejón tornó por la bestia y amarró el venado a la grupa. Montó y se dispuso a regresar. Columbró lejos una arboleda azulenca y creyéndola ser la que rodeaba el poblacho, trotó hacia allá apresurado y lleno de íngrimo contento.

En el aire lila del atardecer quedaba un poco de luz de sol sobre los herbazales. Llegado a la arboleda Orejón buscó el camino que debía conducirlo al campamento. Pero se encontró de pronto enredado en un breñal y volvió atrás. Salió de nuevo a la sabana opacada por la noche.

Aún anduvo un trecho más para intentar la salida. Todo inútil.

Pero Orejón era hombre cargado de aventuras. Detuvo el caballo en el medio de la sabana, hizo una mueca de solitaria burla y resolvió apearse. Sin desesperar pensó que lo más sensato era aguardar el alba para mejor orientarse. Así se dispuso hacerlo y luego de asegurar la bestia a un haz de hierbas recias, se tendió a contemplar el alto cielo que ya goteaba estrellas.

Oscuras sombras llegaban en el vasto cauce del viento. Se fue quedando dormido.

Era ya espesa noche cuando de pronto una brusca luz lo hizo volver la cara soñolienta. Desde el confín del herbazal en sombra ascendía a prisa una redonda luna enorme que hacía más puro el silencio.

Pasado el sobresalto, Orejón dio espaldas a la luz molesta y buscó tranquilizar el sueño alborotado.

Primero fue un inquietarse del caballo cuyo instinto denunciaba la proximidad de algo extraño. Después un desapacible ruido en el herbazal que apagaba el ruido del viento. Y bruscamente la irrupción de chillantes alaridos que llenaron la noche de una pavorosa algarabía.

Orejón no tuvo tiempo ni para incorporarse. Tres, cinco, diez sombras ágiles le inmovilizaron brazos y piernas. Y otra —alta sombra enloquecida— levantó en la luz de la luna la otra luz dura e instantánea de la espada. El filo cayó sobre el cuello, atravesó la carne y el hueso y se hundió con ruido fofo en la tierra.

El caballo espantado logró evadir las manos temerosas que trataban de sujetarlo y se fue desbocado como una dura racha.

Los indios levantaron la cabeza ensangrentada, torcida por una mueca pavorosa, y se perdieron en la noche elevando inaudito vocerío.

En el pueblo enlunado y rumoreante, los compañeros aguardaban.

Primero se cruzaban bromas por la intriga de lo que pudiera traer Orejón. Luego las bromas se tornaban poderosa inquietud por su tardanza.

El jefe del destacamento no pudo contener su angustia. Ordenó:

—¡Disparad los arcabuces!

Un redondo ruido lento voló sobre los árboles y llenó de rumores las soledosas sabanas distantes. El viento llevó el eco innumerable hasta el caballo que tejía sobre la sabana una absurda red de espanto.

El instinto lo jineteó certero.

Los soldados revueltos en la sombra apretada bajo los primeros árboles oían aproximarse el redoblar de los cascos.

Se encendió una pequeña luz de esperanza.

Bruscamente la noche les echó encima el caballo que traía un pavor inmenso en los ojos desorbitados. La bestia dio un relincho medroso y comenzó a hacer contradictorios movimientos, como si buscara salirse del cerco de los soldados.

De pronto, como si fuera a hablar, se quedó inmóvil, despavoridos los ojos, temblorosos los belfos, tenso el cuerpo sudoroso de luna.

Las diez reglas[11]

(Relato costumbrista)

I

Salimos de madrugada en una canoa larga, angosta, negra del tiempo. La noche, casi muerta, tenía arriba unas pocas estrellas y un pedazo de luna. En el aire frío, sobre el agua, sobre los árboles resbalaba como aceite un poco de luz de luna.

Viajábamos Apure abajo, hasta El Samán. Primero navegamos a canalete y palanca. Más luego, a remo: golpe y golpe de remo sobre el agua ancha, color de león.

La canoa iba despertando el vuelo de las garzas.

Las primeras horas fueron de sombra fresca. Desde el barro de las orillas subía el alto verde espeso de los árboles.

A mediodía la luz era fuego y calor.

Después —mucho después— el río empezó a mezclar agua con sombra. Los pájaros plegaban el vuelo y se clavaban en el ramaje. El aire enrojeció y fuimos entrando en la noche. A poco, sobre la margen derecha, aparecieron luces señalando el puerto. Arribamos por fin.

Yo tenía que pasar la noche en El Samán. No era posible proseguir inmediatamente para «La Múcura», meta de mi viaje. Así, llegué a casa del amigo a quien iba recomendado. El amigo, cordial a tanto, se llamaba Juan. Juan fue tal vez demasiado hospitalario. No me dejaba hacer nada. (Confieso que yo oponía muy poca resistencia a sus atenciones. Mi cansancio era profundo).

Cuando Juan hubo colgado mi chinchorro sentí crecer los deseos de echarme a dormir. Conversé, sin embargo, breve rato. Después no

[11] «Papel literario», diario *El Nacional*, 22 de agosto de 1943, Caracas.

pude ocultar el sueño. Juan lo percibió al instante. Entonces sonrió, con voz de quien aconseja:

—Mejor será que se acueste. Usted está muy cansado y recuerde que mañana tiene que madrugar.

—Verdad. Mejor será...

—Por cierto, le conseguí un compañero de viaje y buena persona también. Se trata de don Alfonso Osorio, quien casualmente va por el mismo camino de usted. Él lo acompañará hasta «La Múcura» y de allí seguirá para «Los Cocos», un hato de él que está situado un poco más adelante. De modo, pues, que ya tiene baquiano.

No sé si respondí. El sueño vencía todos mis pensamientos. El cansancio en el cuerpo ya frío se hizo doloroso. La silueta de Juan se hundía en la sombra de una habitación.

Entonces las cosas se callaron todas. Oíanse, sin embargo, entre las vigas del techo, entre los muebles, pequeños ruidos abriéndole huequitos al silencio. Comenzaba a agitarse esa curiosa vida nocturna de las viejas casonas.

II

La noche parecía estar en su mismo sitio cuando Juan me despertó. Sentíame como si no hubiera dormido absolutamente nada. No tuve un solo sueño. Y mi cansancio era acaso más agudo y doloroso. La temperatura del aire nuevo denunciaba, sin embargo, que amanecía. Clareaba rápidamente. El pedazo de cielo que yo podía ver a través del mosquitero de mi chinchorro, tornose azul pálido. Las estrellas, a lo lejos, parecían cansadas, tristes, ganosas de no brillar más.

Salí del chinchorro y comencé a calzarme las botas —uno de los trabajos más penosos para quien madruga con sueño—. A poco Juan trajo café en una taza grande y floreada. Lo probé para animarme un poco, y era tal la torpeza de mi instinto en aquella hora que no pude evitar escaldarme la lengua, lo que me produjo una desagradable aspereza. Puse la taza a un lado y torné a la tarea de calzarme las botas.

—No debe tardar don Alfonso —dijo Juan sentándose en una silla frente a mí.

Yo, inclinado, continuaba mi labor de esclavo, sintiendo que Juan me observaba.

—Y ahora, ¿cuándo vuelve?

—¡Caramba! Vamos a ver... —repuse yo eludiendo la respuesta difícil.

—Ojalá se pueda pronto —añadí—. En verdad, yo había respondido igual cosa en todos mis viajes, cuando se me hacía la misma, invariable pregunta. Y cosa curiosa, siempre dije esas palabras con profunda sinceridad, aunque ya de tanto repetirlas tornáronse frases hechas que me desagradaba pronunciar.

—Ya sabe que aquí tiene un amigo. En esta casa, aunque no hay comodidades, será bien recibido cuando usted guste. Lo único que le pido es que me perdone lo malo...

—¿Malo? ¡No venga, Juan! ¡Todo ha estado magnífico!

Realmente me molestaba tener que decirle frases insulsas a Juan quien había sido tan hospitalario. Yo hubiera querido improvisar un cumplido inédito, expresivo, para pagar aquella cordialidad. Y, precisamente, el no poderlo hacer me indignaba. Por fin concluí de trenzar mis botas y me dispuse a partir.

—Bien, ya estamos listos. ¿Habrá llegado ya don Alfonso?

—Parece que sí. Oigo gente conversando afuera. Vamos a ver.

Juan caminó delante de mí. Yo intenté dar gracias, pero con tanta torpeza que, francamente, sentí un alivio cuando él abrió la puerta cortando mis palabras.

La calle estiraba su soledad en la pálida luz de la madrugada. Un poco de aire fresco halagó los pulmones. Tres caballos y dos hombres aguardaban. Uno de los hombres, aindiado y al aparecer soturno, apenas me hubo visto comenzó a arreglar los estribos a una de las bestias. El otro, vestido de blusa blanca y puños, sombrero alicorto de panamá y espuelas de plata, era don Alfonso Osorio.

III

Después de la inevitable presentación, montamos. Yo —como inexperto en asuntos de caballería— me esforcé por acomodarme en la silla con la mayor seguridad posible. Sin embargo, estuve por algunos

momentos tratando de introducir mi pie derecho en el estribo, obstinado en presentarse arisco y contrario a mis intenciones.

Una vez listo aupé mi bestia para alcanzar a don Alfonso, pero no sin antes voltear para despedirme de Juan, quien aún permanecía en el umbral de la puerta.

En silencio anduvimos buen trecho. (Todavía pensaba en Juan). Luego entramos a una mata. Atrás venía, igualmente silencioso, el llanero acompañante.

Me puse entonces a contemplar a don Alfonso. Era un hombre maduro, de rostro atezado y ya con algunas arrugas. Sus ojos eran muy pequeños, pero brillantes y nerviosos, provistos de gran movilidad. Aparecía fuerte de cuerpo y era erguido. Montaba admirablemente, clavado en la silla, sin que se notara en él esfuerzo alguno por permanecer adherido a la montura, y sin saltar al paso de la bestia. Sus pies, angostos y finos, descansaban levemente sobre los estribos, indicio de experta jinetería, y la rienda, recogida con firmeza y gracia en la izquierda, hacía arquear el cuello del caballo que a veces barquineaba con indecible furia.

Era invierno y traía yo la preocupación del agua, pensando que tal vez los ríos no hubiesen bajado lo suficiente y algún caño nos imposibilitara el paso. Absorbido por este pensamiento y esta preocupación, me atreví a iniciar la charla:

—¿Usted cree, don Alfonso, que encontraremos mucha agua en el camino?

—No, ya esto está seco. Si casi se puede uno ir desde El Samán hasta allá, como quien dice, jugando trompo por el camino...

La respuesta me entusiasmó y, cosa curiosa, a partir de aquel momento consideré muy agradable a don Alfonso y sentí gran confianza para hablarle.

Pero ahora era él quien preguntaba:

—Usted es estudiante, ¿verdad?

—Sí, don. De Derecho.

—Está bueno. Falta mucho de eso por esta tierra. Yo pienso que tal vez sea la misma tierra que no lo deja crecer, así como a otras cosas que son de fuera.

Y en una rápida transición:

—¿Cómo va eso por Caracas? ¿Mucha política?

—Ah sí, mucha política... Sin embargo, ya nosotros, los estudiantes, no nos ocupamos de ella. Las cosas han cambiado bastante.

—¡Han cambiado, o es que ustedes están bellaquiados! Con las cárceles y las carreteras a cualquiera se le olvida lo que es meterse en política.

—Bueno, también eso es verdad.

—Pero usted no fue de los que metieron presos cuando Gómez. No, usted está muy joven...

—No, don Alfonso. Yo no era universitario cuando lo del año veintiocho. Sin embargo, hace unos años, nos encerraron a unos cuantos por cuestiones políticas.

Don Alfonso sonrió, mofándose visiblemente de mis arrestos de mártir.

—Pero los tendrían unos días no más, ¿verdad? Además, según supe, ¡allí lo que recogieron como que fue un mautaje!

—Sí; éramos todos unos muchachos —respondí, traduciendo el símil.

Caminamos otro trecho en silencio. Nos rodeaban ahora anchas calcetas erizadas de palmas cuyas hojas sonaban en la brisa. Hundida en el silencio, se recortaba la mancha zarca de las matas lejanas.

—¿Usted tiene hatos, verdad, don Alfonso?

—¿Hatos? ¡No, hombre, qué va! Unas cuantas paraparitas regadas por esas sabanas, es todo. Como usted va viendo, todavía los llaneros criamos como los indios.

Durante la pausa que se hizo busqué distracción en el paisaje. También traté de sacarle el paso a mi bestia, lo que —demás está decirlo— no conseguía por mi torpeza e impericia.

La trocha se arrastraba ahora lamiendo la cerca de un potrero. A un lado nos quedaba una calceta amplia cubierta de pasto fresco y verde. Al otro lado, los árboles azulosos de otra mata. Sobre el camino húmedo se percibían huellas de bestias, indicio seguro de que ya alguien nos había precedido.

Solazándome estaba en esta deducción que consideraba estupenda, cuando don Alfonso rompió el silencio para decirme con la mayor naturalidad:

—Adelante llevamos una bestia cola blanca y tuerta, con una remonta flacona, por cierto.

Yo quedé confundido por la insólita declaración de don Alfonso. Instintivamente escudriñé el camino. De primeras no hallé qué pensar.

—Perdone, don, pero dígame: ¿usted cómo averiguó eso, así, sin estar viendo nada?

—Que no estoy viendo nada cree usted. Así le pasa al forastero. Pero quien es de estas tierras siempre ve las cosas que llevan los caminos; y cómo a los caminos se cae metiéndose por los atajos...

Don Alfonso frenó la bestia y exclamó con jubilo:

—¡Mire, aquí están otras!

Levantaba entre los dedos unas pocas cerdas blancas, al parecer prendidas del cercado.

—¿Ve usted? —prosiguió—. Estas son cerdas de la cola de la bestia que llevamos adelante.

Don Alfonso continuó:

—Ahora, lo demás, ¿cómo lo supe? Oiga usted. Habrá notado las huellas de bestia que van por el camino. Pues bien, fíjese que las pisadas de la izquierda son más profundas que las de la derecha. Eso quiere decir que la bestia es tuerta del ojo izquierdo y por eso pisa más fuerte con las patas de ese lado. Lo de la remonta flacona sí es más fácil. Se fija que detrás de las huellas grandes van otras apenas marcadas; esa es la remonta, flacona porque no tiene peso para hundir más la tierra...

Yo quedé admirado de la perfección lógica de aquel raciocinio y no pude menos que celebrarlo.

—¡Caramba! ¡No creí que pudiese darse el caso de una tal baquía! Se necesita haber nacido con ese don.

—Bueno, en parte eso es verdad y en parte no. Es cierto que el nacido en el llano lleva lo de baquiano en la sangre; pero también, si no ha sido criado aquí, cuando regresa no comprende ninguna de estas cosas y es quizá más charuno que los de fuera. Son cosas que se aprenden en el andar solo a caballo por los caminos. Así termina uno sabiendo que una cosa es el llano de todos y otra cosa el llano del llanero, que él conoce a través de lo que va viendo.

Yo quedé reflexionando las últimas palabras de don Alfonso. En tanto el sol había subido hasta la más alta nube. La sabana, por todos lados, llegaba hasta el horizonte.

Poco a poco nos fue ganando el mutismo.

IV

Cuando llegamos a «La Múcura» hubo gran algarabía. Los perros del hato salían de todas partes disparando ladridos. Los peones que reposaban bajo un caney se acercaban. Algunos, decididos; otros, cautelosos, quedábanse a distancia prudente del tranquero.

—Salú, don Alfonso

—¡Salud! ¡Hola, Cruz! ¿Qué se cuenta?

—Nada que valga la pena, don —respondió un hombre ancho, tostado, lleno de esa fuerza irregular de algunos llaneros—. Y mejor es que no sea nada, porque si en verdad se pone uno a contar las cosas de esta tierra, como que no termina nunca.

—Bueno, Cruz; aquí estamos otra vuelta. Y esta vez no vengo solo, como ya lo habrás visto. Esta vez traigo compañero. Mira, el bachiller...

—¡Ah caramba! Mucho gusto. Y yo que desde que los aguaité en el filo 'el monte sabía que el joven no era de estos lados. ¿Cómo que lo traía atareao ese cabayo? Y no me tome esto a mal, joven, que yo sé que usté es buena gente. De no conocerlo bastaría verle la pinta y la compaña...

—Gracias.

—Gracias.

Dijimos casi al unísono don Alfonso y yo.

—Pues aquí me tiene a su mandar. Ya me lo recomendó don Rufino que está de visita por «La Fundación». Y desde hace días lo he estado esperando. De modo que no me es tan extraño como usted cree. Porque cuando se espera a otro, así sea desconocido, al fin no lo viene a ser tanto, por lo mucho que se lo ha estado pensando... ¡Ah! y por cierto, ya se me iba a olvidar. ¡No juegue! Don Rufino le dejó a usted, don Alfonso, el cabayo que le había ofrecido el año pasado. Antes de irse para «La Fundación» me dijo: «Cruz, por ay debe venir don Alfonso. No olvide de ofrecerle el caballo que le tenemos apartado». ¡Y dígame! Qué iba yo a olvidarlo, si yo mismo se lo he estado amansando

y enseñándole los pasos. Vamos a ver si le gusta, don Alfonso. Usted que es conocedor de bestias y las tiene muy buenas en sus tierras.

—Ya se lo voy a mandar a ensillar; o mejor, se lo ensillo yo mismo que se cómo le gustan a usted los aperos. Mientras tanto vayan tomándose el cafecito que buena falta les estará haciendo después de esa caminada. Ay se lo traen, por cierto...

En efecto, se acercaba a nosotros un mocetón ya hombrazo que luego de un corto gruñido nos ofreció las tazas de café.

—Simpático este Cruz —dije después del primer sorbo.

—¡Cómo! Ese es un hombre muy bueno, muy bueno. Y ninguno mejor para un viaje. Con los cuentos que sabe... Aquí en «La Múcura» lo tiene don Rufino de caporal de sabana, desde hace años. ¡Y hay que ver lo que es ese hombre para trabajar el llano! Es el primero en todo. Colea como ninguno; es amansador, que de un cimarrón le saca una bestia como para señorita; enlaza que da miedo y hasta sabe manejar la cobija cuando hay necesidad de torear los novillos bravos que embisten a las bestias de trabajo.

Un blando ruido de cascos nos hizo volver la cabeza. Cruz llegaba al tranquero con el caballo ofrecido.

—¡Y un bayo cabos negros! —exclamó don Alfonso describiendo la pinta del animal.

—A ver, a ver, y ¡cómo que puede llegar a tener las diez reglas!

—¿Cómo «las diez reglas», don? —pregunté intrigado.

—¡Ah! Esas son las que debe tener una bestia para que sea verdaderamente buena —repuso don Alfonso.

Nos acercamos al tranquero donde Cruz ensillaba el animal. Le había colocado la silla del otro caballo y cuando hubo terminado de ajustar la cincha y rectificar los otros aperos comenzó a pasar suavemente la mano sobre la batalla.

El bayo revistiose de inusitada elegancia. Los ojos grandes miraban inteligentes. La cola cautelosa y bien peinada. Las ancas redondas brillaban. Los remos finos, negros, precisos, estremecíanse nerviosamente.

Entonces, por un giro involuntario, pude ver amarradas a un extremo del tranquero, dos bestias. La una tenía la cola blanca, en efecto. La otra, alazanita flaca, ramoneaba la rala hierba del paraje. Don Alfonso sonrió cuando volví la cara.

—¿Ve usted lo que le dije? Ahí están las bestias...

—Ah sí; esas son de un propio que trajo hace rato del Samán una encomienda.

Alargando la mano hacia el bayo, don Alfonso habló:

—Bueno, Cruz, yo me iré en él de una vez si es que él quiere —esto último lo dijo socarronamente—. Por cierto que ya debiera estar en camino.

Confieso que me invadió un incontenible desaliento. Creo haberme puesto seriamente triste. Pero no queriendo dejarme sorprender, eché mano de lo que momentos antes me había intrigado.

Mas ahora tornaba a hablar don Alfonso:

—Bueno, joven, será hasta muy pronto. Yo me llegaré por aquí uno de estos días, así que no le digo sino hasta luego. Regresaré para tratar un asunto con don Rufino, y además para darle las gracias por el caballo. Entonces podré decirle qué tal me ha salido, y usted podrá montarlo también, si es su gusto...

—Gracias, don. Ganas no me faltan, le digo francamente. Aunque él no se sentirá tan bien conmigo siendo poco jinete.

—¡Uhmm! Y es pico de oro el bachiller —terció Cruz.

Don Alfonso se despedía con sequedad inesperada. Echó pierna al caballo que se estremeció al peso del jinete y comenzó a agitarse haciendo resonar el metal de los aperos.

—¡Don Alfonso! —atajé antes de que se marchara—. Y por fin, ¿cuáles son las diez reglas de que me habló hace un rato?

—¡Ah, don Alfonso! ¡Enseñándole bellaquerías al bachiller! —exclamó Cruz, alborozado.

—¿Las diez reglas? Pues ya verá. Para que una bestia sea buena decimos los llaneros que debe tener diez reglas. Dos del toro: cuello corto y anca redonda. Dos del león: pecho ancho y cintura delgadita. Dos del zorro: boca fina y cola larga. Dos del venado: ojo brotado y patas finas. Y dos de la mujer...

—¡Ah, don Alfonso! —exclamó Cruz, alborozado.

Ya para largarse y a tiempo que soltaba un latigazo al caballo, me gritó:

—¡Las de la mujer son: ¡manso al montar y de buenos movimientos!

Yo quedé mirando alejarse a don Alfonso, elegante sobre su bestia fina, con una incómoda sensación, mezcla de alegría y de tristeza.

La derrota[12]

I

La placita de Santa Inés era un cuadrado grande de mosaicos y hierba. En el centro, sobre un duro pedestal lleno de lentos reflejos, estaba detenido en bronce el gesto de un hombre. Y desde la hierba emergían gruesos árboles poderosos y por encima de los árboles un menudo ruido azul de viento y de hojas.

Debajo, hería el aire la algarabía de los muchachos del barrio. Ellos llegaban con la luz de la tarde.

—¡Un gárgaro!

—¡Pago...!

—¡Eres tú...!

Y el avispado partía violentamente, triturando el silencio en la aspereza de los patines.

Después de mucho correr y mucho gritar, sudorosos, rotas las rodillas, inmundas las manos toscas, sentábanse sobre las escalinatas a conversar las simples, pícaras cosas de todos los días. Entonces se arrancaban de los zapatos polvorientos el pesado ruido de los patines y los pies quedaban inseguros, raros, como pies de pesadilla.

Cuando ya era de noche se iban. Tornaban luego para las bellaquerías.

—¿Ustedes saben el cuento del loro...?

—No. Échalo.

—Resulta que este era un loro que...

Fumaban cigarrillos, ávidamente. A veces alguno enronquecía la voz en la imitación gardelera:

[12] *Revista Nacional de Cultura*, n.°45. Caracas, 1944, pp. 91-98.

Barrio plateado por la luna
rumores de milonga
que es toda su fortuna.

Otras veces eran palabras empujadas por la inquietud que les iba tomando la carne.

—Vámonos para El Silencio a fregar el parque.

—Está pago.

Y se largaban al barrio sórdido de las prostitutas, violentando el recogimiento de las casas vecinas con su vocerío procaz de muchachos placiteros.

II

Así fue. Los muchachos de Santa Inés habían llegado al terrenito donde acostumbraban jugar pelota. Era la mediatarde de un sábado y sobre el peladero amarillo de luz caliente se movía la oscura parvada arrabalera.

La cuerda de Santa Inés alineó su decepción al margen del juego de los otros. En el aire claro como vidrio saltaba, nítida, la campanita de un heladero.

—¡Heladero! ¡Puro premio!

Entonces Pichón —así llamaban a uno de la cuerda— se acercó al negrito receptor.

—Formamos una partidita. ¿Quieren?

El negrito respondió secamente:

—Estamos completos.

—Nosotros traemos guantes y bates y pelotas.

—Es que estamos completos.

Y Pichón tuvo que llevar la respuesta del negrito irreductible.

Fue entonces cuando un mocetón robusto que comía lentamente un helado a corta distancia de allí y que parecía ejeno a todo cuanto a su redor ocurría, se incorporó.

—¡Mira, cara de caraota! ¡Forman la partidita con ellos o se acaba el juego, pues!

La pelota se detuvo en el guante de uno de los jugadores.

Vasto silencio.

En el viento llegó como ola el aliento de las vegas y los árboles y los cerros lejanos.

Todos comenzaron a acercarse, cautelosamente, formando grupo. Parecían reconstruir una escena.

El mocetón preguntaba:

—¿Qué hubo, pues? ¿Forman la partidita?

—Nosotros llegamos primero.

—No quiere decir. ¿Este terreno es de ustedes?

—No.

—¿Entonces?

Terció una voz por entre varias cabezas lanudas.

—¡Ah valse, Quemarrancho! ¿Quién te mandó a meterte?

—Y qué fue. ¿No te gustó?

El de la pregunta se hizo puerta.

—Guá, no me gustó. No ve que porque...

Nada. Estalló un golpetazo y ya estaba Quemarrancho abriéndose campo.

—¡Nadie se meta!

—¡Déjenlos solos para que peleen!

Se trabaron en un abrazo rígido, tenso, erizado de acechanzas. Ambos buscaban la zancadilla. Quemarrancho sentía el olor acre del otro, la grasa asquerosa de la greña.

Súbitamente vinieron al suelo. Arriba quedó Quemarrancho con las manos hundidas en el cuello del arrapiezo, como si le exprimiera los sesos.

—¿Se rinde?

Y el otro, en un chorrito afónico:

—Sí. Me rindo.

Quemarrancho aflojó. La cara del vencido se tragó una sombra azul.

La derrota del arrapiezo se interpretó como de todos y comenzó la retirada con estela de palabrotas.

Y poco rato después, como si nada hubiese ocurrido.

—¡Échala!

—¡Píchala, Pichón!

—¡Pásala, Pecoso, pa botártela!

Y la voz de Quemarrancho, clara y mandona sobre las otras:

—Paren esa bola para escoger la partidita.

III

Esa noche en la placita de Santa Inés no se habló de otra cosa.

—¡No juegue! ¡Ese Quemarrancho es un paquete!

—¿Cómo fue esa zancadilla que le metiste, Quemarrancho?

Y él sonreía en su modestia asombrada ante la admiración de los otros.

Y uno que no había estado presente:

—¿Cómo fue la cosa? Cuéntenme...

—¡No josé! Imagínate que llegamos al terrenito y estaba ocupado.

—Y entonces va Pichón y le dice a uno de los negritos...

La tertulia fue más larga que de costumbre. Se despidieron cuando ya el sueño pesaba en los párpados.

***

Pero Quemarrancho no regresó al siguiente día. Una desazón invadió a la muchachada. Nadie tuvo ganas de jugar gárgaro. Ninguno recordó un buen cuento. Y por la noche casi todos terminaron yéndose a una película que pasaban en el Ayacucho donde Tom Mix se hacía admirar en una antología de tiros y trompadas.

***

Cuando volvió Quemarrancho, se atropellaron todos en la pregunta unánime.

—¿Y qué te pasó que no viniste ayer?

—Nada. Estaba por ahí —respondió con un vago gesto.

Ellos percibían lo distinto que era Quemarrancho. No parecía de su misma clase. Lo indicaban así sus rasgos toscos, su traje raído, sus rudos zapatos rotos y empolvados. Pero prefirieron no preguntar nada sobre estas cosas. Comenzaban a experimentar en su presencia una autoridad a la que ellos sentían necesidad de estar sometidos.

Para intimar le hacían las preguntas más pueriles:

—Quemarrancho: ¿Qué te parece esta paradita?

—Está buena. La cuestión es que la sepas conservar en el momento de la pelea.

Las invitaciones más curiosas:

—Ahí está Quemarrancho. Una luchita. Nosotros tres contra ti. ¡Pero no vale zancadilla!

Él sonreía, y sacrificando generosamente su silencio habitual:

—¡Vénganse, pues!

Y los tumbaba a todos, a puro pulso, sin zancadillas.

IV

Nunca pudo saber por qué aquella tarde se había dejado llevar por los patines hasta cerca de la placita de Santa Rosa, rival de Santa Inés. Acaso estuviera ya un poco hastiado de la muchachada gárrula. Tal vez lo empujaba la necesidad de irse solo por ahí, dando vueltas por las calles.

De pronto cruzó un perro grande, blanquinegro, que en varios saltos ágiles fue a retozar en el umbral de un zaguán donde destacaba la figura de una muchacha.

Quemarrancho pasó cuando ella amonestaba al perro con una vocecita que quería ser bravucona.

—¡Quieto, King! ¡Quieto le he dicho! ¡Qué cosas son esas! ¡Quédese tranquilo!

Algo extraño de aquella voz debió quedarle en los oídos, porque ya en la placita todavía le estorbaba los pensamientos.

Se vio envuelto en un gárgaro.

Recordaba: «¡Quieto, King! ¡Quédese tranquilo!». Era una voz alegre y dulce. Rara vocecita menuda y clara, como esa campanita del heladero que ahora está sonando ahí, frente a la plaza.

—¡Es el catire! ¡Es el catire!

Ella tenía los ojos negros, grandes. Y una sombra pequeña y redonda en las rodillas...

—¡Qué hubo! A cuenta de qué están jugando van a venir a tocarla a una.

Era la voz de una cargadora gorda y negra en el traje blanco.

—¡Epa, Quemarrancho!

Y uno para quien acaso no escapó la distracción insólita:

—¿Qué te pasa, mi vale? Estás ido de bola…

***

Él pasó otra tarde frente a la ventana, y otra y otra, y ella siempre estuvo allí. Hasta un domingo, con su mejor traje, cuando la calle se alargaba en la fuga de todos los ruidos. Pero:

—¡Maldita sea!

Tornó el lunes y el martes y el miércoles. Ya tenía precisa la imagen: La casa marrón. Arriba un número con otro al lado, pequeñito. El zaguán de mosaicos rojos y ocres. El collar de King, grueso y claveteado. Los ojos de King como dos metras nubladitas. Y los ojos de ella, grandes, negros, como la sombra de la sala detrás, y las manos gordezuelas y blancas.

V

Estaban rocheleando en la placita cuando por la acera de enfrente pasaron tres muchachos extraños.

—Santarroseros —comentó uno a quien llamaban «el gordito».

Y el pecoso Pérez, burlonamente:

—¡Adiós, paticos de Santa Rosa!

—¡Adiós, pues! ¡Adiós pues! —corearon algunos tomados de nerviosidad pendenciera.

Quemarrancho los dejaba hacer.

Uno de los de Santa Rosa gritó una grosería enorme y como un multiplicado eco se vino la rechifla estridente de los otros. Pretendieron proseguir, pero allí estaban los de Santa Inés acorralándolos.

—¡Qué fue, pues! ¿Van a roncar?

Sin embargo, entre rezongos lograron evadir el cerco de procacidades. Entonces uno volteó airado.

—Porque somos tres nada más. ¡Cayaperos! Espérense ahí que volvamos con los otros. A ver si son guapos de verdad.

Quemarrancho tuvo que ordenar:

—Ahí lo tienen, pues. Vienen. A prepararse.

La perspectiva de la pelea los había transformado. Ya no eran los de siempre. Se hicieron masa arisca y activa, llena de perversidad en la escogencia de las armas.

—¡Al que yo le acomode esta rúcana, lo mato!

—¡Y dónde me dejas este rolo que me conseguí! ¡Ayayay!

—¡Y esta munición que tengo aquí para la china!

Solo Quemarrancho permanecía tranquilo. Esperaba el ataque. Pichón se le acercó, entregándole un grueso gajo.

—Para ti, Quemarrancho.

Él lo tomó, displicente. No supo entonces que era vergüenza esa cosa caliente que le atracó en la cara cuando tuvo el peso entre las manos. Recordó el muchacho que había lanzado el temerario reto y no supo explicarse por qué le había descubierto en los ojos algo de aquellos otros ojos que lo tenían obsesionado.

Entonces comenzó a oírse un ruido sordo, innumerable, como si de pronto hubiese comenzado a correr detrás de las casas un poderoso río.

Bruscamente desembocó en la esquina la cuerda de Santa Rosa.

Quemarrancho aflojó los brazos cuando vio a King al frente de la parvada. Parecía arrastrarla en el esfuerzo de todos los músculos.

Y detrás de King aquella mirada del extraño recuerdo. Y detrás de la mirada el aire erizado de gritos.

Una algarabía rabiosa se alzó de los muchachos de Santa Inés. Como un eco de improperios respondieron los de Santa Rosa.

Y el perro que se vino bruscamente, el lomo en cresta, disparado.

—¡Cógelos, King! ¡Cógelos!

Parecía tragarse su propio ladrido.

Todos lo vieron venir. Quemarrancho lo sintió meterse por el camino delgadito de los ojos. Y alzó el palo porque lo tuvo encima.

El golpetazo aplastó en el aire un admirativo silencio absurdo.

King se debatía en un alarido epiléptico...

Quemarrancho quedó paralizado, sin hallar qué hacer, ebrio de esa ebriedad que produce la satisfacción violenta de los instintos.

Lo rebasó la racha del estruendo que barría la calle.

—¡Derrota! ¡Derrota! ¡Derrota!

Tiempos de semerucos[13]

Para todas la tierras hay razón,
y todo lo que se quiera debajo del cielo,
tiene su tiempo.

Eclesiastés. 3:1

El hombre —mestizo enjuto— abandonó el chinchorro y se asomó a la puerta del rancho. La coruscante luz de afuera le hizo bajar los ojos. Recostó el flanco magro a la pared rugosa y se dejó resbalar lentamente, como un escupitajo, hasta quedar en cuclillas. Encogió los hombros y después de llenarse de aire lo fue soltando en un bostezo desordenado. Sin propósito, alzó la vista hasta el cielo pulida de sol donde flotaban unas nubecillas precarias sin vocación de lluvia. Produjo otro bostezo enorme lleno de ruidos heterogéneos. Cruzó luego los brazos sobre las rodillas huesudas y apoyó en ellos la cabeza. Abajo, en la sombra de las piernas, destacaban los talones gruesos, polvorientos. Así quedó, inmóvil. Cerraba a ratos los ojos, a ratos seguía con interés tonto el itinerario de las hormiguitas atolondradas que subían y bajaban del polvo a sus talones, aparentemente sin percibir diferencias significativas en el terreno. Después estiró las piernas y dejó caer los brazos en ángulo flácido. Frente a él quedaban ahora sus pies de piel infrahumana, las duras, desviadas uñas grises. Adelante, el liso patio amarillo, la sombra mezquina del cují, la cerca dispar. Y más allá, breñales, cordones polvorientos, cerritos de humo llenos de placidez absurda. Pero también estaban allí la vereda calcinada en el sol, los pasos innumerables; y abajo en la hondonada donde crecían los semerucos, el rancho donde ella vivía. Sí, allí vivía, ignorante de tanto pensamiento elemental que él le había dado calladamente; ignorante de su vida visitada de su recuerdo intermitente, de su vida en espera de mover los pasos hacia un destino que él sentía inevitable.

[13] Diario *El Nacional*, 12 de mayo de 1946, Caracas, p. 15.

El hombre permanecía inmóvil. Esta era su debilidad invencible. Estarse así y saberse lleno de fuerzas, como un río absurdamente detenido. Apenas cumplía sin excederse la tarea de limpiar y sembrar el trozo de tierra seca y esperar; constatar apenas otra vez la reincidente mezquindad de la lluvia. ¿Era desgano suyo o actitud irrenunciable ante el breñal inhóspito, la tierra estéril, el cielo sin generosidad?

Estaba detenido en el umbral de todos los esfuerzos.

Pero ella era distinta. Era un incansable atareo el cumplimiento de los días. Su rancho, su casa era de una prosperidad que allí tenía que aparecer fatalmente transitoria. Tan diferente el rancho de él, esquivando ya la vertical y adentro lleno de tantos años de obscuro desorden, de minuciosa incuria de la pereza de las cosas como un perro enfermo echado sobre su inutilidad indiscutible. ¡Todo tan distinto! Y ella misma tan apretada en su morena redondez ágil y limpia. Y el blanco insistente de los dientes y los ojos de brillos renovados.

El, desde aquí, la dejaba hacer, clavado en su profunda vigilia de la vida.

Así pudieron pasar nadie sabe cuántos años, cuántas horas de inercia fundamental, de inquietud recurrente y callada. Ella experimentaba esa vigilia en lánguidas urgencias, en esa estúpida necesidad de suspirar. Él la sufría en el insomnio de las noches de soledad especial, de mutismo irredimido, de obsesión irrevocable, cuando las palabras se adelgazaban en silbidos de hastío, en imprecación, en escupitajo, en la sorda demanda que le trepaba a puro garfio por los muslos.

Así pudieron pasar nadie sabe cuántos años… Pero las cosas estaban todas allí para que sucediese. Y él esperaba, como si en el término de su esperanza perfecta habría una voz, algo concreto, tangible e imperativo que lo haría erguirse, vivir la marcha de su río detenido.

El hombre ahora cruzó las manos sobre el abdomen en una actitud beatifica y que fuera ridícula si hubiese sido permanente. Echó los ojos por el camino y los dejó fijos sobre la arboleda mustia de los semerucos que se apretaban en la necesaria esperanza de la lluvia.

Yo estuve tendido en el chinchorro todo el tiempo que duró la lluvia: Habría pedido echarse afuera y ver las nubes botando agua y agua sobre los árboles y la tierra. Pero había sido mejor estarse en la malla mugrienta, saboreando la certeza del agua en su fecundo y ruidos ejercicio.

Pero con la escampada brusca llégose a la puerta y el rostro se le iluminó en el brillo de las hojas mojadas, en la luz de leche azul del aire liberado. Sin proponérselo, metió los pasos por el camino y en llegando al primer árbol se detuvo, le arrimó al tronco la fuerza de la pierna y provocó un aguacero diminuto.

***

Tres días fueron suficientes para que emergieran todos los verdes. El campo fresco aparecía igualmente desierto, pero estaba lleno de una como posibilidad inmediata de tareas largamente proyectadas.

El hombre frente al rancho, estaba tomado de una vago asombro, de un remoto entusiasmo. Con los brazos en jarras camino hasta la cerca. Recostose de uno de los botalones y con uña hizo saltar un pedacito de la corteza. Un chorrito de hormigas sorprendidas salió a gran velocidad por direcciones que seguramente conocía. Entonces el hombre volvió la cara sonreída hacia los semerucos entre cuyas hojas apuntaba la apresurada madurez de los frutos rojos.

—Ya es tiempo de semerucos—murmuró.

Y como si las palabras hubiesen tenido que caer y hundirse y germinar mágicamente, ella cruzó el campo hacia la arboleda.

El hombre verificó los pasos inaudibles, el ingreso de la mujer al grupo de árboles. Imaginó la inquisición de los ojos en el follaje, la apropiación del racimo perfecto, el cesto crepitando en la dura sangre de los frutos.

También allí la actividad provechosa. Y él aquí, sin cumplir los pasos necesarios, paralizado en su voraz desidia. Su rancho triste: sombra de pobreza en todos los rincones. La casa de ella, tan distinta. Hasta las cortinas de encaje barato en las ventana. ¡Rancho con cortinas...! Y ella tan laboriosa, tan limpia. Y el blanco insistente de los dientes y los ojos de brillos renovados…

… Se desplazó, lentamente

Por los muslos le subía un vértice urgente de íntimas hormigas.

Vendaval de abajo[14]

Para Hilde, mi mujer
más la tierra siempre permanece.

Eclesiastes 1,4

Inútil había sido la más profunda y reiterada insistencia. La mujer agonizaba: rendía prematuramente aquella vida que consagrara casi por entero a la frustrada obsesión de parir un hijo. Sobre el camastro destacaba el rostro magro, aceitoso de agonía, la nariz abrupta de aletas palpitantes, los ojos en ascuas de delirio.

De pronto incorporó el tronco flácido. Pareció haber movilizado las últimas energías.

—Ni una perra. Ni una miserable perra —dijo amargamente.

Las manos huesudas se crisparon, ya garfios de la muerte.

***

En la tarde calcinada ha vuelto a Isidro el recuerdo. Ha tornado el eco remoto de aquel testimonio impresionante. Así había muerto la tía Delia. Entonces él se mostró abocado a una adolescencia a la que solo podía aportar la experiencia recogida en la cotidiana incuria de una niñez castigada de intemperie.

En el aire de impalpable ceniza la silueta negrísima y exacta avanzaba.

***

Aquella comarca había emergido del mar. En los calcios triturados de sus arenas persistía el linaje oceánico. Flotaba a ras de suelo el tibio olor de remotos peces muertos y de crustáceos y pólipos destruidos,

[14] Revista *Fantoches*, 16 de agosto de 1946, n.° 1069, Caracas, pp. 8-9.

disgregados para siempre. Hacia el oeste, hacia el sur, se alargaba en una vasta extensión parda manchada de ocres violentos, quebrada en inhóspitos breñales, lomazos adustos, polvorientos bajíos, bancales invadidos constantemente por rala vegetación espinosa. Por el este y el norte el viento laborioso del mar pulía sin descanso innumerables médanos de menuda arena calcárea. Allí, a trechos largos, espinaba algún cardo solitario; alguna esponjosa arborescencia verdinegra insinuaba un vago perfil de playa.

Los moradores de aquella costra desértica eran unos pocos hombres y mujeres inverosímilmente resignados que vivían en casuchas fabricadas en la descuidada arquitectura de los refugios, de los cobertizos construidos por agregación de impulsos defensivos. Unía las viviendas un camino espontáneo labrado a pura huella de afinidades y urgencias individuales. Sobre el paisaje vigilaba un cielo rígido, intensamente azul.

***

Interior de un rancho; penumbra de pobreza. Al centro hay una mesa tosca, desvencijada. A un extremo de la mesa un viejo sorbe ruidosamente un potaje indefinible. Al otro, están abiertos los ojos grandes, negros, de una mujer de piel olivácea.

En el aire hay una extraña luz de turbio zarcillo.

La luz resbala como aceite en la cabeza hirsuta del viejo, en las manos ferrosas donde las venas del dorso se mueven como serpientes pequeñitas. Espolvorea sobre la mujer un brillo de antiguo cobre; traza un lívido contorno a los senos vigilantes.

Esilda entrelaza las manos sobre la mesa y torna a sus recuerdos, a sus elementales pensamientos. Revive, reconstruye el itinerario de la diaria trascendencia.

Suspira.

El viejo levanta la cabeza. Parece asomar a sus pupilas un mal humorado temor. Esilda vuelve el rostro hacia el viejo y le otorga en la mirada el disgusto que experimenta por su ociosa paternidad sobrestimada.

En todos los rincones y en la noche un grillo clava su aguja de escándalo.

***

Los carrillos se hunden y la bocanada mete en la obscuridad un alargado cono gris que va deshaciéndose en rápidas volutas. La mano gruesa da vueltas al tabaquito y lo coloca con cuidado sobre la arista chamuscada.

Juan entonces comienza a cantar muy quedamente:

Eres hermoso pincel
esmaltado en el diamante;
eres perla lucilante
esculpida en el clavel;
eres ligero bajel
en el mar de mi alegría;
eres misterioso guía
de mi indeci...

Una blanca sombra huraña que aparece en la cerca le interrumpe.

***

...A intervalos de devastadoras sequías recurrentes, como grandes fiebres telúricas, el viento amontonaba nubes grises sobre el abra del suroeste. El calor llegaba en oleadas, como en la cercanía de un incendio. Las cosas absorbían sus colores, se agrisaban, quedaban aplastadas en una sola dimensión plana. Entonces el aire sombrío se tornaba friolento y la brisa soplaba en aletazos, insistentemente. Parecía ocurrir un absurdo anochecer extemporáneo.

De pronto rápidos relámpagos amarillos, infinitamente silenciosos, arraigaban en el cielo. Rodaban truenos repletos de ruido obeso que estremecían el aire y la tierra. Sin transición de llovizna la lluvia azotaba el campo sequizo y descendía después uniforme, compacta, sonorosa. Los hombres entonces regresaban a su intimidad, a sus aspiraciones primarias, a sus constantes elementales soluciones.

***

El que se ha arrimado a la cerca, dice:

—Y con las cosas como están, tú cantas...

—Y ¿cómo están las cosas, Ramón?

—Debieras saberlo. Y estarán peor, seguramente.

—Y ¿tú crees que así las vas a componer?

—Cantando no harás mucho.

—Quién sabe.

Y se oye de nuevo la pausada voz de Juan:

> No hay más que conformidad;
> el tiempo me convenció.
> Madre mía, hasta la muerte,
> échame la bendición.

Después de la lluvia el cielo quedaba limpio, el aire móvil, visitado de brisa y de pájaros. En cada hoja de árbol brillaba un definido pedazo de sol. En lo hondo de las quiebras se improvisaban turbios riachos atolondrados y ruidosos que inundaban los bancales y en los bajíos gredosos formaban pegajosos barrizales. Los relejes del camino recogían pozos quietos, frescos, profundos de cielo y de nubes.

El agua ablandaba las raíces y en la savia ascendía apresuradamente los íntimos capilares. Dos días después verdeaban las ramas flacas. Pocos más y los frutos decididos se abrían paso entre el follaje. Los animales renovaban lanas y gozaban de nuevo el ejercicio de los instintos. Los hombres se armaban de audacia y substituían las reticentes alusiones por resueltas gimnasias especiales.

Mientras el café caliente entra por la garganta, los ojos de Isidro miran bambolearse la borra gruesa en el fondo de la taza.

En el umbral se pone en cuclillas y enciende un cigarrillo deteriorado, reseco, que suena menudamente. A intervalos la luz de la brasa anuncia la nariz recta y breve, las cejas espesas, la mirada quieta, los pómulos definitivos.

Años atrás ocupó aquel baldío. Agregó unas dos hectáreas a lo que poseía la tía Delia. Entonces, más que estarse doblado laboriosamente sobre el surco, gustábale cazar tórtolas y perseguir conejos que se escondían sin ruidos en los refugios espinosos. Sin embargo, sembró

año tras año y de toda la cosecha dio lo imprescindible para conservar esperanza. Porque allí eran casi siempre de rescate; recogíase lo que podía salvarse del agua que venía a destiempo o del fuego de sequías cíclicas, implacables. Los frutos —aguachentos o enjutos— precipitados a una madurez sin organicidad, tenían siempre fisonomía de frustración.

Isidro lanza una bocanada lenta y se estira supino sobre el suelo duro y fresco.

Arriba, detrás de las estrellas, gira el cielo con silencioso, inadvertible movimiento de horario.

***

Si había nubes al sur y brisa fuerte; si en el silencio de las noches quietas se incorporaba con redoblado rumor el mar lejano; si el nocturno cielo se tornaba parduzco y la luna tenía un halo rojo o verde o violeta; si era atardecer bochornoso y sin asomo de estrellas pasaba el vuelo arisco de gaviotas extraviadas, entonces el viejo Agüero —flaco y tembleque— subía penosamente el médano grande que cerca de su rancho se alzaba y oteaba el horizonte.

Descendía luego y decía invariablemente a su mujer con transitoria seguridad:

—Enedina, como que viene el agua...

De este hábito la otra gente algunas veces reía. Otras protestaba. En esto coincidieron siempre Lastenia, la mujer de Pastor; Débora, la mujer de Ramón; Dolores, la mujer de Nicolás.

***

Y vino el mal tiempo...

Como ave predatoria de la que hubiese escapado la presa inminente, el sol gravitó durante largos días sobre la comarca. Los hombres y los animales tuvieron solo el mezquino alivio de breves noches sofocantes, vibrantes en la vigilia de agrias constelaciones. Desplazábanse en silencio sobre el campo calcinado. Parecían tomados de hipnosis por el aire inerte, las ásperas emanaciones de la tierra, el paisaje inmutable, la luz sin redención. Consultaban las fuentes antiguas del agua

y las hallaban consumidas por el calor espantoso de las horas. Como poderosa trepadora implacable crecía en los hombres la desesperanza. Enflaquecieron; tornáronse soturnos; comenzaron a descubrir para sí ignoradas presencias de una osamenta empíricamente conocida. Morían algunas bestias, a veces sin concluir comenzados ciclos viscerales. Buscando frescor se echaban sobre la huella cuarteada de algún charco evaporado, bajo la constante sombra silenciosa de los buitres. Después el tieso cadáver hediondo sobre el que saltaban gavilanes y zamuros refrendaba la irrevocable convicción del instinto.

***

Desde su refugio, desde su íntimo aislamiento, Isidro inquiría en el destino de aquellos hombres. Parco en palabras, permitía la ignorancia de su inquietud todavía informe. En su preocupada soledad seguía aquellas dramáticas instancias. Conocía, porque estaba en su sangre, cómo era de fuerte la ligazón de aquellos hombres a su terruño, cómo eran de inalienables las solicitaciones ancestrales. Pero asimismo concebía vagamente la posibilidad de una más favorable circunstancia, de un tiempo generoso. Volvía una y otra vez sobre estas elementales previsiones, sin vencer su timidez para expresarlas y sin poder tampoco revocarlas de su conciencia vigilante. A veces sentíase tomado de la certeza de que aquellos hombres podían en otra parte encontrar a su industria una fecunda canalización; pero sabía también por intuición y por experiencias sentimentales que una razón inexplicable que escapaba a la suya le impedía proponer la partida; que debía estar aún viva y eficiente una motivación superior a la circunstancia transitoria y que los retenía en la esperanza de algo que en ese momento tenía necesariamente que aparecer absurdo.

***

...El cielo extenuó el azul y alcanzó un estridente blanco de espejo. Una pátina de ceniza apagó todos los verdes. La arenisca del campo se tornó metálica, ardiente. La luz coruscante fulguraba en el cuarzo de los lomazos. Los hombres extremaron su sobriedad en el límite de

las últimas reservas. El residuo inmundo de algún pozo agostado se ofrecía ya como brebaje apetecible, disputable. Los hombres comieron uno tras otro los pocos animales de sacrificio provechoso. Bebieron la sangre que se coagulaba casi instantáneamente al contacto del aire. Comieron con fruición los malogrados frutos, la pulpa aún tierna de sus cardos. Su vida y su voz se hicieron silenciosas, resignadas. En las mentes se organizaban penosamente los raciocinios. A intervalos de lucidez plena experimentaban ideas vagas, ensueños, recuerdos absurdos, inadecuados. Habían olvidado el color del agua en reposo. En el delirio inminente formábase fugaz, insistentemente la imagen vertical, ruidosa, compacta y gris de la lluvia.

***

Isidro sufría la tortura de su fe castigada por inevitables dudas lacerantes. Porque su fe era al fin irracional y él no encontraba para los otros palabras de evidencia con qué abonarla. Ante el desconcierto y la unánime desesperanza de aquellas horas se atribuía sin proponérselo y sin manifestarlo la responsabilidad de señalar las soluciones. Pero era incapaz del asalto. Necesitó oír la voz y la razón de los otros y dejar para el fin, si aún podía tener oportunidad, la expresión de su esperanza. Aparentemente no encontraba quien pudiera compartirla. A pesar del aislamiento en que vivían, aquellos hombres habían recibido a través de espontáneos contactos eventuales noticia de comarcas distantes donde eran fructuosos el esfuerzo y la lucha. Isidro entonces visitó como quien huronea las casas vecinas en las que la sequía había impuesto un medroso ritmo próximo a la muerte. Acercose a Esilda, a Pastor, a Nicolás, a Juan. Evitó las preguntas que pudiesen denunciar sus cavilaciones; presentábase simplemente en la actitud de quien está dispuesto a oír.

Y esto oyó en la voz de los otros:

—Lejos, más allá de los montes que no podemos ver, hay grandes ciudades donde aun las mujeres pueden trabajar y mirar con sus propios ojos la vida.

—Sabes, debes saberlo, que arriba en las sierras hay frescas comarcas de niebla en las que abunda el pan y la tierra es buena todo el año.

—Detrás del último médano está el mar que no hemos visto; pero pensamos que puede ser hermosa la vida frente al mar.

Él atendió con su atención más pura y a contrapelo de su convicción tuvo que responderles:

—Cierto es que la vida puede ser hermosa frente al mar; y arriba en las sierras hay frescas comarcas de nieblas en las que abunda el pan y la tierra es buena todo el año; y es también cierto que lejos hay ciudades donde aun las mujeres pueden trabajar y mirar con sus propios ojos la vida.

Y al atardecer del siguiente día marcharon.

***

Caminaban con paso peregrino, en impulso de abandono. Los hombres iban cargados de todo cuanto habían podido echarse a las espaldas. Solo la cruz torcida de las piernas dobladas en el esfuerzo denunciaba la silueta humana. Las mujeres iban envueltas en pringosas mantas para protegerse de la arenisca que el viento alzaba a golpetazos intermitentes.

Transpusieron el último lomazo; los primeros médanos.

Un perrito espectral que había logrado sobrevivir martilleaba blandamente las huellas.

Isidro animaba, moviéndose entre la fila rala de los hombres.

A poco arreció el viento sur. Algunas mujeres difícilmente podían tenerse en pie. La de Pastor, Lastenia, quien pronto iba a parir, se fue dos veces de bruces en el arenal.

Esilda deteníase a ratos para que su padre pudiera aparearse a los otros. Necesitó de aquella dura conjunción de circunstancias para sosegar sus sentimientos adversos, y ahora le ayudaba a repechar las crestas blandas de las dunas.

Juan caminaba a trancos descuidados y de tiempo en tiempo intentaba una tonadilla. El viejo Agüero arrastrábase mascullando vaticinios. Ramón, Nicolás, los otros iban en silencio.

Isidro avanzaba con determinación aparente. Simulando aguardar a los rezagados volteaba hacia el sur buscando descifrar los signos del viento que comenzaba a soplar como en la proximidad de un puerto.

Todavía la noche era nueva y en realidad habíanse alejado poco cuando se le acercó Pastor pidiéndole que detuvieran la marcha porque ante los ojos de su mujer movíase la tierra y había fríos sudores en su frente.

Así fue la primera ratificación a su jefatura que ya venía imponiéndose tácitamente. Isidro vivió la emocionada experiencia de sentir, de constatar cómo un grupo de hombres aguardaba lo que él dijera para cumplirlo.

Detúvose.

Los demás se detuvieron.

Él entonces los miró con una mirada profética que pareció agrandarle los ojos.

—Hagamos un alto —propuso con energía.

Las mujeres comenzaron a echarse sobre el arenal que estaba seco y tibio del calor del día. Algunos hombres sentáronse junto a ellas. Solo un murmullo sordo denunciaba los monólogos, los obscuros diálogos confidenciales. De pronto cesaba el viento y el silencio casto del desierto se tornaba macizo, irreal, como de astro deshabitado.

Isidro separose del grupo y avanzó un poco más. Sentía la inaplazable necesidad de distinguirse, de ejercer aquella responsabilidad tan remotamente presentida. Subió poco a poco, con lento paso elástico, un médano alto, redondo, que allí se levantaba.

Arriba la silueta creció majestuosamente.

Volvió la vista hacia el sur. De allá venía, continuaba viniendo insistentemente aquel golpetazo de viento, aquel esotérico mensaje que era como el anuncio de quien no pudiese servirse de otra voz y de palabras.

La noche hacia el sur era densa, sucia del negro humo de nubes borrascosas.

Súbitamente los ojos se le llenaron de una gran luz. Lejos un relámpago, y otro, y otro, afirmaban violentas condensaciones. Sobre el paraje pasó el ruido sordo de grandes truenos perdidos. Otros relámpagos iluminaron el bronce del cielo y revivieron por instantes la suave curva de los médanos, la hierática silueta de los cardos, el exacto perfil de los abruptos lomazos.

Isidro se sintió estremecer. Percibió un pequeño movimiento colectivo en el grupo que descansaba en la sombra. Dos, tres, cinco hombres pusiéronse de pie; miraron hacia el sur. Otros truenos reventaron

con metálico estrépito haciendo temblar el aire. Relámpagos sostenidos agitaron en la noche anchas láminas de cobre.

La brisa llegaba ahora cargada de humedad. Ya no podía precisarse si eran gotas de lluvia en el viento o fina arena alzada de la piel del desierto.

Sobre el mundo comenzó a oírse cada vez más próximo, más recio, un ruido numeroso desplazándose.

Pasó vertiginosamente el recuerdo de la lluvia, de un campo lleno de verdor y árboles agitados de viento y el borboteo de agua precipitándose y un cielo de manso azul con livianas nubes redondas, blancas.

Entonces Isidro irguiose, hizo bocina con las manos y abrió un gran hueco en el silencio.

—¡Vendaval de abajo...! ¡Vendaval de abajo...!

Las palabras poderosas llegaron robustas y nítidas hasta los hombres.

Sentíase cómo en lo hondo de las vivencias rescatadas ponían en marcha de nuevo el mecanismo de la esperanza.

Ophidia

Mi vida está detenida al margen de su vida apagada. Refugiado en la oquedad de este árbol, al abrigo del relente de la madrugada que desciende de lo alto de la selva, evoco sus gestos que ya no podrán repetirse. Hace frío y la humedad pesa en el aire y en la niebla que se desplaza despacio entre el ramaje. El suelo está mojado, y por el brillo de las hojas carnosas la luz huye de la sombra verde.

¡Ah, qué hermosa era Ophidia! En el duermevela retorna su perfil exacto, sus ojos donde crepitaba una diminuta y misteriosa astronomía. Ya no podré olvidar su fina boca que aun en los momentos de abrirse desmesuradamente para dar asilo al alimento era tan graciosa; ni su cuerpo pardusco adornado de cruces rojinegras. Persiste en mis sentidos la suavidad de su vasto pecho amarillo, la quietud de sus maneras, su personal garbo al arrastrarse, la inefable elegancia con que iniciaba el ascenso a los árboles.

Hace un momento ha partido Cazadora, mi pequeña y fiel amiga. Y en el insomnio me he puesto a repasar este amargo suceso de mi vida. Cazadora ha acercado a mí su gesto de consuelo y, como siempre, ha repetido parte de la triste historia. La parte que yo no vi.

Aún parece que vivieran allí aquellas gentes. Habían construido una cabaña en la linde de la selva. Eran un hombre y una mujer. El hombre, alto, rubio. La mujer, baja y muy blanca. Curioso que hicieran tal contraste. Ophidia y yo teníamos mucho parecido. ¡Acaso por esto pude amarla tanto! Pero el hombre y la mujer eran distintos. Él tenía una voz estentórea que hacía eco. Ella, una voz suave que resbalaba en las cosas.

Vivían una extraña vida. La mujer salía poco. No he podido explicarme cómo lograba alimento dentro de aquella cabaña. Seguramente

se lo llevaba el hombre, como hacemos nosotros con nuestros familiares cuando están demasiado viejos. El hombre era muy de vida afuera. Tanto, que en varias ocasiones casi nos topamos en la selva. Entonces yo me apresuraba a subir a un árbol. O quedaba inmóvil en la hojarasca. Desde arriba veía su cabeza redonda, poblada de pelos amarillos. Desde abajo me aporreaba el ruido sólido que hacía al desplazarse.

Al hombre gustábale sorprender a su mujer con rarezas que hallaba en sus incursiones a la selva. Frente a su asombro, él soltaba la risa escandalosa, desproporcionada.

Cazadora conoce bien estos detalles que yo nunca he podido verificar, porque ella vivía en el maderaje de la cabaña. Desde su discreto mirador pudo ver cómo se desarrollaba la vida de aquellos seres y también todo lo que después ocurrió...

El hombre a veces entraba en la selva y abatía las aves con un arma que proyectaba fuego y ruido en el aire. Asimismo alcanzaba otros animales en su carrera. Parecía que su principal propósito era matarlos para mostrar los cadáveres a su mujer. Cazadora me ha contado que precisamente las aves más hermosas eran lanzadas a la maleza después que pasaban la sorpresa y los comentarios. Otras veces, de noche, el hombre salía. Entonces botaba un gran chorro de luz por la frente.

Cierto día Ophidia me dejó antes del alba para regresar al árbol de sus padres. Hacía tiempo que no iba por allá y pensó que saliendo a esa hora hallaría algunos conejos que llevarles (los pobres estaban tan viejos que podían subsistir durante todo el invierno con un par de conejos).

Esforzándome por traer a mi memoria los hechos de aquel amanecer, recuerdo que aún estaba semidormido cuando por el aire un gran ruido subió como un humo muy rápido.

Después Cazadora me contó que ese día el hombre regresó a la cabaña arrastrando el cadáver de Ophidia. Esa vez no entró de súbito. Esa vez flanqueó con sigilo la cabaña, y por la puertecilla lateral se introdujo en la estancia.

Cazadora entonces se deslizó rápidamente.

El hombre limpió del cuerpo de Ophidia el barro que había recogido en la travesía y lo dispuso en tal forma que un extraño podía creer que estaba dormida.

Luego salió afuera de puntillas y solo se alejó por la vereda que conducía a la cabaña para devolverse a poco, silbando distraídamente.

***

Lo que sucedió después es ridículo. Aquel hombre se valió para su placer del más abominable procedimiento. No estuvo satisfecho con quitar la vida a Ophidia, sino que preparó aquella farsa.

La mujer entró a la estancia. Vio el cuerpo de Ophidia. Rayó de un grito el aire y trató de ganar la puerta. Pero antes de que pudiera hacerlo vino al suelo, tomada de una parálisis de pánico.

Entonces ocurrió algo extraordinario.

El hombre saltó de su escondrijo. Entre risotadas deslizó melosas palabras a su mujer. Ella se fue sosegando poco a poco y el color habitaba de nuevo su rostro. Mientras tanto el hombre la acariciaba prolijamente. Por último, allí mismo, realizó con ella un precipitado acto lleno de ruidos y movimientos.

***

Esto lo supe después de una larga espera en la que filtrábase la angustia. Comencé a estar urgido de venganza.

Entonces el árbol familiar y las noches lóbregas de la estación lluviosa fueron de especial soledad. Un total desgano anuló todas mis normales apetencias. Supe, en aquella imprevista conjunción, cuánto había amado a Ophidia; cómo estaba aferrada mi vida a la suya, bruscamente abolida. Quise morir. Pero cómo es de cierto que la muerte no prospera donde hay demasiadas fuerzas sosteniendo la vida. Así, en aquellas tristes horas, mi inmensa energía no me dejó perecer. Mi aflicción era rechazada por esa vasta posibilidad vital que caracteriza a los seres de mi especie.Probé mudar de paisaje.

Imaginé huir a una comarca desierta donde no hubiese espiral de liana ni redondez de árbol que me trajese su recuerdo. Intenté la evasión. Pero al llegar a la margen del gran río me faltaron fuerzas —¡increíble!— para cruzarlo. Torné, pues, al cotidiano ambiente. Visité los sitios que habían sido de nuestra predilección. Trepé, torturándome,

nuestros árboles favoritos. Verifiqué las sinuosas huellas que habíamos trazado, sobre las cuales comenzaba a cerrarse la hierba. Experimenté no sé qué placentero dolor en el dolor de revivir los días placenteros. Y en toda aquella peregrinación de congoja me acompañó —aguda esquirla— la idea de la venganza.

***

Todavía estaban allí. Para el asesino la muerte de Ophidia fue seguramente un hecho más, recuerdo a la deriva en el pasado. Cómo era posible que una aberración de perspectiva hubiese convertido la más hermosa realidad de mi vida en razón de bastarda, irracional complacencia. Aquellas horas fueron de interior consulta. Medité sobre la importancia que tenía este desconocimiento de las distintas especies en relación con sus respectivos ciclos vitales. Cómo una intervenía violentamente en el ciclo de otra, sin reparar en las consecuencias de su intervención. Cavilando de esta manera llegué a la conclusión pavorosa de que la creación era la obra de un poderosísimo e inspiradísimo inepto, puesto que no parecía haber otra manera de subsistir sino por la destrucción de los demás y la incorporación del organismo de otros seres a nuestro propio organismo. Y por debajo de estas convicciones recurría el rencor.

La necesidad de tomar venganza circulaba ya en mi sangre —hielo en el hielo.

Necesitaba explorar, analizar las circunstancias. Tenía que acercarme a la cabaña. Y así lo hice durante varias noches.

Desgraciadamente, aquella gente no parecía dejarla a esa hora. Debían de temer la oscuridad, porque apenas invadía llenaban la cabaña de una gran claridad amarilla. Yo no podía observar con precisión, pues la prudencia me aconsejaba instalarme entre las ramas de un árbol que se alzaba en el patio. Con todo, conocí algo de la apariencia de la compañera del hombre. Me llamaron la atención sus ojos, que eran como diez veces los de Ophidia. Carecían, no obstante, de la vivacidad de estos, de su encantadora fiereza. El hombre miraba mucho a su mujer y extendía hacia ella repetidas veces las manos y los brazos. A mi entender la finalidad de tales movimientos era poner su piel en contacto con la piel de su compañera. Advertí en esto cierta analogía con nuestros hábitos.

La mujer logró interesarme. Debo confesar que tenía gracia. No sé si las flexiones de sus brazos me obligaban a asociar la imagen de los movimientos de Ophidia, o si en su andar había algo de las voluptuosas contorsiones de mi desaparecida compañera.

***

Una noche mientras vigilaba, otro hombre, pequeño, llegó a la puerta de la cabaña. Yo nunca le había visto. El recién llegado golpeó en la puerta con los nudillos. La puerta se abrió. El hombrecito penetró en la luz interior. La puerta tomó a cerrarse. Poco después se abrió de nuevo y salieron el desconocido hombrecito y el hombre.

Era una oportunidad incomparable...

Avanzaron. Detuviéronse casi debajo del árbol donde me hallaba agazapado. El hombre se acercó las manos a la cara. Hizo una pequeña luz y luego exhaló humo por la boca.

Ya estaba pronto a saltar. Y no pude, ¡no pude hacerlo...! Inesperada parálisis inmovilizó mi cuerpo. Parecía estar vivo en piedra. Temí caer. Y entonces, sin previa sensación de alivio, se me aflojaron los músculos, como si lo que me mantenía rígido se hubiese derretido suavemente. Miré hacia abajo. Nada había. Maleza adentro una lucecita saltaba en la oscuridad.

Desconcentrado, comencé a buscar el descenso.

Entonces percibí que entre la pared y la puerta había una gruesa raya de luz.

***

Sin vacilaciones me deslicé hasta el suelo. Traspuse la pequeña distancia y me asomé por la rendija. Con la cabeza empujé poco a poco y me arrastré pegado a la pared hasta que tuvo fin. Creo haber visto de soslayo que la mujer, sentada, jugaba con unos hilos de colores. Crucé y me hallé en una estancia afortunadamente oscura. Allí pude orientarme.

El corazón me brincaba en la espalda.

Resolví ocultarme para poder recobrar todos mis sentidos. Pensé con regocijo que el hombre tenía necesariamente que entrar allí durante

la noche. Con esfuerzo pude enrollarme todo debajo de la cama. El recuerdo de Ophidia me estimulaba como una convicción.

Después oí pasos. Eran pasos de la mujer, menudos, nerviosos. El recinto se llenó de luz. La mujer movíase de aquí para allá. Deteníase brevemente y recomenzaba.

Arriba de mí, la cama se hundió un poco. Sentí crujir las maderas. Vi muy cerca los pies de la mujer.

Finalmente, la estancia quedó a oscuras otra vez y se hizo un amplio silencio. Torné a sosegarme.

Recordé el rostro de aquella mujer. Yo había estado viéndolo tantas noches que manchó indeleblemente mis pupilas. ¡Por cierto que ella quería a aquel canalla! Acaso tanto como Ophidia me quiso a mí. Ah, pero aquel hombre no podía querer como yo a mi compañera desaparecida. Caí de nuevo, inevitablemente, en mi congoja, en la pena de mi soledad irremediable. Me entristecí. Estuve a punto de abandonar la cabaña. Pero la urgencia de vengarme prevaleció.

Me conforté con el pensamiento de que, antes de entregarme definitivamente a mi dolor, debía proporcionar al asesino el más grande que yo podía proporcionar. ¡Pero era tan fácil para mí estrangularlo! Para él serían, cuando más, unos pocos momentos de horrible miedo, de angustia, de dolorosa impotencia, cuando mis anillos quebraran sus huesos frágiles, aplastaran sus débiles músculos, exprimieran la vida. El dolor que yo deseaba para él debía acompañarlo conscientemente, irrevocablemente. Debía ser como este que desde la muerte de Ophidia yo sufría. Sí, ¡eso era! Tal vez la venganza perfecta era esa. Era producir en él un dolor exactamente igual al mío. Era otorgarle la contrapartida exacta de mi propio dolor.

Entonces vi todo claro, como una pista en la noche.

***

Distendí lentamente mis anillos y subí, subí a la cama.

La mujer estaba inmóvil. Dormía. Un pedacito de piel anulaba el brillo de los ojos. Extrañamente, esta vez no me hizo recordar a Ophidia.

Experimenté hacia aquella mujer un absurdo agradecimiento. Ella hacía posible esta cabal venganza.

Árbol de aire, el recuerdo crece en el silencio y en la soledad.

La efigie

I

Clareaba cuando los dos hombres salieron del poblacho indio. Atravesaron un trecho angosto de sabana y llegaron al linde del bosque. Desde allí enfilaron por una vereda borrosa.

El de adelante rumbeaba con andar acompasado. El otro le seguía con trancos desiguales. Al paso de los hombres parecían congregarse los árboles, el boscaje se espesaba, eran cada vez más frecuentes las lianas y las orquídeas sobre los añosos troncos.

Los dos hombres iban callados. En la quietud destacaban el liviano pasicorto del guía y el chafar abrupto del cazador. Los ojos de este rozaban las espaldas del indio, el pelo largo hasta los hombros, la faja de cuero de la que pendía un machete enfundado, el taparrabo mugriento, los muslos magros, las pantorrillas nudosas, los enormes pies descalzos.

El indio sentía detrás el tranco torpe del cazador. Oía el crujir de las grandes botas, el retintín de los aparejos de caza, la respiración perceptible a distancia.

Y de pronto quedó inmóvil en mitad de un paso. Con un gesto detuvo al cazador. Con otro señaló hacia la maleza. El cazador aprestó la escopeta, pero solo alcanzó a ver un viso de fuga entre los árboles. Entonces el guía completó el paso y prosiguió. El cazador, avergonzado, avanzó detrás con sigilo exagerado.

Trecho adelante el cazador vio una serpiente que subía suavemente por un árbol. Se predispuso a dispararle, pero sintió que el indio sonreía en sus adentros y, confundido, bajó el arma y se quedó mirando como hechizado la fina serpiente que ya alcanzaba las ramas altas.

Así marchaban. Pasaban los árboles. Algunos eran desnudos y delgados; otros eran gruesos y musgosos con el pie poblado de hongos. Arriba en la ramazón había un poco de sol. Abajo la humedad avivaba los helechos, pulía las carnosas hojas, daba su olor a la tierra, irisaba la coraza de los ciegos coleópteros que cumplían con paciencia sus caminos infinitamente renovados.

En el boscaje zumbaban los mosquitos y se levantaba un espeso vaho que a distancia podía suspender un árbol en mitad del aire. En el grave silencio solo se oía el paso de los dos hombres, el bordoneo de los insectos y, lejos, a intervalos, algún piar inaudito, algún graznido inquietante.

El calor crecía imperceptiblemente como un cuerpo vivo. Se apagaba la alegría del alba y un bochorno precoz invadía el ambiente. Por los claros del alto ramaje se filtraban largos chorros de sol. La quietud sugería la inutilidad de los movimientos. El paraje derivaba en silencio hacia lo remoto. En torno a los dos hombres todo parecía detenerse, aquietarse, inmovilizarse.

Y los dos hombres seguían, callados.

II

Era como caminar por el canto de una enorme rueda. Nada ocurría, nada.

Hasta que el cazador se detuvo y exaltado protestó que aquello era absurdo, que allí nada conseguirían, que aquel... que aquel era un bosque muerto.

Así vinieron a buscar salida y después de algún andar llegaron a una sabaneta soleada donde había un lagunazo.

Como indecisos contemplaron el agua inmóvil en el bochorno. Una garza que levantó vuelo provocó en la reluciente superficie un aletear simultáneo y numeroso. El cazador cambió cartuchos nerviosamente, y como en paso de carga avanzó hacia la laguna. Sentía el sol en las espaldas y el siseo de la distancia y el tamaño opresivo de la tierra abierta. Hubiera querido arrastrarse bajo suelo. Se detuvo para tomar aliento y volvió la vista hacia donde había dejado al guía. Pero el guía no estaba allí.

Irguiose entonces y escudriñó con inquietud la línea frontera del bosque. Pasó y repasó los troncos. Pero no estaba allí. Con las manos se hizo pantalla a los ojos y continuó buscando. Por fin logró verlo, allá, remoto e inverosímil, acuclillado al pie de un árbol frondoso que sobresalía a su derecha.

Pero la bandada de patos ya volaba entre desapacibles graznidos y giraba sobre la laguna en círculos cada vez más altos. Desalentado, el cazador se aproximó al agua. Los terrones retostados de la orilla le molestaban a través de la suela caliente de las botas. Y entonces advirtió, inesperadamente, dos patos que anadeaban desapercibidos en un bajo de la ribera. Hincó rodilla y disparó a tiempo que tomaban vuelo. Uno de los patos cayó en un matorral que había a poca distancia. El cazador trotó hacia allá decidido a cobrar la pieza. Se metió en el matorral quebrando los bejucos resecos que se le oponían, y de pronto sintió que pisaba sobre algo vivo, blando y friolento.

En un salto instintivo se puso a distancia.

Una descomunal serpiente de agua, gorda y embarrada, se extendía casi recta a sus pies. Y ahora se movía ciertamente y levantaba la cabeza con oscilación no exenta de gracia. Sin pensarlo, el cazador apuntó y disparó. La cabeza de la serpiente golpeó el suelo con violencia y el resto del cuerpo quedó inmóvil. Ni siquiera una convulsión movió la gran masa.

Entonces el cazador dio un puntapié cauteloso al cuerpo inerte. Sí, indudablemente la serpiente estaba muerta. En la pequeña cabeza sanguinolenta y desfigurada brotaban dos ojitos enrevesados entre pedazos de sesos.

En su entusiasmo el cazador olvidó el pato y se echó al hombro la cola de la serpiente. Comenzó a arrastrarla con algún esfuerzo. Acezando un poco llegó donde estaba el indio. El indio se incorporó cuando vio acercarse al cazador y a su llegada bajó los ojos y guardó silencio. El cazador dejó caer con desaliento el pesado cadáver y comenzó a limpiarse el barro de las manos. Después sacó del morral algo que comer y dio un poco al indio. El indio, en cuclillas, silencioso, apenas probó bocado y guardó el resto en un atadito.

Ya las moscas zumbaban con avidez sobre la cabeza de la serpiente. En el aire caliente circulaban vaharadas hediondas.

Poco después los dos hombres regresaban. Regresaban por el rumbo de los umbríos árboles. De nuevo los arropaba el aire verde y húmedo, el zumbido soledoso del bosque. El cazador encendió un cigarrillo. Comenzó a sentir sueño, una especie de modorra friolenta. Por largos espacios estaba atento a recuerdos lejanos. Después, insensiblemente, regresaba a la circunstancia presente. Entonces veía el bosque como algo fuera de su alcance, una cosa de inesperada nitidez. Oía otra vez el paso del indio, rítmico, incansable. Había olvidado el incidente de la serpiente. Voluntariamente había depuesto la actitud de caza. Marchaba con pasos sueltos, confiados, la escopeta colgada del hombro derecho. Era un hombre que regresaba.

Pero de repente el guía se detuvo. Pareció haber visto algo entre los árboles. Dio unos pequeños saltos hacia adelante y, corriendo casi, hacía señas al cazador para que lo siguiera. El cazador logró aprontar la escopeta y corrió detrás del indio. Trataba de ver lo que este le señalaba. Corría atolondradamente como un pesado muchacho, llevándose por delante las malezas que le cerraban el paso. Y de súbito no encontró piso, se le doblaron las rodillas, dejó caer la escopeta y se fue de bruces en un pantano que ocultaban las hierbas.

El indio había dado un rodeo y se acercaba al pantano. El cazador lo vio venir, vio que se acercaba lentamente. ¿Por qué no corría a socorrerle? ¿Por qué no se movía aquel indio del demonio? Ah, pero sí venía. Ahora desenvainaba el machete. Seguramente iba a cortar una rama. Pero no. Se aproximaba más. En la mirada traía un designio inexplicable. Y el arma le relumbraba en la mano oscura.

El cazador se sintió tenso como un duro nudo de instinto. La vida le saltó como un resorte poderoso. Se estiró bruscamente sobre el pantano. De un manotazo agarró la culata de la escopeta que allí se había enterrado. Con otro movimiento rápido esquivó el machetazo que le tiró el indio. De inmediato el indio le lanzó otro machetazo. Pero el cazador, que se había retirado un poco hacia adentro del pantano, levantó la escopeta con una sola mano, apuntó temblorosamente y disparó a boca de jarro. El indio se dobló en el borde. Soltó el machete. Con un quejido hundió la cabeza en el pecho y se fue de boca en el barro. El cazador se sintió aliviado. Pero pronto se dio cuenta de que ahora estaba más hundido en el pantano. Sentía la materia blanda,

babosa y fría que se lo chupaba. Sentía en los pies, en las pantorrillas y en los muslos la presión dura, oscura, sobrehumana del pantano. Con violentos esfuerzos logró estirarse boca abajo sobre la masa gris. Ahora estaba en posición de nado y queriendo avanzar batía el fango con torpes y ruidosas brazadas. Pero no avanzaba. Solo conseguía producir un ruido fofo y grotesco. Pensó en un instante que quizá no saldría de allí. Quizá aquel era el sitio y aquella la hora de su muerte. Sería algo horrible sentirse tragado lentamente por aquellos labios gordos y babosos del pantano. Sentía la fuerza oscura que lo halaba hacia abajo como un gran peso. Sudó frío. Tenía el barro en la boca, en las ventanas de la nariz. Era un barro hediondo que mareaba.

Frente a él vio el cadáver del indio, jorobado sobre el pantano. El cadáver le sugirió un vago puente. De nuevo se estiró bruscamente. Dio dos manotazos. Pero no lo alcanzaba. Se estiró otra vez, brusco. Dio otro manotazo, y otro. Agarró la melena del indio. Tuvo entre los dedos embarrados la sensación grasienta del pelo. Sintió en la palma de la mano la curva del cráneo todavía caliente. Cuidadosamente, con fuerza sostenida, atrajo la cabeza del indio. La cabeza despedía un olor molesto de aceite rancio. Mordió la cabellera del indio y con un manotón echó garras del lomo. Otro impulso hacia delante y estaba sobre la espalda del indio. Ahora sentía que la cabeza del indio, oscuramente enterrada, le hacía presión sobre el pecho. Las manos se le mojaron en algo tibio. Era la sangre del indio.

El cazador se arrastró todavía más, un poco más. Pasó la nariz y la boca sobre el taparrabo y las nalgas del indio y esto le pareció ridículo aun en el trance. Ahora rozaba con los labios los muslos duros del cadáver. Ya podía oler la tierra seca, los tiernos tallos de las hierbas de la orilla. Pero el pantano le había colgado un peso gigantesco en los pies, lo halaba por las botas con una fuerza profunda, sobrehumana. Con gran esfuerzo logró avanzar un poco más. Jadeando pasó los labios sobre las pantorrillas durísimas. En los dientes tenía arenisca del cieno. Ahora llegaba a los pies. Eran grandes masas sólidas y frías, cubiertas por un áspero cuero córneo. Durante un rato se quedó acezando sobre los pies. Dio otro manotazo, se impulsó hacia adelante y se encontró mordiendo casi las hierbas de la orilla. Por allí saltaban unas arañitas de agua. Era bueno contemplar el salto de las arañitas, tan liviano

y rápido. A todo lo largo de su cuerpo sintió la presencia del cadáver del indio. Todavía tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para arrastrarse sobre el borde. Ahora tenía la cara llena del olor áspero de la hierba, de la picazón y el frescor de la hierba. El corazón le retumbaba sobre el suelo duro y húmedo. Hundió las manos en la tierra. Sintió en las uñas la tranquilizadora sensación de la tierra desmoronándose entre sus dedos. Extenuado entrecerró los ojos. El mundo era de cristal verde y estaba sumergido y quieto y silencioso en un agua de luz de oro. Por el tallo de una hierba subía despacio un escarabajo.

III

El cazador se levantó y se halló solo. Y entonces como un gran animal cansado se arrojó pesadamente hacia la claridad que había en el fondo del bosque.

Cuando salió a la llanura era noche. Había un poco de brisa. Y el cazador se tocó las ropas y sintió que estaba cubierto de costras grises y que todo su cuerpo despedía un olor fétido. Columbró el resplandor de unas fogatas. Con decisión caminó hacia adelante.

Ahora oía distintamente el ruido de tambores. Podía ver varias fogatas en cuya luz rojiza vivían las blancuzcas ruinas.

Se acercó sin ser visto.

Un grupo de indios hacía semicírculo en torno a un tosco monolito. Los indios vestían de blanco y estaban agachados y con las piernas cruzadas en equis. Frente a una fila numerosa de hombres y mujeres que hacían coro, había una fila más corta de indios que activamente golpeaban unos tambores rudimentarios de variada forma y tamaño.

Los tambores producían en las templadas pieles un ruido monótono, que hacía fondo a los lamentos del que oficiaba de sacerdote. Este indio, que llevaba una larga túnica blanca, alzaba los brazos con gran dignidad y se doblaba reverentemente ante un altarete. Luego echaba pedacitos de resina a un brasero. Unas columnitas de humo, activas y ansiosas, se levantaban cada vez que el sacerdote lanzaba al brasero un pedacito de la resina que esparcía un olor más bien agradable. Entonces se elevaba el coro de voces en un ronco gemido. Toda la noche vivía en el punto iluminado donde se efectuaba el rito.

El cazador se acercó un poco más. Ya estaba a la espalda de la última hilera de indios.

Quedó oculto a la oscuridad. Los indios estaban extasiados en la contemplación del sacerdote, fascinados por el prestigio de sus gestos y por la presencia serena de la gran piedra que daba centro a toda la figura. Entonces el cazador pasó la vista sobre las cabezas lustrosas. Vio al sacerdote que de nuevo alzaba los brazos y se inclinaba. Siguió el humo que subía en delgadas espirales, se retorcía en misteriosas volutas y después se deshacía temblorosamente. Sus ojos llegaron arriba a la base de la gran piedra. El tumbo de los tambores le aporreaba los oídos, le latía en las sienes. El frenesí que ahora alcanzaba la música y el olor del humo le produjeron náuseas. Miró la base de la gran piedra. Podía percibir dos líneas de jeroglíficos enmarcados en un doble friso de grecas zigzagueantes. Por momentos el humo casi ocultaba la piedra. Miró fijamente. Y entonces logró ver, borrosamente detrás de la humareda, la efigie de una gran serpiente que lo miraba penetrantemente con un ojo iracundo y desproporcionado desde el resplandor de fuego que asaltaba la piedra.

Arco secreto

I

La habitación estaría a oscuras si no fuera por esas verdes cuchillas de luz que agita el viento nocturno. Hace calor. El calor vive en la sombra como presencia metálica y humana. David reposa en la cama, desnudo, febril. Quisiera dormir, pero está seco de sueño. En sus sienes golpea la imagen de aquel hombre repulsivo. La almohada sofoca. Bruscamente, la tira al suelo. Se oye un sonido aplastado y, después, la almohada brota, blanca, en la sombra baja. Ahora de costado toma un cigarrillo. La luz de la cerilla hace oscurísima la habitación. Pasa suavemente el humo sobre la brasa que late viva y roja en el humo. Caen como súbitas cortinas las paredes amarillas y las cosas emergen lentamente en la sombra, como si miraran.

El cuerpo destaca, casi negro, sobre la cama, y en el silencio parecen abolidas las cosas de afuera.

Ahora recuerda. Recuerda que, cuando llegó a este campamento petrolero, pensó que su estada no dejaría huella. Sería libre, verdaderamente libre, porque no dejaría huella. Sin embargo, la experiencia de aquellos meses recurre en golpetazos a las sienes. Encuentra difícil detener las imágenes que pasan resbalando, superponiéndose, revocándose, multiplicándose en la fuga infinita de cierta estructura absurda de pulpo entre espejos.

Ahora recuerda. Era la media tarde de un día de marzo, y por la ancha ventana él se había asomado al nuevo paisaje. Afuera la luz en el caliente día de verano. Y en la luz, bajo el cielo exaltado, las casitas rojas, verdes, blancas. Y una calle-carretera entrelazando las casitas;

y una muralla oscura de selva, allá en la lejanía zarca. Sus ojos abiertos a la luz coruscante y, en lo hondo, vagas, imprecisas sensaciones. Pero más adentro, en lo secreto de la sangre, los impulsos tendían, seguros, sus arcos innumerables.

Apartándose de la ventana había entrado al dormitorio. Se quitó los zapatos y la camisa blanda de sudor. Terminó de desnudarse y se metió, tibio, elástico bajo la ducha. Abrió el grifo y el agua de transparencia plomiza salió violenta, gruesa de frescura. Saltó el agua en la cabeza y los hombros; le azotó las espaldas que brillaron con luz de cobre. El pelo vino sobre la frente. Los músculos del abdomen levantaban suaves colinitas de cobre y sombra. Y el agua fresca que lo cubría todo, abajo, sobre los pies amarillos, caía ruidosamente.

Después vistió de limpio y salió. Caminó hacia el este, hacia el Club de los empleados. La casa del Club —amplia, verde y blanca— estaba desierta durante aquella hora. Solo, detrás del bar un mozo del servicio leía en un diario, completamente desprevenido de su oficio. Él se proveyó de un *magazine* grande y brillante que estaba sobre una mesa de mimbre y fue a sentarse a un corredor abierto al aire. Llegaba desde el oeste un vago trepidar de maquinarias. A poco descansó en las piernas lo que leía y miró al frente, lejos, las casitas alineadas de los obreros. Más acá, contrastaban las casas de los empleados. A su derecha pendía hacia el sur un pedazo de carretera polvoriento, por el que a ratos pasaba algún camión ruidoso; algún oscuro, silencioso caminante. Aquí, en un plano inferior, la piscina verde, pulida y honda de nubes altas.

Detrás de la piscina, una alargada caseta de madera —la cancha de *bowling*—. A su izquierda, al fondo de una hondonada pequeña alinderada por grandes árboles, dos canchas de tenis. Y rodeándolo todo bajo un sol de fuego, los verdes campos de golf, esponjosos, ondulantes.

Quieto frente al paisaje, se había sentido solo, separado, concreto en el aire. Allí terminaban veinticinco años urgentes: la Universidad, los amigos, los libros, alguna mujer, los viajes. Y él constataba que cada experiencia de aquellos años se manifestaba en la manera como estaba allí, aparentemente quieto frente al paisaje. Él era lo que había sido.

De pronto, por una puertecilla lateral asomó el mozo del servicio. Él percibió agudamente la presencia extraña del muchacho que sonreía.

Le ordenó un refresco y a poco el muchacho volvió con una bandejita sobre la que tintineaba un vaso pesado, alto y frígido.

Entonces por allí cruzó un lagarto verde y oro. Vibraba, como untado de colibrí. Inquieto, el lagarto se detuvo sobre el piso blanco que espejeaba de sol. De ninguna parte apareció, suave, un gato negro, lustroso. El gato miró al lagarto, verde y oro bajo el sol. Agudo de sigilo, el gato comenzó a encogerse, encogerse. Así debió estar susceptible a las más sutiles impresiones, porque volvió la cabeza hacia arriba, donde él estaba, y lo miró con el fuego frío de dos almendras de azufre. Luego volvió a concentrarse sobre el lagarto que vibraba desapercibido en el sol. Así estuvo el gato durante varios segundos, tenso, vigilante. De pronto *estaba* sobre el lagarto. Se le veía ondular, negrísimo, redondo de brillos y de eléctrica armonía. Debajo de la cabeza asomó la cola del lagarto, agitada, como la punta de un látigo. La cola del gato ondulaba elásticamente, viva de una certeza escondida en lo secreto de la sangre.

En el silencio sonó, agudísima, una sirena. El gato huyó, ágil. Llevaba el lagarto atravesado, convulso, en la boca delicada.

Todavía la sirena gemía hondamente cuando él se puso de pie, conmovido. El aire comenzó a llenarse de un ruido numeroso. El ruido despertaba, crecía en la luz, se desplazaba sobre las cosas, como derramándose. Después, un gran silencio se hizo en la fuga del eco clamoroso que se perdía más allá de las últimas casas.

Llegaba gente al Club. Adentro de la casa sonó música estridente. Sobre el campo de golf aparecieron pequeños grupos. Algunas parejas bajaban en silencio hacia las canchas. Él se había sentido casi molesto ante todo aquel movimiento inesperado. Por la puertecilla lateral salieron animadamente una mujer y un hombre. Ella, de pelo rojizo recogido y oscuros ojos grises. El hombre, rubicundo, pesado. Le saludaron con breves inclinaciones de cabeza y en una mesa verde y ancha comenzaron a jugar al *ping-pong*. Él, desde su asiento, aparte, miraba cómo la pelotica blanca saltaba nerviosamente del hombre a la mujer, de la mujer al hombre. Inesperadamente, desde la caseta de *bowling* llegó un estrépito formidable. Él se sintió como electrizado. Sudó rápidamente. Aún tenía el vaso helado en la mano. Succionó entonces con fuerza y produjo un ruido indiscreto. La pelotica cayó al

suelo en ese momento, brincando. La mujer —de pronto sola, única— sonrió con benevolencia. Él vio extraviadamente las grandes nalgas del hombre agachado, y se encaminó a la cancha de *bowling*.

Allí había alguna gente que jugaba y, al cabo de las pistas pulidas, dos muchachos borrosos. Miró tan ávidamente el juego, que le invitaron a participar. Tomó tiza en los dedos y atrajo una pesada bola, negra y brillante. Juntó las cejas y miró finamente hacia el fondo. Se irguió en equilibrio sobre la tensión de sus músculos, luego inclinó el tronco y partió, suave. La bola se fue velozmente por el brillo de la pista y al fondo explotó en los bolos que fueron aventados. Detrás, hubo un ruido sordo en el cojinete y se vio al muchacho saltar para no ser alcanzado.

Ante el elogio de los otros, sus ojos flameaban. Tenía las cejas abiertas, sonreía. Sentíase descargado, corporalmente feliz.

Aquella noche comió en el *mess-hall*, que era un salón-comedor muy iluminado, lleno del olor de guisos vagos y donde unos mesoneritos cetrinos servían entre comensales rubicundos. Cuando salió respiró el aire húmedo de la noche. Sentíase la presencia oscura de la selva. Las casas, las luces, las instalaciones, todo aparecía transitorio en oposición de aquel mundo vegetal que emergía de la noche. Un silencio vivo, formidable, burbujeaba entre los árboles.

Él se encontraba ligero y apto, seguro en su contenida, separada humanidad. Por eso aceptó lo que le sugiriera el compañero de mesa. Tomaron una camioneta y por un brazo muy pendiente de la carretera, bajaron al poblacho criollo, húmedo y triste en sus luces mortecinas. El vehículo trepó las gibosas callejas agrietadas que oleaban frente a la luz de los faros. Pasó umbrales foscos, hombres y mujeres hieráticos, vestidos de telas claras. Él, aparte, ignoraba al otro, oscuramente, y experimentaba una compasión violenta, un disgusto avergonzado ante aquella sordidez inexplicable pero real, aquella miseria.

El automóvil dobló una esquina ruidosa que obstaculizaban agrios olores de borrachos. Por último, se detuvo bruscamente frente a una casita torcida.

La patrona les dio una bienvenida que fingió ser malhumorada. El compañero se introdujo con soltura de parroquiano, pero él quedó a la zaga, sofrenando de cautela, de secreta voluntad de distinguirse. En el recibo penumbroso estaban varias muchachas hacinadas

promiscuamente en un diván destartalado. Él vio con sorpresa una vieja mecedora que allí había y tomó asiento en ella, inexplicablemente. Todavía estaba honda y tibia de contacto humano. Entonces comenzó a mecerse frente a las muchachas y la patrona que sonaba plata entre las manos gordas. Sintió cómo su presencia les era impertinente, les molestaba, les desnudaba tristes vivencias sepultadas bajo costra, como llagas. Continuó meciéndose, sin embargo. Su figura destacaba totalmente extraña en la habitación un poco amorfa; y él sentíase separado de los otros, distinto, intocado por aquella sordidez. Las muchachas pintarrajeadas le miraban desde la sombra con ojos amarillos, vítreos de frustración y de vergüenza. Entre ellas y él se estableció un antagonismo que parecía revivir remotas jerarquías, remotos yugos de bota imperativa y látigo arbitrario. Él sentía todo esto, aparte en la penumbra, y continuaba meciéndose petulantemente, con petulancia que no era, sin embargo, sino lealtad inconsciente a su linaje. Ellas lo miraban con ojos tristes de bestias vergonzantes.

De pronto paró de mecerse y preguntó con voz pulcra, extraordinaria:

—¿Hay cerveza aquí?

Y una de las muchachas, halada de su fascinación, respondió desde la sombra:

—¿Señor?

II

Al día siguiente había ingresado al departamento de Cartografía, cuyo jefe levantó la vista de unos mapas al sentirlo frente al escritorio y produjo un gruñido interrogativo. Él lo reconoció al instante y presentó sus credenciales. Era en efecto el mismo que había visto la noche anterior en el *mess-hall* y que le había producido impresión repulsiva. Allá lo había advertido por el ruido que producía cuando masticaba. Entonces le había observado con asco la boca por cuyo canto chorreaba grasa y en la que faltaba un canino; y el mirar tardo; y el movimiento flácido del cuello que abultaba el paso laborioso de los bocados. Recordaba que, por último, el otro se había retirado después de ensuciar el mantel al limpiarse la boca y las manos, y ya sobre el umbral había producido un eructo agrio y profundo que sobresaltó a los comensales.

Y él había tenido que estar de pie frente al escritorio, mientras el otro decía su plática inaugural, a la que él no prestaba atención, por tenerla puesta en el recuerdo de lo que viera la noche pasada en el comedor. Y por momentos, ya insoportables la voz y el gesto y la figura toda, él había bajado los ojos hasta los zapatos puntiagudos y los pantalones grises que destacaban bajo el escritorio. Terminó por fin de hablar y entre gruñidos se echaba de nuevo sobre los mapas, cuando él se retiró, tomado de una total y concreta oposición al otro.

En aquella obligada subordinación, algo fundamental se rebelaba en él. Se exaltaba en él un sentimiento del que podía saberse dónde terminaba lo personal y comenzaba lo colectivo. A poco fue una profunda sensación de desagrado lo que experimentaba en presencia de aquel hombre que sutilmente trataba a su vez de sojuzgarlo, de ratificar su jerarquía. Aquella aversión se diseminaba sin posible detenimiento. No era una localización racional, era la sensación total de una antipatía de sangre, una oposición inconsciente, medular, que demandaba liberación. Frente a aquel hombre grasiento, frente a aquel patán que pretendía encubrir con lentitud de gesto y de palabra la evidente condición de advenedizo, él afirmaba la vida, clara y sincera como un cuchillo.

Pasaban los días y él constataba cómo el otro lo repelía, cómo trataba de eliminarlo. Pasaban los días y en el otro se manifestaba cada vez más la posibilidad inmanente de ser el objeto de un desahogo violento, de una suprema instancia de liberación. Sin embargo, los empleados del Departamento nada de esto percibían. Nada podían percibir de este secreto proceso. Por las mañanas, por las tardes, él se ocupaba en sus trabajos de cartografía. Pero sentía que, a través de los compartimientos de la oficina desde el escritorio del otro hasta su mesa de dibujo, estaba tendida —conectándolos— una corriente de repulsión cada vez más alta. Preimaginaba entonces tantas escenas, que el proceso le parecía fatal, determinado. En parajes absurdos, anulada toda circunstancia, él se veía frente a la figura repugnante: la cara grasienta, la camisa blanca de mangas largas, los pantalones grises, los zapatos puntiagudos —los ojos. Sin armas, en el sitio irreal, solo las dos fuerzas contradictorias. Y él que de pronto saltaba sobre el otro, y las manos duras como garfios que volaban al cuello blanduzco y apretaban, apretaban, hasta el límite, hasta la pesada inercia de la carne.

Había huido de estas prefiguraciones mortales; había huido hacia la vida, hacia la luz, hacia los abiertos caminos del verano. Se extenuaba en los deportes. Fue de cacería con otros, varias veces. Jugaba al tenis casi todas las tardes, hasta que comenzaba el rumoreo de los mosquitos que proliferaban en los pantanos escondidos detrás de los árboles. Pero aun en la cancha, mientras jugaba, sentía que desde arriba el otro, en algún sitio, seguía sus movimientos, vigilaba. Él regresaba entonces a la casa del Club, alegremente iluminada, y en un banquillo alto se sentaba al bar, abrigado en su grueso *sweater* de lana.

Seguramente la necesitaba tanto que ella estaba allí, esperándolo. Él se apartaba del bar y tomaba asiento frente a la mesa de mimbre donde había revistas y periódicos. Desde allí la miraba. Mirándola, recordaba su sonrisa benévola cuando la tarde en que él había llegado, ella se entretenía al ping-pong. Separada de sus ojos por la pista de baile, ella jugaba a las cartas. Él, desde la mesa, no se cansaba de mirarla. Y aunque él leyera, sentía que no dejaba de estar comunicado con ella, que en realidad no se estaban separados. La miraba jugar con los otros, oía su voz precisa y fuerte. Pero él a esa distancia no entendía lo que ella hablaba. Cuánta compensación recibía, sin embargo, cuando ella al salir lo miraba siempre tan despreocupado de su lectura, y sonreía.

Una tarde él había subido de la cancha. Llegó arriba cansado, un poco frío, pálido. Ella estaba allí con los otros, como siempre, cejijunta frente a los naipes. Esta vez él pasó de largo. Saludó a unos conocidos, rehusó sentarse y salió. Salió al atardecer grave, en el que había estrellas. Se sintió solo, segregado, sutil en la dimensión vasta, la sangre replegada en reductos invisibles. De pronto oyó que la puerta a su espalda había sido abierta. Oyó la voz de ella, cordial, enaltecida. Ella venía acompañada. Los otros eran una pareja que partió en un automóvil, casi sin ruidos. Ella le pasó cerca, saludó sin coquetería, con abierta amabilidad que parecía personal. Él la miró caminar. Miró sus hombros anchos, casi varoniles, bajo la tela liviana; su pelo rojo, su cuello descubierto, su andar sencillo, sin voluptuosidad. Ella tomó un automóvil negro, polvoriento, y cuando él comenzaba a moverse, le hizo señas, trató de expresar que le invitaba. Él se acercó y le agradeció en una manera pobre y difícil que le produjo disgusto. Ella insistió,

tibiamente. Él temió denunciarse y entró. Cerró con cuidado y energía la portezuela y cuando ella presionó el botón de arranque con el pie izquierdo, él le había mirado gravemente el muslo sólido, redondo bajo la falda clara, y la pierna larga y blanca, brillante como mica.

Sostuvieron un diálogo intrascendente y hasta penoso. Él hablaba poco inglés y ella, según le confesó excusándose, solo sabía del castellano lo que exigían compras elementales. Él dio su nombre y ella el suyo. Ella había venido de Tulsa, Oklahoma, con su marido que era experto en sismógrafos. No tenían hijos. Actualmente él estaba en Caracas, gestionando traslado. Todo lo expresó precisamente, imitando con gracia un informe de identificación.

El automóvil corría hacia el sur. Ya era noche. Atrás habían dejado las luces del campamento. A ambos lados de la carretera se alzaba la muralla de los árboles y se oía un croar apresurado y numeroso. Él miraba con vaguedad hacia el lado derecho del camino. Ella parecía atender solo a la conducción del automóvil. Pero en la luz que difundía el tablero, en el calor que exhalaba el motor, él sentía su presencia inminente, actuante sobre su piel y sus sentidos.

De pronto ella dijo, sin dejar de mirar hacia adelante:

—Usted pensará que yo trato de enamorarlo.

Él se replegó desde la médula, casi visiblemente, mientras preparaba una respuesta en inglés.

—Esa es una preocupación muy femenina —afirmó, abstractamente.

Ella sonrió sin desatender el camino. Después no habían dicho más. El motor se oía ronco. El automóvil corría tableteando un poco en la oscuridad. Pero él la percibía viva de espera, tensa y emocionante como una intriga.

Ella lo percibía varonil y alerta, tendido en la sombra como un esbelto arco.

Desde un sitio ancho de la carretera regresaron. Regresaron al campamento donde todo se veía limpio y verde, reciente bajo la noche. Entraron por el portalón de la cerca, donde había una garita que tenía adentro un borroso vigilante. Él la guió, y a poco ella detuvo el automóvil sin apagar el motor. Entonces se habían mirado a los ojos, serios, extranjeros, pero con algo interno en común, un poco abochornados de que se les viera tanto en ellos. Él dio las gracias y trató de abrir la

portezuela, pero sin lograrlo. Ella entonces atrajo con destreza el freno de mano y se inclinó un poco sobre él para abrirla. Súbitamente, su mano había saltado sobre el cuello descubierto. Se aferraba con delicada seguridad sobre la piel sudada. Ella levantó la cabeza y lo miró sin sorpresa en los ojos negrísimos, profundos de concreta hombría. Él le miró los ojos ensombrecidos, abiertos de voluntad corporal. Por un momento no existió circunstancia. Ella lo apretaba crecientemente, le acariciaba las espaldas con lenta franqueza. Él tenía un hombro tibio y redondo en la mano tensa, leve y tensa como una garra. De pronto ella lo apartó blandamente, con seguridad.

—Aquí no. Mejor entremos.

Y entraron.

Aquellos días que siguieron habían sido luminosos. Cálidos días de luz azul, alta sobre los árboles vivos en el viento que arrastraba las nubes. Detrás de la muralla de árboles proliferaba la muerte en los tibios pantanos escondidos. Mas para ellos solo había horas cálidas y luminosas, los ojos a la zaga de las nubes, hechizados en el vórtice lento de la entrega verdadera.

Sin embargo, las prefiguraciones recurrieron en la calma que advenía después de aquellas horas plenas. La aversión ya estaba en el tuétano, en la sangre, alerta, vigilante, lista para el salto hacia la liberación.

Ah, pero aquellas habían sido noches tibias. Tibias, silenciosas noches, en el refugio de la habitación íntima como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento. Ellos allí tan silenciosos, tan puros, dormidos a veces en desnuda confianza. Silenciosos, puros, cada uno aparte sin unión de amor que fuera infortunado. Cada uno aparte y perfecto como olvidada llama, solo coexistiendo en un mismo hechizo de líneas singulares. Ella a su lado. En la penumbra. Viva su carne donde la luz se detenía como en la carne de las peras. Él a su lado, dorado y tibio como ciervo descansando. No había palabras. Solo los gestos fundamentales. No había antes, ni después. No había palabras. Solo la plenitud del momento suspendido como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento.

Pero las lluvias que a su llegada habían sido rápidas, atravesadas del sol caliente, comenzaron a caer casi sin interrupciones. La humedad invadía, ablandaba la luz y cubría las cosas con un peludo moho

gris azul. La vegetación había cobrado exuberancia que oprimía, que derramaba una vasta tristeza en el paisaje.

Con el regreso de su marido ella tuvo que volver a su anterior realidad, al quehacer de las angostas cosas diarias. También él volvía a sus cálculos y sus mapas, a la inevitable presencia del otro que parecía saber de su mutilación y la reavivaba con saña sutil, inadvertida por los otros. Pero ellos retornaban a lo cotidiano con una especial sabiduría de elegidos.

Por entonces llovía copiosamente, cerrando los caminos. La oscuridad venía pronto en las tardes húmedas, a menudo frías. Venía sobre la muralla de los árboles que cercaba el campamento, entre nubarrones y humo bajo de niebla. Anochecía sin estrellas. Él miraba caer la lluvia frente a la ventana, miraba llegar la noche. Caía el agua verticalmente, como para siempre, y se iba fragosa por las torrenteras de la calle negrísima mojada de brillos planos.

III

Ahora el viento nocturno mueve la seda del silencio. El calor se deposita blandamente sobre las cosas. Las cosas desde la sombra miran. David apaga el cigarrillo. La brasa chilla débilmente en el vidrio del cenicero y en el silencio que se rehace el reloj destila el tiempo. Late adentro el duro corazón oscuro y vivo. El viento afuera hace rumor de agua. Las imágenes se desplazan lentas. Pasan gelatinosas figuras, sombras alargadas, revientan burbujas de lenta gelatina. Suenan cobres violentos y un pulpo sordo se traga toda el agua de los espejos verdes y el silencio se estira pulido y fino como piel de pozo en la noche. El sueño nace en los huesos, como humo. Como humo se abre paso entre la carne sólida y se esparce, como humo. Desde el horario quieto en la sombra un gato de azufre mira.

De pronto un blando aire gris pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Desaparece ligero por la puerta de la habitación. Pero en la puerta reaparece, vuelve, vuelve. Desaparece de nuevo, vuelve. Aire negro de sombra alada y loca pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Silencio —en el reloj trota un caballo de plata, pequeñito. Vuelve el rápido ruido de seda y sombra

negra y hielo negro por el aire. Pasa; pasa y choca duramente contra la tela metálica que cubre la ventana. Los ojos del hombre se abren, emergen, disipan el humo del sueño. La punta de una aguja de lumbre de vida horada la sombra y busca el ruido sólido y negro que vuelve por el aire y pasa. El viento llega cargado de nocturno ruido de agua lejos. Desaparece el cuerpo negro de hielo y se oye chocar duramente en la otra habitación. Las cosas se repliegan ciegas y duras. La sombra se agita de láminas verdes. Viene ruido de viento y de agua cerca; crece, crece, y entonces se oye la lluvia caer —totalmente. El hombre se incorpora, se alza desnudo como viva llama. Viene de nuevo el cuerpo negro, viene frente a él por el aire —y pasa. Y el aire golpea hielo en el rostro y en la sangre donde aún hay burbujas de humo de sueño. El hombre salta a un lado. Pasa el cuerpo negro y choca pesadamente contra la tela metálica de la ventana. Salta el hombre a otro lado, abre el *closet* y palpa y toma la raqueta de tenis. Salta luego dentro de la sombra verde llena de ruido de lluvia el cuerpo vivo como llama de cobre ágil. Vuelve el cuerpo negro, alado y negro, desplazando aire de hielo en el aire. El hombre cruza un raquetazo en la sombra y no tiene resistencia. Desaparece el cuerpo negro, alado. La lluvia cae sin prisa, rumorosa, afuera. Vuelve el cuerpo negro, vuelve. Otro raquetazo en la sombra, y otro y otro. Desaparece por la puerta el cuerpo de muerte. Viene de nuevo, viene, pasa. Choca con ruido pesado. Vuelve, vuelve, pasa. Desaparece —se oye desde el corredor el ruido gris que va ciego en el aire. Salta el hombre al corredor. Gira el cuerpo pulido de brillos móviles. Viene por el aire verde el negro cuerpo alado. Pasa. Otro raquetazo cruza. La tela metálica suena con estruendo corto. Cae una cosa negra y agitada en un rincón amarillo en sombra. Aletea, rasguña la pared con las alas negras de seda tensa. El hombre salta y se encorva, oprime el marco de la raqueta contra el animal oscuro que aletea en el rincón. El animal de negra seda aletea fuerte, más fuerte. El hombre deja la raqueta sobre el animal y vuelve a la habitación. Mira dentro del *closet* con los dedos finos de instinto, que palpan las repisas. Los dedos encuentran un largo cuchillo enfundado. El hombre desenvaina el cuchillo y regresa con la hoja que fluye de la mano como una cosa viva que acompaña. En el rincón la raqueta tabletea sobre el animal torpe y negro, caído del tiempo.

Las alas rasguñan la pared amarilla en sombra. Ya no hay oscuridad para los ojos del hombre. El hombre acerca la punta del cuchillo al aleteo del animal. Toca el cuerpo blanduzco y revientan burbujas de hielo en la sangre que pesa en los brazos y corre por la espalda. Entra la punta en la carne escondida bajo la piel de urna, repulsiva. El animal chilla, lastimeramente. El brazo del hombre hunde más el cuchillo en el cuerpo repugnante. El animal chilla, chilla. Voltea la cabeza a un lado —la cabeza de perro pequeñito. Ya no hay sombra para los ojos del hombre. La cabeza del animal, agobiada, voltea a un lado y a otro, brusca. El animal abre los ojos de rata de ojos de pájaro de ojos de semilla sola de papaya. Se queja y muestra los dientecillos de pez y se queja lastimeramente. El brazo levanta el cuchillo y lo hunde otra vez, otra vez en el cuerpo de seda blanduzco. Chilla el animal y muestra sangre en los dientecillos de pez tragado por una rata. Aletea brusco y por debajo del ala ancha y negra saca una garra pequeña de ave abortada. Afuera suena la lluvia, pausada, rumorosa. El hombre respira anhelosamente, caliente en la sombra, como viva llama de cobre verde. El animal gime, convulso, agobiado. La punta del cuchillo se hunde otra vez, otra vez. El hombre suda, perfectamente solo. Hunde el filo, toca hueso, hace girar el mango del cuchillo en la mano dura como garra. El aleteo en el rincón es ahora epiléptico, convulso, irregular. Sale de bajo el ala de seda la garra pequeña de ave abortada, fría y violácea de muerte. Entonces se hace un silencio grave donde solo se oye la respiración llena del hombre y el ruido de la lluvia que afuera cae, como para siempre. Las alas negras del animal se derraman sobre el suelo, anchas de entrega y de muerte. David se estira como lenta llama de aceite, solo y único como un antiguo ídolo vuelto a la vida en otro tiempo. El brazo cae al flanco del hermoso muslo de cobre y ceniza. Se apaga la hoja del cuchillo. La cabeza de David se inclina sobre el pecho que brilla verde, y todo el ruido de la lluvia y del viento se esconde en el pelo negrísimo.

El niño y el mar

Sobre la duna apareció la copa redonda de un sombrerito de paja y el rostro trigueño de un niño y la camiseta a rayas rojas y los pantalones azules y los pies en alpargatas.

El niño se detuvo un momento sobre la duna. Traía en la mano derecha una lata alargada con un asa de alambre. Después, ladeado, bajó por la suave pendiente de arena blanca, frenando un poco con los talones. Abajo se quedó quieto un rato, separado del mundo que estaba detrás de la duna. Quieto, solo y separado frente al mar.

Por breve espacio pareció perderse, fundirse en el ambiente. Pero luego se fue como reuniendo de nuevo en sí y se sintió nítido en el aire con su sombrerito de ala muy corta y su camiseta a rayas rojas y sus pantalones de gruesa tela azul que le quedaban zancones y los pies en las alpargatas negras. Detrás sentía la mole de la duna y miraba delante el pedazo de playa descubierto en el bajante donde el sol de la tarde ponía sus brillos.

El niño venía a coger cangrejos. Allí mismo veía las chatas jaibitas parduscas que se aventuraban fuera de sus escondrijos. Las jaibitas se alejaban en línea recta, caminando de lado, deslizándose hacia la parte húmeda de la playa, pero regresando velozmente a sus hoyitos tan pronto percibían algo extraño.

Mas las jaibitas pardas no interesaban al niño. No tenían nada que comerles. Una vez había despachurrado una de una pedrada y lo que tenía adentro era una cosa gelatinosa y amarilla, pero nada de carne. Al niño le interesaban los grandes cangrejos moros, rojos y azules. Pero estos no podían encontrarse sino debajo de las piedras o entre las rocas grandes y limosas que desnudaban la bajamar. Esas piedras y esas rocas

que él estaba viendo allá sobre la arena mojada y brillante que era el fondo desnudo del mar.

El niño se puso en cuclillas. Se estuvo así un rato, quieto, pensando. A su lado estaba tumbada la lata con su asa de alambre. Sobre sus pies comenzaban a zumbar los activos jejenes. En el silencio muchas jaibitas salían y corrían unas hacia abajo, otras hacia arriba, siempre de lado en rápidas líneas rectas por la rampa de la playa.

Detrás del niño estaba la duna. Delante un trecho de playa reluciente. A ambos lados dos grandes macizos de rocas negruzcas frisados de limo al nivel de pleamar. Arriba, sobre las crestas ríspidas, las manchas blancas y grises del guano de las aves marinas. Y lejos, al frente, más allá de un terraplén de arrecifes cubierto de algas, el mar muy azul, vivo de olas y espumas que corrían en el viento hacia el oeste.

El niño comenzó a animarse. Se levantó. Se dio dos nalgaditas rápidas para sacudirse la arena que sentía húmeda en los fondillos. Después, con el talón del pie derecho se quitó la alpargata izquierda. Al pisar descalzo sobre la arena tuvo ganas de orinar. Allí mismo —nalgas metidas, barbilla en el hueco del pecho— levantó un chorrito cristalino y trémulo que al caer en la arena desaparecía instantáneamente. Recogió la lata por el asa de alambre y caminó un poco en torno mirando al suelo. Buscaba un palo o caña adecuado a su propósito. Con el moverse espantó a las jaibitas que corrieron veloces y se metieron precisamente en los pequeños escondrijos. Cerca de un tronco espeso de agua encontró una cañita que le pareció buena. La tomó en sus manos, la limpió de arenisca, se dio en el flanco de los pantalones dos azotes secos y, satisfecho, bajó hacia el pedazo de playa que lo separaba de las grandes rocas negras.

Así, caminando sobre el desnudo fondo del mar, se veía pequeñito, íngrimo, pero como animado de una movilidad resuelta. Todo a su alrededor estaba quieto. Se oía en el viento el rumor de la distancia. Lejos corría la mancha azul del mar.

El niño avistó una piedra chata que tenía un borde apenas levantado. Parecía guardar algo. Se acercó cautelosamente. Con cuidado puso la lata sobre el suelo. Luego hurgó con la caña por debajo de la piedra. Se oyó un gorgoteo de agua y el roce de la caña con la arena.

Hurgó así varias veces. Pero nada salió. Como a horcajadas sobre la piedra y con ambas manos trató de voltearla. Primero ni se movía. Pero poco a poco se fue aflojando y, de pronto, se despegó con ruido ventoso. El reverso de la piedra era amarillento y estaba poblado de caracolitos que en la luz comenzaron a moverse con una ciega palpitación de vida. Sin embargo, no había ningún cangrejo. El niño revolvió el pocito de agua que se formó en la huella de la piedra, pero no mostró sorpresa ni descontento. Apenas sacó un poquito la lengua y se la pasó por los labios resecos. Volvió a colocar la piedra y prosiguió. Adelante estaba otra piedra, un poco más pequeña, redondeada, gris y limosa. Hurgó también debajo de esta y después la volteó. Sin haber visto supo que había algo allí.

Esperó que aclarara. Ahora surgían en la luz del agua aquietada dos, dos cangrejitos moros, rojizos y gordos. De inmediato se movilizó. Apartó la piedra. Aprestó la caña. Aprontó la lata. En el fondo del pocito veía los dos cangrejitos que se deslizaban entre nadando y caminando.

Después se juntaron y se apretaron en sus conchas. El niño acercó la caña a uno de los cangrejos. De primeras pareció no hacer caso. Se contrajo más aún. Pero después, cuando el niño lo hubo molestado de veras, mordió de pronto la punta de la caña con la macana grande a tiempo que levantaba la pequeña y la abría ciega y airada.

El niño sintió en la caña el tirón del cangrejo. Y con un movimiento rápido y diestro lo metió en la lata. El cangrejo comenzó a dar vueltas locas en el fondo, pegado a las paredes de la lata. El niño fue por el otro cangrejo. Este pasó por el mismo trance. Primero nada. Después, súbito, mordió la caña. Y de pronto se sintió volado al fondo de la lata, donde encontró al compañero ya un poco sosegado.

El niño seguía adelantando. Los ojos oscuros se le habían avivado. Casi sonreía. Ahora llegaba a las grandes rocas. El mar había abierto oquedades en la piedra por las que podían verse pedazos del paisaje. El niño se metió entre las rocas. Sentíase seguro y afortunado. Sentía el peso de la lata, el movimiento de los cangrejos en el fondo. Examinó la superficie áspera de las rocas. Por allí no andaban sino unos cangrejitos verdinegros que apenas lo sintieron llegar huyeron a esconderse del lado opuesto.

Entonces el niño se agachó y miró atentamente en las cavidades y cuevitas. Con la caña hurgaba aquí, hurgaba allí. Se incorporaba. Volvía a ponerse en cuclillas. Hurgaba otra vez. Nada aquí, nada allí. Nada en esta. Nada en esta tampoco. Estaba debajo del hueco de la gran roca.

***

En la sombra verdosa sentía sobre su cabeza la proximidad cóncava de la piedra. Olía el aire salado y frío, el olor que había dejado el mar.

Entonces descubrió otra cuevita negrísima. Tenía delante un poco de agua empozada que reflejaba la oquedad verdosa. Hurgó rápidamente. Y brusco, por instinto, sacó la caña porque sintió que había tocado algo móvil y duro como una piedra viva. Repuesto de la sorpresa volvió a introducir la caña en la cueva. Ahora sentía una fuerza que mordía la caña y casi se le arrancaba de la mano. Sentía sin ver la oposición de algo vivo escondido en la cueva.

Se agachó todavía más. En la frente el sudor le oscurecía el pelo castaño. Sabía que estaba solo y al mismo tiempo sentíase frente a algo que se le oponía vivamente, oscuramente. Oía su propia respiración anhelante. Se miró las manos trémulas, los pies hundidos un poco en la arena mojada que rezumaba agua salada del mar. Arriba pesaba en el aire frío la cuenca oscura de la gran roca y a los lados las paredes húmedas de la piedra. Otra vez oía su respirar anhelante. Con cuidado fue introduciendo la caña en la cueva. Sintió cuando llegó al fondo. Cuando tocó la dura cosa viva. Cuando la cosa viva se contrajo y cuando tiró firme de la punta de la caña. Soltó la caña. La veía moverse un poco sobre la arena mojada. La veía moverse por una fuerza contraída que le venía de adentro de la cueva. Sentía la conexión con algo vivo escondido que se obstinaba, se defendía, no quería salir.

El niño no hallaba qué hacer. Miraba a un lado y a otro como queriendo comunicarse. En la luz verdosa vivían las paredes de la roca y la gran oquedad sobre su cabeza y el olor friolento y salado. No hallaba qué hacer. Pero tampoco se decidía a dejar la cueva y el animal que estaba allí escondido. Pensó que sería un cangrejo grande y colorado. Grande y fuerte y gordo, con grandes macanas. Sin haberlo visto lo imaginaba como recordándolo.

Terminó por sentarse en la arena mojada. Se restregó el dorso de las manos sobre los ojos que comenzaban a arderle. Vigilaba, pensaba, esperaba. En el silencio debajo de las rocas oía lejos el ruido del mar, un ruido lejano y continuo. Y un rumor de agua como acercándose, creciendo como una mancha de ruido de agua.

Frente a la mirada del niño la caña estaba ahora inmóvil. Todo estaba inmóvil. Había allí un silencio perfecto separado del ruido lejano y continuo del mar y del rumor del agua que se acercaba. El niño solo oía su respiración y a veces algún cangrejito que escarbaba en la roca y el vuelo del viento y el ruido lejano del mar.

Y entonces los ojos asombrados del niño vieron el cangrejo asomarse a la entrada de la cueva. Era enorme, rojizo con sombras azules. Arriba tenía dos ojitos brillantes disparados a los lados. Y una gran macana robusta y dentada que al momento no dejaba ver la otra, pequeña pero afilada y amenazante.

El niño, tomado de sorpresa, se retrajo como en defensa. Pensó en la caña. Pero el cangrejo la tenía dominada, estaba sobre ella.

El cangrejo parecía mirarlo con todo el cuerpo. Se desplazaba, se distendía, como agrandándose. Y el niño sentía que el cangrejo lo estaba mirando. Sudaba ahora copiosamente. El cangrejo, alzado en sus largas patas espinosas, avanzaba al sesgo con un movimiento infinitamente sutil y sigiloso, como si el aire se le fuera acercando.

El niño, atemorizado, apenas pudo estirar la mano y alcanzar el asa de alambre de la lata. Encorvado y de espalda salió a la luz de afuera. Entonces advirtió que estaba pisando en agua, que el mar asaltaba el terraplén de las algas y avanzaba espumoso y vivo por todos lados, recobrando piedras y rocas y plantas marinas que vivían de nuevo en el ritmo del agua. El niño vio lejos la playa y la duna y el cielo detrás de la duna. Envuelto en el ruido del repunte corrió hacia la playa saltando y chapoteando en el agua tibia y clara del mar. Las huellas desaparecían rápidamente en el pulso del agua que sobre ellas hacía girar la arena en veloces y diminutos remolinos.

El cocuyo[15]

Among all lovely things my love had been,
Had noted well the stars, all flowers that grew
About her home; but she had never seen
A glowworm, never one, and this I knew.

Wordsworth

Arropado en la cobija y el sombrero tumbado a los ojos, el hombre sobre la mula venía bajando ya tarde por el camino quebrado y tortuoso que descendía apenas rojizo al resplandor frío de la noche en que iba a salir la luna detrás de una loma.

El hombre venía bajando en la noche y hacía frío, y aunque arriba estaba tibio sentía frío en los muslos y debajo el calor moviéndose de la mula que bajaba poco a poco.

El pueblo estaba allá abajo entre árboles, silencioso y despierto, y blanqueaban las tapias y los muros, y cerca del hombre en la mula las tumbas y las cruces del pequeño cementerio.

El hombre sobre la mula llegó a un rellano, pasó delante de la iglesia, bajó por la calle costanera, cruzó en la primera esquina, adelantó pegado a una tapia larga y desconchada, y vino a dar al portalón por donde la mula torció y se metió bruscamente.

Adentro, en la penumbra, el hombre vio la ropa blanca de otro hombre —el peón— que esperaba. El peón se movió, se acercó, agarró las bridas. El hombre se apeó y le entregó la mula. No dijo sino:

—Buenas.

Y siguió.

El peón también dijo:

—Buenas.

Y no pensó en nada. Ni siquiera en el hombre que ya trasponía el patio y la puerta que daba a otro patio interior de la casa.

[15] «Papel literario», diario *El Nacional*, 29 de agosto de 1951, Caracas.

Entonces fue cuando el hombre vio el cocuyo.

Y se acordó que ella, Cynthia —y ahora pensaba el nombre—, nunca había visto un cocuyo. Se acercó a la mata de cayena, se tuvo que acercar mucho hasta que el cocuyo volvió a encenderse y entonces cortó la hojita donde estaba parado, y se iba para adentro, pero pensó que era mejor dejarlo afuera, ahí mismo cerca, al pie de la mata de cayena.

El hombre se agachó y puso la hojita cuidadosamente en la tierra. El cocuyo no volvió a encenderse, pero el hombre podía ver que todavía estaba sobre la hojita.

Cuando la mujer vio al hombre pensó el nombre —Juan.

Y el hombre dijo:

—Te traje algo. Algo que yo sé que tú no has visto nunca.

Ella puso empeño en parecer interesada:

—¿Qué? ¿Qué, Juan? ¿Dónde?

—Ahí afuera lo dejé. Ven. Asómate por aquí.

Y la llevó a la ventana.

—Ahí abajo, al pie de la cayena.

El hombre sintió tibia a la mujer al lado. Más tibia que el cuarto que estaba lleno de aire tibio e inmóvil. Sabía que detrás de ellos estaba la cama y que pronto se acostarían. Sentía esto y no hacía resistencia, aunque esa noche le hubiera gustado estar solo. Sabía que todo eso de coger un cocuyo y traérselo y todo esto de ir a la ventana era algo pensado, planeado, porque convenía, porque había que hacer algo —ambos— para enderezar las cosas. Pero precisamente ahora cuando completaba la escena sentía agolparse todo aquel recuerdo doloroso de lo que les había obligado a buscar un ambiente distinto y por eso se habían ido al pueblo.

El hombre sintió que la mujer se le acercaba y el brazo de ella rodeándole la cintura, porque él de pronto había estado abstraído. Ella levantaba la cara pálida de mujer y le decía:

—Pero no veo nada. ¿Qué se hizo?

Él rápidamente miró al arbusto oscuro en la noche y no vio la luz del cocuyo. Solo vio la quieta oscuridad del patio que aclaraba y sobre lo más oscuro entre las hojas una gran cayena mustia, apagada como ceniza de sangre.

Entre las sombras

Dejaron atrás el camino que iba hacia el sur a través de la tierra pantanosa, cruzaron la carretera que se estiraba sola a ambos lados en la noche, y entre las sombras comenzaron a bajar hacia la playa.

Él la llevaba al lado y muy cerca, el brazo alrededor de la cintura, y ella caminaba dócil de amor, pero con todo dirigiendo los pasos de ellos hacia el escondrijo. Desde que comenzaron a bajar a la playa por el senderito arenoso tuvieron que separarse. Ella siguió adelante. Él iba detrás de la gasa blanca del cuerpo enlunado que entraba en la sombra bajo los uveros y almendrones.

Aunque sin prisa, parecían buscar refugio, porque la luna brillante y ladeada en el cielo desnudaba las cosas, y el aire era demasiado abierto y transparente y se sentía incómoda la excesiva claridad de la noche.

Cuando ya estaban bien metidos en la hondonada ensombrecida bajo las ramas de los uveros y almendrones, un ruido brusco los detuvo. Se escondieron detrás de un tronco. Había sido allí, al fondo, casi en la playa. Dos sombras trataban de ganar salida precipitándose en la oscuridad sobre las piedras y las hojas secas.

Las dos sombras huían haciendo mucho ruido. Eran claramente dos amantes y se habían sentido sorprendidos. Él y ella presenciaban la atropellada fuga de las dos sombras desde detrás del tronco duro y ajeno en la noche. Él le miraba el cabello rubio bajándole a la espalda en la sombra y sobre los hombros le puso las manos como protegiéndola. Ella estaba tensa y asustada, suave y sedosa y olorosa a un jabón extraño, y como desnudamente blanca y azul frente a él en la noche bajo los árboles junto al mar que se oía sosegadamente golpeando la playa que relucía en la luz de la luna.

Por fin todo quedaba solo y quieto, y el mar seguía golpeando sosegadamente la playa. Entonces ella comenzó a bajar con cautela. Él la siguió pisando paso sobre la arena blanca, a través de las formas oscuras de las hojas y las sombras de las hojas.

Sobre la arena muy fina y seca se sentaron, uno al lado del otro, rozándose, pero todavía sin poder hablar. Todo había sido inesperado y brusco y embarazoso. Ahora frente a ellos estaba el mar suavemente surgiendo hacia ellos y como acezando en la orilla en pequeñas olas casi sin espumas. Desde la hojarasca bajo los almendrones y uveros los cangrejos hacían un ruido abrupto que sobresaltaba. Ella estaba tan inmóvil y separada que no hubiera sido posible hablarle. La luz de la luna atravesaba el ramaje y robaba el color de las hojas y las piedras y los pedazos de caracol que había en la arena. Él se veía muy oscuro vestido de blanco que restallaba en las medias y los zapatos, y la miraba por largo espacio como esperando que regresara. Pero ella permanecía como dentro de un halo, ceñida por un traje estampado cubierto por una cota de gasa que la brisa de otro modo imperceptible movía como humo sobre la piel de los brazos intensamente blanca.

Él le tomó la mano, buscando la conexión interrumpida y la miró al fondo de los ojos claros en el pálido rostro ensombrecido. Ella también sentía la separación incómoda y buscaba como cegarla. Su voz, sin embargo, venció el ruido que hacían los cangrejos en la hojarasca y el golpe de las olas en la playa y la luz de la luna que venía entre las hojas de los almendrones y uveros.

—Y finalmente no me dijiste cómo se llamaba.

Hasta entonces él no había querido entregar el nombre. Pero en el silencio estaba la insistencia de ella, su decisión de derrumbar aquella efigie de recuerdos. Él miró hacia la derecha y vio lejos sobre el agua las luces del puerto.

—Se llamaba Olga.

—Olga es un nombre muy ruso —dijo ella.

Él nunca había pensado que el nombre de Olga era ruso.

Velando a pensamientos desatados

Quizá de casa lo que me quedará siempre, lo que no perecerá, son los cuentos de mi padre y de mi madre. Los cuentos de casa. Más que las cosas y los lugares, más que las épocas y los incidentes —lo que pasó—, más que las personas, que fueron tantas, recordaré los cuentos. Cuentos dispersos, incompletos muchos; otros, simples anécdotas, bocetos de retratos, rasgos apenas, pero tan firmes y expresivos que por sí solos evocan un mundo en torno a las personas, las definen y explican, y aún las justifican en algunos casos. Porque no hay cosa que hagamos que valga aisladamente. Es la unidad del conjunto lo que da tono a nuestra vida y coloca cada acto en la perspectiva y con la proporción que le corresponde, y es también lo que da valor a cada línea, a cada luz y cada sombra.

De los cuentos de casa hay uno que me impresionó poderosamente.

Un día tuve el anuncio de este cuento. Era un domingo a la hora del almuerzo. En casa —¿en qué casa no es así?— el almuerzo de los domingos tenía algo de especial. Nadie se lo proponía. Era así, sencillamente.

El comedor era penumbroso. La luz que entraba por la ventana era tenue y fría. Aunque afuera, en el aire del jardín y en el cielo muy alto, la luz era brillante y tibia, cuando llegaba abajo, a la ventana, después de pasar por entre las ramas y las hojas oscuras de los eucaliptos, había perdido intensidad y calor. Adentro se esfumaba tan finamente que solo se la veía brillar en las lágrimas de la lámpara, en el limpio contorno de los cubiertos y los platos, en la cristalería y los muebles oscuros y pulidos, en los ojos de mi madre, en algún rizo de su pelo gris, y al borde de la cabeza gris de mi padre. Era una luz de alcoba más que una luz de comedor.

Siempre, al comienzo del almuerzo de los domingos, había algún plato desconocido entre la sopa y la carne, que desde luego siempre era gallina guisada; y mi padre destapaba una botella de vino tinto, y había también pastelitos o algún pan especial que hubiera comprado aquel domingo en la panadería que para ese momento fuese de su predilección. Porque mi padre fue siempre así. Le daba por comprar en un sitio, hasta que se cansaba —y se cansaba pronto—, y después «descubría» otro sitio y se hacía cliente allí con una cierta habilidad natural para amistarse y con una cordialidad admirable.

Pues bien, con el destapar de la botella de vino y la sopa que se enfriaba porque todavía estábamos comiendo los pastelitos, se producía el desconcierto que digo. Pero al fin y al cabo el almuerzo se encaminaba, y la sopa, que nunca alcanzábamos a tomar verdaderamente caliente, siempre estaba sabrosísima.

A todas estas —porque no había cuándo empezar ni terminar— mi padre hablaba. No discurría, sino que casi siempre contaba. Contaba lo que le hubiera ocurrido a él o a otro aquella misma mañana, o lo que hubiera sucedido hacía meses y aun años. A veces no eran cosas que él había presenciado, o contemporáneas suyas, sino del pasado de la familia. Cosas que pertenecían a gentes perfectamente delimitadas, grupos, familias, pero que por alguna razón tenían sabor de historia del país, de lo que habría sucedido o podido suceder a muchas otras personas, grupos o familias, y que, por eso quizá, tocaban esa zona más alta, más impersonal y de líneas más rotundas y simplificadas, que era la historia.

Un domingo, aquel domingo, no recuerdo precisamente por qué motivo, hubo un momento en que mi padre estaba contando este cuento (que no es propiamente el que yo quiero contar, sino el que le precedió o anunció).

Y decía:

—Cómo eran las cosas antes, cuando esas revoluciones de por allá. Federico Kraus, el que llamaban el Diablo, que también era enemigo de tu abuelo don Román, se alzó y se vino peleando por toda la costa hasta que tomó el pueblo. Entró por el río. Y para que tú veas lo guapo que era, guapo y malo —precisó mi padre en un rápido vistazo a mi madre—, dicen que en el asalto él mismo iba al frente de su gente, con un revólver en una mano y con la otra les hacía así a los hombres que

iban con él, y les decía: «Echen p'alante, muchachos, echen p'alante, ¡que la que no es para uno no le pega!». ¡Y p'alante era que iba, en medio de ese tiroteo!

Mi padre hizo una pausa de asombro y miró de soslayo a mi madre, que oía el cuento sin inmutarse, y con la expresión contenida de quien tiene la respuesta a una aseveración falsa o una acusación. Él la miraba, así como serio sin tomarse en serio, como quien está contando algo y quiere que se sepa que no es responsable del cuento en sí.

Y prosiguió:

—No se le puede quitar que era guapo. De esos hombres de antes, guapos y malos. Un tipo alto, cabeza redonda. Alto, así como tu abuelo don Román, pero colorado, con el pelo colorado y la barba colorada también. Figúrate, ¡un hombre alto y con esa barba colorada y los ojos azules! (Mi padre hizo un gesto rápido con la mano derecha, en zigzag, como queriendo indicar que el azul era un azul de relámpago).

—Se enfría la sopa— interpoló mi madre en la pausa.

Y mi padre y yo, que desde hacía rato teníamos la cuchara suspendida entre el plato y la boca, terminamos ligero lo que nos quedaba.

—Pero espérate para contarte el final del cuento (mi padre usó la servilleta). ¿Tú sabes lo que hizo aquella vez que tomó el pueblo, que fue la primera vez? Pues resulta que el Diablo era enemigo a muerte de un tal capitán Méndez, que defendía la plaza. Un hombre guapo también, militar. Un tipo así, español. (Mi padre hizo un gesto vertical con los dedos, casi tocándose la nariz). Porque el Diablo era más bien tipo alemán. ¡Enemigos a muerte! Y en la confusión de la pelea, cuando salían derrotadas las fuerzas del gobierno, cayó herido el capitán Méndez. Porque el hombre era guapo, como te digo, y había salido a dar el frente con la tropa. Y en la confusión de la cosa no hubo quien lo recogiera, y quedó tendido allí, inutilizado, en una esquina del pueblo. Y dicen que apenas entró el Diablo al cuartel lo primero que preguntó fue por el capitán Méndez. Y van y le dicen. Y se pone aquel hombre como un verdadero diablo, y agarra un caballo y se pone a recorrer las calles del pueblo, buscándolo. Y llega y lo encuentra, tendido en aquella esquina. Y con la misma le tira el caballo encima y desde arriba del caballo le grita: «¡Así te quería ver, carajo!», ¡y de un solo machetazo le tumbó la cabeza!

Fue una explosión.

La cara de mi padre era impresionante.

Pero ahora, la voz de mi madre diciéndole, severamente:

—Yo no sé qué de bueno le ves tú a eso, para que se lo estés contando a ese muchacho...

Entonces mi padre, con una expresión de asombro o de pavor que cambió inesperadamente en un reír convulso, contenido, mezcla de travesura y sentimiento de superioridad sobre lo que estaba contando, exclamó:

—¡Imagínate! ¡Qué bárbaro! Así mismo: ¡Carajoijuaj! ¡Y le puso ese machetazo en todo el pescuezo!

Y mi madre, de nuevo dueña de sí, por encima del menudo reír convulso de mi padre, dijo con voz precisa y densa:

—Algún día te voy a contar otro cuento de ese mismo Diablo, que era enemigo acérrimo de tu abuelo, mi papá, y que hizo tantas maldades en aquel pueblo que con todos los años que hace de eso todavía lo recuerdan.

No recuerdo si era domingo o día de fiesta, pero el almuerzo era algo especial y se contaban cuentos que tenían que ver con la familia y con los amigos y enemigos de la familia. Y, como ocurría a menudo, el tema era el pueblo, el pueblo de nosotros, y las cosas del pueblo. Y hubo un momento en que hablaba mi madre —como si le tocara hablar aquella vez— y decía:

—Si te cuento lo que hizo tu abuela mi mamá para salvar a mi papá aquella vez que el Diablo estaba otra vez en posesión del pueblo.

(Yo los recordaba viejos, ambos de pelo blanco. El perfil de mi abuela, tan fino, la cabeza ligeramente tirada atrás. Y mi abuelo: un hombre alto de cabeza grande, la frente amplia, y aquel cuerpo varonil que heredó mi tío Martín).

—Porque eso empezó casi desde que eran muchachos. Como las haciendas lindaban...

(«Castilla», que es el apellido materno de mi madre, era una gran hacienda de coco. Las piezas de adelante se extendían a lo largo de una ensenada en el golfo, y hacia atrás lindaba con potreros de otra hacienda de coco, «Tres Bocas», de los Kraus, y con los terrenos bajos de «Bucaral», una gran hacienda de cacao, de los Gris, que es el apellido

paterno de mi madre. «Castilla» es una hacienda limpia, llena de sol y de viento del mar. «Bucaral» es una hacienda sombría, salvo en la loma con la casa rodeada de bucares, donde hacen sus nidos colgantes los arrendajos, y en los naranjales tibios y brillantes en la falda de la loma).

—Desde joven Federico Kraus, que era hijo de un alemán que llegó a la costa y se casó con una mujer de La Salina y compró después la hacienda «Tres Bocas», mostraba inclinación por mi mamá, que entonces era jovencita. Pero ella prefirió a mi papá, que era como decir más de su gente. Lo cierto del cuento es que el tal Federico Kraus no se olvidó más nunca de eso, ¡y le cogió un odio, una inquina...!

(Noche de baile en la casa de «Castilla». Las mujeres de largo vaporoso, los hombres de oscuro ceñido. Y Federico Kraus, rojo y rudo, que ofrecía una copa a Viviana Castilla, la hija de don Vicente —hija de hacendado rico, muchacha de cargadora negra y goleta con su nombre—. Y Román Gris, apuesto, sereno —mi abuelo joven—, que también en el preciso momento, pero con parsimonia, seguro, ofrecía otra copa a Viviana. Y la mano joven y llena de Viviana que tomaba la que le ofrecía Román Gris y no la otra).

—Y mi mamá y mi papá se casaron. Federico Kraus después se desapareció de por allá. Pasó tiempo...

(El pueblo, las haciendas —tumba de coco, cosecha de cacao—, la playa, el río. Solo notaba cambio el que regresaba después de años. La casa de «Bucaral» —había que subir en bestia por el camino empinado y quebrado. La casa de «Castilla» —del pueblo a caballo por la playa, o por el camino de La Salina, o embarcado— frente al mar salobre del golfo que en la bajamar se retiraba increíblemente lejos, y entonces se podía caminar por lo que era en realidad el fondo del mar a coger cangrejos para hacer calalú... Calalú, aquella sopa espesa y verdeoscura, hecha de acelgas, quimbombó, cangrejos y masitas de harina de trigo. «Y, ¿por qué le pondrían ese nombre a ese muchacho? ¡Las cosas de los negros de la Costa! ¡Mire y que José Calalú!». El negrito José Calalú, hijo de *mesié* Yosef —aquel negro martiniqueño flaco y cenizo, contrabandista y revolucionario y hasta un poco brujo—, que se lo dieron (el negrito José Calalú) a mi abuela cuando era la señorita Viviana, la hija de don Vicente, «para que lo fuera enseñando, y para que cuando esté casada con el señor Román los acompañe mientras

tanto...». Y José Calalú le llevaba el burro del cabestro cuando en la hacienda ella iba a bañarse a «la poza» y había que decirle: «Voltee la espalda ahora, José Calalú». Y en el pueblo ella lo vestía de rojo —«ese negrito tinto relumbroso, vestido de colorado»— y lo sentaba con ella en la ventana cuando había bajado el sol y le tocaba visita al señor Román. Y cuando iba a la iglesia, José Calalú, todo de blanco, llevándole el reclinatorio. Y en los días de semana, le hacía los mandados en el vecindario —que si «ve y dile a la señora Carmita», que si «llégate donde el señor Tomasito», que si «ve y pregúntale al señor Popó»—. Y en los mediodías pesados, «José Calalú, vamos a la lección». Y aquella vez ya grandecito, cuando le salieron unas llagas en todo el cuerpo, «la misma señora Viviana se las bañaba y curaba, sin saber si eso se pega...». Y, por último, ¿qué te crees tú que hizo ese muchacho? Se le metió en la cabeza, y en una de esas revoluciones, cuando la pelea de la plaza frente a la iglesia, José Calalú estaba viendo la cosa detrás de un pilar, y cuando empezaron a caer los muertos él se fijó en uno chiquito, así como de su tamaño, y fue y le quitó los pantalones y la camisa y todo, y así dicen que fue como José Calalú se metió en la revolución. Murió muchachito, el pobre).

—Después, una vez que entró otra revolución, se supo que uno de los jefes era el mismo Federico Kraus aquel. Ya entonces le decían el Diablo. Mi papá era secretario del Banco, y el coronel Rojas le había tomado mucho aprecio —como tu abuelo era medio literato y el coronel Rojas era el jefe de la fuerza…—. Parece que todo fue muy de sorpresa, porque mi papá no tuvo tiempo ni siquiera de mandar a mi mamá para la hacienda ni nada, y cuando cayó la plaza lo pusieron preso junto con el coronel Rojas y todos. Y ese mismo Federico Kraus, que aquel día estaba de su cuenta, hizo llevar a todos los presos a la plaza y los obligó a bailar la pava delante de todo el mundo, y él muerto de risa llevando el compás de la banda con el sable, y al que se resistía le caían a planazos... Mi mamá estaba encerrada en su casa y desde allá se oía la música y el griterío. Pero como por obra del cielo —por eso yo siempre te digo— entre los revolucionarios estaba metido *mesié* Yosef y, lo que son las cosas, se acordó de cómo habían sido mi mamá y mi papá con José Calalú, y les facilitó que se escaparan, él y el coronel Rojas y otros. Ahora, imagínate a mi mamá dejada sola

en aquel pueblo amedrentado, y con la única compañía de Amelia, la negra Amelia que había sido su cargadora y que por fortuna era como decir de la familia...

Mi madre hablaba con gran intensidad, como aguantando el tropel de las imágenes.

Mi padre exclamó:

—¡Imagínate tú esa situación!

(«¡Ave María Purísima! ¡El señor Román huyendo y ese demonio aquí!». La casa allanada esa misma noche. Los hombres armados abriendo las puertas a culatazos, puyando las cortinas y los roperos con las bayonetas, «volteando la casa». Y mi abuela aparte, y detrás Amelia, disimulando el odio y el desprecio de los atropellados. «Pero ya irá lejos. Conseguirá un caballo. Le pondrán un bote en la playa». Y de pronto aquellos hombres enfurecidos, burlados —el jefe de la revolución había advertido:

«El que le falte a una mujer lo hago fusilar»—, ya no encontraban qué romper y le iban a caer a machetazos al piano, su «Pleyel» que su papá le había hecho traer desde París y en el que ella tocaba a cuatro manos con Román. Pero ella saltó y se les atravesó y se cuadró delante del piano con una escoba en alto. «¡Acabaron con la casa, pero no le tocaron su piano!»).

Después los ojos toda la noche por el postigo mirando el cuartel en la otra esquina de la plaza y el ir y venir de gente frente al portón y el ruido detrás del muro con centinelas.

—Estuvieron toda la noche en vela, rezando. Y en la madrugada se oyó que abrían la puerta del cuartel y salía la comisión que iba a perseguirlos. Entonces mi mamá cogió las morocotas que guardaba escondidas y que le había regalado su papá para que le fuera haciendo una alcancía a tu tío Martín y a mí, y corrió a la puerta de la calle por donde venían los soldados, y cuando pasaban se metió en la fila y les abría las manos y les ponía una morocota y les decía: «Tomen, mijitos, tomen, es para ustedes. ¡Tomen, pero no me lo maten! Ustedes lo conocerán. Él es el alto que siempre está al lado del coronel. ¡Por lo que más quieran, no me lo maten!».

Yo oía la voz de mi abuela en la voz de mi madre, y levanté los ojos a la voz. Acezaba, sudaba, y sentía los ojos calientes, turbios de lágrimas.

Todo esto antes era agua

Para llegar a hablar de Benito y de Pablo y Nina María, hay que hablar primero de Esteban y de María y de Marcelino y de Gabriel.

Marcelino y Gabriel Jara eran de Paraguaná. Los dos agricultores, aunque Gabriel con tendencias a comerciante.

Marcelino se casó y su mujer tuvo un hijo, Esteban. Gabriel se quedó soltero.

Paraguaná ha tenido mala suerte. El desamparo y las sequías amenazaron despoblarla. El año doce ocurrió la más seria que se recuerda. Se veía gente muerta en los caminos lo mismo que animales.

Muchos se fueron por los puertos. Otros por el camino de Coro hacia el sur, buscando las tierras benignas de la Sierra. Pero otros resistieron y se quedaron.

Marcelino fue uno de estos. A pesar de que su mujer se le murió durante la sequía, dijo que se quedaba. Ahora se dice que era porque estaba enamorado de otra mujer que después vivió con él, pero lo cierto es que cuando casi todos se iban él dijo que se quedaba, y se quedó.

Gabriel no era hombre de esperar lo que pasara después y resolvió irse al Zulia. Y como le dio lástima Esteban, le dijo a Marcelino:

—Déjame llevarme al muchacho para que allá se abra camino.

Marcelino pensó muchas cosas en un instante y le respondió:

—Verdaderamente. Porque de aquí a que esta tierra se recobre, me parece.

Y así Gabriel y Esteban llegaron a Palmarejo. Allí Gabriel supo de las exploraciones que las compañías hacían por Lagunillas y aseguró un contratito para abrir picas. De paso le consiguió a Esteban trabajo de lavaplatos en una partida geológica que acampaba en la misma zona.

***

Tío Gabriel era un hombre muy movido. Cuando Esteban lo recuerda, dice:

—Parecía un gallito portorriqueño.

Porque era chiquito y activo, la cara colorada y la nariz pequeña y afilada como un pico.

En poco tiempo se hizo de unos cobres, consiguió un derecho de usufructo en Tasajeras del Norte y levantó una casita. (Fue cuando se supo la gravedad de Marcelino, y Gabriel y Esteban volvieron a Palmarejo y lo acompañaron hasta que murió y lo enterraron y regresaron).

Gabriel se ganó la confianza de los musiúes y hoy conseguía permiso para levantar la casa y mañana unos rollos de alambre de púas y otro día unos tubos que sobraron de la perforación, total, que así fue fundando un hatico de unas tres hectáreas donde sembró pasto y plátanos y le metió un ganadito y unas gallinas y, bueno, que mientras él estaba ocupado en sus trabajos para la compañía, todo eso se lo cuidaba una mujer que se sacó desde un principio. Además logró que emplearan a Esteban de guardabosques porque él le ponía pasto libre en su potrero a las mulas de la compañía.

Pero la historia de Gabriel termina triste. Un día se fue con unos amigos a una cacería de venados por los lados de Bachaquero. Llegaron al punto y se repartieron mientras soltaban los perros. Cuando terminó el lance regresaron todos, menos Gabriel. Lo buscaron varias horas por todos lados y al fin lo encontraron muerto a la orilla de un charco. Entonces se vinieron a acordar de los ataques de epilepsia que le daban. Seguro que le dio uno y cayó boca abajo y no se pudo voltear y se asfixió.

Esteban jamás ha podido perdonarse aquel descuido. «¿Cómo es posible que hubiera dejado ir solo a tío Gabriel?», piensa a veces en voz alta. Y si es su mujer quien está por ahí y lo oye, lo aconseja:

—Pero no te mortifiques más, Esteban. Que cuando las cosas están para suceder…

***

Esteban quedó solo y afligido. La mujer de Gabriel logró que le pagaran las mejoras y se fue para Maracaibo. Después de un tiempo no se supo más de ella.

Esteban siguió de guardabosques y levantó una choza. En recorrer los fundos de la empresa pasaba los días. De noche se iba al caserío de Lagunillas y cuando había fiesta no regresaba sino de madrugada.

Lagunillas era treinta chozas sobre pilastras de palmiche en el lago. Entre el lago y el monte había una faja de tierra y una ciénaga. A la ciénaga le caía el caño Sibaragua, que era un brazo del río Paraute. Las chozas estaban comunicadas por planchadas de maporas. Las planchadas eran muy angostas y de unos cuatro o cinco metros de largo. Había que ver a aquellos muchachos, de este tamaño, corriendo por esas planchadas.

La gente era sencilla. Indios los llamaban, pero en realidad eran mestizos. (Los puerteros de Altagracia habían estado allí mucho antes que las compañías). Indios bautizados y todo.

Del lago y el caño y la ciénaga sacaban casi todo lo que necesitaban. Palanqueando cayucos iban de un lugar a otro. Pescaban róbalos en el lago y coritos en el caño y cazaban yaguasas y sacaban eneas y juncos en la ciénaga para hacer esteras y alfombras. De la ciénaga también sacaban turmas, que es como una batata de agua un poco amargosa, pero comiéndola con pescado frito, por ejemplo, se le quita el amargo. Comían mucho de esa turma y por eso relumbraban de gordos.

Tenían conucos de maíz y sementeras de yuca y de plátanos. Eran religiosos y fiesteros. La iglesia era como decir la casa más grande y tenía una mitad en el lago y la otra mitad en la tierra. Adoraban al cura que venía de Maracaibo dos veces al año: el veintiocho de octubre para la fiesta de la Virgen del Rosario de Lagunillas y el veintisiete de diciembre para la fiesta de San Benito.

Precisamente fue un veintisiete de diciembre, noche de San Benito, allá por el año catorce. Había sido un año malo para las sementeras y San Benito como que no escuchó las plegarias o no les había hecho caso. De manera que no era cuestión de darle las gracias, sino de castigarlo. Y así aquella noche estaban afuera de las chozas todos aquellos indios y las indias y los indiecitos todos asustados y se movían de aquí para allá por esas planchadas, y unos templaban los tambores y otros

bebían ron y después todos se pusieron a beber ron, hasta las mujeres, y empezaron a sonar los tambores, el requinto y el tambor mayor, el regañón y el medio golpe. Pero antes de empezar el chimbánguele se amontonaron todos a la puerta de la iglesia y por último se metieron y sacaron a San Benito y se zamparon a la ciénaga con él y lo bañaron y lo estrujaron hasta que se dijeron bueno, ya recibió su merecido. Después lo volvieron a llevar a la iglesia y ese cura consternado, y entonces vino lo bueno. Las canecas de ron pasaban de un lado para otro y empezaron a sonar de verdad los tambores y se formó el baile, y por encima de toda aquella bulla se oía la flauta de albarico pitando para arriba en la noche.

Así recuerda las cosas Esteban.

Y todavía hoy recuerda cómo estaba enamorado de aquella india María Tamare. Y la tiene patente cuando entró en la rueda del chimbánguele con la saya de palma y la cara escondida en la máscara de cuero de chicagüire que parecía un diablo. Y la ve cuando abrió los brazos y los dedos buscaron los otros dedos y todas las indias empezaron a dar vueltas y vueltas y los tambores sonando, y la flauta, y la algarabía de toda aquella cantidad de indios.

Todavía hoy Esteban lo recuerda.

La saya de palma y las piernas desnudas, la luz de los ojos en los ojos de la máscara, y la caña que lo pone a uno resuelto, y el chimbánguele que terminó y él que se acercó a la india para no apartársele en toda la noche.

Se emborracharon juntos y cantaron gaitas juntos a la música de los furros, hasta que la tomó por la cintura y se escurrió con ella por entre aquel bululú, y ya en la orilla del ruido le dijo:

—Te venís conmigo, María Tamare.

Y porque la aflojó un poco ella casi se le va de boca donde estaba la mula.

Les amaneció en la choza rocheleando en el chinchorro. Y a su tiempo nació un hijo que llamaron Benito. Benito Tamare.

***

Pero las cosas hechas así como que nunca resultan.

Después que nació Benito poco a poco se le fue agotando a Esteban el interés por María. María era su mujer. Bastante, pues, ya se sabe. Le cocinaba, criaba al muchacho, le acomodaba la ropa, limpiaba y lo demás. Pero de todos modos él se iba alejando.

Después, en un viaje que Esteban hizo a Maracaibo, se juntó con unos paraguaneros y conoció a aquella muchacha Angelina, que estaba emparentada con su mamá, y total que cada vez que podía se iba para Maracaibo y por fin se casó y al mes se la trajo a vivir a Lagunillas, mejor dicho, a una casita que alquiló en Las Morochas.

Por un tiempo le pasó algo María y la visitaba y jugaba con Benito. Pero se acostumbró al matrimonio de tal modo que ni supo cuándo se fueron para Cabimas.

Y cuando ya no creía que iba a tener hijos en su esposa, nació el que llamaron Pablo. Pablo Jara.

***

Habían abierto el camino a Cabimas.

Todos recuerdan cuando empezaba el tráfico de automóviles. Aquellos torcitos de pedal. En un puesto en uno de esos torcitos se fue María con Benito. Cuando Esteban lo supo, pensó seguirla y quitarle el muchacho. Pero, se dijo, un muchacho es una carga. Y, además, todo aquello se acabó.

Pero nada se acaba tan así. La gente vive y le pasan cosas buenas y malas, pero todo no se acaba sino cuando uno se muere. Cuando uno se muere sí es verdad que se acaba todo.

—Y a mí me faltaba mucho pan que rebanar —diría después María con reticencia.

Cocinando y lavando en Cabimas crió a su muchacho. Después, cuando Benito tenía diez años, entró a servir con un matrimonio italiano. Silvino Muzio y doña Gianina. Doña Nina le empezaron a decir después.

Musiú Silvino —así le empezaron a decir ahí mismo— era mecánico. Consiguió trabajo en Lagunillas. Doña Nina se había encariñado con María y le propuso llevarla para Lagunillas. María dijo que bueno. Fue un verdadero alivio para doña Nina porque estaba para dar

a luz y ya se sabe lo que es eso. A fines del año treinta doña Nina dio a luz, pero parece que la partera se descuidó y le vino una infección y una fiebre altísima y en cosa de días se murió.

Terminó el entierro, se fue la gente, y el pobre musiú Silvino se sintió muy solo en la casa con aquellas hileras de sillas negras y aquel olor a nardos. Y allá al fondo María aseando las cosas y Benito que no se oía por ninguna parte.

Le llegó la hora de comer a la muchachita y empezó a llorar y musiú Silvino sin hallar qué hacer. Entonces María vino y calladita la tomó y se la llevó para su cuarto y al poco rato la muchachita dejó de llorar y María fue a la cocina y en una olla se puso a mezclar leche condensada.

Siguieron así las cosas. Vino la época de bautizar a la niñita y musiú Silvino quiso que se llamara Nina María. Fue la primera indicación de que María ya no podría dejar aquella casa.

Y en el año treinta y tres, cuando las cosas se pusieron feas, musiú Silvino se casó con María. La india tenía treinta y cinco años, pero representaba menos, y estaba enterita para todo.

***

Esteban dejó la casa en Las Morochas, ocupó una tierra a la orilla del lago y fundó un hatico. Allí pasó Pablo sus años de muchacho.

Cuando cumplió dieciséis, Esteban —que ahora era caporal de guardabosques— logró que se empleara como aprendiz en la perforación.

Pagó el noviciado como todos. Después de un año arrimando parejas, metiendo cuñas y baldeando la plataforma, fue promovido a obrero de taladro. De allí —casi tres años mojándose, como se dice— subió a encuellador. Después lo pusieron de ayudante del perforador. Se avezó a las máquinas y desarrolló el sentido del perforador que sabe lo que le está pasando a la tubería a muchos pies de profundidad.

A veces en el trabajo, cuando pasaba el supervisor, Pablo pensaba que algún día él también sería supervisor de la perforación —como Jesús Salazar y Salvador Palmera, que son unos troncos de hombres con veinte años de brega desde obreros y que hacen reventar un pozo en tres o cuatro días sin botar una sola gota de petróleo.

Así pensaba Pablo Jara.

Pero, ¡ay, mi amigo —concluía pesimista, repitiéndose lo que otro le había dicho—, el camino es largo y tiene trechos que son puros marullos!

***

La gente habla mucho.

Y uno decía que a musiú Silvino lo dejaban como si nada las ocho horas porque dizque se descargaba en los ayudantes; y otro día que ese musiú Silvino no le sacaba el cuerpo al sobretiempo y que de tarde, después de la guardia, hacía trabajitos de mecánica en ese taller que montó con otros italianos en Las Morochas, y que no se cortaba el pelo sino en la barbería italiana donde como que no le cobran sino un bolívar, y que una amiga de la muchacha que vende los giros en el Banco de Cabimas dijo que musiú Silvino tiene una cuenta de ahorros desde hace tiempo y que todos los meses va allá y le compra un cheque en dólares y se los manda a Italia a una señora Muzio que debe ser su mamá...

La gente habla mucho.

Pero los hechos son que a la vuelta de algunos años musiú Silvino se mudó con la familia para una quintica que había ido construyendo en Ojeda. También se compró un carro usado (en realidad una cacharrita) para ir al trabajo y llevar a Nina María a la escuela.

***

Nina María terminó primaria y después hizo un curso de comercio. Se empleó en la compañía también, y todas las mañanas salía con el viejo y antes del pito de las seis y media estaba a la puerta de la oficina. Lo mismo a la una después del almuerzo. Y a las cuatro regresaban, ella a sus novelas y al radio y el viejo —ese musiú Silvino incansable—, o bien volvía a salir, o cortaba la grama del jardín, o se ponía a arreglarle una falla al carro, o le pintaba unas latas que María quería para trasplantar unas maticas.

Nina María salió a la madre. Primero dio vuelta de ángel. Después dio vuelta de diablo. Y después se compuso otra vez. Era una de esas

muchachas que tienen sus días en que están feas y sus días en que están bonitas.

María la vio crecer al lado de Benito, pero Benito nunca se sintió su verdadero hermano, ni María dejó de atenderla como sirviéndola.

Benito se mudó de la casa antes de los veinte años, porque se lo pidió María. Quedó viendo de ella, sin embargo, pero siempre reservado con Nina María y con el viejo.

(Benito no conviene en esto con nadie, pero es seguro que estuvo enamorado de la muchacha. Hay que conocer a Benito. Aprendió a manejar y un poco de mecánica con el viejo, se hizo hombre que llaman de responsabilidad, y llegó a chofer de primera con veinticinco cincuenta diarios. Había sacado el tamaño de Esteban, pero en la cara era como ver a María Tamare cuando estaba muchacha. El mismo pelo lustroso, la misma nariz pequeñita, los ojos así como con sueño, y ese color de indio, parejito).

***

Pablo Jara salió al padre en casi todo. Doble, y esa cabeza redonda de paraguanero. Serio a su manera, pero también hombre de repentes.

Un día se conocieron Nina María y Pablo. Una noche, mejor dicho.

Era una fiesta de emblemas en el club de trabajadores y Esteban y Silvino iban a recibir los suyos. La cosa tomó calor y la gente se animó y empezó la música, y aunque por un buen rato nadie se atrevía a sacar a nadie, después no cabían en el patio las parejas.

En el bar se formó un corro de hombres. Pablo Jara y Lucho Maneiro, el margariteño encuellador, y Salustiano Chacón de por los lados de La Grita, que era aforador de pozos, y Eumelio Rincón, el chofer maracaibero, y otro poco más. Y con los tragos hubo uno que dijo con ironía:

—No ve, ahora sí es verdad que se acomodó el viejo Esteban. Después de todos esos años sobre la mula metido en el monte y ahora por esos barriales en el *jeep*, le queda su emblemita de oro.

—Que ni de oro es —remachó otro—, porque ahí mismo y que se pone negro.

—Bueno —terció Pablo—, eso no es enteramente así, porque también el viejo le debe mucho a la compañía.

—¿Qué tanto?

—Pues, chico, ha tenido trabajo todos estos años, ¿y casi todo lo que tiene allá no es hecho pues con materiales que le han ido facilitando?

—Porque le sobraban sería —comentó otro al socaire.

—Y él se encargó de llevárselos de donde estorbaban —remató un quinto.

—Pero de todos modos —refutó Pablo—, son cosas de él ahora, y representan su trabajo. Y si llegado el caso tiene que dejar el hatico porque van a perforar ahí, tienen que pagarle sus mejoras, y a buen precio, porque el viejo no es pendejo tampoco.

—Compañeros, mejor dejamos la cosa de ese tamaño —propuso Lucho.

—Ah, margariteño, vos siempre componedor —se burló Eumelio.

—Encuellador querrás decir —retrucó el isleño.

Y a todos:

—Este es maracucho y como que nunca hubiera estado en un taladro.

Eumelio tuvo un instante de aturdimiento, pero luego, con la sorna del zuliano, exclamó sosteniendo las palabras:

—¡Cómo hicieras!

Y viendo a Benito que se acercaba, cobró bríos y buscó apoyo, preguntándole:

—¿Qué decís a esto vos, Benito Tamare?

—Que no sé ni de qué hablan, pero —y fingiendo ponerse muy formal como directivo del club les preguntó—: ¿qué hacen tantos hombres juntos, con esa música y todas las muchachas comiendo pavo?

—Oye, auténtico —asintió Pablo—. Y yo que tenía ganas de sacar a una que está allá.

—¿Cuál de ellas?

—Aquella del vestidito rosado.

—Bueno, es mi hermana casi.

—Oye, perdona.

—¿Y por qué, chico? Vení no más y te la presento.

Y Pablo tampoco pudo apartarse en toda la noche.

***

Pero no es esta sino otra la noche que a Pablo no le gusta recordar. Porque, piensa, entre hombre y mujer como que siempre se cae en lo mismo.

Primero fueron las visitas a la ventana y después le dieron confianza y pasó a la sala y después (porque hacía mucho calor y era mejor salir afuera a coger el fresco) ponían las sillas contra la pared frente al jardín, y después ya no hablaban mucho y eran los besos a cada rato y las manos y aquella vez que el vestido se le subió un poco y él le vio las rodillas.

Pablo no quisiera ni recordar aquella noche. Pero el recuerdo siempre vuelve y aunque a veces se pone a pensar duro en otra cosa, sin darse cuenta vuelve a pensar en lo mismo.

Y porque entre hombre y mujer siempre se cae en lo mismo, aquella noche salió de allá como loco y no se fue para su casa sino que caminó hasta la carretera y se montó en un carrito de los que van a Lagunillas y cuando acordó estaba en aquel burdel de Singapur diciéndole al mesonerito afeminado:

—Un botellón, y decile a una de las muchachas que venga.

Las muchachas estaban al fondo y cuando el mesonerito se les acercó y les habló empezaron una rochela y se oía que decían: «¿Quién, yo?», y él señaló así y del grupo se desprendió una y vino hacia la mesa como con flojera.

Y lo que más recuerda después es la muchacha aquella diciéndole: «Dame un bolívar para poner un disco», «Pide el otro pues y nos vamos para la pieza», «Oye, pero chico, ¿será que tú has estado parrandeando mucho en estos días?», «Mejor será otra noche porque ya nos van a tocar la puerta», «Pero mira, mi amor, cuánto me vas a dejar», «Allá pagas lo de la pieza, ¿oíste?».

Y después la oscuridad y el silencio y el calor y el viento del lago alrededor de la casa y él tocándole la ventana del cuarto a Nina María y ella hablándole pasito por la rendija:

—¿Qué es, Pablo?

—Nada. Abre.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estabas bebiendo?

—Abre, m'ija, que tengo que decirte una cosa.

Y ella que cerró la ventana con cuidadito y él que caminó en puntillas contra el viento hasta la puerta de atrás, y ella que no quería abrirle la puerta toda, pero él se fue metiendo, metiendo así de lado, diciéndole «tengo que decirte una cosa», hasta que estuvo adentro.

***

¿Correspondía a Benito exigir desagravio? ¿Era razón de hombría o mero instinto lo que le ordenaba tomar venganza? —ofuscado el ánimo por la insólita participación de don Silvino.

—Benito, anoche Pablo le faltó a Nina María.

¿Era que asumía responsabilidad propia o que justificaba el despecho largo tiempo reprimido y ahora agolpándose hasta decir con rabia?:

—Viejo, deje eso de mi cuenta.

A lo que añadiría, después de sumaria deliberación consigo mismo:

—Porque a los hombres se los respeta, cuanto más a la edad de usted. Y aunque mi grado de familia en la casa no me dé el derecho, haré que Pablo cumpla, o va al foso y yo a la cárcel.

Y más tarde, al cabo de una hora en el bar, cavilando íngrimo entre tragos su resolución de violencia, cuando salía bruscamente llevándose por delante la puerta de batientes y se encontró con Juan Bautista, que quiso atajarlo, preguntándole:

—¿Qué te pasa, compañero? ¿Cómo que peleaste con el supervisor?

—¿Supervisor? —respondió él. Y en seguida, como concluyendo para sí:

—Que Benito Tamare no es hombre que va a reclamarle en una jefatura civil al burlador de su hermana.

El amigo caló en aquellas palabras y, como lo era de ambos, de seguidas estaba averiguando:

—Mira, ¿vos no habéis visto a Pablo Jara?

No lo encontró, pero dio con Esteban y le refirió lo que había oído. A lo que el viejo exclamó, poniéndose en movimiento.

—¡Ah, carajo, Juan Bautista, metió la pata el muchacho!

***

Llegó al taladro y desde abajo le gritó sobre el ruido:

—Bajá, que tengo que hablarte. Di que es asunto urgente de familia.

Bajó Pablo ante la curiosidad de los compañeros, que miraban sin interrumpir la faena, y el *jeep* arrancó casi con un salto.

Viendo al frente, Esteban le dijo:

—Ya sé lo que pasó, así que no me tienes que decir nada. Pero ve pensando para que te cases. Y de una vez vamos a buscar a Benito Tamare, que me dicen que anda en disposición de matarse contigo.

***

No paró de preguntar hasta que le dieron razón:

—Benito salió a llevar a una gente para la locación nueva en la carretera del Menito. Oye, y por cierto, ese hombre andaba hoy como todo envenenado.

En diez minutos llegaron. Pablo se quedó en el *jeep* y a poco regresaba Esteban con Benito, diciéndole:

—Vamos, que tengo que hablar con ustedes dos.

Esteban sentíase tomado de una energía nueva que le apareaba el ánimo con aquella hora. Adelante iban los tres, cerrados en su ser íntimo, encogiéndose al roce incómodo.

Cuando llegaron al extenso bajío arenoso que se abre a la entrada de Lagunillas, Esteban paró el *jeep* y apagó el motor.

Se hizo un gran silencio y luego, como llenando el silencio, comenzaron a oírse los leves ruidos del monte y el cencerreo de los balancines que, bombeando el petróleo, cabecean y rechinan monótonamente.

Los tres hombres se bajaron. Y con la serenidad que da la emoción que se domina, Esteban dijo:

—Esto me toca a mí arreglarlo, y por eso los he traído aquí. Razón tiene la gente cuando dice que es bueno que los hermanos se conozcan.

Y sin pausar al sobresalto de Benito y Pablo:

—Sí, yo me descuidé en eso. Quizá porque los dos eran varones. Pero —y miró a Pablo—, como diría Angelina, tu mamá, cuando las cosas están para suceder.

El sobresalto se volvió desconcierto, y Esteban añadió:

—Es difícil creerlo, así de sopetón. Pero es la verdad. Tú, Benito, y tú, Pablo, son hermanos.

El desconcierto fue estupor.

—Pero, espérense —atajó Esteban—, y déjenme contarles.

Cayó entonces en trance de evocación, y ojeando las innumerables cabrias y los penachos y muñones de los cocoteros en la amplia costa del lago y las negras tuberías que se arrastran sobre el lecho cegado de la ciénaga hasta perderse a lo lejos en un conjunto difuso de tanques y cercas y edificios, comenzó a narrar así:

—El año trece llegué yo aquí con mi tío Gabriel. Y todo esto...

Los tres miraron las cabrias en el resol ofuscante.

—Todo esto antes era agua.

Crótalo

Había sido un día caluroso y ahora estaba puesto el tiempo y el viento gemía tristemente y las ramas de los árboles se agitaban con repentina violencia y se oían los truenos severos rodando lejos por el cielo. Sin embargo, el suelo permanecía seco y tibio porque no había llovido en muchos meses y la piedra desde la que vigilaba despedía un calor agradable.

Tan inmóvil como la piedra, ella había estado mirando buen rato hacia la cabaña. No sabía por qué. Solo sabía que cuando el hombre bajó los escalones y caminó hacia el galpón y la mujer se quedó en el corredor con el niño en los brazos, ella tuvo que detenerse en su excursión de caza y mirar hacia la mujer y el niño, y que su cabeza había comenzado a oscilar como un fusil que apunta hasta quedar a ras del piso de la cabaña donde estaban los pies de la mujer. Algo después, cuando la mujer entró, su cuello como de cera fue depositando lentamente la cabeza sobre la arena tibia. Entonces sintió que en las fauces se le inquietaban los curvos colmillos y que segregaba con mayor abundancia su veneno en las bolsitas receptoras que pronto empezó a sentir bastante cargadas.

Así estuvo largo rato vigilando detrás de la piedra, mientras el veneno rezumaba secretamente. Oía por el suelo el ruido de carpintería que hacía el hombre en el galpón y por la lengüita bifurcada que palpaba el aire percibía de la cabaña un crepitar inaudible que ocurría en las maderas que se resecaban en el sol.

Así estuvo largo rato —el cuerpo en 8 y la cabeza sobre la arena mientras la lengua palpaba el aire intermitentemente.

Poco a poco cesó el viento y los truenos se fueron alejando. El sol comenzó a declinar hacia las lejanas lomas del oeste y vino un sosiego

al lugar, y un lado de la cabaña y los árboles tomó sombra y la hierba seca y la tierra se volvieron del color de su piel.

Y así, con la fatalidad del día que termina, llegó el momento en que desde atrás de la piedra ella comenzó a fluir espesamente y en silencio cruzó el claro de la cabaña con un suavísimo movimiento que solo podía vérsele a los costados como el viento cuando pasa sobre los trigales. Se desplazó de una manera impecable, y fue solo cuando llegó a los escalones y se revolvió en una rápida vuelta y se enrolló apretadamente en el recodo que hacían con el zócalo, cuando sacudió la punta de la cola donde sus ocho crótalos vibraron con un chischeo seco y corto, lleno de melancolía y de misterioso imperio.

Mas no se detuvo allí sino el tiempo necesario para tomar respiro y apreciar la nueva situación. Subió enseguida por un lado de los escalones, como creciendo, y se deslizó por el piso del corredor y pasó apretadamente por debajo de la puerta.

Adentro se detuvo completamente.

Aquella sombra fresca le era extraña. Por la lengua y por los ojos percibió la luz que había en la sombra, el silencio que reposaba entre los muebles quietos, la tenue humedad; separó los olores que permanecían allí después del almuerzo de ese día y aun captó otros, más pungentes, que parecían originarse en una habitación contigua; oyó y constató la inalterabilidad de un goteo de agua que venía de más lejos y que no podía ver y oyó los últimos truenos que se alejaban. Reunió después todas estas sensaciones dispersas y se las reservó y las puso a trabajar en su interior hasta que su sangre se tranquilizó y pulsó acompasadamente otra vez.

Entonces los ojitos opacos le brillaron un poco, como si alguien de un soplo los hubiese desempolvado; la lengua palpó el aire en los sitios claves y la cola sacudió sus crótalos con confianza, casi al mismo tiempo que se oyó un suave y acompasado ronquido que venía del cuarto de al lado.

Avanzó sin proponérselo. Pero esta vez se desplazaba por el piso con el cuello retraído en una profunda curva, lista para golpear, mientras el resto de su cuerpo se desenvolvía en una larga línea recta.

La otra habitación parecía tener más cosas adentro y tuvo que detenerse otra vez para tomar nota del sitio antes de seguir. Se veían

muchas patas de muebles y objetos pequeños por el suelo. Levantó entonces un poco la cabeza, atraída por unas vibraciones muy fuertes, y vio al niño. Estaba parado y en pañales y se agarraba con las manos al borde de la cuna. Brincaba sobre el colchoncito cuyos resortes hacían un rítmico chirrido. Se estaba muy callado un momento y enseguida comenzaba a lalear alegremente, más recio cada vez, mientras brincaba sobre el colchón y hacía movimientos torpes con un brazo fuera de la cuna tratando de alcanzar con la mano un osito que estaba patas arriba en el suelo.

Ella vio todo esto y, sin saber por qué, se sintió molesta y contrariada. Atraída hacia el niño —cuyos movimientos estimaba injustificadamente agresivos— y, sin embargo, sin verdadera voluntad para repelerlo. Otra cosa parecía haber en aquella habitación que requería su más íntimo y secreto deseo. Pero solo podía ver al niño, que se movía tanto y hacía tanto ruido y que parecía querer salirse de la cuna doblándose pronunciadamente sobre el borde y estirando el brazo y la mano hacia abajo, hacia ella.

De nuevo empezó a desplazarse. Y, de pronto, cuando estuvo cerca de la cuna, el niño la vio.

Sí, evidentemente la había sorprendido. No podía engañarse. Podía apreciarlo y, además, se lo decían su lengua agitada y los crótalos que no dejaban de sonar en una recia y continua vibración de alarma.

Y ahora era otra vez esa mano que se le acercaba, agrandándose, desde la cuna donde el niño saltaba. Le era difícil, muy difícil contenerse. Los músculos del cuello estaban tensos en una curva muy cerrada, sus colmillos querían incorporarse, y los pequeños odres del veneno estaban a rebosar.

En ese momento el niño dejó de saltar y de hacer ruidos. Se paró en una esquina de la cuna, se agarró de los bordes con las manos gordezuelas y relumbrosas, y doblando apenas las piernitas rollizas, se quedó muy quieto y serio un rato mientras gradualmente el pañal mojado se le descolgaba pesadamente entre las piernas.

Pero apenas pasó esto, reanudó alegremente sus ruidos y saltos y volvió a sacar el brazo fuera de la cuna hacia ella, que estaba tratando de pensar en otra cosa. La mano del niño la haló repentinamente a su propósito anterior. Y fue tan fuerte aquel estímulo que la cabeza se le

armó sobre el cuello y toda ella tomó la forma precisamente necesaria para dar un golpe súbito y certero.

En este instante se oyó un tumbo y el niño había desaparecido.

Rápidamente se reorientó y siguió con la vista aquella figura que corría atropelladamente hacia la puerta y alcanzó a verle los talones —rosados, torneados, sedosos.

Fue una revelación esclarecedora. Los había visto al fin —después de ocho largos y tediosos crótalos. Lo supo, inmediatamente, y se ensimismó en aquella inesperada claridad. Sintió entonces que si no lograba morder en aquellos sonrosados talones por lo menos se había movido certeramente hacia ellos, resistiendo otras muchas tentaciones.

Oyó voces y pasos que se acercaban. Tendría que luchar, y quizá moriría. Fervorosamente comenzó a prepararse para ambas cosas.

Cachalo

Ni magnitud, ni derroche, sino forma.

Melville

Hay dos dinamismos: el del que monta una fuerza libre
y se va con ella en suelto galope ciego; el del que coge esa fuerza,
se hace con ella, la envuelve, la circunda, la fija,
la redondea, la domina. El mío es el segundo.

Juan Ramón Jiménez

La casa estaba sobre la colina y por abajo iba el río y era verde y transparente y cuando uno se acercaba a pie por el camino se oía el ruido del agua, como lluvia.

El muchacho había lanzado al pozo dos anzuelos cebados con carne fresca y atado los cordeles a dos palos cortos que clavó en la orilla, y en la oscuridad diáfana de la noche velaba sus anzuelos y podía ver el movimiento del río y oía el ruido del agua que resbalaba como vidrio sobre el muro de la represa y caía en una pequeña catarata baja y espumosa.

Mientras vigilaba sus anzuelos pensaba en los bagrecitos que probablemente pescaría, y también pensaba que quizá pescaría solo anguilas —y esto le desagradaba. Pero, sobre todo, ahora que estaba solo en la noche, pensaba en el cachalo —un corroncho enorme que habla visto hacía una semana en un pocito que la última creciente había hecho al lado del pozo grande frente al cual velaba, justo en una esquina del muro de la represa.

Solo en la noche pensaba libremente en el cachalo, y mientras vigilaba sus anzuelos percibía el movimiento del río y oía el ruido del agua.

Lo había visto hacía una semana, la tarde del sábado pasado, cuando bajó hasta el pozo para ver cómo había quedado después de la creciente y dónde convenía montar los anzuelos esa noche. Entonces se había

asomado al pozo pequeño y llano en la esquina del muro de la represa y en el fondo había visto este enorme corroncho negro pegado a una roca blanca que reflejaba la luz que le llegaba por el agua.

Quedó inmóvil cuando descubrió el corroncho y mientras contemplaba la nítida silueta sobre la piedra dejó de ver las cosas que lo rodeaban y solo oía el ruido del agua. Miró a los lados, como con miedo de que alguien lo estuviera observando, y luego se entregó totalmente a mirar el pez en el fondo del pozo cristalino y quieto que apenas temblaba al alcance mismo de la mano. Pero su gesto fue percibido por el pez, y meneó la cola, y entonces él se acercó al agua y lo miró intensamente y en el dorso taraceado le vio los ojitos que eran como los de una careta detrás de la cual miraba el pez, y sintió entonces como que el pez y él se estaban mirando. Agachado así, observando al corroncho, de algún sitio en sus recuerdos le vino una palabra, y la dijo bajito, como hablándole:

—Cachalo.

El aire de la voz tocó el agua del pozo y, abajo, el corroncho meneó la cola y se deslizó por el lado abrupto de la roca y graciosamente se escondió bajo el borde. Ahora no podía ver el corroncho, pero sabía que estaba ahí, bajo la roca. Sin que pudiera verlo, el muchacho se puso móvil e intencionado y examinó de un vistazo el pozo y vio que no parecía tener salida y sintió que el corroncho no podría escapar, que sería suyo (porque en un segundo o menos había pensado que de una vez se iría para arriba y buscaría el saco de coleta con el aro de alambre en la boca y la caña de hurgar bajo las rocas y se metería en el pozo y pondría la boca del saco debajo del borde de la roca donde se había escondido el corroncho, y con la caña, hurgaría por los otros lados hasta que el corroncho saldría y se metería en el saco). Miró otra vez el pozo y las rocas afelpadas del fondo donde ahora no había nada, y dejándolo intacto se retiró despacio sin darle la espalda y cuando estuvo un poco alejado se volvió de repente y echó a correr por el senderito empinado y pedregoso hacia la casa.

Regresó al cabo de un rato, hizo todo como lo había pensado, y cuando levantó el saco y se escurría el agua miró al fondo. Pero no había nada.

—No cayó.

Probó otra vez con aun mayor cuidado. Volvió a levantar el saco y así que se escurría el agua, miró. Nada.

Miró de soslayo hacia el pozo, sintiéndose burlado, y el pozo estaba ahora un poco revuelto y agitado, el agua meciéndose en el cuenco de piedra, afeado por las huellas de sus pies y de sus manos. Se lo quedó mirando por largo espacio mientras se le asentaba la arenilla que había levantado, hasta que apareció tan claro y quieto como antes. Pero ya no estaba el corroncho sobre la piedra.

Entonces sintió el frío del aire sin sol y vio que anochecía y oyó de nuevo el ruido del agua.

Solo en la noche frente al pozo grande vigilaba sus anzuelos, y (ya todo dispuesto, nada más por hacer sino esperar) pensaba abiertamente en el cachalo.

Desde el sábado anterior no lo había vuelto a ver. Había pasado la semana en la ciudad, en el colegio, y esa tarde, de nuevo en la casa de campo, lo primero que hizo apenas llegó fue ir al pocito. Parecía exacto, pero el cachalo no estaba ahí. Por lo menos no se le veía. ¿Estaría debajo de la roca? ¿Se habría ido? Volvió a examinar el pozo. No parecía tener salida, por lo menos para un corroncho tan grande.

Se agachó y miró al fondo a través del agua. Parecía esperar una aparición prometida. Y quieto así mirando en el pozo dejó de ver las cosas del alrededor y solo oía el ruido del agua.

Así se estuvo largo rato. Y de pronto, por un instante, se vio la cola del cachalo, negrita, que se asomó bajo la roca y desapareció.

El muchacho sonrió maliciosamente, porque pensó que él había visto al cachalo, pero el cachalo no lo había visto a él.

—Ahí está.

Corrió a la casa, buscó el saco y la caña, regresó corriendo; acezando entró despacio en el pozo, colocó la boca del saco donde convenía, hurgó con la caña por debajo de todo el borde de la roca, levantó el saco y miró al fondo mientras se escurría el agua. Nada.

Miró en el pozo, ahora revuelto, y le pareció que seguía revolviéndose, como si algo invisible corriese en todas las direcciones por el fondo. Receloso, se salió con cuidado del pozo, y miró a los lados y hacia el monte sombrío de la otra orilla, y volvió a mirar el pozo, y en la quietud oyó de nuevo el ruido del agua.

Así estuvo otro rato, lamiéndose la sal del sudor sobre los labios, respirando acompasadamente, mientras se iba haciendo de noche.

Comió poco, ensimismado, solo a la mesa del comedor de la casa bajo la luz de la lámpara cónica, mientras sentía que desde la puerta que daba a la cocina lo observaba en silencio una mujer delgada y oscura que con su marido cuidaba la casa.

Y apenas terminó bajó a la orilla del río con los cordeles y anzuelos y su cuchillo de hoja ancha y mango de corcho y la carnada que la mujer le había apartado. Abajo en la orilla del río (había dejado a un lado el pocito, pero seguía pensando en él) montó los anzuelos y los lanzó al gran pozo oscurecido y quieto donde había bagres y anguilas y sardinas y corronchos también, pero ninguno como el cachalo.

Vigilaba los anzuelos y pensaba en el cachalo y sentía el frío del aire de la noche y oía el ruido del río y a veces miraba un poco alrededor por todo el campo oscuro y callado.

Más tarde, y como nada tiraba de los cordeles (era lo normal en esta forma de pesca), resolvió dejarlos así por la noche y subir a acostarse. Otras veces se había quedado hasta tarde pescando, aun hasta la madrugada. Pero esta vez no tenía interés en lo que hacía. Se sentía solo e impaciente. Pensaba en la mañana y en cómo haría para pescar el cachalo.

Y pasó la noche y fue de día otra vez, y cuando él se asomó por la ventana y miró hacia el río vio los cordeles rectos, sesgados por la corriente, y el pozo grande y sereno todavía en sombra, y desde arriba oyó otra vez el ruido del agua. Miró vagamente hacia el campo, solicitado por la soledad, y vio el valle en la claridad de la mañana, la luz del sol en el flanco de los cerros, las hileras de repollos en las vegas del río, el camino solo, todavía en la sombra de los taludes rojos. Pero mientras tanto sabía que terminaría por mirar hacia donde estaba oculto el pozo del cachalo. Y ahora, todavía soñoliento, lo pensó de nuevo exclusivamente e imaginó su posesión.

Se le había ocurrido cegar el pozo. Pero no, no era tan pequeño, y además, como seguramente tenía alguna conexión con el río, al tratar de desaguarlo podría escapar el cachalo. Y entonces, también de algún sitio en sus recuerdos, le vino:

—Arponearlo.

Eso era. Una caña, y en la punta, en la punta (para jugar béisbol ellos hacían pelotas de pabilo y las cosían con largas agujas de acero), en la punta una aguja de coser pelotas. Pero entonces —¿una semana más?

—¡Carmen!

La mujer le dio una aguja, la más grande que tenía (no era tan grande como las de coser pelotas, pero era lo suficientemente grande).

Bajó a la orilla del río y cortó una caña delgada pero fuerte, le cepilló un extremo con el cuchillo, y con cordel fino amarró duro la aguja en una punta. Contempló entonces el arpón, balanceándolo en la mano. Fascinaba esta cosa siniestra.

Fue hacia el pozo, y acercándose lo vio transparente y quieto en la mañana fresca donde las cosas aún no daban sombra. Llegó despacio sin hacer ruido y miró, y vio la silueta nítida del cachalo al fondo sobre la roca, maravillosamente cierto, absoluto.

Lo contempló así algún tiempo y luego, sin doblar el cuerpo ni apartarle la vista, se fue quitando los zapatos con los talones. Entró en el pozo, cuidadosamente, sin perturbar el agua. Por entre los dedos de los pies sintió la arena del fondo, suave como harina, y el frío del agua subiéndole por las piernas. Miraba solo el cachalo mientras los dedos delicados equilibraban el arpón en la mano que supinaba.

Se oyó respirar, y por arriba el ruido del agua.

Cuando el frío le llegó a los muslos metió la punta del arpón en el agua. Vio cómo se quebró la línea de la caña, pero sabía que esto ocurriría y lo tomó en cuenta, y siguió metiendo lentamente el arpón en el agua. La punta de acero se acercaba despacio a la silueta negra del cachalo, destacaba ya sobre la recamada textura del dorso. Y súbito lo clavó.

El cachalo se sacudió vigorosamente y, girando en la aguja, levantó una pequeña polvareda del fino barro que había sobre la roca hasta limpiar el sitio donde había estado. Entonces el muchacho como paleando levantó el cachalo atravesado por la aguja, lo sacó del agua, y saltó a un lado estirando el brazo para tenerlo seguro sobre tierra. Lo contempló ahora, doblado y tembloroso sobre la aguja, el cuerpo de dorso oscuro y vientre nacarado. Se sacudía y daba coletazos que le estremecían la caña en la mano y abría las aletas translúcidas y espinosas como abanicos.

Alzado así el muchacho lo vio agonizar un rato en el sol.

Después le acercó la mano y tocó el cuerpo córneo y grueso todavía relumbroso atravesado por la aguja de acero. Lo deslizó entonces de la aguja y lo tuvo en la mano, húmedo y frío y áspero. Palpitaba ligero, asfixiándose.

El muchacho sintió en la palma de la mano cómo el cachalo dejaba poco a poco de respirar y, abriéndola, le dio vuelta y vio que los ojos eran ahora dos plaquitas grises y opacas en el mosaico de pequeñas escamas de la cabeza recamada con equívocos arabescos.

En el aire el cachalo dejó pronto de brillar y el muchacho lo sentía inerte y frío en la palma de la mano, dúctil y tibia.

Lo contemplaba mientras sentía el sol caliente en la cabeza y lo veía brillar en sus pestañas y en las hierbas de la orilla cerca de sus rodillas prensadas, y en la sombra de los bambúes veía apenas deslizarse el río y oía el ruido del agua.

Tenía el cachalo muerto en la mano y lo recordaba sobre la piedra como lo había visto la primera vez, y le pareció verlo deslizarse por un lado de la roca y de un solo coletazo esconderse bajo el borde.

Ahora lo contemplaba, negro y opaco sobre la mano, y le dio vuelta y le miró el vientre blanco en el que se veía el punto cárdeno por donde le había salido la aguja. Con la yema de un dedo tocó la cavidad áspera de la boca y los pequeños dientes romos y palpó los labios fríos y babosos de ventosa. Desagradado lo puso en el suelo y luego le pasó los dedos por el dorso escamoso y le tomó la cola y se la torció hacia un lado. Lo contempló otra vez, se irguió y lo miró desde arriba, doblado sobre la tierra, y se fue alejando despacio hacia la casa.

Sabía que no le diría nada a nadie.

Fue a los anzuelos. Recogió un cordel. Por el agua vio venir la camada empalidecida. Recogió el otro cordel, y por el peso supo que había pescado algo. Era un bagrecito de apenas una cuarta, todavía debatiéndose débilmente en el anzuelo desproporcionado que le deformaba la cabeza. Lo desenganchó, y agarrándolo duro lo sacudió en el agua para lavarlo. Al sacarlo vio cómo la sangre le corría diluyéndose por el vientre de ópalo.

Llevó el bagrecito arriba para que la mujer se lo preparara para el desayuno, frito en harina. Desayunó luego, secreto y apresurado, y regresó en seguida adonde había dejado al cachalo.

Después del desayuno, mientras bajaba hacia el río, se sentía tibio y cómodo, y el sabor de comida en la boca, la sensación de los dientes y la lengua, los ojos con calor como de trasnocho.

El cachalo estaba ahí, disimulado bajo las hojas de una maleza en la orilla del agua. El muchacho lo observó de cerca y no le encontró los ojos y vio que a su alrededor y sobre el cuerpo mismo había ahora un tráfico alborotado de hormigas.

Así lo estuvo mirando un rato mientras sentía que el sol le calentaba la espalda. Lo tomó luego por la punta de la cola y en un movimiento súbito hacia arriba lo tiró al río. Cayó en la corriente y no se le vio más. El muchacho siguió con la vista el agua donde había caído el cuerpo hasta donde el río se alejaba silencioso y ajeno por el paisaje. Una hormiga le hacía una cosquilla muy fina en la mano, y el muchacho se la sacudió y se limpió los dedos en el pantalón.

Ahora, en ese preciso momento ocurrió esto: un martín pescador que venía volando río abajo se paró en la orilla opuesta en una rama de bambú inclinada sobre la corriente. El muchacho respondió al guiño de la luz en el pavón azul de las alas. El martín pescador se desprendió de la rama y se fue volando río abajo, rasando el agua. El muchacho lo siguió hasta perderlo de vista, y después se quedó mirando la rama que cabeceaba sobre la corriente.

No se oía sino el agua.

El punto

El muchacho con la escopeta se mete detrás de las ramas y mira al baquiano alejarse entre los árboles. Oye los pasos en las hojas secas y sigue con la vista la mancha de la blusa sobre el monte pardo.

Momentos antes, cuando caminaban hacia el veladero —el baquiano adelante, él atrás—, le había observado las piernas oscuras y flacas, y notó que tenían un brillo opaco, como si se les hubiese secado jabón encima, y unos pocos pelos negros y separados como las cerdas en la barriga de los báquiros. Entonces, sin poder dejar de mirar las piernas oscuras, lazarinas y flacas y los talones callosos en las alpargatas viejas, había sentido un calofrío de repulsión y había sentido vergüenza. Después, el baquiano le había construido el parapeto de ramas —él ayudando un poco—, y cuando se iba le había dicho:

—A la tardecita vuelvo.

Y había añadido:

—Si camina por el monte, no se aleje, ¿sabe?

Ahora, desde detrás de las ramas en el claro del bosque donde hay un ojo-de-agua casi seco, ve al baquiano alejarse y oye sus pasos en el monte y sigue con la vista la mancha de la blusa, y de pronto no la ve más, absolutamente. Pero sigue oyendo los pasos que se atenúan, hasta que los pasos cesan. Entonces se ve solo en el bosque, y siente agudamente que es distinto de todo lo que lo rodea. Siente que el sol invisible y remoto comienza a calentar el aire, y mira un poco alrededor hacia el monte seco y después se sienta sin prisa en el suelo y cruza las piernas en una X desplomada y descansa la escopeta en las piernas y mira cómo el sol que viene sesgado a sus espaldas hace guiños en el pavón de la escopeta y observa cómo el guiño registra el movimiento

que hace cuando respira, y en la luz que se abre y se cierra sobre el acero ve los ojos quietos de un gato agachado que lo mira.

Entonces se pone a escuchar el monte y absorbe el pulso del silencio, el vaho quieto de la soledad. Siente que lo toma una pasión tranquila, secreta, intensa, que ahora, como otras veces cuando está solo, mana y se revela; y siente que ahora la puede revelar, dejar libre, como era posible pensar abiertamente en Dios en la capilla del colegio que había dejado hacía cinco años y a la que nunca había vuelto.

Por un momento largo, que percibe como la inmovilidad y el silencio de las cosas, siente la desconfianza de la soledad, pero se encuentra fuerte y alerta y tiene su escopeta sobre las piernas cruzadas y de reojo ve el pomo del cuchillo de monte en la cadera y siente el peso de la canana cargada de un extremo a otro con cartuchos entre los cuales brillan los más nuevos.

Se acomoda poco a poco a la soledad y a la inmovilidad del monte que lo rodea, y cuando piensa que el baquiano irá lejos y no regresará por él hasta la tarde, siente que aquel sitio profundamente metido en el bosque, muy lejos de la carretera y del rancho del baquiano, es en aquel momento como suyo en cierta manera, porque se siente libre en él, sin testigos para ni siquiera las cosas más extravagantes que se le ocurriera hacer ahí; y entonces se ve el protagonista de una aventura indeterminada y extraordinaria que tiene la armonía y formalidad de una antigua danza en la que él despliega su valor y su destreza. Mientras divaga de esta manera no le ocurre la mínima sospecha de que pudiera no salir con bien de lo que se presentara.

Mirando por entre las ramas y las hojas examina el ojo-de-agua casi seco frente al cual está velando, y observa que en el barro de la orilla hay muchas huellas de distintas formas y tamaños: huellas de patas de pájaros y huellas de animales de pezuña —estas, huellas angostas y profundas, probablemente de venados y báquiros— y observa también cómo el progreso del verano puede verse en el barro, que es oscuro y pastoso cerca del agua y gradualmente más claro y seco y resquebrajado a medida que se aleja del agua, hasta donde la costra cuarteada del fondo, cenicienta y escamosa, alcanza el borde netamente marcado, como un labio, antes de tocar el suelo terroso que es el límite de la charca en invierno.

Oculto detrás de las ramas pasa la vista por todo el monte bajo que rodea la charca, preparado para tropezar (se imagina) con la figura de un venado acercándose a beber, y con los oídos también dispuestos a percibir el menor ruido (*aunque, piensa, nadie puede oír a un venado acercándose a un bebedero; a un báquiro sí, los báquiros son escandalosos y bruscos y andan en bandos por el monte; el venado no, el venado es un animal solo y fino que se acerca con malicia contra el viento y con las orejas paradas y los ojos pelados y nunca deja caer la pezuña; la adelanta, poco a poco, la pone en la tierra*).

Observa los pájaros que se acercan a beber. Algunos revolotean nerviosos, cautelosos, por las ramas cercanas. Otros se aproximan bastante, se agarran de una rama colgante, flexible, miran desde un ángulo y otro con movimientos cortos, rápidos, geométricos. Después, sin tocar el suelo, revuelan sobre el agua, pellizcan un sorbo y se van a parar en otra rama cercana, y miran desde un ángulo y otro con movimientos cortos, rápidos, geométricos.

Ahora oye el ruido que empiezan a hacer las chicharras, como si el tiempo y el calor las fuera despertando, y nota que hay algunas (él sabe que son las pequeñas) que primero hacen un ruido tentativo, y después el ruido se hace reiterado, como un latido, exigente, suplicante; y que hay otras (las grandes, que ellos llaman *cocas*) que después de ensayar un poco pareciera que las arrebata el ruido y el ruido se vuelve canto y se prolonga cada vez más intenso y melancólico y desesperado por el aire y parece que no cesará nunca, que la chicharra se deshará en su propio canto hasta desaparecer. Y entonces, oyendo el ruido de las chicharras, sin querer se pone a formular en la mente cómo es realmente ese ruido, ese canto de las chicharras, y recuerda haber leído que las chicharras *estridulan*, pero esta palabra no le oculta el ruido que está oyendo, no lo sustituye, se queda separada, sin conexión con lo que oye, y no se siente satisfecho y busca en la mente cómo expresar ese ruido que ahora se oye por todo el monte y le barrena los oídos, y entonces piensa, recuerda el salto de los trompos en el patio de cemento del colegio y se dice, *tataratean*, *tataratean*, y ahora lo que ve es un trompo que cae y da unos saltos cortos y gira en un círculo como un gallo y después se queda en un punto y se pone sereno, *serenito*, y el color de las franjas se le ve apenas como detrás de una

gaza y el ruido que hace es como un prolongado siseo y se ve *serenito* como dormido, y después lo que ve es la zaranda grande que había tenido cuando niño y que primero se resbalaba sobre el piso de mosaico y después resoplaba y zumbaba y después *se ponía derechita y serena, serena y sedosa, como el sueño*, sí, como el sueño. También a intervalos en el clamor de las chicharras oye ruidos lejanos y apagados y ruidos pequeños y abruptos cerca, sorpresivos, que no sabe identificar y que lo sobresaltan; ruidos de cosas que se mueven con el calor o quizá de animales indeterminados que anduvieran sin localización precisa por el monte, y entonces siente otra vez desconfianza de la soledad y todo él se reúne y cohesiona y tiene conciencia de que está lejos, muy lejos del rancho del baquiano y de la carretera y de sus cuatro compañeros de cacería que también habían sido repartidos por el baquiano en otros puntos alejados y dispersos en el monte. Entonces le parece que se sale de sí mismo y se pone a rondar por el contorno, sin peso, sin ruidos, y pasa sobre la luz del agua de la charca y se va alejando como había visto alejarse al baquiano y desde el chamizal seco debajo de los árboles altísimos se ve a sí mismo sentado detrás del parapeto de ramas y hojas en el suelo con las piernas en una X desplomada y la escopeta descansando sobre las piernas y se encuentra como pequeño pero muy definido en el medio del vacío en el bosque rodeado de los árboles magros y mudos que levantan sus ramas hasta muy alto, y ve que sobre él está ahora la luz del sol que no parece estar definidamente en ninguna otra parte porque todo el monte alrededor se ve opaco y pardo, seco, rígido y callado.

Está quieto, y se mira las manos sobre el acero de la escopeta, su buena escopeta francesa de Saint Étienne, y observa con admiración la gracia y el cuidado con que están labrados los grandes tornillos que aseguran el cuerpo de acero a la culata, y siente placer contemplando su escopeta que es enteramente suya, y derrama afecto sobre ella como solo puede hacerlo un muchacho sobre la primera escopeta que ha comprado con sus ahorros después de desearla con sufrimiento y en secreto durante años.

Siente el fresco de la casi brisa en la frente y en el cuello y mira con sosegado cuidado por lo bajo de los árboles, examina el monte inmóvil y se detiene un poco cada vez que percibe una posible entrada

de animales a la charca. Siente el peso de la mano derecha sobre el cuello rugoso de la culata. Está listo.

De pronto oye una algarabía lejos en lo bajo del monte. Mira acuciosamente, pero no puede precisar de qué se trata. Solo distingue dos manchas pardas que se desplazan alargándose en un sentido y en otro, disparadas como cosas, y oye un atropello de ladridos ahogados y dentelladas, un fragor de ramas quebradas. Inesperadamente las figuras que luchaban se separan y se van ligero en direcciones contrarias, desaparecen. *Parecían zorros*, se dice, *zorros peleando*. Y entonces siente que se ruboriza un poco, y se contenta de que está solo, y después, íngrimo, sonríe.

Ahora se contempla de nuevo la mano sobre la escopeta, y entonces se adormila un poco. Se siente bien así, adormilándose en el calor creciente de la mañana. En la quietud del bosque todo parece dedicado a su propósito. Respira lentamente, y como si el cuello fuese de cera, la cabeza le cae poco a poco sobre el pecho. Percibe su propio olor y el olor del monte seco, y en ese olor destaca un tenue perfume agradable y salvaje. En el sopor recuerda las grandes colmenas de avispas como conchas de cachicamo muy arriba en el tronco de los árboles y sabe que ese perfume viene de ahí y piensa vagamente en el acierto de haber llamado a aquellas avispas *avispas cachicamas*.

De pronto cabecea y se despabila, y cuando mira ve un animal. Neto, en el ambiente pardo está esta cosa viva, cuidadosamente callada y quieta. Es redondeada, y su textura y color son espectacularmente diferentes de todo cuanto la rodea. Brilla gris en la luz como plomo cuando se le corta, y es cerdosa y perfectamente terminada. Es un picure.

Lo fija la figura del animal. Está sentado en las ancas, y pareciera lavarse las pezuñas delanteras en la charca. El cuerpo gris y brillante se distiende y se encoge elásticamente, se despereza, ensaya los músculos bajo la piel cerdosa. Baja después la cabeza y acerca al agua la trompa típica de roedor y apenas toca la superficie. Se queda así un rato, absolutamente inmóvil. Pareciera estar ocurriendo algo misterioso. Él le observa los largos bigotes blancos donde da el sol y las orejitas azulosas, y le parece que mientras el animal bebe agua las orejitas quedan arriba, alertas, como centinelas.

Lo mira un largo espacio. No siente impulso de matarlo, pero se ve llegando de regreso adonde están sus amigos, desde lejos levantando la pieza, y los ve acercarse y rodearlo de preguntas y exclamaciones y elogios. Y entonces, mientras mira al picure, del cerebro le baja un estremecimiento espeso como una serpiente que se deslizara por la rama caída de un árbol. Piensa sin embargo que tiene la escopeta cargada con cartuchos de guáimaros para venados y que a esa distancia destrozaría a un animal del tamaño del picure. *Él está velando venados, báquiros, animales grandes, se dice, y ahora un picure...* Sin embargo, la pieza en sí es bonita y recuerda lo que ha oído decir, que *la carne del picure es muy fina, muy fina, como gallina, mejor que gallina, es como la lapa y si no ha bajado un venado hasta ese momento además los venados son muy escasos ésa es la verdad en realidad casi no existen a cuántas cacerías no ha ido él y no ha visto ni un solo venado a veces pero uno siempre dice vamos a cazar venados y lo principal es siempre ir con el baquiano a un punto a un veladero y quedarse ahí horas sin moverse del sitio esperando a ver si le baja a uno un venado y si es un lance con perros quedarse solo en el punto pendiente oyendo el ladrido de los perros en los cañaotes hasta que...* El picure levanta la cabeza, busca el viento con las orejas, escucha un instante, olisquea el aire y la vuelve a bajar —y otra vez apenas toca la superficie del agua (así le recuerda al sacerdote en la iglesia en el momento de la elevación). Después el picure levanta otra vez la cabeza y se encoge y se le ve brillar la piel cerdosa sobre el movimiento de los músculos.

Decide cambiar cartuchos y matar el picure. Cuando baja la vista ve la serpiente. Le está pasando por debajo de la pierna derecha, negra, roja, blanca, negra. *Coral*, piensa, y casi pronuncia, *una coral, venenosa, muy venenosa, mortal, no hay antídoto para la coral, sitio malo, detrás del muslo, cómo ponerse un torniquete ahí; sangrarse.* Se ve envenenado buscando salida por el monte hacia la sabana, perdido en el monte. Sabe que esto es una posibilidad cierta. Está inmóvil y en la malla de la piel córnea ve las escamitas dibujadas por una finísima línea de polvo. El último segmento, que es negro, desaparece ligero bajo el pantalón, como succionado. No la siente, no sabe si la tiene debajo del muslo o si ha seguido camino y se aleja. Se queda inmóvil un largo rato, los ojos fijos en el suelo, mientras se prepara para saltar. Entonces salta.

En el repentino desorden alcanza a ver el picure volverse y correr rebotando hacia el monte. Cuando desde arriba busca con los ojos por el suelo, ve la coral justo detrás de donde había estado sentado. Está detenida en una onda de su movimiento. Es pequeña y bonita, el rojo le resalta. Nada en ella expresa su peligrosidad. La cabeza es apenas el extremo más grueso y no se le ven ojos. Por un momento la contempla, la examina de un extremo a otro, como tratando de comprender cómo es, cómo está hecha. Luego, mueve la escopeta en ademán de apuntar, pero desiste. Quiebra la escopeta, saca los dos cartuchos sin dejar de mirar hacia la serpiente, se los mete en el bolsillo de la camisa, cierra de nuevo la escopeta. La serpiente no se mueve. Entonces a distancia mide el golpe y le asesta un culatazo en la cabeza. La cabeza se entierra, la cola se retuerce sobre la culata, pero resbala en la madera pulida, se bate contra el suelo, revela el vientre amarillo anillado, se anuda sobre sí misma en una convulsión intensa, lenta, reflexiva. Después se distiende, ciegamente, como buscando algo a tientas. Por fin, queda encogida en calambre, como hecha de cera.

El muchacho, con la escopeta en la izquierda, aparta el despojo, pateándolo con el lado de la bota. Después vuelve a quebrar la escopeta y desliza los dos cartuchos en los cañones. Con el cuchillo como machete limpia el sitio alrededor, barre el suelo con los pies, pateando de lado, ásperamente.

Un momento después se sienta otra vez detrás del parapeto de ramas y hojas —las piernas en X, la escopeta sobre las rodillas.

Ahora examina sospechosamente las ramas que tiene ante los ojos. Mira por ellas y las hojas hacia la charca.

Nada hay en la orilla. En el agua ve los árboles, el cielo. Mira hacia la maleza. Nada se mueve. Se siente aislado, constreñido, vigilado. Piensa en sus amigos, en el baquiano. Los imagina lejos, vagamente. De pronto una chicharra hace *erre, erre, erre*. Él la oye, la escucha, la busca con los ojos por el tronco de los árboles, en las ramas. Pero no la ve, no la descubre, no la encuentra.

Entrevista a Gustavo Díaz Solís

La concisión intrínseca de la poesía era lo que más me atraía[16]

Celso Medina

El entonces joven Gustavo Díaz Solís irrumpió en el panorama literario venezolano a finales de la década de 1940 con su cuento «Llueve sobre el mar», presentado al concurso del semanario *Fantoches*. Su audaz técnica y su profunda sensibilidad lírica cautivaron al jurado, compuesto por figuras de la talla de José Nucete-Sardi, Julio Ramos y Rómulo Gallegos.

Nacido en Güiria, población de la región pariana del Estado Sucre, en 1920, Díaz Solís era estudiante de Derecho en la Universidad Central de Venezuela y de castellano y literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas, instituciones de las que se graduó como abogado y profesor, respectivamente.

Acompañó a su padre, también abogado, en sus numerosas mudanzas, incluyendo una a Trinidad, donde comenzó a dominar el idioma inglés, lo que lo llevaría a convertirse en un destacado traductor de poesía y narrativa inglesa. Tras la mudanza definitiva de su familia a Caracas, Díaz Solís se estableció en la ciudad, donde residió hasta su fallecimiento en 2012, a los 92 años. A pesar de su itinerancia, la memoria de su costa natal quedó impregnada en la mayoría de sus obras creativas.

Su literatura, aunque no extensa, la ubicó la crítica literaria dentro de la generación que renovó aceleradamente la narrativa en Venezuela. Cuentos como «El niño y el mar», «Llueve sobre el mar» y «Arco secreto» son considerados hitos importantes en la historia contemporánea de la cuentística venezolana, a la que Díaz Solís imprimió una dimensión universal sin descuidar la referencia al espacio geográfico.

[16] Celso Medina, *Entreletras*, n.° 16, Julio-diciembre de 2024. pp. 9-12.

Sumado a su obra creativa, Díaz Solís desarrolló una notable carrera como ensayista y traductor, especialmente en el área de la literatura inglesa. Sus traducciones de la poesía de Eliot, Frost y otros autores figuran en numerosas antologías. Su libro de ensayos, *Exploraciones críticas* (*Exploration in criticism*), editado en español e inglés por la Universidad Central de Venezuela, en 1968, contiene importantes análisis de autores como William Shakespeare, T.S. Eliot, James Joyce, John Keats, Wallace Stevens y Carlson McCullers.

En el año 1982, cuando realizamos esta entrevista, Díaz se encontraba ya jubilado. Nos recibió en su acogedora casa de Caracas. Su hablar sereno dejaba entrever un cierto pesimismo. Confesó que ya no dedicaba tiempo a la escritura y manifestó cierta aversión a las entrevistas:

GDS: Accedo a esta entrevista, en primer lugar, porque me la solicitan y, segundo porque la solicitud viene de gente que aprecio, pero confieso, declaro y admito que no estoy de acuerdo con este tipo de entrevistas o con la idea misma de la entrevista con propósito indirecto de crítica literaria, fundamentalmente porque tiende a enfocar a la persona del escritor más que a la obra. Desde luego que está más allá de mis posibilidades de percepción las causas de esta pérdida de objetividad, eso de estar haciendo el mundo a partir de nosotros, como una excrecencia, como una tela de araña. Ante los grandes asuntos del mundo exterior (exterior a nosotros mismos y a Venezuela), pocos se interesan hasta el punto de no poder dejar de hacer algo con respecto a ellos; lo que debería ser manifestación de solidaridad humana normal resulta excepcional gesto de idealismo y (con todo esto termino este enrevesado exordio) ya sabemos o vemos todos los días cómo el idealismo moral entre nosotros dura lo que dura la juventud, y a veces ni siquiera eso…

CM: Su obra cuentística inicial presenta claras influencias de la literatura galleguiana. ¿Considera que esta influencia era inevitable o que existieron otras influencias tan significativas como esta que mencionamos?

GDS: Yo me di cuenta que me interesaba especialmente la literatura cuando estudiaba tercer año en el Liceo «Andrés Bello» o quizás poco antes, en el Colegio San Ignacio, cuando estudiábamos lo que entonces se llamaba «preceptiva literaria». Los primeros libros, digamos «serios» (después de Dick Turpin, Buffalo Bill, Julio Verne, Salgari, el maravilloso Salgari) fueron los de literatura que tenía papá en su biblioteca. Y ahí, por supuesto, estaba Gallegos y estaba Andrés Eloy Blanco, de quien fue amigo papá y a quien admiraba muchísimo. Y las novelas de Gallegos, en especial las cuatro o cinco primeras, tienen una cierta inevitabilidad de estructura y de lenguaje que no solo las hace interesantes, absorbentes para el simple lector, sino que parecen anular otras opciones alternativas de presentación de la experiencia imaginaria, sobre todo en el principiante, en el que empieza a escribir y entra por ellas en la literatura. Después en mi caso, vinieron otros escritores, todos accesibles, casi todos venezolanos, algunos españoles, algunos latinoamericanos: Uslar Pietri, Meneses, Azorín, Baroja, *La Vorágine*, *Don Segundo Sombra*… Como usted ve, nada esotérico. Y algo quizás curioso: leía más a los poetas que a los prosistas, salvo lo que he nombrado. Quizá era la concisión intrínseca de la poesía, lo que me atraía.

CM: Su obra narrativa es un viaje fascinante a través de diversos paisajes literarios. Comenzó en un marco naturalista, criollista, luego va en busca de una especie de «selvatismo» («Ophidia» precisa esa línea), y por último arriba a una concepción más cerebral (expresionista, diría la crítica) en la que el paisaje urbano inunda el ambiente de sus cuentos. ¿Qué factores considera usted que han influido en esta evolución?

GDS: En perspectiva reconozco dos grandes «tiempos»: lo que fui y lo que escribí hasta 1944, cuando fui a estudiar posgrado a los Estados Unidos; y después que estudié literatura inglesa y norteamericana en el Pedagógico. Si no es por ese viaje de estudios de un año en los Estado Unidos, después de graduarme de abogado aquí (1944-1945), yo habría sido, pienso, algo distinto y, de haber escrito, habría hecho cosas probablemente muy distintas. Pero, como más o menos escribió

Eliot, «Lo que pudo haber sido es una abstracción que sigue siendo una posibilidad perpetua solo en un mundo de especulaciones». (Eso está al comienzo de «Burn Norton», lo acabo de chequear.)» Llueve sobre el mar» puede representar toda la primera etapa. Con «Ophidia» y «Arco secreto», del 46 y 47, empieza la segunda, que se prolonga, con variantes y desvíos exploratorios, hasta «Cachalo» (1963) y «El Punto» (1965), que es en realidad el último cuento que he escrito. Curioso. En «Todo esto antes era agua» (1953) hice un homenaje intelectual a Rómulo Gallegos. Si se acepta colegítimo (o se concede) que uno pueda hablar de lo que ha escrito como si fuese hecho por otro y no por egolatría o narcisismo; si esto se acepta, yo diría que, en mis cuentos, considerados cronológicamente, hay unos momentos dialécticos en que una síntesis resulta de una antítesis circunstancialmente causada. La lectura de Poe en inglés se refracta, pudiera decirse, sobre lecturas de Quiroga (esos maravillosos textos hipnotizadores de Quiroga) y una madrugada inolvidable en un apartamento de la calle Los Samanes en el Paraíso, me viene todo de golpe «Ophidia», que lo habría suscitado una noticia en *El Nacional*, unos meses antes, que decía que en Perijá un hombre había matado una enorme culebra y la había enrollado detrás de la puerta de su rancho para asustar a su mujer y cuando la mujer vio la culebra, del susto murió de un infarto. Si yo no leo esa noticia, no habría «Ophidia». Y eso no es por Poe y Quiroga, no habría «Ophidia» como es. En fin, de eso y de tanto más que pudiera decirle sore «el origen de mis cuentos» (lo que en la Universidad llamábamos «crítica genética»), puede concluirse que lo que he escrito «representa» mi experiencia y mi experiencia es todo lo que está en mi vida y que he podido percibir, integrar y utilizar. En un cierto sentido, lo que he «querido» utilizar. Pero ese es otro problema, bastante complicado, por cierto. Lo que me llevaría otra vez a Eliot, esta vez, a su tesis del «correlato objetivo», que está en el ensayo sobre Hamlet.

CM: La influencia de la literatura anglosajona en su obra es innegable. Relatos como «El niño y el mar» evocan el estilo hemingwayano, con su narrativa simple y temas recurrentes del hombre contra la naturaleza y la fatalidad. ¿Aún disfruta de este tipo de literatura?

GDS: Todavía leo literatura inglesa y norteamericana, pero como ahora soy profesor jubilado, no estoy realmente al día y se me han pasado muchas obras literarias recientes, algunas probablemente muy importantes. Como los animales viejos o los toros heridos, busco la querencia, regreso a los libros que me apasionaron en mi juventud, caigo siempre en leer los autores que siempre me han gustado, que son muchos por supuesto. Recientemente he releído algunas novelas de 11 Gallegos, de José Eustasio Rivera, de Güiraldes. Todavía leo a Lawrence, sobre todo los cuentos, también los cuentos de Joyce y algunas partes del *Ulises*, los cuentos de Hemingway, de Steinbeck y de Faulkner (el inagotable *Absalón*, *Absalón*), los versos intocables de Eliot, algunos cuentos de Thomas Mann, su novela *Las cabezas trocadas*, que es un libro perfecto.

CM: ¿Y Quiroga? ¿Sigue siendo lectura de su afición?

GDS: Horacio Quiroga consignó, con intensa precisión, una visión trágica del hombre y de la vida. Una señal, una voz indispensable en la literatura hispanoamericana. Su integridad regional lo hace universal, como ocurre con todos los grandes escritores. De vez en cuando vuelvo a leer algunos de sus cuentos, de los más secos.

CM: Además de sus lecturas, sin duda extensas, apreciamos en su escritura un marcado sabor regional, que se vincula estrechamente con sus vivencias. ¿Podría explicar cómo estos elementos regionales, esa «integridad regional» a la que usted alude, se han impregnado en su narrativa?

GDS: Por supuesto que uno no decide estas cosas tan soberanamente. Hay propensiones que se hacen inveteradas. De la experiencia total (que contiene de todo) se escoge, se selecciona y se organiza en formas. Primordialmente el proceso es espontáneo, impulsado irracionalmente, después viene el momento reflexivo de composición consciente. Por eso, como se ha dicho, toda literatura es autobiografía, aunque la presentación de la experiencia personal pueda ser más o menos objetiva o subjetiva, directa o indirectamente, según el temperamento

y las convicciones estéticas de cada escritor. Gallegos, por ejemplo, es nuestro novelista más objetivo, lo que ayuda a explicar por qué son tan buenos sus argumentos, mientras que Meneses es de los más subjetivos y de ahí que descuelle en la explicación de la vida interior de sus personajes, especial de la última época. Sin embargo, ¿cuánto del hombre que es Gallegos hay en sus novelas y cuentos? Quizá tanto como Guillermo Menees puso en los suyos. Cuando a Thomas Wolfe se le objetaba que una de sus novelas era demasiado autobiográfica, él replicó que toda novela lo es y que no conocía un libro más autobiográfico que *Los Viajes de Gulliver*. Ahora descendiendo de nuevo a lo mío, yo creo que es observable un movimiento de la presentación más bien objetiva en «Llueve sobre el mar» hacia una presentación cada vez más subjetiva en «Arco secreto», «El cocuyo», «Entre sombras», etc. En las más reciente o menos viejas o últimas cosas que he escrito siempre traté de dar con el «correlato objetivo» de mi vivencia personal (que es una forma de resolver la contradicción), de ahí que esos últimos cuentos sean más atractivos para los críticos, exploradores de símbolos y mitos, del traspiés inconsciente en la creación literaria en general.

CM: Oscar Sambrano Urdaneta lo ubica dentro de la generación literaria de 1942, al lado de figuras como Luis Pastori, Benito Raúl Lozada, Pedro Francisco Lizardo, Tomás Alfaro Calatrava, Juan Veroes, Aquiles Nazoa, Ida Gramcko, Oscar Guaramato y Humberto Rivas Mijares, entre otros. ¿Comparte usted la idea de las «generaciones literarias» como método para clasificar a los escritores venezolanos?

GDS: Bueno, yo no soy critico profesional, especialmente de la literatura venezolana. Respeto la preocupación que siempre ha habido sobre este tema y creo que, en general, determinar y describir generaciones en literatura resulta una hipótesis de trabajo útil y, en consecuencia, sometida al examen intrínseco de las obras y a los resultados que este arroje, sea para confirmar la hipótesis, sea para refutarla o modificarla en alguna medida y confrontarla de nuevo con la obra misma, que es el verdadero «fenómeno» literario. En cuanto a lo que yo he escrito es un hecho que me di a conocer, digamos en el país, cuando «Llueve sobre el mar» ganó el primer premio «Leoncio Martínez» del semanario

Fantoches. Antes de 1942 (de 1938 a 1942) había escrito y publicado algunos cuentos breves. Reuní los que habían sido consideramos mejores en un primer libro titulado Marejada, que es de 1940. Después en 1942, cuando el premio Fantoches, alguien dijo que mi primer libro había pasado «Inadvertido para la crítica», lo que no pudo aceptar Pascual Venegas Filardo, quien polemizó sobre esa aseveración y recordó lo que había escrito en *El Universal* sobre «Marejada». Por cierto, que este libro tiene un prólogo muy generoso y muy sabrosamente escrito por Fernando Cabrices, quien, junto con el poeta trujillano Samuel Barreto Peña, me estimuló mucho para escribir y publicar. Yo tenía entonces 20 años y era mecanógrafo del Ministerio de Relaciones Interiores, en la Dirección de Política, donde Cabrices y Barreto Peña eran jefes de Sección. En otro terreno (para dejar la historia menuda, por ahora), en el campo de la didáctica, indudablemente que es útil disponer de los hitos que son las generaciones. En literatura inglesa, por ejemplo, desde la quiebra del neoclasicismo, a fines del siglo XVIII, hasta las primeras manifestaciones de la sólida literatura victoriana, a mediados del siglo XIX, está nada menos que todo el romanticismo inglés. Y ayuda para «orientarse» en su estudio pensar en una primera generación romántica, con Blake y Burns (a lo que se puede aún anteponer los llamados «precursores del romanticismo», como Thomnson, Young, Collins, Gray MacPherson, Chesterton, otras más), seguir con una segunda generación, lo que representa Wadsworth y Coleridge, Shelley y Keats. Pero, repito, todo eso tiene una finalidad especialmente didáctica y de nivel introductorio. A medida que se profundiza el proceso de cualquier literatura se percibe que se trata de un desarrollo orgánico, que cambia a veces imperceptiblemente, a veces a saltos, y que en cada escritor se manifiesta no solo su personalidad propia sino todo lo que le viene de su condicionamiento histórico, al que nadie puede escapar. La crítica literaria básica tiene que trabajar sobre lo característico que es necesariamente selectivo.

CM: ¿Por qué esa casi negativa a seguir escribiendo?

GDS: El último cuento que he escrito es «El punto», de 1965. No sabría cómo responderle a esta pregunta. Pudiera decir «me agoté»,

sencillamente. Pudiera dejarlo para una improbable autobiografía. Mientras tanto, prolonguemos la espera del diván psicoanalista.

CM: ¿Cómo es su relación con Güiria, su ciudad natal? ¿Cómo describiría su relación actual con ella?

GDS: Toda mi familia es de Güiria. Somos de Oriente. Mi abuela, por el lado de mamá, era cumanesa, de los Forjonel de Cumaná. A mí me llevaron, creo que a los dos o tres años, a Trinidad, y cuando tenía diez nos vinimos a vivir a Caracas. Eso fue en 1930. Desde entonces vivo aquí en Caracas y Caracas es desde luego mi ciudad, aunque no me siento caraqueño en el sentido en que mis amigos de infancia, los Planchart, Manrique, los Pérez Luciano, son caraqueños. Güiria y Oriente era el tema de familia en casa, cuando mamá y papá vivían. Allá habían quedado vivos o muertos, parientes y amigos, y las haciendas, alguna vieja casa en el pueblo. Era Güiria, Oriente, la gente de Güiria, las historias y los chismes una atmósfera en mi casa, la contraseña tácita, el «olor a verbena» del indispensable cuento de Faulkner en Los invictos. De aquello muy poco queda. Apenas algunas cosas admonitorias que conservo y a veces contemplo y toco: viejos retratos desvaídos, una cuchara de plata enorme de mi tatarabuela. El gorgoteo perenne de los recuerdos. En mi cuento «Velando a pensamientos desatados» quise dar con un «correlato objetivo» para estas emociones.

Bibliografía

Directa

Díaz Solís, Gustavo (1938). «Curandero», *Élite, Revista Semanal Ilustrada*, 23 de abril de 1938, Vol. XIII, n.° 655.

—— (1940). *Marejada,* Caracas, Editorial Bolívar.

—— (1941). «La voz del cacaotal», Revista *Crítica,* 20 de abril de 1941, Caracas.

—— (1943). *Llueve sobre el mar,* Caracas, Asociación de Escritores Venezolanos.

—— (1943). «Las diez reglas», Diario *El Nacional* (Papel literario), 22 de agosto de 1943, Caracas.

—— (1944). «La derrota», *Revista Nacional de Cultura*, n.° 45. Caracas.

—— (1946). «Vendaval de abajo», *Fantoches*, 16 de agosto de 1946, n.° 1069, Caracas.

—— (1946). «Tiempo de semerucos», Diario *El Nacional,* 12 de mayo de 1946, Caracas.

—— (1948). «La efigie», Separata de la *Revista Nacional de Cultura*, n.° 68, Caracas.

—— (1950). *Cuentos de dos tiempos,* México, Gráficas Panamericana.

—— (1951). «El cocuyo», Diario *El Nacional* (Papel literario), 29 de agosto de 1951, Caracas.

—— (1951). *Detrás del muro está el campo,* Caracas, Ediciones Ancla, Colección Mi novela.

—— (1963). *Cinco cuentos,* Caracas, Asociación de Escritores Venezolanos.

—— (1968, 1997). *Cuentos escogidos,* Caracas, Monte Ávila Editores.

—— (1968). *Ophidia y otras personas,* Caracas, Monte Ávila Editores.

—— (1973). *Arco secreto y otros cuentos,* Caracas, Monte Ávila Editores.

—— (1986). «Gallegos: su manera de ser cuentista». En Sambrano Urdaneta, Oscar y Pardo, Isaac J. (eds.), *Rómulo Gallegos: Multivisión,* Caracas, Presidencia de la República.
—— (2004). *Cuentos escogidos,* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
—— (2022). *Cuentos escogidos,* Colección Bicentenario Carabobo.

Indirecta

Amengual, Alberto (1980). *Sinfonía del sobreviviente,* Caracas, Frente Cultural Estudiantil de Letras, UCV.
Araujo, Orlando (1972). *Narrativa venezolana contemporánea,* Caracas, Tiempo Nuevo.
Baldeshwiler, Eileen (1993). «El cuento lírico: esquema para una historia». En Pacheco, Carlos y Barrera Linares, Luis [comps.] (1997), *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
Balza, José (1990). *El cuento venezolano. Antología,* Caracas, Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.
Bravo, Víctor (2020, mayo, 17). «Relatos como serpientes», Diario *El Nacional* (Papel Literario), Caracas.
Cabrices, Fernando (1940). «En el comienzo de un nuevo cuentista». En Díaz Solís, Gustavo, *Marejada,* Caracas, Editorial Bolívar.
Cortez, Julio (2024). «Entre la catástrofe y el desencanto: aproximación a la narrativa de Gustavo Díaz Solís», *Entreletras*, Maturín, n.° 16.
Domínguez, Pablo (1939). *Ponzoñas* (Cuentos). Caracas, Editorial Élite.
Duque, José Roberto (2007). «Colores santos». En *Tatuajes de la ciudad*. Caracas, Sacven.
Fabbiani Ruiz, José (1951). *Cuentos y cuentistas,* Caracas, Librería Cruz del Sur.
—— (1977). *Antología personal del cuento venezolano,* Caracas, Facultad de Humanidades y Educación, UCV.
Gallegos, Rómulo (1929). *Doña Bárbara,* Barcelona, Araluce.
Guzmán, Ana Teotiste (1993). «Gustavo Díaz Solís: la cotidiana epifanía del silencio». *Imagen Latinoamericana*, Caracas, n.° 99-100.
Liscano, Juan (1995[1973]). *Panorama de la literatura venezolana actual,* Caracas, Alfadil.

López Ortega, Antonio (2012). «Gustavo Díaz Solís: un arco secreto», *Cuadernos hispanoamericanos*, n. ° 742.
Machado, Wilfredo (2003). *Libro de animales,* Caracas, Alfadil Ediciones.
Mandrillo, Cósimo (1994). «Acercamiento múltiple a los cuentos de Gustavo Díaz Solís», *Revista Iberoamericana*, Vol. LX, n. ° 166-167.
—— (2004). *Víbora y barro. Acercamiento a la obra de Gustavo Díaz Solís,* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
Mata Gil, Milagros (1991). «Arco revelado», Revista *Imagen*, Caracas, n.° 100-80.
Medina, Celso (2024 [1982]). «La concisión intrínseca de la poesía era lo que más atraía», *Entreletras*, Maturín, n.° 16.
Morón, Guillermo (1985). *Ciertos animales criollos,* Caracas, Italgráfica.
Osorio Amoretti, Omar (2020). «La centuria de un moderno», Diario *El Nacional* (Papel Literario), 17 de mayo de 2020.
Pacheco, Carlos (2014). «Gustavo Díaz Solís: cuentista absoluto y narrador de la interioridad». En Pacheco, Carlos; Barrera Linares, Luis y Sandoval, Carlos (2014). *Propuesta para un canon del cuento venezolano,* Caracas, Equinoccio.
—— (2016). «Entonces hirvió el agua». Entrevista a Gustavo Díaz Solís. En *Caracol del lenguaje,* Caracas, Equinoccio.
Pardo, Isaac J. y Sambrano Urdaneta, Oscar (1986). *Rómulo Gallegos: Multivisión,* Caracas, Presidencia de la República de Venezuela.
Sambrano Urdaneta, Oscar (1963). «Los cuentos de Gustavo Díaz Solís». En Díaz Solís, Gustavo, *Cinco cuentos,* Caracas, Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos.
Sánchez Urdaneta, Mariela (2004 [1968]). «Cronología». En Díaz Solís, Gustavo, *Cuentos escogidos,* Caracas, Monte Ávila.
Urdaneta, Alejo (2008). «La obra literaria de Gustavo Díaz Solís», Diario *El Nacional* (Papel Literario), 29 de noviembre de 2008, Caracas.
Uslar Pietri, Arturo (1974 [1948]). *Letras y hombres de Venezuela,* Madrid, Edime.
VV. AA. (1992). *Narradores de El Nacional 1946-1992*, Caracas, Monte Ávila.

Índice

Nota editorial 7

Prólogo 9

Cuentos completos

- Curandero 29
- Marejada 33
- Morichal 43
- Aguamarina 51
- Cuento gris 61
- Puente 69
- Tambores 73
- La voz del cacaotal 77
- El mosaiquito verde 83
- Llueve sobre el mar 95
- Detrás del muro está el campo 111
- Hechizo 127
- Las diez reglas 133
- La derrota 143
- Tiempo de semerucos 151
- Vendaval de abajo 155
- Ophidia 165
- La efigie 171
- Arco secreto 179
- El niño y el mar 191
- El cocuyo 197

Entre las sombras 199
Velando a pensamientos desatados 201
Todo esto antes era agua 209
Crótalo 223
Cachalo 227
El punto 235

Entrevista a Gustavo Días Solís
La concisión intrínseca de la poesía era lo que más me atraía 245

Bibliografía 253

Cuentos completos
Se imprimió en el mes de octubre
en los talleres de la Editorial Arte
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

• Colección Continentes •

Concebida originalmente para recoger la producción narrativa venezolana y latinoam de todos los tiempos, Continentes se ha ar para incluir también la obra de los narrado representativos de otras regiones del mundo

• Otros títulos publicados en esta co

La vida de un muerto
Óscar de la Borbolla

Pie de página
Humberto Mata

Trilogía de Caracas
José Negrón

No todos los cíclopes nacen ciegos
Sol Linares

El simulacro de los espejos
Vicente Baptista

La galera de Tiberio
Enrique Bernardo Núñez



• Colección Continentes •

Considerado por la crítica como un «cuentista absoluto», Gustavo Díaz Solís trazó en la literatura venezolana una ruta decisiva de renovación estética. Esta edición reúne por primera vez la totalidad de su narrativa breve, desde sus tempranos relatos publicados en prensa y revistas de la década de 1930 y 1940, hasta sus obras canónicas («Arco secreto», «La efigie», «Ophidia», «El niño y el mar»). Distante de la promoción y reacio a la alharaca literaria, Díaz Solís erigió un universo narrativo donde la templanza, la soledad y la tensión abren paso a la ambigüedad y al final abierto. En sus páginas, el paisaje —sea el ambiente rural de resonancias galleguianas o la atmósfera petrolera e insular— funcionan como el escenario donde se despliegan las emociones profundas, el misterio y la interioridad humana. Con prólogo del ensayista Luis Barrera Linares y una entrevista realizada por Celso Medina, *Cuentos completos* es el testimonio vivo de una orfebrería verbal donde cada palabra cuenta: una obra indispensable que confirma a su autor entre los más influyentes maestros del relato breve en Hispanoamérica.

9 789800 126936

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

2020 [2022 - 2030]